

Los Maestros del Paititi

Ricardo González



Ricardo González

**LOS MAESTROS
DEL PAITITI**

**TESTIMONIO DE UNA
CIVILIZACIÓN
INTRATERRESTRE**

Título original: *Los Maestros del Paititi*

Ilustración de cubierta: José Luis González

Primera edición: julio de 2003

© Ricardo González, 2003

© de esta edición: Luciérnaga, S. L., 2003

Peu de la Creu, 4

08001 Barcelona (España)

Tel 93 443 71 00 Fax 93 443 71 29

Web: www.edicionesluciernaga.com

E-Mail: luciernaga@grup62.com

ISBN: 84-89957-51-7 Depósito legal: B. 28.588-2003

Fotocomposición: Zero preimpresión, S. L.

Impreso en Limpergraf, S. L.

Mogoda, 29-31, 08210 Barbera del Vallès

Impreso en España *Printed in Spain*

A la Puerta 14

CONTENIDO

Prólogo	11
Un primer acercamiento	15
El guardián del templo	25
La puerta mágica de Tiahuanaco	57
Q'eros: el recuerdo del Inca	79
El umbral secreto del Paititi	127
El encuentro físico	161
Mundos perdidos	185
Las primeras humanidades	188
El origen de la Atlántida	191
Los Estekna-Manés	196
La destrucción profetizada	197
Testimonio de un mundo sumergido	201
Crónicas del reino intraterrestre	205
El Disco Solar	206
La semilla de la civilización	209
Referencias al reino subterráneo	212
El Proyecto Inca	216
Un lugar remoto y protegido	220
Máquinas antediluvianas y archivos secretos	223
Cómo es el Mundo Interior	226
El real tiempo del Universo	234
La Base Azul	236
La oposición de los hijos de la oscuridad	239

Una misión cósmica que se oculta	242
Armagedón: la batalla de los dioses	244
La verdadera conflagración	248
El arca de la alianza galáctica y la conexión 14	251
La danza de los 144.000	254
El nuevo día del Anrrom	256
La clave del retorno	259
Epílogo	263
Addenda: Mensajes de luz	267
Pautas para el trabajo de grupo	275
Agradecimientos	281

PRÓLOGO

Desde siempre, el ser humano ha orientado su búsqueda hacia los secretos más profundos de la Tierra y el Universo. La sabiduría es como un gran faro, su luz guía a los barcos extraviados para que éstos puedan salir de la niebla tan densa que los rodea; no obstante, aunque todos puedan ver la luz del faro, no todos se atreverían a dejarse guiar por su luminosidad; quizá porque la ignorancia se precipita por un plano inclinado, mientras que la verdad tiene que ir penosamente cuesta arriba.

Afortunadamente, está decretado que el hombre conocerá esa verdad mágica como fuente inagotable de conocimiento; verdad que nos hará libres de toda dependencia al error. Este mensaje fue sentido en nuestros corazones cuando inquietábamos las sagradas selvas del Manú, donde se encuentra la legendaria Paititi, la ciudad perdida de la humanidad, donde la suave voz de los Retiros Interiores acarició nuestros oídos hablándonos de un futuro nuevo, de una Era Dorada donde el ser humano vivirá en comunión con el Cosmos.

En *Los Maestros del Paititi* detallo la expedición que emprendimos un grupo de jóvenes peruanos y uruguayos a las selvas del Antisuyo incaico, donde entramos en contacto con la denominada Hermandad Blanca, Los Guardianes de la Tierra, logrando comprender el proceso que ha seguido esta antigua civilización que, hasta hoy en día, se mantiene oculta en las ciudades que construyeron en las entrañas de nuestro mundo, interconectadas por una amplia red de túneles que cubren miles de kilómetros. La Hermandad Blanca tiene sus orígenes en antiguas colonias extraterrestres y en la desaparición de grandes civilizaciones que otrora reinaron en la Tierra, y cuyos sobrevivientes, cual legado cósmico, permanecen ocultos en el mundo subterráneo. Su alto nivel de evolución los ha constituido en verdaderos Maestros, conformando así una Jerarquía de luz que custodia los anales de la historia humana.

Muy pronto, este tesoro que no es oro sino conocimiento, será desvelado para beneficio de toda la humanidad.

Se me ha autorizado a hablar de la Jerarquía y dar a conocer algunos aspectos sobre la Magna Obra que se está operando en nuestro mundo. Muchos estudiantes de la Luz verán en las páginas de este libro la confirmación que estaban esperando; y aquellos que acaban de despertar, por muy extrañas que les puedan parecer estas líneas, tendrán también la ratificación de lo que han venido sintiendo.

Mi interés no es convencer a nadie de lo que se afirma en este libro; la verdadera búsqueda empieza dentro de uno mismo, allí donde todo es quietud, donde una mágica luz nos aguarda esperando guiarnos por el camino correcto; sin embargo, creo que es conveniente aclarar que esto no es narrativa, ni ciencia-ficción, por más extraordinarias que puedan parecer las experiencias y la información que hemos recibido, sino un mensaje real de civilizaciones superiores que observan silenciosamente los pasos del hombre que, lamentablemente, de seguir así, podrían provocar una catástrofe como las que ya han ocurrido en nuestro planeta.

He procurado presentar un libro didáctico y sencillo, en lo posible libre de términos complejos que podrían ser confusos para el lector no familiarizado con el tema. Espero que este testimonio derrame luz en el centro que llamamos la raza de los seres humanos.

Los Retiros Interiores han sido abiertos no sólo para que el discípulo ingrese al Templo, sino para que el Maestro pueda «salir» e irradiar al mundo la sabiduría de antiguo y de siempre. Ese es el mensaje de los Maestros del Paititi, quienes hoy desvelan su existencia a la humanidad.

Es el motivo de la presente obra que espero en su humilde aportación, sea de beneficio para esta sagrada Misión.

EL AUTOR.

UN PRIMER ACERCAMIENTO

El mundo invisible que nos rodea es tan real como el mundo visible que conocemos. Hay seres que ven el rostro de Dios desde más cerca.

PAPA PÍO XII Vaticano, 3 de octubre de 1958

Un joven de cabello negro y con insondable mirada de nostalgia corre entre las casas del pueblo, en busca de su tutor y Maestro. De pronto, guiado por su intuición, se detiene frente a una de las edificaciones de piedra que se erguía reluciente por encima de las otras construcciones, contrastando el gris de la roca con el verde impetuoso de la selva.

El muchacho entró en el recinto violentamente, y encontró al Maestro tendido sobre su lecho, rodeado de varios sacerdotes y líderes del pueblo en cuyos rostros macilentos se podía adivinar el ominoso desenlace. Abatido, aquel adolescente comprendió de inmediato que quien había sido su guía por muchos años afrontó la más alta iniciación que puede tener un ser humano: la muerte.¹

1. En la experiencia de contacto aprenderíamos que la muerte es tan sólo el fin de un proceso y el inicio de otro. Según los extraterrestres, el ser humano pasa por numerosas existencias para aprender, acumulando conocimientos y experiencias fundamentales para el ascenso evolutivo.

Con lágrimas en los ojos, abandonó la estancia dirigiéndose a su hogar. La noche ya caía y en el cielo se multiplicaban intensos resplandores. Mucha gente se encontraba fuera de sus casas, y atribuían las luces al llanto de los dioses por la pérdida del anciano Maestro, que era el sumo sacerdote de toda la región.

Esa noche, el joven vio en sueños al Maestro. Aquel anciano, cuyos ojos negros transmitían la esencia del Universo, era portador de un mensaje inquietante: el joven debía viajar a «la Ciudad de los Dioses», enclave místico y oculto que estaría ubicado más allá del «lugar prohibido». Según el anciano, *los dioses* eran como ellos, y custodiaban la historia secreta y primigenia del mundo...

Esta visión tan clara se repetía una y otra vez durante mis meditaciones del Nombre Cósmico.² Debo confesar que me sentía poderosamente identificado con aquel muchacho de la visión, aunque no llegaba a comprender —al menos como quisiera— las imágenes que matemáticamente se venían sucediendo en mi mente.

Luego de aquellas escenas, aparecían otras donde se veía al joven encaminarse hacia la «Ciudad de los Dioses»; pero éste era sorprendido por unos hombres que violentamente le cortan el paso. Aquella gente, de rostros temerosos por la ignorancia y llenos de ira en sus manos, no deseaba que el «Lugar Prohibido» fuese inquietado, ya que era considerado sagrado para el pueblo. «Allí viven los dioses —decían a voz en cuello— y ningún mortal puede ir en busca de ellos.» Ante la disyuntiva de poder continuar, y el intenso deseo de cumplir con las recomendaciones del Maestro, el joven intentó culminar su destino a pesar de la violenta reacción de sus inquisidores. Hubo un forcejeo, y los hombres golpearon al muchacho, a quien decidieron castigar por su insolencia arrojándolo al interior de un profundo pozo.

2. El Nombre Cósmico es el «sonido» que emitimos vibratoriamente llevado a nuestro lenguaje. Es una clave que a manera de un *Mantram* o «palabra de poder», en correcta meditación sobre su significado, permite a la persona descubrir su misión personal.

Allí permanecería durante varios días privado de alimentos, hasta que, después de enfermar, ya débil y famélico, el muchacho dejaría caer sus párpados para dar su última expiración.

Soy consciente de que existe una línea muy delgada entre la imaginación y la realidad. Tenía que ser muy prudente, y por ello decidí en un principio no comentar esta experiencia a nadie, al menos hasta que tuviese algún elemento de comprobación. Mi escepticismo, a pesar de la contundencia de las imágenes y sensaciones, me llevaba a tomar con calma esta visión tan extraña.

Recordé entonces, sensiblemente motivado por la singular experiencia, cómo se había iniciado esta gran aventura espiritual en mi vida. A raíz del contacto que ya mantenía con un grupo de seres extraterrestres, he venido conociendo las potencialidades dormidas del ser humano. Estos seres también nos suelen decir •—aún nos lo recuerdan— que la mente nos puede jugar «malas pasadas», que podríamos confundir una cosa por otra, ya que la percepción de la realidad es ilusoria. Ciertamente, es necesario desarrollar la intuición, los ojos del espíritu, para determinar la validez y autenticidad de una experiencia. Aprendimos entonces que el «elemento exterior» sería sólo la ratificación de lo que antes hemos observado con nuestro sentir, que es lo primordial. De esta forma, hallamos dos fuentes que se complementan y que nos ayudan a discernir la verdad.

Debo decir que esta experiencia de contacto con civilizaciones extraterrestres me hizo ver a nuestro mundo de una forma marcadamente distinta. Nada hacía presagiar que mi vida daría un giro de ciento ochenta grados.

Tenía catorce años cuando observé por primera vez un ovni —es decir, un objeto volador no identificado— En aquel entonces vivía con mis padres en una acogedora casa de Maranga (urbanización de Lima, Perú). Aún recuerdo todo con total nitidez.

Me encontraba en el patio exterior de la casa cuando, a plena luz del día, observé el objeto luminoso, que parecía una gota de agua, moviéndose en silencio de este a oeste, en dirección al océano Pacífico.

Me pareció muy extraño; pero no le tomé interés porque no sabía exactamente qué era. Sin embargo, no tuve que esperar mucho tiempo para llevarme una gran sorpresa: en las primeras páginas de los diarios y en algunos programas de televisión se empezaba a difundir la noticia de numerosos avistamientos de ovnis que se registraron en todo el país. Ese año (1988), las oleadas de avistamientos se constataban no sólo en Perú, sino también en diversos países del mundo (cabe mencionar que a los treinta y tres días de iniciarse el año se produjo un especial avistamiento de ovnis en España, que sería tan sólo un anticipo de la importancia que guardaba 1988 como clave activadora de la consciencia). Pasaron los años —cinco para ser exactos— y entonces pude recibir su primer mensaje telepático, experiencia que se dio bajo circunstancias muy especiales y sugerentes.

En aquellos días, al levantarme de la cama tras de descansar, recordaba con total claridad un sueño donde aparecían escenas de una gran catástrofe. En las imágenes veía a la gente correr desesperadamente mientras los edificios se derrumbaban como si de naipes se tratara; en el cielo, teñido de un rojo intenso, se apreciaban dos soles, y este cuadro se tomaba aún más sombrío al observar cómo los automóviles se estrellaban en medio de los gritos de la gente y de las alarmas de emergencia. Todo ello sucedía tan rápido que no sabía exactamente qué estaba ocurriendo. Allí, en medio del caos reinante, unas grandes luces se acercaban proyectando unas columnas de energía sobre el suelo que, bajo la forma de una abducción, evacuaban a numerosos grupos de personas. Pero no se llevaban a todos...

No comprendía lo que me estaba sucediendo, antes de que «aparecieran» estos sueños no me había influenciado ninguna película, lectura o cualquier otra cosa. Entonces, ¿de dónde salieron estas escenas?

Al margen de que ello pueda ocurrir o no en un futuro cercano, por cuanto los mensajes catastrofistas me parecen un asunto muy delicado hasta el punto *át*; que han confundido el mensaje real del contacto extraterrestre, lo cierto es que estos sueños tan frecuentes me produjeron un fuerte cuestionamiento

interior. Al despertar me decía: «¿Y si esto fuese real? ¿Me tomaría en un estado de conformidad con todo lo que he venido haciendo hasta hoy?». Cuando mi respuesta interior fue un tajante «**NO**», mi vida cambió radicalmente, ya que decidí profundizar las potencialidades espirituales que muchas veces olvidamos. Era parte de una búsqueda que me acompañaba desde siempre. Sentía que debía orientar mi vida de otra forma, que había quizá algo reservado para mí.

Bajo estas circunstancias llegó el primer mensaje. Era como si me hablasen al oído, y esta «voz», siempre amable y llena de amor, venía acompañada por una ansiedad de escribir; entonces, los mensajes que captaba en mi mente los plasmaba en hojas de papel que ordenadamente he ido archivando y analizando. En estas comunicaciones, los extraterrestres hablaban de la necesidad de encaminar nuestra evolución sin desligarnos de la naturaleza espiritual que nos forma. Los mensajes afirmaban que dentro de nosotros existe una «llave», un recuerdo, el mismo que nos permitiría comprender el propósito profundo de la visita extraterrestre y el destino cósmico del ser humano.

Desde 1974, estos seres han venido contactando a diversas personas que se integrarían en un programa de asistencia planetaria, misión de contacto que tiene como clave activadora la palabra **RAHMA**, que significa «Sol en la Tierra» (**RAH** = Sol, **MA** = Tierra); es decir, una misión de ayuda donde el hombre debe irradiar luz al planeta, transformándose a sí mismo para lograr con ello el progresivo despertar de consciencia de la humanidad. Y es que, según los extraterrestres, todo ser humano tiene una misión por cumplir. Curiosamente, al igual que aquel inolvidable verano de 1988, volvieron a aparecer las naves.³

3. En el diario *El Comercio de Lima*, con fecha 8 de diciembre de 1993, se publica la noticia de seis mil ovnis que fueron avistados sobre el estrecho de Taiwán por astrónomos, pilotos civiles y militares. De igual forma, en distintos diarios de Perú se informó de la insistente aparición de ovnis sobre la ciudad de Lima e incluso en algunas provincias.

Desde entonces mantengo la comunicación con estos seres, siendo ellos los que inducen el contacto y nosotros asumiendo tan sólo una función de canal o antena receptora.

Después de los contactos mentales tuvimos la ocasión de ver físicamente las naves en avistamientos programados, previa cita, con detalles de día, lugar y hora en las comunicaciones» Todo esto lo afrontamos en repetidas oportunidades, Y más tarde se presentaría el momento de vivir otras experiencias muy cercanas con los tripulantes de estos luminosos objetos, que surcan insistentemente los cielos de la Tierra como queriendo advertirnos de un acontecimiento importante...

Con aquellos pormenores, esta singular experiencia de contacto extraterrestre nos llevaría a conocer una antigua civilización cuyo remanente permanece oculto de la mirada curiosa del hombre. No nos imaginamos que para lograr tal encuentro con los Maestros del Paititi tendríamos que vivir una peligrosa y a la vez purificadora aventura.

Las hojas secas de los árboles caían lentamente sobre la acera. El otoño de 1995 sería el momento clave para desentrañar algunos misterios que aún rondaban por mi cabeza.

Aquel elemento «clave» se mostraría en una de las reuniones acostumbradas de los domingos. Patricia Soto, estupenda amiga y miembro del grupo de contacto, me comentó un sueño particularmente revelador: en las imágenes que ella observó, aparecía introduciéndome en las aguas de un tranquilo lago y, al salir —cual rito de purificación—, me «transfiguraba» en un individuo de rasgos indígenas. En cuanto oí —con total sorpresa y atención— el sueño que me involucraba directamente, recordé de inmediato al muchacho indígena que también había visualizado en mis meditaciones. Aunque todo encajaba en apariencia, teniendo en cuenta que la descripción del indígena en el sueño de Patricia se ajustaba perfectamente con mi visión personal —que ella desconocía por completo— no podía sacar conclusión alguna. Pero todo estaba dicho para que ese

mismo mes (mayo), la gota que colmase el vaso se presentara de forma asombrosa.

Una noche, poco después de todo esto, cuando me encontraba descansando en mi habitación, me sentí sorprendido por una fuerte presencia a mis espaldas. Percibía como si me estuviesen observando, con intensidad y atención. ¡Realmente había alguien allí!

Me volví al instante, y entonces vi claramente en la penumbra de mi habitación una silueta blanca, brillante, la misma que permanecía estática e irradiándome un profundo sentimiento de paz. El destello de luz era tal que me impedía ver el rostro del ser ante quien me encontraba, sólo pudiendo determinar —por los contornos de la luminosa figura— que este personaje llevaba un manto o una túnica.

Armándome de valor ante lo desconocido le pregunté quién era, de dónde procedía. Me asusté cuando este incógnito visitante empezó a hablarme con mi propia voz, diciéndome que lo que observaba era una proyección lumínica enviada por él desde su ubicación real: una ciudad subterránea escondida en las selvas de Madre de Dios, en el Parque Nacional del Manú, ¡en Perú!

Con marcada seriedad me dijo «que había llegado el momento» de establecer el contacto, y que debíamos prepararnos para realizar diversos viajes a los Retiros Interiores de la Gran Hermandad Blanca. Por si todo esto fuera poco, mencionó que en Cusco tendríamos un encuentro con el Guardián del Templo, un emisario enviado por ellos con el objetivo de entregarnos importantes indicaciones para nuestra preparación. El marco para esta experiencia serían unas cavernas del Huayna Picchu, la montaña sagrada que se alza a un lado de la conocida ciudadela de Machu Picchu.

Luego, disertó sobre el lago Titicaca como un lugar sagrado y de gran importancia para nuestra experiencia de contacto; y de Tiahuanaco como el remanente de una ciudad-templo que floreció hace miles de años. Allí también deberíamos viajar, pero ello no era todo: estos viajes culminarían en una expedición al Paititi, la supuesta ciudad perdida de los incas, desde

donde este ser estaría enviando su imagen holográfica (¡!).

Sin preámbulos de ningún tipo me describió el lugar donde estaría ubicado el Paititi, donde supuestamente, existirían especies de animales gigantescos que la ciencia actual considera desaparecidos (¿?). Asimismo, la flora que allí se encuentra posee la cura a las más terribles enfermedades que, hoy por hoy, aquejan a la humanidad. En aquella inhóspita selva existiría una gran civilización que habría sabido mantenerse en silencio durante mucho tiempo. Según lo que me transmitió, conforme se fueran desarrollando los viajes conectaríamos con un disco metálico, una llave que abre un túnel entre los mundos paralelos: «El Disco Solar no es una representación de la estrella que mantiene en equilibrio este sistema planetario —afirmó el ser—, es la imagen del Sol Central de la galaxia, aquel que alimenta a la Tierra con la energía de la Luz Violeta, por ello se le denomina Sol Manásico, que a su vez es la representación del Padre-Madre Creador. Es el emblema de la Hermandad...».

De pronto, tras un monólogo que duró más de una hora —como si todo hubiese estado «grabado»—, se quedó en silencio unos interminables segundos para decirme que ya nos habíamos conocido en otro tiempo y en otro lugar. Entonces me explicó que las visiones que había tenido formaban parte de todo ello. Sin embargo, el momento de comprender aún no había llegado. Tendría que esperar para saber, y prepararme para asimilar futuras responsabilidades.

Esta insólita experiencia terminó por convencerme de la realidad de futuros viajes de contacto, incluso al Paititi, tal como los Guías extraterrestres nos lo venían anunciando en las comunicaciones (quisiera dejar claro que al utilizar la palabra «Guía» o «Maestro», me refiero a un ser que es vehículo de orientación y conocimiento, sin que ello signifique que estos seres asuman un rol jerárquico que reste mérito a nuestro propio proceso de aprendizaje. Ellos sólo buscan activar un recuerdo que yace dormido en nuestra consciencia; y a menudo nos han dicho que no hay mejor Maestro que uno mismo.

Por otro lado, el ser de la proyección holográfica se presentaría nuevamente, esta vez bajo el nombre de Alcir. En aquella oportunidad me habló un poco más sobre él —como para estrechar lazos de amistad—, alegando ser hijo de un extraterrestre y de una mujer oriunda de la Tierra... Conforme pasaban los días, mi mente viajaba hacia la selva, un profundo sentimiento de respeto me embriagaba de extrañas sensaciones. Cuando visualizaba la enmarañada jungla, se repetían en mi mente unas melódicas voces que cantaban poderosamente el *Mantram «RAHMA»*.

Paititi es considerado en la actualidad por diversos investigadores como el enigma arqueológico de Sudamérica; sin embargo, no ha sido hallado y para algunos historiadores la misteriosa ciudad perdida sigue siendo tan sólo una leyenda.

Se dice que en las selvas de Madre de Dios, en la zona sur oriental de Perú, existe una ciudad de piedra, con estatuas de oro erigidas en amplios jardines. Lo interesante de Paititi es que las «leyendas» señalan que hasta hoy en día el Imperio amazónico se encuentra en plena actividad, y por si esto fuera poco, se afirma además que es el lugar donde mora el último Inca, esperando el momento de retornar al «mundo de afuera» para restituir el orden que se rompió en el pasado.

De igual forma se consideró a Troya como un mito, una ciudad-espejismo creada en la imaginación de Homero para desarrollar una interesante trama literaria. Hasta que, en el siglo pasado, Heinrich Schliemann le dio un verdadero puntapié a la «ciencia oficial» al descubrir las ruinas de la que era considerada «la legendaria» Troya, basándose para ello en la obra de Homero como un documento histórico y no como una obra de ficción. Lamentablemente, a pesar de que es bien sabido que toda leyenda proviene de un hecho real perdido en el pasado, algunos arqueólogos, antropólogos, historiadores y demás, siguen considerando muchos relatos de tiempos remotos sólo «cuentos curiosos».

Paititi es —y lo sigue siendo— el objetivo de numerosas expediciones,

científicas y particulares. Estas últimas van a buscar el oro del Imperio inca que habría sido escondido ante la llegada de los españoles. Algún día estos «cazadores de tesoros» se darán cuenta de que el verdadero *tesoro* de los incas era otro... Ya algunos investigadores han planteado la hipótesis de que los incas no escondieron oro alguno; ello porque ante la llegada de los conquistadores buena parte del Imperio creyó contemplar el regreso de sus dioses: los *Wiracochas*. El resultado ya lo conocemos.

Respecto a estas informaciones es interesante lo que sustenta el historiador cusqueño Víctor Angles Vargas —padre de la teoría antes mencionada— cuando en su libro *El Paititi no existe*,⁴ niega la posibilidad de que una ciudad de grandes tesoros —entiéndase oro— se encuentre oculta en la selva. Lo más sensato es que ese Paititi no exista, aunque no niego la posibilidad, remota por cierto, de que una ciudad de esas características se halle enterrada bajo la exótica selva del Manú. Al hablar de Paititi —que dicho sea de paso no es el verdadero nombre— me refiero a un *Retiro Interior* que alberga parte de la verdadera historia de la humanidad. Si un grupo de hombres se dirigió a las selvas del Antisuyo incaico para resguardar algo valioso, estoy seguro de que aquello no fue oro; en aquel momento había de por medio cosas mucho más importantes que rescatar. La huida del legendario Choque Auqui —presunto hermano de Huáscar y Atahualpa—, junto con un amplio grupo de Maestros y demás personajes del Imperio hacia la jungla, obedecía a motivos muy profundos. Le baste al lector con saber que Paititi ya existía, incluso antes de que apareciera el primer Inca; pero hablaré de ello más adelante.

4. *El Paititi no existe*, de Víctor Angles Vargas, Cusco, Perú, 1992.

2. EL GUARDIÁN DEL TEMPLO

Dondequiera que estén las huellas del Maestro, allí los oídos del que está preparado para recibir sus enseñanzas se abren de par en par. Cuando el oído es capaz de oír, entonces vienen los labios que han de llenarlos con Sabiduría.

EL KYBALIÓN

Hace miles de años, 32 seres extraterrestres que representaban a distintas civilizaciones unidas por las Fuerzas de la Luz, llegaron a la Tierra para establecer el Gobierno Interno Positivo del planeta.

La Gran Hermandad Blanca sería entonces la fuerza antagónica a la oscuridad que se había establecido en nuestro mundo bajo la consigna de inducir al hombre al estancamiento, ocultándole su real identidad y misión dentro del orden de un Plan Cósmico.

Estos 32 Maestros extraterrestres se asentaron en lo que hoy se conoce como el desierto de Gobi en Mongolia,¹ fundando así la luminosa *Shambhala*, capital o centro matriz del reino intraterrestre de *Agharta*.

1. Según los testimonios geológicos del lugar, el antiguo desierto de Shamo (Gobi) estuvo parcialmente cubierto por las aguas. Hoy en día las arenas del desierto asiático ocupan un área aproximada de un millón de kilómetros cuadrados.

Una vez establecidos en galerías subterráneas, archivaron la historia de la humanidad y del Universo Local (Andrómeda y sus respectivas galaxias «satélite», entre las que se encuentra nuestra Vía Láctea) recurriendo al Registro Akáshico y grabando la información en cristales y en planchas metálicas de ingeniosas aleaciones.

La palabra «Akáshico» proviene del sánscrito *Akásha*, que significa «éter», por lo tanto, el lugar donde quedan impresos los pensamientos y acciones del ser humano estaría ubicado en un plano etérico, sutil, conformado por vibraciones magnéticas.

Los Guías extraterrestres mencionan que el cinturón magnético de Van Alien, que dicho sea de paso forma parte del aura azul de la Tierra, es el Archivo Akáshico que registra todas las emociones y acciones del ser humano, de tal forma que si alguien llegase a conectarse con él, observaría acontecimientos que ya ocurrieron, como la lamentable Guerra del Golfo Pérsico, o las maravillosas enseñanzas de Mahatma Gandhi, antes de que fuera asesinado por un fanático hindú. Y para ir más lejos, incluso se podría conocer lo que muy probablemente se desataría en el futuro por consecuencia lógica de lo que ya ha ocurrido. Es la misma ley de Causa y Efecto manifiesta en estos anales de la historia cósmica que, al moverse en una dimensión atemporal, no hay límites para lo que el hombre pueda conocer.

De igual forma ocurre con el ser humano, ya que en su aura (cuerpo electromagnético que rodea a los seres vivos) se encuentra un Archivo Akáshico «personal», donde han quedado impresos los pensamientos y acciones a lo largo de vidas sucesivas. El sonido o vibración que se desprende del aura, «traducido» a palabras como una onomatopeya mágica, conforma el Nombre Cósmico de la persona. Por ello, la vocalización o meditación en este nombre clave se constituye en un camino seguro al conocimiento interno, y una llave a registros reen- carnativos que nos ayudan a desvelar nuestra misión personal.

Hoy en día, estos 32 Maestros Cósmicos ya no se encuentran en actividad física; desde otros planos y dimensiones siguen llevando a cabo la Magna

Obra que iniciaron hace mucho tiempo. Tampoco ya no es Oriente el asentamiento principal de la Jerarquía; ahora lo es Sudamérica, donde se estaría desarrollando un plan de experimentación para promover una nueva raza. Todo esto forma parte del Plan, como la continua presencia de los Maestros de la Gran Hermandad Blanca, esta vez conformada también por hombres que asumen su condición de «puente», y contactan con aquellos que despiertan para brindarles la sabiduría que necesitan, y así seguir sólidos y firmes por la Senda de la Mano Justa, que no es otra cosa que las fuerzas supremas de la **LUZ**.

Desde el encuentro de *Ábram* —más tarde llamado *Abra- kam*— con *Melquisedec* quien, según la Biblia, tenía los títulos de Sacerdote del Altísimo y Rey de Salem —presunto nombre antiguo de Jerusalén, aunque podría tratarse de uno de los nombres secretos de Shambhala— y la visita de los tres Reyes Magos a Jesús, se han seguido produciendo encuentros con adeptos de la Jerarquía, quienes, como ya he venido afirmando, tienen su base de operaciones en retiros subterráneos que están comunicados por una amplia red de túneles que se desplazan bajo la superficie planetaria.

Existen antecedentes de nuevos encuentros con el mundo interior. Uno de los casos más citados es el del ministro británico de Asuntos Exteriores Bulwer Lytton (1803-1873), que en el mes de julio de 1842 habría tenido un encuentro con un ser intraterreno cuando se hallaba en un retiro en los Alpes italianos, cerca de Bergamo. En 1871 publicó el libro *The coming Race* («La Raza que vendrá»), en el que describe un reino subterráneo y a sus presuntos habitantes.

Quizá una de las experiencias más célebres sea la de Nicolás Roerich, explorador y artista ruso que emprendió en 1925 una expedición al Tíbet y al Asia Central. Allí fue invitado a conocer el reino subterráneo. Ese año, Roerich contempló en pleno día un disco brillante surcando el cielo de Karakorum y los lamas que le acompañaban aseguraron que se trataba de un signo de *¡Shambhala!*.

Nicolás Roerich, junto al sueco Sven Hedin y su antepasado Ruso Nikolai Przhevalsky, fueron los primeros occidentales después de Marco Polo en adentrarse en la cultura de Oriente»

Por otro lado, y también en 1925, el coronel Percy Harrison Fawcett (medalla de oro de la Real Sociedad de Geografía de Inglaterra y jefe de la comisión encargada de delimitar las fronteras entre Perú y los países vecinos) llevó a cabo una arriesgada expedición hacia las selvas del Mato Grosso, en Brasil. Fawcett iba en busca de una ciudad perdida, denominada «Z». Hasta hoy no se sabe qué ocurrió con Fawcett, que estaba acompañado en aquel entonces por su hijo Jack y el fotógrafo Raleigh RimmeL En 1952, otro de sus hijos, Brian, escribió que si su padre entró en la ciudad perdida, no lo habrían dejado salir...

El hecho que motivó a Fawcett a partir en busca de «Z» radicaba en una extraña estatuilla de basalto negro (roca volcánica vitrificada) de unos 25 cm de altura, que habría llegado a sus manos gracias al famoso novelista sir Rider Haggard —autor de la fascinante obra *Las minas del Rey Salomón*— que la consiguió en Brasil a fines del siglo **XIX**.

A través de la investigación psíquica —como la psicometría—, se determinó que la estatuilla venía de la Atlántida y fue rescatada por un superviviente que la mantuvo a su custodia en una ciudad de piedra, escondida en las selvas de Sudamérica. Por alguna razón, la estatuilla llegó a manos de sir Rider para que, finalmente, Fawcett la tuviera como la ratificación de un viaje que venía pensando realizar.

Para añadirle un poco más de misterio al asunto, la esposa del coronel afirmó que cuando vivían en Extremo Oriente aparecieron unos hombres que le anunciaron hechos extraordinarios para el futuro de la familia, anticipando incluso el destino de Fawcett —¿emisarios de la Gran Hermandad Blanca?—. A todo esto se sumó el descubrimiento científico de Machu Picchu por Hiram Bingham en 1911, hecho que daría al coronel Fawcett mayor fuerza a su convicción de partir a la Sierra del Roncador, de donde nunca más regresaría.

Llegó el mes de julio de 1995 y los preparativos para el viaje a Cusco estaban casi listos. Según las comunicaciones telepáticas que recibimos, el día 24 deberíamos partir a la ciudad sagrada de los incas, donde permaneceríamos siete días conectando con distintos lugares para, al final, concretar el trabajo con el encuentro programado en las cavernas del Huayna Picchu. Entonces aparecería el Guardián del Templo, un emisario de la Hermandad Blanca que nos haría llegar un importante mensaje como antesala de la futura expedición al Paititi.

De todo el grupo de jóvenes amigos —unos catorce muchachos— fuimos tres los que finalmente nos dispusimos a concretar la invitación: Ricardo Escuza, Miguel Chávarri y yo; todos ya habíamos trabajado en equipo y ello aseguraba la armonía que debía existir en un viaje tan importante.

Entre los puntos que deberíamos visitar por indicación de los Guías extraterrestres figuraban: Samanahuasi y la laguna de Huaypo, en Urubamba; la Gran Pirámide de Pacaritanpu, ubicada en Ollantaytambo; la ciudadela de Machu Picchu, enclave donde siete personas realizarían un trabajo de «reactivación energética» —esto nos llamó mucho la atención puesto que éramos sólo tres los que viajábamos—; y, finalmente, ascenderíamos por el Huayna Picchu en busca de la citada caverna.

Aunque, aparentemente, todos estos trabajos sugeridos por los Guías parecieran ausentes de sentido o lógica, como por ejemplo el hecho de visitar puntos de marcada importancia en el pasado de avanzadas civilizaciones místicas, y realizar allí prácticas de meditación y proyección consciente de energías, en verdad ignoramos las increíbles potencialidades que guarda el ser humano y que, incluso, se pueden ver notablemente amplificadas en lo que llamamos «lugares de poder». Cusco, desde luego, habría sido «elegido» por ellos —y con alguna razón de peso en mente— como uno de los primeros puntos de preparación para el viaje al Paititi. Fue un «adiestramiento» que más tarde supimos valorar.

Así, llegamos el mismo lunes 24 al aeropuerto de Cusco. Pequeño, ruidoso, pero ello no empañaba la magia especial que se siente desde que el avión

toca la pista de aterrizaje. Una vez que disponíamos del equipaje nos trasladamos a la plaza de Armas para reservar nuestros billetes de tren a Machu Picchu. Ricardo y yo habíamos tenido ya la oportunidad de visitar anteriormente la ciudad imperial, y ello nos evitó innecesarios desplazamientos.

Cuando nos encontrábamos recogiendo información en una agencia turística que pretendía «asaltarnos» con precios de locura, me percaté de que un muchacho nos observaba calmadamente. El joven advirtió que ya estaba al tanto de su penetrante mirada y, sin protocolo ni presentación, se dirigió a nosotros diciéndonos: «¿Por qué no van a Samanahuasi?»

Nos sorprendimos, ¡este muchacho nos confirmaba lo que los Guías nos habían anunciado en las comunicaciones! De inmediato se identificó como un miembro de una escuela esotérica, y nos brindó una adecuada orientación para llegar sin contratiempos al bello retiro que se encuentra enclavado en el valle sagrado de los incas. Incluso, nos facilitó los billetes de tren a Machu Picchu a precios muy por debajo del coste normal.

Contentos, nos dirigimos ya por la tarde en un autobús que partía a Urubamba y al cabo de unas horas ya nos encontrábamos en la plaza de dicho pueblo. Esta vez sería un niño quien nos daría una nueva inyección de entusiasmo: ¡se acercó hacia los tres y nos ofreció llevarnos a Samanahuasi! Por si esto fuera poco, el niño nos trasladó en un triciclo donde fuimos cómodamente sentados —salvo en ocasiones cuando el pequeño vehículo saltaba por lo accidentado del camino— hasta llegar a la misma puerta del citado retiro.

La «Casa del Descanso» (traducción del quechua *Samanahuasi*) es la obra de fuerzas superiores a través de don Antón Ponce de León, quien guiado por unos misteriosos Maestros que lo acompañaron desde su niñez construyó este hogar donde se alberga a muchos niños desamparados, brindándoles de esta forma abrigo, alimento, cariño y educación.

Es grato observar que los niños del retiro han desarrollado sus facultades

psíquicas, su interés hacia lo espiritual y un respeto y amor profundo a la naturaleza. Esto llevó a que un programa periodístico de la televisión peruana (*La Revista Dominical*) dedicara un espacio a Samanahuasi, entrevistando a los niños que allí desarrollan su aprendizaje. Los Guías ya nos habían hablado de la necesidad de venir a este retiro porque, allí, recibiríamos de la forma menos esperada un conocimiento que nos haría comprender la actitud que debíamos tomar frente al viaje.

Tocamos la vieja puerta de madera y apareció un joven, de mirada risueña y expresión amable. Le preguntamos por Dalila, amistad que consolidamos en un viaje anterior (Dalila: pertenece a los grupos de contacto de Colombia; llevaba varios años en Samanahuasi prestando su ayuda voluntaria a los niños).

Una vez que Benito —el joven que nos atendió en la puerta— nos contactó con Dalila, nos fue posible ingresar. Nuestra amiga nos dijo que don Antón no estaba, ello nos desanimó porque pensábamos pasar la noche y suponíamos que sin la autorización correspondiente ello no sería posible. Sin embargo, Dalila conversó con los hermanos que, en ausencia de don Antón, podrían brindarnos alguna ayuda. Y para nuestra alegría nos permitieron quedarnos y compartir.

Dalila, con su habitual ejemplo de cariño y afecto, nos ofreció una deliciosa sopa caliente. Compartimos una agradable cena al lado de Matilde (Argentina), que también forma parte de esta noble tarea y, por supuesto, también estuvimos con los niños. Allí conocimos a Inti y Atón, dos hermosas criaturas en cuya tierna mirada se ve la esperanza de una nueva humanidad. La reunión culminó en risas ante las originales ocurrencias de los niños. Agradecemos a Dalila y Matilde su generosidad y nos dirigimos en busca de un lugar apropiado para montar la tienda de campaña, a pesar de que nos habían ofrecido habitación —no queríamos incomodar—. Así, escogimos un amplio jardín frente a un riachuelo, donde el lento transcurrir del agua nos arrullaba en medio de un paisaje andino que ya mostraba su conmovedor atardecer.

La noche ya nos envolvía, y una vez que levantamos la tienda dialogamos sobre cómo se habían dado los condicionantes para estar en este bello lugar. En ese instante, observamos sobre las montañas un lucero muy brillante; se desplazaba lentamente, como invitándonos a observarlo. Luego, hizo su aparición una segunda luz, pero ésta se encontraba suspendida en el cielo. Entonces ambas luces se tocaron y emitieron un impresionante destello rojizo. Sentíamos que con ello las naves de los Guías confirmaban un momento tan importante. Enseguida nos dirigimos en busca de Dalila y Matilde para reunir a los niños y, una vez que estuviéramos todos juntos, realizar una cadena de irradiación al planeta. Por aquellos días, el Gobierno francés había programado un conjunto de detonaciones atómicas en el Pacífico sur, específicamente en el Atolón de Mururoa. Realmente es penoso observar cómo se emplea la tecnología para el desarrollo de armas de destrucción masiva. Ya las estadísticas a inicio de la década de los noventa afirmaban que cada 60 minutos se invertían 120 millones de dólares en «gastos militares», mientras, por otro lado —y también cada 60 minutos—, mueren 1.800 niños sólo por desnutrición... Cada día, unas 10 toneladas de residuos radiactivos serían generadas por las 350 centrales nucleares existentes —informadas, para decirlo mejor— y, para poner un ejemplo aún más ilustrativo, la cantidad de plutonio vertida al Mar del Norte entre 1960 y 1990, sería suficiente para provocar 250 millones de casos de cáncer.² Hoy se sabe que la famosa Guerra del Golfo Pérsico costó en total unos quinientos millones de dólares por día... Y ello teniendo en cuenta que nunca nos enteramos de cómo fue realmente el conflicto, ya que todo vino «empaquetado» por la CNN.

2. Estadísticas publicadas en *Las profecías de la Tierra*, de Sun Bear y Wabun Wind. Ediciones Martínez Roca, 1993, Barcelona, España.

Era impresionante verificar la conciencia ecológica en los niños de Samanahuasi. Por ello, una vez que formamos un círculo tomados todos de las manos, decidimos proyectar nuestras intenciones positivas para con el planeta. Esta cadena de irradiación^ como la llamamos, se basa en el Principio Hermético del Mentalismo, partiendo de que los pensamientos son cosas y que el ser humano tiene la capacidad de «crear» lo que «cree».

Tomamos tres respiraciones, lentas y profundas, formando un triángulo perfecto y sintiendo cómo poco a poco vamos relajándonos y desechando toda tensión y desarmonía. Imaginamos luego que una poderosa energía blanco-brillante desciende del Cosmos (el blanco contiene todos los colores en sí mismo, en consecuencia, en él se hallan las distintas manifes- * laciones de la Creación), esta energía inicialmente nos cubre, , para luego concentrarse en nuestro pecho y en nuestras manos. Desde allí proyectaremos esta luz al interior del círculo, donde se visualizan personas, lugares o distintas circunstancias y acontecimientos que requieran la ayuda psíquica. Aunque todo esto parezca extraño, realmente la mente humana puede influenciar y modificar el entorno a voluntad.

Aprovechamos la oportunidad para bañar de luz la zona de Mururoa. De ocurrir las pruebas, esperábamos con fe y convicción que los efectos de las detonaciones serían lo menos nocivos para la humanidad y el planeta.

Tras culminar el trabajo tuvimos una gran alegría, al observar en un cielo bellamente estrellado la trayectoria de una nave que cruzó por encima del círculo que formamos. En aquel momento nos dimos todos un fuerte abrazo deseándonos la paz. En verdad, nunca olvidaremos cómo abrazaban esos niños, que se convirtieron en nuestros verdaderos Maestros al enseñarnos que la espiritualidad se vive intensamente en la sencillez y la pureza. Entendimos entonces la actitud que debíamos tomar a partir de ese momento.

Los niños son el fiel reflejo de un espíritu puro, libre de esquemas y limitaciones que frenan el real desarrollo espiritual. Recordemos que en su momento el Señor Jesús habló de la necesidad de ser como niños,

rescatando las virtudes propias de estas sensibles criaturas que son un libro abierto de sorpresas. Un niño no se complica la vida, es sincero, ríe y transmite sublimes sentimientos de paz y tranquilidad. Ellos son, pues, el futuro de la humanidad, y necesitan una adecuada orientación, principalmente en lo que concierne al espíritu, para que una vez que alcancen la edad, que sólo se mide por el conocimiento y experiencia adquiridas, puedan recorrer el Camino del Altísimo dejándose guiar por la suave y melódica voz del corazón.

Esa noche conciliamos el sueño después de llegar a estas conclusiones; a la mañana siguiente, partiríamos hacia nuestro nuevo objetivo: la laguna de Huaypo.

El sol alumbraba con fuerza. Ya habíamos preparado nuestras cosas para partir esa mañana a Huaypo cuando, para nuestra sorpresa, Dalila nos comenta que don Antón ya se encontraba en el retiro.

Fue interesante la amplia y amena conversación que sostuvimos con don Antón. Un hombre de palabras sencillas y mirada atenta. Nos mostró cada detalle de Samanahuasi, desde la biblioteca y las salas para la meditación hasta las habitaciones de los niños.

Durante el paseo observé unas pequeñas figuras de piedra que se hallaban agrupadas en el jardín. Formaban claramente un símbolo compuesto de un triángulo, un cuadrado y un círculo. Don Antón nos confió que lo que estábamos observando era el lugar donde descansan los restos de la contactada norteamericana Dulcie Lilly, quien fue conocida en el mundo esotérico como *Sister Thedra* («Hermana Thedra»). Thedra fue integrante de la denominada Hermandad de los Siete Rayos; dedicó buena parte de su vida al servicio de la Luz y reunió los mensajes de sus Maestros — presuntamente afincados en un templo interior cercano al Titicaca y en el monte Shasta en California—, agrupándolos en un registro, el mismo que llegó al seno de nuestros grupos de contacto allá por la **década** de los años setenta.

Es bien sabido que las informaciones que contiene el hoy denominado Registro Thedra —que habría sido escrito en los años cincuenta— se dieron a conocer sin autorización en el libro *El Secreto de los Andes* (Neville Spearman Limited, Londres, 1961) escrito por el norteamericano George Hunt Williamson, más conocido por su seudónimo *Brother Philip* («Hermano Philip»), Este libro, que despertó un gran interés en el público esotérico, fue duramente criticado por los propios miembros de la Hermandad de los Siete Rayos, ya que aparte de difundir conocimientos «que no debieron llegar al profano», ofrecía además una imagen incorrecta de lo que es en realidad la Hermandad Blanca, como por ejemplo lo que concierne a su historia, a la actividad en los Retiros Interiores, el Disco Solar y la real naturaleza de los Maestros, entre otros temas.

Lo cierto es que las informaciones del Registro Thedra son demasiado abundantes como para tomarlo a la ligera, sin un previo discernimiento, análisis y comprobación. Todo cuanto ha sido escrito allí se encuentra sujeto a distintas interpretaciones, y hay que tener claro que este tipo de informaciones tienen como finalidad dar respuestas y no confundir. Al fin y al cabo, hemos ido aprendiendo en las experiencias de contacto que las respuestas deben buscarse primero dentro de uno mismo. Por esta razón siempre le hemos dicho a la gente que no crea abiertamente en nuestras experiencias o las informaciones que se desprenden de las mismas; lo saludable es cuestionar, analizar y sentir para que cada caminante pueda sacar sus propias conclusiones, y extraer de ello enseñanzas de valor práctico.

Don Antón se dirigía a la ciudad de Cusco y nos ofreció amablemente llevarnos en su camioneta a Huaypo. En tiempo récord recorrimos los pocos kilómetros que nos separaban de la mencionada laguna, ubicada en un hermoso paraje del valle sagrado de los incas.

Allí nos despedimos y continuamos la marcha a pie.

En un intenso cielo azul, decorado de blancas y coposas nubes, una diversidad de aves surcaban el firmamento en raudo vuelo. Las casitas del pueblo campesino de Huaypo se acomodaban sobre un suelo verde y fértil, cual cuadro típico de los Andes que tanto cautiva y emociona al artista sensible. En este bello lugar buscaríamos a nuestro amigo Nieves, a quien conocimos también en un viaje anterior.

Nieves es un hombre noble e inteligente. Desde hacía varios años se había establecido en Huaypo donde posee terrenos de cultivo. Tiene una hacendosa compañera y fruto de esta amorosa unión dos hermosas criaturas. Nuestro amigo saltó a la fama cuando dio testimonio de un contundente avistamiento de ovnis, a plena luz del día, describiéndolo como un artefacto de color plateado y con forma de plato. El ovni pasó sobre él sin emitir ruido alguno y, tras sobrevolar la superficie de la laguna, desapareció. Esta experiencia sería la piedra de toque para que el programa de televisión *Ocurrió Así* (Estados Unidos), emitiera un documental de la laguna de Huaypo donde aparecían Nieves y otros campesinos dando testimonio de las «luces» que se han avistado en el lugar. A raíz de este programa realizamos un viaje de investigación al Urubamba y, efectivamente, comprobamos la presencia de numerosos objetos luminosos que emergían de las tranquilas aguas de la laguna. En aquella oportunidad intentamos tomar alguna fotografía, pero las baterías de nuestras cámaras fotográficas, misteriosamente, se descargaron (¿?).

Ahora, meses después de esta singular experiencia, volvimos a Huaypo. Está de más decir que nuestra presencia en lugares como éste no se debe exclusivamente a los informes de avistamientos de ovnis. Aquí debo mencionar que lugares como Huaypo ofrecen condiciones energéticas «especiales». La misma concentración de *oxiones* (moléculas de oxígeno cargadas negativamente), induce síntomas de relajación y bienestar en los seres humanos. En los bosques —por la función clorofílica de las plantas— en las alturas de las montañas —por la mayor exposición a radiaciones cósmicas ionizantes— y en infinidad de parajes alejados de la jungla de cemento, encontramos lugares propicios para respirar la energía purificadora.

Recordemos tan **sólo** que ya **hace** miles de años los Maestros de la India **hablaban**, del *prana* como la fuerza vital manifestada. Además, **si** je agregamos la belleza que estos mágicos **paisajes** poseen, invitando **a la contemplación**, **tenemos sólidas razones para** buscar el tierno y protector abrazo de la naturaleza. Lamentablemente, el profano que ignora estas cosas argumenta que grupos de contacto como el nuestro parten al desierto o a las montañas movidos por la única esperanza de avistar un ovni. **Situación** por demás burda como para ser verdad.

El reencuentro con Nieves nos alegró muchísimo. Después de conversar un rato nos acercamos a la laguna para meditar. **Aunque** inicialmente pensábamos pasar la noche en Huaypo, una extraña sensación brotó de nosotros mientras meditábamos: sentíamos claramente que ese mismo día deberíamos estar en la pirámide de Pacaritanpu. Así, confrontamos la vivencia que cada uno había tenido y juntos decidimos cambiar los planes para partir hacia la pirámide.

Nieves se extrañó al ver que regresábamos tan pronto; sin embargo nos dimos un tiempo para compartir juntos una agradable merienda que la atenta mujer de nuestro amigo nos había preparado.

Cuando ya nos despedíamos, Nieves nos obsequió a cada uno una papa (patata) de la última cosecha de sus tierras. Tomamos con bromas este original gesto. La amabilidad es una virtud muy bien cultivada en esta región de los Andes.

Mientras nos dirigíamos a la carretera, Ricardo me recordaba la verdadera aventura que habíamos tenido en el viaje anterior. Aquella vez, acampando a las orillas de la laguna, nos sorprendió una terrible tormenta eléctrica. Tuvimos que soportar una feroz lluvia de granizo, la misma que sumada al fuerte viento que se desató logró arrancar el techo de la carpa, dejándonos sólo con el frágil mosquitero.

Los rayos caían a escasos metros de nuestra ubicación y esto nos puso muy nerviosos. Sabíamos por los campesinos que en estas tormentas parte del ganado propio del lugar había sido alcanzado por los rayos, por ello los

campesinos de Huaypo, siempre muy cuidadosos, ni siquiera usan anillos o algún adorno metálico en estas temporadas porque ya se han registrado lamentables accidentes en la comunidad.

Pero esto no fue todo.

Para colmo de males una gran masa de lodo y piedras se acercaba amenazante hacia nosotros. Estábamos en un terreno inclinado y por lo tanto condenados a lo impredecible.

En medio de esta angustiada situación, una figura se desplazaba con dificultad. Era un campesino de la comunidad que venía a ayudarnos. Su rostro cobrizo reflejaba preocupación, pero al mismo tiempo denotaba una sólida voluntad por sacarnos del aprieto. El barro le cubría por encima de las rodillas; sin embargo, a pesar de la dificultad, logró llegar hasta nosotros. Gracias a él pudimos escapar de los embates del tiempo, que son muy comunes por esas fechas (diciembre). Nuestro nuevo amigo no sólo nos ayudó a salir de una complicada situación, sino que también nos refugió en su casa, abrigándonos del frío. Así conocimos a Nieves.

Ya en la carretera, conseguimos que un ómnibus nos llevase a Ollantaytambo, desde donde continuaríamos a pie para visitar la pirámide de Pacaritanpu.

Los Guías nos habían hablado de la necesidad de polarizar esta gigantesca pirámide trunca de caras asimétricas, la misma que se alza 33 metros, ocupando un área de 150 hectáreas. En esta singular pirámide se manifiestan simbólicamente el hombre, la Tierra, el *ushnu* o «altar», el agua y el Sol; este último representado en la forma romboidal que tiene el espacio de la base.

Los *Paq'os* —sacerdotes andinos— identifican en el rombo la presencia del Sol, con su significado de irradiación y poder.³

3. *La Gran Pirámide de Pacaritanpu, entes y campos de poder en los Andes*, de Fernando E. Elorrieta Salazar y Edgar Elorrieta Salazar, Sociedad Pacaritanpu Hatha, Cusco, Perú, 1992.

La figura del rombo juega un papel muy importante en el significado profundo de la clave activadora **RAHMA**, que como sabemos significa «Sol en la Tierra». En el rombo se encuentra una interpretación geométrica, sobre todo por la estrecha relación que guarda nuestra experiencia de contacto con el mensaje de la denominada Orden de los Esenios. ¿Dónde encaja todo esto?

La Orden de los Esenios estaba conformada por hombres y mujeres consagrados a una vida espiritual. Esta agrupación organizó en Palestina, siglos antes del nacimiento de Jesús, tifa comunidad. Construyeron su principal monasterio en la cumbre del Monte Carmelo, donde tiempo atrás Elias —que también estuvo en contacto con los Maestros— había establecido un refugio y donde enseñó algunos misterios de la Gran Hermandad Blanca.

Los miembros de la Orden se vestían con largas túnicas blancas y por ello les llamaban los «hermanos blancos». También se les denominaba los «hombres de la palabra suave», lo cual denota conocimientos del poder del verbo llevados a la práctica —como se debe hacer con toda enseñanza—. Se les conocía bajo estos nombres ya que la palabra «esenio» no era de dominio público. El nombre esenio deriva de la palabra egipcia *Kashaij* que significa «secreto»; y es en secreto, aunque suene contradictorio, como se dan a conocer las grandes enseñanzas: «que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha», dijo Jesús, que para algunos estudiosos podría ser el «Maestro de Justicia» de los esenios. Ello si tenemos en cuenta las inquietantes revelaciones de los Rollos del Mar Muerto. Pero volviendo a las palabras de Jesús, con esto no me refiero al hermetismo propio que adoptaron algunas escuelas esotéricas, sino a la vital importancia de compartir un mensaje, sin preconceptos ni esquemas, más bien con naturalidad y amor real al prójimo. Nuestra experiencia de contacto, que se dio a conocer mundialmente con el nombre de «Grupo Rama» o «Misión Rama», dio un gran salto cuando rompió las estructuras que se habían creado para transformarse en un mensaje universal libre de etiquetas. Hoy por hoy cada uno continúa en el

camino que demarcó el contacto, pero a título personal y sin ninguna organización que lo respalde, y que bien podría confundir la esencia del mensaje en un momento tan especial como el que vivimos. Los requerimientos de la denominada Era de Acuario apuntan al desarrollo espontáneo y natural de la espiritualidad.

Sólo el tiempo, como en todo, ha venido demostrando que este cambio era necesario. Y he aquí el mensaje de la sabiduría antigua: una correcta y auténtica espiritualidad.

Hoy en día aparece en las comunicaciones de los Guías extraterrestres (psicografías) la figura del rombo, y cabe mencionar que éste fue el símbolo sagrado de los esenios —con una cruz en el medio, representando al hombre con los brazos abiertos—. Estaba claro que la interesante geometría de la Gran Pirámide de Tanpu traía un mensaje que estaba plasmado en sus cimientos. El hecho de que actualmente se reciban estas informaciones, obedece a que los Guías y Maestros tratan de recordarnos algo. Estoy seguro de que la explicación se encuentra en la forma de vida que llevaron los esenios; existe una conexión de nuestra experiencia de contacto con la labor que ellos llevaron a cabo hace siglos: preparar el advenimiento de un Nuevo Tiempo. Más adelante retomaré este punto.

Parecía mentira que de sólo observar la pirámide, de sentirla, pudiésemos llegar a tan profundas conclusiones. Lo más curioso de esta construcción es que desde una referencia horizontal el observador no podría ubicar la pirámide, sólo desde la altura de las montañas. Ciertamente era una forma muy ingeniosa de mantener el sagrado enclave lejos de miradas curiosas e inoportunas.

Cruzamos las ruinas de Ollantaytambo en la dirección que conduce a los andenes. Nos dirigimos a la superficie misma del sacro lugar y allí establecimos el campamento. Una vez que acomodamos el equipo, iniciamos una meditación para crear las condiciones de paz y sensibilidad que requería nuestro trabajo de *polarización*.

Para el lector que no comprenda esto paso a explicarlo.

Todo es dual, el frío y el calor, la mentira y la verdad, las tinieblas y la luz. El primer punto a considerar es que los opuestos son idénticos en naturaleza pero distintos en vibración.

Sabemos que el ser humano puede crear lo que cree gracias al poder mental que se encuentra en él, esperando ser utilizado, por ejemplo: es bien sabido que al estar una persona sujeta a fuertes tensiones, podría generar una gastritis, o quizá una úlcera. Muchos dolores de cabeza o jaquecas (cefaleas) tienen su origen en la sugestión. Hoy en día son numerosos los médicos que convienen en que un buen porcentaje de enfermedades tienen raíces psicosomáticas. La mente *crea*.

Los Maestros de antiguo utilizaban su poder mental para alterar los estados, sustancia o forma de las cosas. Este arte es conocido bajo el nombre de «transmutación mental». Ello permite cambiar la polaridad del objetivo.

Las leyes del Universo también nos enseñan que todo tiene su correspondencia: «Como es arriba es abajo», reza el antiguo principio hermético; ello quiere decir que las leyes funcionan en todos los niveles, desde una molécula a una galaxia. Por ello el hombre puede transmutarse a sí mismo, y he aquí la verdadera piedra filosofal de los alquimistas, que afirma que toda transformación debe iniciarse en nuestro propio interior, procurando eliminar los rasgos negativos de nuestra personalidad hasta fundirnos con nuestra real esencia. Es precisamente desde allí donde debemos empezar a cambiar.

Ahora bien, en este caso nuestro trabajo de polarización estaba orientado a reactivar la pirámide hacia la luz, ya que las fuerzas oscuras se estaban concentrando en este lugar para ofrecer condiciones energéticas que se pudieran aprovechar... Sí, se le podría llamar «magia» a todo esto. Es triste que la ignorancia y la superstición de muchos haya confundido su verdadero significado. De existir comprensión de estas leyes, no nos sorprenderíamos al observar a un Maestro controlar los elementos de la naturaleza, como provocar o detener tormentas. Para información del lector, la palabra magia significa «Gran Vida»; es curioso que las palabras *Mahat* (sánscrito), *Maz* (parsi), *Megas*

(griego) y *Magnus* (latín) —entre otras—, todas signifiquen «grande».

Ya era de noche y hacía frío. A la hora acordada nos ubicamos los tres formando un triángulo. Tomados de las manos iniciamos el trabajo envolviéndonos en una cúpula de protección y sentimos que una energía poderosa nos cubría.

Conseguimos un estado óptimo de relajación y ello nos permitió proyectarnos al interior mismo de la pirámide. Observamos claramente en una espaciosa habitación de piedra la presencia de un brillante cristal romboidal, que se hallaba colocado sobre una especie de altar, también de piedra. Sabíamos que ese cristal tendría que cambiar de posición para que el trabajo fuese realizado correctamente.

Utilizando el poder mental debíamos hacer girar el cristal de tal manera que la punta que siempre apuntaba hacia abajo, quedase finalmente orientada hacia arriba. Y así dispusimos que se hiciera. Cuando el cristal empezó a girar, fuimos sorprendidos por la aparición de numerosos hombres, todos ellos ataviados con extrañas túnicas negras y la mayoría ancianos. Algunos estaban armados con lanzas, hachas y otros objetos que empuñaban amenazadoramente hacia nosotros. Parecía una visión del pasado. Sea como sea, estos hostiles personajes iban duplicándose en torno a nosotros, dificultando nuestro trabajo mental; sin embargo, a pesar de la cercanía de esta tenebrosa presencia, estábamos convencidos de la protección.

A lo largo de la experiencia de contacto habíamos aprendido que a lo único que debíamos tener miedo era a nuestro propio temor. En aquel momento recordaba aquellas inolvidables noches que había pasado solo en el desierto. La soledad no sólo templa los nervios, también nos abre las puertas a un diálogo interior: «Cuando tú hablas, el Maestro calla, y cuando tú estas callado, el Maestro te empieza a hablar». Ello nos hace fuertes desde dentro. Un viento helado se dejó sentir con violencia, ahora podíamos ver a estos sombríos personajes en la parte exterior de la pirámide mientras el cristal estaba a punto de ubicarse en la posición deseada. No culpo al lector si duda; pero el viento fortísimo que irrumpió de súbito casi nos arroja al suelo como

si nuestros cuerpos físicos se trataran de hojas de papel. Era más que necesario mantener la concentración en esta difícil tarea, y afortunadamente lo logramos. Tan rápido como apareció el viento, el mismo desapareció. Tampoco se dejaba sentir la presencia de los ancianos con túnicas negras. La sensación de tranquilidad era profunda. El lugar se mostraba ahora lleno de luz.

Nuevos avistamientos marcarían el punto final ratificándonos que no debíamos dudar de nuestras potencialidades, confiando en aquellos que habían dispuesto por orden divino el Plan Cósmico.

Soy totalmente consciente de que experiencias como ésta son difíciles de aceptar. Sin embargo, existen.

Después de intercambiar las experiencias que afrontamos durante el trabajo —todas eran similares— aseguramos los clavos de la carpa porque habían sido arrancados por el impetuoso viento. Dormimos pensando que ya se acercaba el encuentro físico con el Guardián del Templo en las cavernas del Huayna Picchu. ¿Cómo será? —nos preguntábamos—. Los Guías nos habían dicho que todo se daría de la forma menos esperada. Lo cierto es que todo lo que estábamos viviendo nos permitía poner en práctica las enseñanzas recibidas en la experiencia de contacto. Tal como lo anunciaba Alcir, era una preparación para Paititi...

Al día siguiente de esta increíble experiencia regresamos a Cusco para preparar nuestras cosas; y el 27 de julio de aquel inolvidable 1995 partimos en tren a Machu Picchu.

Machu Picchu es la *Llacta* sagrada del Imperio inca. Al menos eso es lo que se supone. Posiblemente fue un escondrijo militar organizado por el Inca Pachacútec, ya que la ciudad se edificó en las tierras correspondientes a su mandato.⁴ Sin embargo, encontramos posiciones enfrentadas sobre lo que fue en realidad Machu Picchu: un templo, fortaleza, o un refugio. Quizá lo

4. ***Los Incas I*** de Waldemar Espinoza Soriano, Amaru Editores, Lima, Perú, 1990.

más discutido es su origen, donde nos tropezamos con diversas hipótesis. Por ejemplo, para el doctor Gabriel Cosío (1887-1960), la ciudad-templo no habría sido conocida por los españoles. Incluso fue más lejos, afirmando que ni siquiera los incas la conocieron... Cosío la situó en el paleolítico quechua, reinando con Tiahuanaco (¿ ?).

Esta apreciación no fue compartida por el célebre investigador Max H. Lehmann, quien sustentó la presencia de Machu Picchu en la denominada «Edad Dorada de los incas»; es decir, siglos antes de la llegada de los conquistadores.

Por otro lado, y con una conclusión muy contraria, Hiram Bingham, el descubridor científico de la misteriosa ciudad de piedra, sostuvo que el famoso grupo arqueológico tampoco fue construido por los incas. Bingham afirmaba que Machu Picchu fue abandonado por los *Pirwas* y que posteriormente fue ocupado por el Imperio del Sol.

Sobre la presunta antigüedad de la ciudad, para la mayoría de los investigadores la «Anciana Montaña» —traducción del vocablo quechua Machu Picchu— no pasa de los quinientos años. Lo raro en todo esto es que las grandes culturas americanas —dentro de las cuales el Imperio inca ha ganado mercedamente un lugar importante— poseen historias y cronologías que se remontan al origen de sus ancestros, incluso se puede apreciar que determinaron con escalofriante exactitud los solsticios ocurridos hace varios miles de años... Es bien sabido que los métodos empleados para señalar la supuesta antigüedad de algún «descubrimiento» guardan un margen de error. Estoy convencido de que conforme avancen las investigaciones arqueológicas en los próximos años, nos llevaremos más de una sorpresa.

Templo o fortaleza, las enormes murallas de piedra de Machu Picchu echan por tierra el concepto mediocre que algunas personas tienen de un pasado que fue en verdad glorioso y sagrado. El yacimiento arqueológico de por sí es cautivante y la energía que se respira en el lugar es evidente hasta para el

menos sensible. Cabe mencionar que la base donde se asienta la ciudad es de cuarzo, lo cual sugiere que el lugar para erigir Machu Picchu fue buscado. Además, si agregamos que la ciudad se levanta al borde de gigantescos acantilados, sobre una variedad de picos y riscos muy pronunciados, tenemos el lugar perfecto para el asentamiento de un santuario de marcada importancia.

Nos encontrábamos allí, contemplando las ciclópeas ruinas de una civilización desaparecida. El viaje en tren desde la ciudad de Cusco hasta Aguas Calientes (paradero final antes de subir en bus a Machu Picchu), no había producido cansancio en nosotros. Así que, sin realizar el habitual recorrido turístico, nos encaminamos de inmediato hacia la *Roca Sagrada*.

En lo personal, había tenido numerosos sueños con respecto al viaje. Sabía que en la roca deberíamos realizar el trabajo de reactivación energética. Pero una idea seguía martilleándome la cabeza: eran siete las personas que debían concretar este trabajo y éramos sólo tres. Aún recordaba con claridad el sueño donde observé a las siete personas llevando a cabo el trabajo, y ello no se «acomodaba» a la situación que enfrentábamos. Entonces percibí cómo yo solo me complicaba, al detener mi atención en las formas del trabajo y no en la intención del mismo. Decidí entonces no preocuparme, y dejar que todo fluyera naturalmente. El tiempo nos enseñaría que el ritual nunca es más importante que la actitud en sí misma.

La Roca Sagrada es un monolito plano de 3 metros de altura y 7 metros de largo —el tres y el siete son números sagrados—. Esta roca habría sido un altar donde los hombres andinos ofrecieron ceremonias a los espíritus de las montañas, antes de iniciar el ascenso al Huayna Picchu. Precisamente allí, nos encontramos con turistas de Chile y de Brasil, que eran miembros de grupos espirituales en sus respectivos países. Quizá el lector ya imagina lo que ocurrió: con estos simpáticos y sensibles hermanos que se hallaban visitando Perú, conformamos un armonioso grupo de siete personas que, finalmente, concretó el esperado trabajo —y yo que me había complicado

la vida innecesariamente—Debo decir que la imagen de aquellas personas se ajustaba perfectamente a los sueños que tuve sobre el trabajo en Machu Picchu...

Una vez juntos en círculo y tomados de la mano, visualizamos que la ciudad-templo se encendía en una poderosa luz blanca, la misma que se separó en diferentes rayos de colores que fueron enviados desde Machu Picchu hacia todo el mundo, Imaginamos paz donde había violencia, salud donde se desarrollaban enfermedades, conocimiento donde reinaba la ignorancia.

Emocionados, nos dimos fraternalmente un abrazo de paz ante la mirada adocnada de los curiosos que se acercaron a observar nuestro trabajo. Sin querer, habíamos despertado el interés de la gente.

Curiosamente, las claves matemáticas 3 y 7 se venían sucediendo «entre líneas», teniendo en cuenta que «llegamos» tres a la Roca Sagrada, y luego fuimos siete durante el trabajo. Las medidas de la roca antes mencionadas contienen también esos números. Un detalle no menos interesante resultaba ser que nos hallábamos allí para ascender finalmente al Huayna Picchu, lo cual encaja con la hipotética utilización que le han dado los arqueólogos al altar de roca...

Tras despedirnos, nos dirigimos a realizar una simbólica ofrenda a la montaña antes de ascenderla. Así, se nos ocurrió ofrendar las papas que Nieves nos había obsequiado en Huaypo —oportuno obsequio— y que aún conservábamos. Con sumo respeto, Miguel enterró este preciado tubérculo andino en las entrañas del Huayna Picchu. Tras una sencilla y corta ceremonia, en respeto a la ancestral creencia inca, iniciamos juntos el ascenso.

Conforme uno va avanzando —como ocurre también con el camino espiritual—, el recorrido se estrecha, invitando sutilmente al caminante a abandonar la empresa. Afortunadamente el guarda de la caseta de madera que se encarga del control de quienes pueden subir, no se encontraba. Ya era tarde y existía la posibilidad que nos negaran el ascenso. Lo que sucedía era que nosotros no íbamos a seguir la ruta principal que conduce a la punta

de lanza de la montaña, sino que al llegar a una respetable altura, tomaríamos el temerario camino que se abre hacia la izquierda, de por sí paralizante, bordeando precipicios y atravesando al descender la ceja de selva.

Este camino no es recomendable para los turistas si no están acompañados por un experimentado guardabosque. A diferencia del camino principal que se dispara a la cumbre, el desvío no contaba —al menos en esas fechas— con las tan necesarias sogas que pueden prevenir cualquier lamentable accidente. El citado camino conduce al grupo de las cavernas o Templo de la Luna, lugar marcado para el encuentro con el emisario de la Gran Hermandad Blanca.

El equipo más pesado lo habíamos dejado en el almacén de turistas. Sólo llevamos lo indispensable, y sin embargo el ascenso fue de todas maneras muy fatigoso, y aún más al marchar con prisa para poder llegar al Templo de la Luna antes de que anoheciera. Una vez que tomamos el desvío, el camino giró bruscamente descendiendo entre la ceja de selva y conduciéndonos hacia el grupo de las cavernas. Un sentimiento muy extraño se dejaba sentir con poderosa magia en nosotros. Nos sentíamos acompañados...

Tuvimos que sortear una serie de peligrosos precipicios antes de observar entre el bosque lo que parecían ser andenes. Los tres apuramos el paso y fuimos presa de una gran emoción: ¡era el lugar! Ni bien llegamos, un multicolor colibrí se dirigió hacia nosotros y nos rodeó en varias oportunidades con su característico vuelo. Ello nos llamó mucho la atención, ya que el bello pajarillo una y otra vez nos rodeaba en círculos como si quisiese decirnos algo. Al margen derecho del camino encontramos el Templo de Piedra, que descansa sobre el pronunciado cañón que tiene como alma al río Urubamba.

Encontramos varias cavernas en el recinto, algunas se hallaban ingeniosamente disimuladas entre la maleza. Al investigar observamos que

las entradas estaban tapadas con pesadas rocas. En la mayoría de los casos estas sospechosas obstrucciones eran bien sutiles y poco perceptibles. Entramos en algunas de estas cavernas; el olor de por sí era muy desagradable. Tras explorar buscamos un lugar apropiado para levantar el campamento.

La noche ya nos cubría y la temperatura fue descendiendo obligándonos con ello a abrigarnos en el interior de la tienda. Allí realizamos una meditación, y nuestra sensibilidad creó las condiciones para que se estableciera el puente telepático con los Guías extraterrestres. Fue Antarel quien se comunicó con nosotros, a través de un mensaje psicográfico que Miguel recibió, y para nuestra sorpresa, el mensaje afirmaba que el contacto con el Guardián del Templo ya se había dado (¡!).

En lo personal, no comprendí lo que Antarel nos transmitía: si el contacto ya se dio, ¿en qué momento del viaje ocurrió como para no darnos cuenta? Los Guías extraterrestres nos dijeron con anterioridad que el contacto se daría de la forma «menos pensada». ¿Acaso ocurrió y nosotros no estuvimos atentos? Por otro lado existía la posibilidad de que el mensaje fuese un mentalismo (pensamientos del antena que se filtran en el mensaje), que buscaba justificar un contacto que nunca se concretó. No dudaba de la honestidad y equilibrio de Miguel, pero es saludable mantener siempre una postura objetiva y analítica frente a los mensajes recibidos. Y aún más en circunstancias como la que enfrentábamos.

Para todo esto, durante la recepción pude captar que a las ocho de la tarde se daría una confirmación que avalaría el mensaje recibido, yo no conocía el contenido del mismo, lo cual desató mayor confusión en nosotros.

Consultamos el reloj y faltaban sólo quince minutos para el supuesto avistamiento. En vista de las desorientadoras circunstancias decidimos esperar la posible confirmación de la conexión telepática con Antarel, y una necesaria explicación.

Ya eran las ocho de la tarde y nos encontrábamos fuera de la tienda de campaña escudriñando un cielo nublado y muy oscuro, ni siquiera podíamos ver alguna estrella.

Los minutos pasaban y los tres intercambiábamos miradas de desconcierto, pero también de profunda reflexión. Habían transcurrido unos quince minutos, unos largos quince minutos.

Pensaba entonces en el viaje y su profundo significado simbólico, que parecía haber cobrado forma desde que llegamos al Templo de la Luna. En aquel instante habíamos experimentado una gran emoción. Un momento realmente especial, mágico. ¡Sentía que allí mismo se produjo el contacto! Y con ello me refiero al verdadero contacto: entre nosotros y con nosotros mismos. Simbólicamente, el «emisario» estaba en nuestro interior, y el contacto con él se había dado finalmente, tal cual advirtieron los Guías, «de la forma menos pensada».

Con ello no deseaba buscar una justificación que explicase todo. Era lo que mi corazón sentía. Contemplando el macizo andino pude comprender lo que significaba la misión de contacto, en aquel momento lo comprendí, como nunca antes. Aunque suene extraño, incluso irresponsable, ya no necesitaba ninguna confirmación, y este sentimiento era compartido por mis dos compañeros de viaje que, en todo momento, habían demostrado una amistad fiel y auténtica espiritualidad.

Fue entonces, en ese preciso momento, que la esperada confirmación que ya no nos perturbaba se hizo presente. Todo ese instante de profunda reflexión habíamos estado acompañados por unas doce canéplas (sonda visor no tripulada que es enviada por las naves para recolectar imágenes, aunque su tamaño varía, generalmente alcanza un diámetro similar al de una pelota de baloncesto), y éstas no se encontraban en el cielo —por ello no las vimos inicialmente—, sino en la profundidad del cañón que teníamos a nuestros pies. Estábamos mirando en la «dirección equivocada».

Se acercaron hacia nosotros, ejecutando espectaculares movimientos. Algunas de ellas estuvieron bastante cerca; incluso, de las cavernas que habíamos explorado salieron para nuestra sorpresa otros artefactos. Después de realizar algunos movimientos más cerca del cañón, estos ingenios voladores desaparecieron. En el cielo se podían apreciar también

lejanas luces que se marchaban a gran velocidad. Sentí que con ello se avallaba la conclusión interior de lo que el contacto supone conseguir: reconocer la propia identidad.

Habíamos estado buscando el contacto con el Maestro fuera, antes de echar un vistazo *dentro* de nosotros mismos. Y era verdad: llegamos hasta este increíble lugar para comprender con nuestros propios pasos la trascendencia de lo que el contacto significa.

Después de la experiencia, contentos, volvimos nuevamente a la tienda de campaña para dialogar sobre todo lo que habíamos vivido. Nuestra conversación no duró mucho, de súbito nos vimos interrumpidos por unas pisadas que se acercaban al campamento...

—¿Oyen? —advirtió Miguel.

—Son pasos, alguien se está acercando —comentó Ricardo con marcado nerviosismo, el mismo que ya se apoderaba de todos nosotros.

—Hay que salir a ver —sugerí mientras advertíamos que las pisadas rodeaban la carpa, hasta detenerse a espaldas de nuestra ubicación...

—Debemos verificar de quién se trata —insistí. Pensaba en que podría tratarse de un guardabosque, pero ¿a esa hora de la noche?

Decidimos salir, pero no nos poníamos de acuerdo en quién sería el primero en abandonar la tienda. Al final salimos los tres y Miguel empuñaba el martillo que nos había servido para asegurar los clavos de la tienda. Nada más salir, inexplicablemente las cuerdas que sujetaban el toldo se enredaron en el brazo de Miguel, haciendo que soltase el martillo. Nos dimos cuenta de que estábamos frente a «algo» mágico y no ante un posible guardabosque o un eventual asaltante de turistas.

Rodeamos la tienda —temblosos por cierto— y en medio de la maleza y la oscuridad se dibujaba la silueta de una persona de baja estatura» Decidí entonces acercarme, pero una fuerza me detuvo, como si aquel insólito visitante generara una especie de barrera. Aún inmóvil frente a él, le aseguré que veníamos con buenas intenciones, sin el más mínimo deseo de

profanar un lugar sagrado. Le dije que habíamos venido guiados por los Maestros y que al día siguiente partiríamos de regreso» En verdad, sentí que me escuchaba atentamente.

Tan rápido como se presentó, este extraño visitante se alejó en medio de la oscuridad que reinaba en el lugar. Con su aparición una serie de animales comenzaron a emitir sus característicos sonidos advirtiendo que alguien ajeno a nosotros se hallaba allí. ¿De quién se trataba? Con este interrogante nos scostamos, esperando que al día siguiente nuestra compren- sión fuese mayor. Después de todo esto, nada hacía prever que lo destinado para aquella noche aún no había acabado.

El sueño se apoderaba de nosotros, el clima era distinto y no sentíamos frío alguno. Una temperatura templada nos cobijaba en su seno seduciéndonos a un sueño profundo. En medio de este cuadro, una presencia penetra en la tienda y nos extrae de nuestro cuerpo físico en una proyección astral consciente (experiencia en la cual uno puede abandonar el cuerpo físico a través de sus vehículos sutiles). Nos llevó al interior de una de las cavernas que habíamos explorado anteriormente, y allí vimos con mayor claridad de quién se trataba: era un hombre de baja estatura, de apariencia cusqueña, vestido con un típico manto andino que le llegaba hasta las rodillas. Su penetrante mirada resaltaba en un cabello negro azabache y en un rostro cobrizo con algunas arrugas que denotaban la experiencia acumulada a través de los años. Este hombre tomó asiento en una roca, mientras nosotros tres permanecíamos de pie. Después de observarnos detenidamente a cada uno, nos transmitió una serie de sensaciones que en palabras decían lo siguiente:

Han tenido que llegar hasta aquí para comprender un proceso que se inició hace mucho y del cual ustedes forman parte. Para que este encuentro se diera, era necesario que ustedes mismos, por sus propios medios, llegaran a la conclusión de que el encuentro se produciría dentro, antes de manifestarse en lo exterior.

En su interior traen un recuerdo milenario que encierra una gran sabiduría, acumulada a través de los tiempos. En lo más profundo de esa mágica realidad mora el Real Ser de cada uno. El es entonces el verdadero Maestro de la Gran Hermandad Blanca, el Guardián del Templo; sólo una vez que obtengan el encuentro con este Maestro, muchas veces ignorado por ustedes, la Jerarquía de los Retiros Interiores se hará presente.

Así como escuchan el mensaje que se les comunica en el interior de esta caverna, de la misma manera podrán tener acceso a más respuestas dentro de ustedes mismos. No busquen en el lugar equivocado, muchas veces lo incorrecto parece ser lo más sensato por ser sólo más fácil. Será necesario que tomen todo esto muy en cuenta para los compromisos que aún tienen pendientes.

Se preguntan por qué tenían que venir hasta aquí para llegar a tan importante conclusión. Deben entender que de esta manera la enseñanza no sería olvidada, saben bien el valor que poseen aquellas cosas que nos costaron mucho poder realizar.

Además, este lugar es testigo del desarrollo de una cultura milenaria. La memoria de los sacerdotes incas perdura en el ambiente. Ellos mantuvieron contacto con la Gran Hermandad Blanca de los Retiros Interiores y ahora la tradición santa continúa con todos aquellos que asumen ese rol: ser depositarios de la Antigua Sabiduría. Todo es más grande de lo que parece, incluso estas ruinas, hay muchas cosas que aún no han vislumbrado los estudiosos. Esta ciudad de piedra fue escenario de magnas ceremonias, solares y lunares. Estas actividades se desarrollaban en la Pirámide del Sol y en la Pirámide de la Luna. El pico más alto de esta montaña fue hace mucho tiempo esa pirámide de culto solar de la cual les hablo, y es en sus entrañas donde están los cuerpos de los nobles sacerdotes del Imperio. Este fue el lugar que se eligió como necrópolis sagrada. El acceso a las salas subterráneas está cortado. Así lo dispusieron los Maestros, hasta que llegara el momento.

Hay información del Imperio que en la hora precisa se entregará, pero aún no. Después de que viajen a la misma morada de los Maestros comprenderán todo ello. Deben ir al Paititi Tomen este encuentro como una iniciación que los prepara para un compromiso de grandes proporciones. Pero no crean que aquí acaba la preparación, tendrán que vivir otras experiencias. Antes, de penetrar en las selvas del Paititi deben encontrar a Q'eros y convivir allí Yo vengo de ese lugar...

Después de decirnos todo esto, nos explicó cómo los incas preservaban su conocimiento gracias a un ingenioso lenguaje simbólico.⁵ Los grabados de animales eran entre otros los más utilizados para expresar la milenaria sabiduría. Con mucha paciencia, nos mostraba los grabados en la roca o petroglifos. Entre ellos recuerdo la figura de un mono que de inmediato asocié con las figuras de Nasca, en el desierto de Ica, donde anteriormente también tuvimos la oportunidad de viajar.

Sin embargo, lo que me pareció más increíble era escuchar a este hombre asegurar que aquel colibrí que nos recibió al llegar era él...

Según lo que nos dijo, dominaba un arte antiguo que le permitía cambiar de «forma», quizá a un jaguar, una serpiente o, como fue en este caso, un colibrí. Posteriores investigaciones nos revelaron que esta extrañísima habilidad era conocida como el arte del *Nahualismo*; curiosamente, para las culturas mesoamericanas el colibrí era el *nahuatl* del Sol. Esto quiere decir que esta ave tan simpática era el «mensajero» del Sol en la Tierra, Y ese es precisamente el significado de la palabra activadora de nuestra experiencia de contacto: **RAHMA**.

5. Algunos arqueólogos han sostenido que los incas no poseían escritura, y que sólo utilizaron los *Quipus* como una forma de archivar información. Recientes investigaciones han venido demostrando que los incas tenían otras formas de archivar sus conocimientos como los *unkus* o mantos andinos con sofisticadas claves geométricas. Aun así, es posible que el «verdadero archivo» se encuentre oculto, ya que era el tesoro máspreciado del Imperio. Las leyendas afirman con insistencia que este tesoro fue llevado al Paititi.

Escuchar a este hombre era de por sí una verdadera experiencia, sabía tanto y poseía grandes habilidades. Sin embargo, a pesar de ello, mantenía una humildad y sencillez que aparentemente contrastaba con lo profundo de su mirada. ¡Quién lo hubiera pensado! No era un anciano de larga túnica blanca, sino un hombre de apariencia muy modesta que fácilmente se podría confundir en cualquier plaza entre la gente. Y él nos hablaba en representación de la Gran Hermandad Blanca.

Al día siguiente, al despertar, no recordábamos muchos detalles de la experiencia. Pero para nuestra sorpresa, al entrar en la caverna donde había ocurrido el encuentro logramos percibir claramente un agradable olor a incienso. Es más, incluso hallamos los petroglifos que el hombre nos interpretó durante la experiencia en el astral... Tomamos algunas fotografías del interior de la caverna y analizamos juntos el significado oculto de los grabados.

Físicamente habíamos llegado a este lugar para comprender un mensaje que los Guías venían repitiendo desde hacía mucho: buscar en el lugar correcto. Teníamos que ocuparnos más en la búsqueda del Maestro Interno, que se halla también en una caverna, pero simbólica, representando nuestro vehículo físico como la morada de la esencia primera. Si está escrito que nuestro cuerpo es el templo de la Chispa Divina: ¿quién es el verdadero Guardián del Templo o Maestro de la Gran Hermandad Blanca?⁶ Estaba tan claro y no lo habíamos tomado en cuenta.

Ya lo decretó la Jerarquía: «Todo aquel que lave sus vestiduras para asumir una misión por la Sagrada Voluntad del Padre- Madre, es un miembro de la Gran Hermandad Blanca; sólo después de que el discípulo comprenda que la sabiduría primero se busca dentro, escuchará acercarse los pasos del Maestro». Y ciertamente así ocurrió.

6. *La Santa Biblia?* ver Corintios 1, cap 6, 19 (para consulta se utilizó la antigua versión de Casiodoro de Reina de 1569, revisada en 1960).

Después de que llegamos a esta conclusión, el emisario se acercaría físicamente al campamento, observándonos desde la oscuridad de la noche. Luego, mientras nos hallábamos *dormidos* fuimos *removidos* de nuestro cuerpo material, para así poder continuar con la experiencia en otros niveles de preparación.

El lenguaje simbólico que se desprende de cuanto nos **acontece** es una clara señal de que por todos los medios llega la enseñanza. Meditábamos en que inicialmente fueron 32 civilizaciones extraterrestres las que constituyeron el Gobierno Interno Positivo del planeta —cada una de ellas representada por una entidad-civilización que vino a nuestro mundo—, y que en este tiempo la civilización que ocupe el «lugar 33» debe ser la humanidad. Por ello la constante observación de la clave numérica 33 en matrículas de automóviles, en la hora, la numeración al pie de página de un libro, entre otras; desde luego, es una forma de recordarnos nuestra misión de ser puente con el Universo. No es extraño entonces que muchas personas se «encuentren» a menudo con esta clave activadora de la consciencia. Hoy por hoy, sabemos que los números tienen un lenguaje matemático muy importante. Así, el número 33 es también el equilibrio entre lo material y lo espiritual, significado que se refleja en el símbolo de la *Confederación Galáctica*:⁷ la estrella de seis puntas; es decir, dos triángulos perfectos que se entrelazan.

El encuentro con el verdadero Guardián del Templo se había concretado, y con ello la comprensión de un importante mensaje. Reflexionamos en todo esto, e iniciamos nuestro viaje de regreso sabiendo que nuestra aventura interior que nos llevaría a Paititi acababa de comenzar...

7. *Confederación Galáctica:* Agrupación voluntaria de diferentes civilizaciones extraterrestres de nuestra galaxia, que se encarga de velar por el desarrollo de la vida en los diferentes planetas. La Confederación está coordinada por un consejo de veinticuatro seres, que funciona en Ganimedes, una de las lunas de Júpiter. La raza que habita el satélite jupiteriano es colonia de una civilización de Orión.

3. LA PUERTA MÁGICA DE TIAHUANACO

Nuestros antepasados nos han dicho que estas piedras fueron transportadas por los aires, al son de una trompeta que tocaba un hombre.

Bernabé Cobo, Historia del Nuevo Mundo 1653

Al llegar a Lima, los medios de comunicación difundían una noticia que, de ser cierta, pondría en jaque a la ciencia ortodoxa. Se trataba de una filmación militar secreta que mostraba, para sorpresa de muchos, la autopsia de un supuesto extra-terrestre. Nos encontrábamos ante unos rollos de película de 16 milímetros que corresponderían a 1947, año en que una nave extraterrestre se estrelló cerca de Roswell —otros informes señalan la caída de dos objetos—, Nuevo México, en Estados Unidos. Los restos de la nave y los cuerpos ya sin vida de los cuatro EBE (Entidad Biológica Extraterrestre), habrían ido a parar al ya mentado Hangar 18 de la Base Aérea Wright Patterson, en Dayton, Ohio.

Hasta el día de hoy no existe ninguna información oficial del Gobierno norteamericano que aclare estos hechos. Más bien sí han habido pronunciamientos por parte de la USAF (Fuerza Aérea de Estados Unidos), que en vez de aclarar el incidente Roswell sigue empeñada en su tarea de confundir a los investigadores con explicaciones absurdas y contradictorias.

Hay que tener en cuenta que distintos cargos políticos —algunos ex astronautas— han denunciado ocultamiento de información, logrando con ello que la CIA liberara algunos documentos que revelan los numerosos «accidentes» de naves extraterrestres en nuestro mundo; sin embargo, es lamentable comprobar que informaciones reales del incidente Roswell y casos similares se han visto mezcladas con documentos fraudulentos.

Para el lector escéptico, sugiero que revise el monográfico especial que dio a conocer el *Almanaque Mundial* en 1993. Es impresionante observar que el tema ovni viene captando la atención de publicaciones serias y que no tienen nada de sensacionalistas.

El caso Roswell no es el único, hay antecedentes de casos similares en Nuevo Laredo (México), en Aztec (Estados Unidos) y en Siberia (Rusia), amén de numerosos casos más que no es objeto del presente libro detallar. Sin embargo, creo que no debería pasar por alto la presunta autenticidad de la autopsia practicada a uno de los tripulantes extraterrestres. Me explico:

La historia de la autopsia al «extraterrestre» se inició cuando el productor de televisión británico Ray Santilli adquirió la película en el mercado negro norteamericano. Otras versiones señalan que Santilli recibió el material de manos del mismo hombre que filmó la autopsia, un tal Jack Barnett —se trata de un seudónimo—. Ahora bien, Barnett sostuvo en todo momento que la Fuerza Aérea Norteamericana no reclamó los rollos que él guardó hasta junio de 1993, año en que Santilli conoció la existencia de la película. He aquí el primer punto extraño: ¿cómo es posible que durante cuarenta y seis años la filmación de un acontecimiento tan trascendente quede en el olvido a manos de un simple y muy respetable operador de cámara? Además, quienes realizan la «autopsia» ni son patólogos ni médicos forenses. La camilla no es la apropiada, el uso del material quirúrgico tampoco es el adecuado; todo parece indicar que es un burdo montaje... Pero ¿con qué intención?

Incluso el extraterrestre ni siquiera parece extraterrestre; la apariencia del

mismo no encaja con los informes de archivo de múltiples testigos —la fecha que revela «Barnett» del accidente de la nave tampoco concuerda con el relato original—. Al **parecer**, se trataría de un hombre con malformaciones congénitas, opinión que, dicho sea de paso, sostiene el profesor Pierigi Baima Bollone, que posee más de veintiocho mil autopsias en su haber profesional»¹ El profesor Bollone **es** conocido mundialmente por su análisis de la Sábana Santa de Turín. ¿Mi opinión personal? Pienso que podría tratarse de un muñeco.

Sea como fuere, por estas y otras razones más, considero al **menos** muy aventurado asegurar la autenticidad de la autopsia. Del incidente Roswell no hay dudas, ya que hay pruebas suficientes que lo confirman —a pesar del encubrimiento norteamericano—, además de que en la experiencia de contacto hemos **recibido** abundante información al respecto. Seguro que el lector se preguntará: «¿Por qué han habido accidentes de naves extraterrestres en nuestro mundo?». Más adelante lo veremos.

Mientras la novedad de la polémica autopsia acaparaba la atención de investigadores, periodistas, curiosos y demás, en Lima se iniciaba un Encuentro Mundial de Contacto que desataría en todos nosotros la señal interior que necesitábamos.

Del 2 al 7 de agosto de 1995 más de doscientas personas procedentes de España, Inglaterra, Suiza, Estados Unidos, México, Uruguay, Brasil, Colombia, Canadá, Chile, Argentina y República Dominicana, entre otros países, se congregaron en la apacible playa Las Brujas de Chilca, a sesenta y nueve kilómetros al sur de Lima, lugar que por muchos años ha sido el marco propicio para experiencias de contacto extraterrestre.

También llegaron delegaciones periodísticas de diversos países, actuando como testigos objetivos de lo que supone ser un contacto serio que en varias oportunidades ya había dado muestras contundentes de su autenticidad. Pues, nuevamente, las naves de los Guías extraterrestres cruzaron una y otra vez los cielos de Chilca ante las cámaras de los periodistas, que, en medio de su

1. Artículo publicado en la revista *Año/Cero* (Año V-número 63).

desconcierto, no alcanzaban a comprender el sentido profundo de lo que allí estaba ocurriendo.

La agencia France Presse difundió la noticia a escala internacional. Pero ello no era todo. El día 5 y 6 la Confederación había programado la experiencia del *Xendra Gimbra*, procurando con ello darnos mayor información sobre futuros viajes a los Retiros Interiores de la Gran Hermandad Blanca.

Un Xendra es una puerta dimensional creada gracias a la avanzada tecnología extraterrestre. Esta puerta, que suele aparecer como una media luna brillante posada en el suelo, corta el espacio-tiempo, permitiendo «transportar» a una o más personas hacia otro lugar, como por ejemplo a una de las bases extraterrestres que se encuentran en el fondo marino frente a las costas de Chilca, o quizá a Morlen (Ganímedes). El término *Gimbra* define al portal Xendra colectivo, es decir, lo pueden cruzar grupos de personas. Una experiencia de este tipo no es física, ya que el arco de energía se mueve en lo que podríamos denominar «plano astral». Sólo en algunas experiencias personales de portales Xendra se llega a vivir una experiencia casi física. Utilizo el término «casi físico» ya que, al movernos a través de puertas interdimensionales y en realidades paralelas, como hoy lo estudia la física cuántica, no tenemos la entera certeza de los mecanismos de transporte que se emplearon. En verdad, es impresionante el avance que han logrado estas civilizaciones extraterrestres en la apertura y control de puertas dimensionales.

Volviendo al Xendra Gimbra, esta experiencia, más sutil y energética, actúa de manera especial en la mente del contactado, expandiendo su consciencia a niveles superiores de conocimiento. También incide en el correcto alineamiento de los cuerpos sutiles y centros de energía del cuerpo humano (estos centros de energía son conocidos también como *chakras*).

Nos reunimos en pequeños grupos de siete personas, para vivir conscientemente la experiencia del paso Xendra. En la madrugada del día 6, numerosos grupos fueron cruzando el portal que se había formado al pie de un cerro. Podíamos ver con claridad las proyecciones de los Guías

desplazándose cerca de la zona del Xendra, como si estuviesen pendientes del **mejor** éxito de la experiencia.

Por el tamaño de las proyecciones —las siluetas llegaban fácilmente a los tres metros de altura— supuse que se trataban de seres procedentes de Apu, planeta de un sistema planetario que se halla en Alfa Centauro (a 4,2 años luz de la Tierra). Al ingresar en el interior de la energía experimenté una fuerte presión en la cabeza; esta sensación venía acompañada de mareos y de una sutil somnolencia. Aun estando en el interior del Xendra, podía observar el singular movimiento de las naves; las observaba girar bruscamente sobre el lugar del contacto, como si estuviesen marcando el sitio. En ese instante, mientras admiraba el magistral desplazamiento de aquellos ingenios voladores, una inesperada imagen me sacaría de mi distracción.

A pocos metros frente a mí aparecían unos peldaños, muy blancos y luminosos; parecían subir hacia el mismísimo espacio. A pesar de que no era la primera vez que me enfrentaba a una experiencia de puerta dimensional, confieso que no guardaba la menor idea de lo que tenía que hacer.

«Cierra los ojos y acércate», oí claramente estas palabras en mi cabeza.

La voz, aunque de procedencia misteriosa, me inspiró la suficiente seguridad como para hacerle caso.

Dejé entonces que mis párpados se cerraran por sí solos, y me di con la sorpresa de que podía ver con la misma claridad que con los ojos abiertos. Al caminar, tuve una extraña sensación de ingravidez, entonces quise abrir nuevamente los ojos para ver qué ocurría. ¡No lo podía creer! Seguía en la misma posición inicial, como si no hubiese caminado nada. «Cierra los ojos y acércate», insistió nuevamente la voz y esta vez pude identificar en ella al Guía Xendor.

Xendor es el único hijo de una pareja humana, desde muy niño fue adiestrado en Ganímedes logrando de esta forma un alto nivel de evolución. Nuevamente seguí las instrucciones de Xendor — pero esta vez

un poco más obediente—; allí me pude dar cuenta de que estaba experimentando una bilocación consciente (la bilocación o don de ubicuidad consiste en estar en dos lugares al mismo tiempo). Subí por los peldaños y comencé a flotar en el espacio, encontrándome de inmediato frente a una de las bases orbitales de la Confederación. Era como una gran espiral y se camuflaba detrás de un planeta que no pude reconocer. Luego me vi en el interior de esta base, comprobando la presencia de numerosos robots de aspecto humanoide; estaba en una especie de gran almacén y pude observar que algo se estaba guardando en aquel lugar.

Después de esto tuve acceso a distintas imágenes que corresponderían a la verdadera historia planetaria. Finalmente, me veía en una expedición caminando en plena selva —intuí inmediatamente que me dirigía al Paititi— luego aparecía arrodillado frente a una gran roca cubierta de extraños ideogramas, y la acariciaba mientras cantaba mi Nombre Cósmico...

Al confrontar las experiencias con otras personas pude observar que más de uno fue «llevado» al Paititi. Por otro lado, algunos afirmaron haber sido proyectados al interior de la Base Submarina que posee la Confederación cerca a las costas de Chilca y Puerto Viejo, al sur de Lima.

Fueron muchas las personas que ingresaron en el Xendra Gimbra, pero no todos vivieron una experiencia de proyección.

Pero ello no era todo lo dispuesto para aquella noche, también los Guías extraterrestres entregaron los Cristales de Cesio a varios miembros de los grupos, procurando con ello un mayor compromiso en el interior del programa de contacto.

Los Cristales de Cesio aparecen en las palmas de las manos como un destello blanco-brillante, el mismo que podría adquirir —no necesariamente— la forma de dos pequeñas pirámides. La sensación de peso y calor en las palmas de las manos es también una señal de que la experiencia se está dando. Al recibir estos cristales, la persona debe cruzar las manos a la altura del pecho, para así integrarlos en su cuerpo, y a partir

de ese **instante** los cristales adquieren la forma de una estrella de seis puntas,, símbolo que anteriormente mencioné como la representación de la Confederación de Mundos de la Galaxia y del equilibrio de fuerzas en el hombre.

Los Cristales de Cesio cumplen una función de catalizadores. A treinta y tres mil años luz de la Tierra, en el centro de nuestra galaxia, la Vía Láctea, existe un «Sol Central». Esta estrella envía radiaciones de luz violeta que están llegando a nuestro Sistema Solar. La luz violeta genera transformaciones a todo nivel, por tanto debemos estar preparados para recibirla, teniendo en cuenta, incluso, que la radiación podría ser nociva si no nos encontramos equilibrados tanto física como energéticamente. Los Cristales de Cesio permiten una mejor asimilación de esta poderosa energía cósmica.²

Los Cristales de Cesio son también una herramienta más que necesaria para interpretar correctamente la abundante información que está llegando; es decir, actúan como *decodificadores*, facilitando al contactado una llave al conocimiento secreto.

Las experiencias programadas se desarrollaron satisfactoriamente. Debo decir que muchos contribuyeron con su decidido aporte y compromiso, aunque también debo mencionar que tampoco faltaron asistentes curiosos, motivados por los posibles avistamientos de «platillos volantes». Sin embargo, a pesar de que más de un centenar de «cazadores de experiencias» habían llegado al lugar, esto no impidió que el Encuentro Mundial cumpliera con su objetivo.

Sixto Paz —fundador del hoy disuelto Grupo Rahma—, quién desde un inicio

2. Mientras escribía este libro, un grupo de científicos liderados por el doctor William Purcel, de la Universidad Northwestern, detectaron gracias a la tecnología de satélite una importante fuente de antimateria que emanaría del mismo centro de nuestra galaxia. Este descubrimiento corrobora lo que los Guías extraterrestres nos habían anunciado hace más de dos décadas (el artículo apareció en la revista de ciencia y tecnología *Discover*, en octubre de 1997).

asumió la eficiente organización del encuentro, se mostraba contento; y en verdad había justificadas razones para la alegría general: una vez más, los Guías extra- terrestres estuvieron allí, avalando la trascendencia de un mensaje que procura el despertar de la consciencia del ser humano.³

La prensa entrevistó a varios de los participantes, pero lo más interesante fue el testimonio de los niños, que fueron los primeros en vivir un encuentro cercano al cruzar el umbral dimensional.

Ya en la ciudad, tras participar en un programa de televisión que abordaba el tema ovni, nos dirigimos a la casa de la familia Maza, grandes amigos y caminantes en el contacto. En su hogar nos congregamos unas quince personas. Entre los asistentes se encontraban integrantes de los grupos de contacto de Uruguay, Argentina y Chile, todos ellos muy emocionados por el resultado del Encuentro Mundial.

En un ambiente de grata amistad, compartimos las experiencias que afrontamos en la Puerta Xendra. Fue así como confirmamos la fecha del viaje al Paititi. Según los Guías, en agosto de 1996 viajaríamos al retiro interior de los Maestros. También estaba dispuesto para ese mismo año un viaje a Egipto. Todo indicaba que existiría una importante conexión entre Paititi y la tierra de los faraones.

Lo que más me impresionó fue el testimonio de Giselle Erba, de los grupos de Uruguay, que nos comentó su experiencia de proyección al Paititi. Entre las imágenes que ella percibió en el interior del Xendra aparecía un joven ataviado con vestiduras indígenas. Honestamente me asombró que Giselle reconociera en mí al joven que vio en su experiencia. De inmediato recordé mis meditaciones del Nombre Cósmico, las visiones, la existencia de Alcir y

3. En varias oportunidades la prensa internacional ha sido invitada a encuentros programados, por ejemplo, aquella ocasión en que más de cuarenta periodistas de diversas naciones observaron y filmaron (como fue el caso del Canal 51 de Miami) los desplazamientos de las naves en el desierto de Chilca. en marzo de 1989.

del Paititi... Ahora el panorama se me presentaba con mayor claridad. Existía una posibilidad.

Al darnos el abrazo de despedida más de uno sintió que pronto nos volveríamos a reunir. Todos los miembros de los grupos del extranjero que participaron en el Encuentro Mundial retornaron a sus países, salvo una especial excepción: Hojytcí Fabeiro, de Uruguay, un joven amigo que con su chispa y entusiasmo conquistó nuestros corazones. De inmediato se integró en los grupos de contacto de Lima y participó con nosotros en las diversas salidas que se realizaron al desierto de **Chilca**, como parte de una preparación sugerida por los Hermanos Mayores. En estas salidas tuvimos nuevas experiencias de contacto.

Todo esto lo mantuvimos en prudente silencio. No podíamos generar expectativa informando de los objetivos de la expedición cuando aún no era el momento. Y estos objetivos, según la Gran Hermandad Blanca y los Guías extraterrestres, eran tres:

1. *Tiahuanaco (Bolivia), antigua sede física de la Hermandad Blanca.* Desde este lugar realizaríamos un trabajo de irradiación a toda la ruta que seguiría el grupo expedicionario. Este trabajo se efectuaría específicamente en la Puerta del Sol al llegar el mediodía.
2. *Q'eros, la Comunidad del Santuario (en los Andes del Cusco).* Se debía convivir con los hombres Q'eros, y según los mensajes revivir en aquel lugar «antiguas iniciaciones incas». También, el grupo expedicionario corroboraría un supuesto camino, construido por los incas, y que descendería desde la sierra de Paucartambo a la selva. Este camino habría sido utilizado por un remanente del Imperio para esconder de los conquistadores la secreta sabiduría de los sacerdotes del Sol.
3. *Paititi, Parque Nacional del Manú (Madre de Dios).* Para ello, se debería penetrar más allá de los petroglifos de Pusharo, cruzando el difícil y misterioso Mecanto, un afilado cañón que marca el ingreso en el retiro físico de los Sabios. Según los mensajes, era necesario cruzar el Mecanto,

ya que al otro lado de este umbral se concentraban poderosas energías que nos ayudarían a realizar el trabajo de enlace entre Paititi y Egipto. No obstante, el verdadero objetivo era tener un encuentro físico con la Hermandad Blanca. Y esta vez no con emisarios, sino con los propios guardianes del mundo intraterrestre. Según las comunicaciones, la Hermandad Blanca de la Tierra entregaría un importante mensaje al grupo expedicionario...

Pasaron los meses y Horacio regresó a Uruguay. Allí meditaría su posible participación en la expedición al Paititi. Mientras tanto, las comunicaciones señalaban nueve personas para concretar el viaje. Debo decir que los posibles participantes de la expedición a Paititi fueron autoseleccionándose ante la invitación que los Maestros les hicieron llegar por distintos medios.

También debo decir que no todos decidieron participar en el viaje.

Definitivamente no nos encontrábamos ante un paseo turístico. Sabíamos además que no se podía participar en un viaje de esta naturaleza bajo límites de tiempo, por cuanto ello estorbaría el mejor éxito de la expedición al no hallarnos totalmente involucrados en la tarea encomendada. Sin lugar a cuestionamiento alguno era indispensable vibrar con los objetivos de tamaño aventura, muy por encima de expectativas personales. Por ello pienso que las determinaciones que tomaron algunos hermanos frente al viaje eran explicables. Aún más teniendo en cuenta que penetraríamos en las inexploradas selvas de Madre de Dios.

En lo que a mí corresponde, debo mencionar que fuertes dudas asaltaron mi mente, ya que en el trabajo me negaron rotundamente el permiso que solicité con anticipación, complicándome el panorama al ser el principal aporte económico de mi hogar. Mi madre, que se recuperaba favorablemente del cáncer que la aquejaba, tenía pendiente una importante operación- quirúrgica que se efectuaría en las fechas previstas para el viaje.

Por si esto fuera poco, diversas personas, con la mejor intención —y de los grupos de contacto también— me pedían que considerara la posibilidad de

renunciar al viaje, ya que otros me podían reemplazar.

En el aspecto económico, el cuadro no era menos complicado, por cuanto los costes requeridos para financiar la expedición sobrepasaban mis posibilidades. En verdad, me encontraba ante una verdadera prueba.

. Medité mucho, profundamente. Con el transcurrir de los días pude ir respirando mayor confianza, sintiendo con especial claridad que nada malo ocurriría, que nos hallábamos protegidos por fuerzas superiores que conocían mejor que nosotros la trascendencia del viaje al Paititi. Una y otra vez llegaba a la misma conclusión: tenía que confiar en el Plan y obedecer lo que dictaba mi propio corazón.

Totalmente convencido, asumí el riesgo y redacté mi carta de renuncia, entregándola de inmediato a mis superiores que, «n medio de su sorpresa, aceptaron el cese de mis labores sin testar de acuerdo en lo más mínimo con la «locura» que estaba haciendo. Nunca me sentí tan liberado y protegido, a pesar de la difícil e incomprensible decisión que había tomado. Por lo pronto, hablé con mi familia, que supo comprender y respetar jai determinación. En especial hablé con mamá, que parecía ®uy preocupada; le dije que todo saldría bien y que incluso estaría en Lima para cuando se efectuara la intervención médica. Ira tan sólo una certeza interior que me impulsaba y me daba una seguridad aplastante. Con un gran ejemplo de desprendimiento, mi madre me dijo que fuese tranquilo, pero que cuidara mis pasos.

Ahora me prepararía para partir.

En las comunicaciones, se recibió el día 5 de agosto como la fecha exacta para partir de la ciudad de Cusco a Q'eros y de allí al Paititi. Tiahuanaco sería visitado antes por tres personas que luego se reunirían con el resto de la expedición en Cusco. Las pautas que dieron los Guías y la Gran Hermandad Blanca fueron oportunas.

Para mayor comprensión del lector, transcribo algunos extractos de los mensajes que se recibieron como antesala al viaje al Paititi:

Con respecto a los viajes: confíen en el Plan. No se preocupen por las distintas posiciones que podrían asumir sus hermanos de misión. Todo estará en armonía para que los viajes se encuentren bien auspiciados por el amor y sintonía de RAHMA MUNDO.

¿Se quieren preparar para el viaje al Paititi? Saben que la preparación la llevan dentro. Dejen aflorar esta preparación...

OXALC, ANTAREL y ANITAC (28/01/96)

Paititi es un lugar sagrado, siempre lo fue y mientras exista la Tierra así será. A través del Paititi respira la Tierra, ya que hay una Gran Puerta que comunica el mundo interior con el exterior. La concentración de energía y el magnetismo de aquel sagrado lugar es muy fuerte. Tienen que vibrar en un alto nivel de consciencia para poder tan sólo acercarse al Umbral

Paititi no es la única puerta, pero sí la que juega un papel activador muy importante en Sudamérica.

Saben que muchas expediciones han fracasado y algunas de ellas han sido dadas por desaparecidas. Hemos rescatado algunas y las hemos traído aquí, a la Base Azul...

Muchos seres humanos al buscar tan sólo saciar su codicia y ambición por la riqueza material, sucumbieron en su empeño al Paititi. No supieron afrontar las pruebas de la sabia naturaleza, porque nunca respetaron el suelo que pisaron. Algunos llegaron más cerca porque guardaron una debida sintonía entre los elementos y su espíritu.

Hermanitos, deben lograr una preparación en los tres planos, estar muy definidos, porque llegarán a aquel lugar magnético, donde lo que ustedes piensen e imaginen será una realidad. Aquel lugar energético funciona como una fuente de los deseos. Pidan por la humanidad, porque ésa es su misión...

ANITAC (21/2/96)

Ya todo está en manos de la Misión, deben apoyar este trabajo que servirá para coronar la cima. Esto traerá mucha prosperidad para todos. Tendrán una experiencia de contacto, pero dependerá de su preparación. Se recibirá un encargo muy importante por parte de la Hermandad Blanca.

Se fortalecerá la unión entre los grupos de todo el mundo, será una gran cadena humana. No se preocupen cómo se darán las cosas, todo se irá integrando. Los viajes serán más seguidos para el intercambio de información. Por ahora, se recibirá un nombre que dará la pauta del trabajo: Rómulo...

SAMPIAC (6/7/96)

El viaje al Paititi marca una nueva etapa para ustedes y para toda la Misión. Deben llegar a la zona sagrada del Paititi, conectando antes con la Comunidad de Q'eros. Lo más importante lo recibirán en el trayecto. Encontrarán dificultades y tendrán más de un susto. Pero no les sucederá nada. No pierdan el entusiasmo, no den un paso atrás; no abandonen el viaje cuando no es el momento de hacerlo. En verdad les decimos que si hasta aquí, la Base Azul, deben llegar, pues hasta aquí llegarán y los estaremos esperando con los brazos y los corazones abiertos.

ALCIR (23/7/96)

Estos extractos de comunicaciones son parte de una gran cantidad de información que la Jerarquía nos hizo llegar con prudente anticipo a los viajes. Gracias a ello, procuramos mantener una preparación —mantener porque la improvisación en estos casos no tiene sentido— Nos instruimos en técnicas de supervivencia; con bastante esfuerzo conseguimos el equipo necesario para una expedición de este tipo; nos informamos detalladamente sobre los lugares que el grupo expedicionario visitaría; consultamos diversos mapas —la mayoría no eran muy útiles porque la zona del Pantiacolla, donde

supuestamente estaría el Paititi, aparecía cubierta de «nubes»—, realizamos profundas meditaciones orientadas a entender el propósito más trascendente de los viajes. Y a pesar de que tomamos todas las previsiones del caso, sentíamos que había algo más importante por qué preocuparse: estar seguros de lo que llevábamos dentro.

El 27 de julio de 1996 abandonamos la capital peruana con rumbo a Bolivia. El viaje lo realizamos por tierra, pues el presupuesto era muy alto, mas si no fuera por la inmensa ayuda de personas comprometidas con el mensaje, este viaje no hubiese sido posible.

Hacemos presente nuestra más profunda gratitud a Carmen y Nimer Obregón; a Silvia y Juan Maza; a Cuckie y Elard Pastor: todos ellos miembros del grupo de Maranga. A nuestra querida «Mochi» y a todo el grupo de Barranco. A Eduardo Laredo y el grupo Anrrom y, principalmente, a Fiorella, amiga y consejera de aquellos momentos inolvidables. A todos ellos les damos las gracias no sólo por el apoyo material, sino también por la comprensión que demostraron en un momento tan importante. Fue un verdadero aliento para nosotros.

Paul Moneada, Miguel Chávarri —que estuvo presente en el viaje al Templo de la Luna— y yo, partimos con la seguridad de poder cumplir con la misión que se nos había encomendado. El 5 de agosto nos reuniríamos en Cusco con tres miembros de los grupos de contacto de Uruguay: Giselle Erba, Carlos Fernández y Horacio Fabeiro. Todos estuvieron en el Encuentro Mundial de Contacto de 1995. Giselle y Garlitos eran veteranos de la ruta a la selva. En 1992 habían participado en una expedición al Paititi que llegó a los petroglifos de pusharo. Su experiencia apoyaría bastante al grupo.

Después de un tranquilo periplo en bus, el día 28 llegamos a Arequipa. Tras el trasbordo de rigor —cuatro horas más tarde— remidamos el viaje llegando a Puno en la madrugada del día 29. Allí realizamos un alto para descansar y prepararnos antes de proseguir el viaje a Tiahuanaco.

Aprovechamos la tarde para pasear a orillas del lago Titicaca. El ambiente que allí se respira evoca la luz de un imperio que de la tierra alcanzó al cielo. El gran altiplano andino nos sumerge en un silencio cósmico, sagrado, hechizante. Contemplábamos la belleza del lago navegable más alto del mundo. Sobre el origen del Titicaca hay diversas teorías: la primera alternativa apunta a que el lago es una porción del océano Pacífico, que se elevó a 3.810 metros sobre el nivel del mar debido a un gran cambio geológico. Curiosamente, se han encontrado especies biológicas propias de aguas saladas. No hay que olvidar que el lago sagrado está a sólo unos doscientos cincuenta kilómetros del Pacífico.

Por otro lado, se afirma que el Titicaca se habría formado no a raíz de una hipotética «elevación», sino a consecuencia de deshielos glaciares. Las heladas aguas del Titicaca son lavadas actualmente por unos cuarenta ríos que des^{planeta}cienden de los glaciares circundantes.

Algunos científicos afirman que hace un millón de años el Titicaca era un lago gigantesco, pero con el transcurrir del tiempo se iría secando hasta quedar reducido a los 8.300 metros cuadrados de superficie que hoy ostenta. El lago Poopó en Bolivia habría estado unido entonces al Titicaca. Actualmente el Poopó se está secando y ello refuerza un poco esta teoría.

Nada concluyente en verdad. Pero el tufillo a misterio que se respira en el lago, sus orígenes, y me atrevo a decir en las civilizaciones que pudieron desarrollarse en sus orillas, parece insinuar un secreto milenario que algún día podremos desvelar.

Muchas leyendas de Perú y Bolivia son prisioneras del lago, en especial la que trata sobre el origen de los incas. *Manco Cápac* y *Mama Ocllo* bajo las órdenes del Astro Solar, «emergieron» del lago Titicaca para ser la guía y orientación de los pueblos que vivían en un estado de barbarie. Según la leyenda, estos enigmáticos personajes poseían un bastón de oro y, donde se detenían, lo clavaban en la tierra.

En un determinado punto, el bastón se hundía totalmente: se había encontrado el lugar propicio para iniciar el desarrollo de una de las culturas más importantes del mundo. Así se habría iniciado el Imperio del Tawantinsuyo (*Tawa* significa «cuatro» y *Suyo* «región») teniendo como primer Inca o «Señor» a Manco Cápac.

Hay muchos símbolos en esta leyenda. Pero en especial me llama la atención el bastón. Se ha teorizado que el objetivo de hundirlo en la tierra era buscar un lugar fértil y apropiado para la agricultura, actividad bastante desarrollada en el Imperio inca. Sin embargo, al margen de ello, por nosotros es bien conocido que el bastón es un símbolo muy antiguo que representa la «instrucción» y la sabiduría de la Hermandad Blanca.

Con su significado de mando y poder, quien porte el bastón simboliza una guía, lo que curiosamente fue hecho por Manco Cápac y Mama Ocllo al orientar a los pueblos que hallaron. Es más, la leyenda quechua que habla también del origen de los incas menciona a cuatro hermanos y sus mujeres «saliendo de unas cavernas» para fundar el Imperio del SoL. Una vez más, el protagonista es Manco Cápac, quien finalmente cumple la importantísima misión.

En este antiguo relato encontramos un pequeño detalle: salir de una caverna. Ya he mencionado que la Jerarquía tiene su «base de operaciones» en recintos subterráneos, y esto nos invita a pensar que Manco Cápac pertenecía al mundo interior de la Gran Hermandad Blanca.

En las primeras apariciones holográficas de Alcir se me habló de *Ciudad Eterna*, un templo de piedra que fue utilizado por los Hierofantes (Sacerdotes) de la Jerarquía hace miles de años. Las ruinas de Tiahuanaco serían entonces parte de lo que fuera esta ciudad. Al observar detenidamente algunos sospechosos indicios, podemos apreciar que ello no resulta tan descabellado.

Hay que mencionar que se han encontrado ruinas en el fondo del lago Titicaca a raíz de la exploración Mardof y Fer de Lance, las mismas que motivaron a Jacques-Ives Cousteau a montar su propia expedición submarina. Las investigaciones del célebre oceanógrafo francés están registradas en su libro *The Blue Holes* («Los Agujeros Azules»), editado en Alemania en 1973. Allí menciona el trabajo que realizó con su equipo entre octubre y noviembre de 1968. No hay que olvidar que Cousteau estaba convencido de la existencia de una ciudad sumergida en el lago sagrado. Para reforzar esta afirmación tampoco olvidemos que en la década de los años cuarenta las aguas del Titicaca descendieron casi cinco metros, situación que fue aprovechada por Arthur Posnansky —padre de la arqueología boliviana—, que pudo localizar minas que afloraron en esa cuenca y en el río Desaguadero.

. Y para añadirle un poco más de misterio al asunto, le resultará sorprendente saber al lector que los indios Aymará denominan a Tiahuanaco *Wiñaymarca*, lo que en buen castellano significa «Ciudad Eterna». ¿La ciudad a la cual Alcir hacía referencia? Definitivamente, una alta civilización —de la que actualmente muy poco sabemos— floreció en las alturas de esta insólita altiplanicie andina.

Después de contemplar el lago Titicaca retornamos al hotel. Allí, durante una meditación, recibimos información de los Guías de Venus a través de la práctica de psicografía. Entre otras cosas nos dijeron lo siguiente:

*El viaje tendrá una connotación **simbólica** en todo momento. Las claves numéricas actuarán como un despertador [...].*

Estarán en Tiahuanaco, que fue una antigua sede física de los Mentores, Grandes Maestros del Gobierno Interno Positivo[...]. Saben que cada ciudad y cada templo eran construidos sobre vórtices de energía. Tiahuanaco está asentada en poderosas líneas de fuerza que actúan como una fuente de creación de puertas interdimensionales [...].

Antiguamente, los Maestros formaban un triángulo y trasladaban estas energías, concentrándolas y creando puertas en mundos paralelos para poder guardar allí el conocimiento [...]. Conecten con los Maestros y con los Archivos. No estarán solos. Desde allí es un buen lugar para rodear de luz el camino a Paititi.

ANITAC, SAMPIAC, Titinac, CERES y RUMILAC (29/7/96)

Nos levantamos muy temprano y rápidamente conseguimos una movilidad que nos llevase a Desaguadero, límite fronterizo entre Perú y Bolivia. De allí nos embarcaríamos en otro vehículo para llegar al mediodía a Tiahuanaco, a 70 km de La Paz.

La primera impresión que tuvimos al contemplar el yacimiento arqueológico nos sugirió una cultura de hombres gigantescos» No sólo en lo que a estatura física se refiere, sino principalmente «gigantescos» en conocimiento. Estábamos quizá ante las ruinas más antiguas de América — Posnansky teoriza una antigüedad promedio de diez mil años—. Además, mediante las investigaciones del CIAT (Centro de Investigaciones Arqueológicas de Tiahuanaco), tras realizar varias excavaciones científicas en las ruinas, se descubrió que Tiahuanaco habría sido construida sobre otra ciudad. Las investigaciones desvelaron hasta cinco ciudades superpuestas.⁴

Ya desde el nombre mismo con el cual se identifica el grupo arqueológico, empiezan los datos interesantes que encajan con la «Ciudad Eterna», mencionada por la Hermandad Blanca.

Es atrayente conocer el posible significado etimológico de la palabra Tiahuanaco: Tia, en aymará, quiere decir «dios»; *huan* significa «de dios», y *aka*, significa «esto». Entonces Tiahuanaco se traduciría como «esto es de dios»,⁵ un nombre que ya de por sí denota para qué fue utilizado Tiahuanaco: como un templo sagrado.

4. ***Tiahuanaco, 10.000 años de enigmas incas***, de Simone Waisbard, Editorial Diana, México, 1971.

5. ***El Enigma del Hombre Americano***, R. Benito Vidal, Edicomunicación, Barcelona, España, 1993.

En este lugar se habría desarrollado una alta civilización, una raza de gigantes. A esto debo añadir que Pedro Cieza de León escribió hacia 1550 que Tiahuanaco fue edificada antes del diluvio, en una sola noche y por «gigantes desconocidos»... El padre Bernabé Cobo también habla de los extraños gigantes en sus crónicas. Según su relato, un tal Juan de Vargas halló entre las minas los **restos** de uno de estos gigantes. Posiblemente nos estamos tropezando con la evidencia de una cultura antigua que sin lugar a dudas *no era originaria de los Andes*.

Hablo de una cultura evolucionada, espiritual y, en consecuencia, pacífica. Cabe mencionar que en Tiahuanaco no se han encontrado armas, lo cual ha hecho pensar a los arqueólogos que la ciudad fue en su momento un importante centro de culto religioso, lo cual tampoco contradice las antiguas actividades de la Jerarquía en aquel escenario andino.

Nos dirigimos al templo de Kalasasaya, alejándonos un poco de los turistas para realizar una meditación antes de efectuar el trabajo en el *Inti Punku* la Puerta del Sol (el nombre de «Puerta del Sol» fue acuñado por los conquistadores al ver que en los Andes imperaba el culto solar).

En el sector que elegimos para meditar, encontramos unos extraños conductos de piedra que en lo personal me llamó mucho la atención- luego nos enteramos de que se trataba de antiguas «tuberías» para la canalización de agua, explicación que no nos convenció por cuanto las supuestas tuberías sólo contaban con la parte superior (¿ ?).

La meditación nos permitió lograr una mayor sensibilidad, compenetrarnos con las energías de Tiahuanaco, logrando cada uno percibir claramente una fuerza superior y también claras presencias que se aproximaban a nosotros con calma y parsimonia. Incluso se podía sentir hasta un leve olor a flores.

Al acercarnos a la Puerta del Sol, tras la meditación, sentimos una extraña vibración, como si en aquella mole de piedra se hubiese quedado almacenada gran cantidad de energía.

Esta puerta monolítica mide tres metros de alto por cuatro de ancho y su peso ha sido estimado en la no modesta cifra de ¡diez toneladas! Lo más intrigante del monumento pétreo se halla en el frontis, donde aparecen tallados unos extraños signos. En la parte superior, en el centro, se halla la figura de un misterioso personaje con una vara en cada mano (¿símbolo de dualidad?). Se ha querido identificar este grabado como una alegórica representación del «dios» Viracocha. Pues es un «dios» que llora, ya que claramente se ven unas lágrimas en el grabado que el artista por alguna razón debió de colocar allí. ¿Por qué? No es la primera vez que observamos a una divinidad llorando en algún grabado andino. Para nuestro asombro encontramos la «teoría» de que Viracocha no lloraba, sino que los orificios —que representan claramente unas lágrimas— eran la simulación de unas gemas de una máscara ritual. Este «hallazgo» se puede ver actualmente en el Museo Arqueológico de La Paz, en Bolivia. Nosotros hemos encontrado un importante detalle que invita a la reflexión. Más adelante hablaré de ello.

No obstante, lo que más intriga del Inti Punku es que la puerta en sí no conduce a ningún lugar, al menos físicamente hablando. Para explicar esto algunos arqueólogos afirman que la construcción no está completa, teorizando que la puerta formaba parte de una especie de templete. Hasta hoy en día no sabemos que se hayan encontrado otras partes del hipotético templete. Al margen de ello, creemos que la puerta sí conecta con algún lugar, pero que no se encuentra en el mundo físico que conocemos.

Los Guías nos han mencionado que la Puerta del Sol fue en el pasado —y lo sigue siendo— una puerta entre las dimensiones, además de un importante oráculo astronómico y profético; por ello, teníamos que agudizar nuestras percepciones para conectarnos con los seres y la información que se encuentran en otros planos.

Así, formamos un triángulo tal como los Guías de Venus lo explicaron en la comunicación. Eran las doce del mediodía y afortunadamente no había turistas cerca como para interrumpir un trabajo que requería ante todo

silencio y seriedad.

Ni bien empezamos a visualizar que se abría una puerta de luz en el Inti Punku, apareció un viento fortísimo —propio del lugar— pero que hasta ese momento no se había dejado sentir. El ambiente parecía cambiar a nuestro entorno, mientras captamos la presencia de los Maestros a nuestro lado y, en el centro de la puerta, se mostraba un extraño objeto metálico. Era un gran disco dorado, como si fuese de oro. El disco emitía una gran cantidad de energía, la misma que canalizamos y luego enviamos al Paititi, el destino final de la expedición, como para irradiar la ruta que tomaría el grupo para internarse en el territorio secreto de la Hermandad Blanca.

Pero ¿qué era aquel objeto? ¿Se trataba del famoso Disco Solar que también mencionó Alcir? ¿Estuvo en algún momento en Tiahuanaco?

Al terminar con el trabajo nos sentimos muy contentos, con una alegría que iba más allá del simple regocijo de haber hecho un trabajo tan positivo. No supimos explicar el porqué, tan sólo lo sentíamos.

Más tarde nos enteraríamos de que los grupos que trabajaron en Lima sintieron mucho de lo que nosotros percibimos, incluso el viento, que al igual que en nuestro caso apareció de improvisto mientras iniciaban sus trabajos.

Habíamos logrado el primer objetivo de la expedición, y aunque parecía demasiado sencillo, sabíamos interiormente que cumplía una función importante en el viaje a Paititi.

El siguiente paso nos llevaría a Cusco (Perú), donde nos reuniríamos con los hermanos de Uruguay. Intuíamos que lo más difícil empezaría en Q'eros, pero nuestra disposición estaba por encima de los obstáculos. Decididos, retornamos a Puno para tomar el primer tren a Cusco. Teníamos que ubicar en las heladas alturas de la cordillera de los Andes a los hombres Q'eros, y convivir con ellos para aprender...

4. Q'EROS: EL RECUERDO DEL INCA

Ellos de por sí son muy observadores y meticulosos en todo lo que no les sea familiar o conocido... Es fácil aún entender todo esto cuando se conoce que esta comunidad ha vivido tanto tiempo aislada desde la llegada de los conquistadores a Cusco...

Luis **DÁVILA NEGRÓN, Q'eros, herencia inca**

El 31 de julio llegamos a Cusco. El viaje en tren fue largo, lento y fatigoso. Pero el trajín valió la pena, ya que tuvimos la oportunidad de observar bellos paisajes y lienzos de intensos colores durante el recorrido. Ni bien llegamos a la capital arqueológica de América, conseguimos un hotel donde dormir; allí separamos habitaciones para todo el grupo expedicionario. Nuestros amigos de Uruguay se reunirían con nosotros unos días más tarde, para luego partir todos juntos el 5 de agosto hacia Q'eros y de ahí al Paititi. Esperando la llegada de nuestros amigos, decidimos aprovechar el tiempo organizando la expedición a Q'eros e informarnos más sobre el lugar.

Mientras el grupo se hallaba ordenando el equipo en las habitaciones del hotel, me encontraba sentado en un banco que se ubicaba en el pequeño patio central o solar; allí, en el silencio de aquella estancia que me permitía observar el hechizante cielo azul de la ciudad imperial, escribía en un cuaderno los pormenores del viaje.

En eso, la cercanía de un joven cusqueño de afectuosa mirada me interrumpió.

—¿Sí? —le dije.

—Amigo, disculpe, mi nombre es Sergio, me pareció oír que usted y sus amigos van a Q'eros, ¿no?...

—Bueno, así es —contesté con recelo.

—Yo he estado con «los Q'eros», si quieren les puedo ayudar...

—¿Conoces la mejor ruta para llegar? —repuse entusiasmado.

—¡Claro! —respondió seguro—, pero ¿para qué van allí?

—Si estás pensando —le respondí con marcada seriedad— que vamos de «paseo», estás equivocado; el motivo que nos lleva ir a Q'eros es otro. Digamos que viajamos impulsados por nuestro interior. Tenemos una misión allí.

— ¡Lo sabía! —contestó muy entusiasmado.

—¿Sí? —pensé que me estaba tomando el pelo.

—Después conversaremos sobre ello —asintió, percibiendo quizá mi desconfianza.

—Mi nombre es Ricardo, ¿qué te parece si nos reunimos con mis compañeros de expedición y allí nos comentas todo lo que sabes de Q'eros?

—Está bien, ¡nos vemos después!

Después de este corto e intrigante diálogo, volví a la habitación donde a boca de jarro compartí el encuentro con Sergio. Se despertó un gran entusiasmo, y no era para menos: contar con la orientación de una persona que había estado en el lugar era más ilustrativo que indagar información en fuentes escritas. En un principio sólo contábamos con este tipo de referencias, como por ejemplo la obra *Q'eros herencia Inca*,¹ un material que nos sirvió de mucho para dar un primer vistazo a la forma de vida de los Q'eros.

El 4 de agosto los hermanos de Uruguay llegaron al aeropuerto del Cusco.

1. *Q'eros, herencia inca*, Luis Dávila Negrón, Cusco, Perú, 1993.

Paul y Miguel fueron a recibirlos y los condujeron al hotel. Fue una gran alegría ver nuevamente a Giselle, Horacio y Garlitos, un hombre sensible y decidido por quien sentía una gran afinidad, de igual forma con todo el grupo, que ya de por sí denotaba signos visibles de unión, hermandad y armonía.

Una vez que nos hallábamos reunidos «en pleno», conversamos sobre cómo se habían dado las condiciones para participar en esta gran aventura. De inmediato abordamos los temas que correspondían a la expedición, como lo concerniente a Q'eros y al Paititi. Entonces vino Sergio, tal como lo habíamos acordado. Llegó en el momento más encendido de nuestra conversación.

Al charlar con él, observamos que sabía muy bien de lo que hablaba. Sergio seguía las instrucciones de un misterioso Maestro andino, que lo estaba preparando para ser en el futuro un *Alto MisayoCj*² y debido a ello Sergio conocía «ciertas cosas» que están reservadas sólo para los iniciados...

Nos acomodamos todos en una de las habitaciones, mientras escuchábamos atentos las historias que Sergio nos contaba. Empezamos hablando de los túneles subterráneos o *Chinkanas* incas. Es muy conocido que en la fortaleza de *Sacsayhuamán* y en la *Zona X* existen estos laberintos intraterrenos, donde en alguna oportunidad se habría encontrado una *Mascaipacha* (corona dorada que utilizaba el Inca). Según nuestro amigo, existiría un túnel en la localidad de Chincheros, específicamente en el Templo de la Pachamama, el mismo que comunicaría con el Templo del Sol o *Qoricancha*, en la ciudad de Cusco. Hablamos también de los túneles de Tiahuanaco, desde donde el primer inca se movilizaría para encontrar «El Ombligo del Mundo» y así fundar el Imperio del Tawantinsuyo.

Al hablar sobre Q'eros Sergio nos sugirió que lleváramos hojas de coca y

2. Emisario de las alturas. Sacerdote andino que se encuentra en contacto con los espíritus de las montañas o Apus. Se le suele atribuir poderes sobrenaturales.

«despachos» a la comunidad, esto para las ceremonias de «pago a la tierra», un ritual andino de marcada importancia ancestral. Además, mencionó que en Q'eros podríamos encontrar a varios *Alto Misayoc* y *Pampa Misayoc*. Hablar de todo ello era muy natural para él, ya que frecuentaba este tipo de personajes a menudo.

—¿Conoces algún Alto Misayoc que se llame Rómulo? —consultó Giselle, al ver que Sergio estaba familiarizado con los Maestros de las alturas.

—No, no recuerdo —respondió Sergio.

La pregunta de Giselle buscaba aclarar un poco más la identidad de «Rómulo», nombre que es mencionado en una de las comunicaciones de los Guías extraterrestres. Pues este individuo desconocido hasta ese momento nos «daría la pauta del trabajo...», ello según lo que afirmaba la comunicación (¿?).

—Pero ¿sí conocerás a Alberto Huamaní? —consultamos.³

—Sí, lo conozco, su casa está a sólo una hora de viaje.

Esta información, que luego corroboramos por otras fuentes, nos alegró muchísimo, ya que el conocido Maestro había jugado un papel muy importante en una anterior expedición de nuestros grupos al Paititi. Quisimos ir en busca de Alberto Huamaní, pero nuestra apretada agenda de viaje nos lo impidió. Ya habrá otra oportunidad.

Pasamos más de una hora dialogando con nuestro amigo, y registrando cuanto nos decía en las pequeñas grabadoras portátiles que Garlitos y yo habíamos procurado para el viaje. Sergio nos hablaba de los templos Q'eros, los cuales eran poco accesibles por encontrarse a grandes alturas, donde la nieve cubre las entradas de las cuevas. Es allí precisamente donde suelen realizar sus actividades religiosas, por así decirlo. Sin embargo, no todo era tan espiritual entre ellos, pues muchos **Q'eros** se habían corrompido con el

3. Alberto Huamaní es el Alto Misayoc que contactó con la expedición al Paititi del año 1990, viaje que ha sido descrito en el libro *El Umbral Secreto de Sixto Paz Wells* (Editorial Errepar, Argentina).

licor y «la plata» (dinero), **to** por el acercamiento **de** numerosas expediciones «científicas» que les daban estos acicates para conseguir algo a cambio. **Cuando** Sergio **nos** confió éstas y otras cosas no menos indignantes, nuestro prototipo de Q'eros como una comunidad **sagrada**, descendientes puros y legítimos de los incas, se vino **abajo**. Empero, Sergio nos levantó los ánimos al decirnos que aún se encuentran muchos sabios en la esquiva comunidad, fieles a las tradiciones sagradas de antiguo; además, si la Hermandad Blanca nos sugirió visitar Q'eros antes del Paititi, sería por alguna razón..«

Al hablar de la comunidad no pudimos omitir el viaje a la selva y, para nuestra sorpresa, Sergio conocía también a los indios machiguengas, ya que en compañía de unos alemanes se dirigió a los petroglifos de Pusharo. Definitivamente este joven nos había «caído del cielo».

A todo esto, en 1993 conoció una expedición norteamericana —Sergio es guía turístico—; se trataba de un grupo de investigadores que venían a Perú en busca de la legendaria Paititi. Contaban con equipo sofisticado, mapas y vídeos. Sobre el material de las cintas de vídeo, nuestro amigo afirmaba que mostraban imágenes de tres supuestos caminos incas que partían de Cusco a la selva.

Muchos de estos caminos son vigilados silenciosamente —explicaba Sergio—. Los Q'eros de Paucartambo, los indios Machiguengas de Madre de Dios, o los Mayhuas del Valle del Apúrimac, serían entonces silenciosos concedores de la ruta a Víteos, Paititi, o cuanta ciudad perdida se halle enterrada bajo kilómetros de espesa selva.

Quizá lo más extraordinario del diálogo fue la referencia a seres mitológicos y a animales gigantescos. Según los testimonios que recogió Sergio, todo esto no sería fantasía, sino una incomprensible realidad que estaba reservada a sólo unos pocos, libres de esquemas mentales.

Finalmente, nuestro amigo afirmó conocer el propósito de nuestra expedición —según lo que nos dijo, gracias a la lectura de la hoja de coca—.

Sabía que nuestro viaje obedecía a motivos profundos, sabía que estaríamos muy cerca de todo... Tras decirnos esto se despidió.

La conversación fue muy motivadora. Fue impresionante observar cómo los hilos invisibles crean las condiciones para que la orientación llegue en el momento que más se necesita. Es como si una fuerza superior influyese en el mejor devenir de los acontecimientos. La sensación de estar «guiados» era evidente. No sólo a través de avistamientos de ovnis o en la recepción de mensajes se puede verificar el apoyo y asistencia de estos seres; la forma como podría llegar la ayuda requerida muestra diversas alternativas. La presencia de Sergio nos motivó a todos; incluso nos confirmó mucho de lo que habíamos recibido en vísperas del viaje. Pudimos comprobar que, conforme avanzábamos hacia nuestros objetivos, se dejaba notar a cada instante que no estábamos solos...

Así llegó el 5 de agosto de 1996, fecha mencionada por los Guías para partir de la ciudad del Cusco hacia nuestro destino inicial: Q'eros. El buen ánimo imperaba en el grupo.

Después de dejar en el hotel parte del equipaje que no nos era indispensable llevar, nos dirigimos a uno de los típicos restaurantes de la ciudad, con el objetivo de tomar un buen desayuno que no volveríamos a disfrutar hasta nuestro regreso,

Teníamos dos alternativas para llegar a Q'eros: la primera era viajar a Paucartambo, y de allí movilizarnos en camión al pueblo de Calla-cancha» Desde Callacancha estábamos a casi dos días de camino.

La segunda opción era viajar a Urcos y de allí a Ocongate, último pueblo antes de encaminarse por la soledad de los Andes. De Ocongate estábamos a tres días de Q'eros. Pero ello no era todo. No sólo esta segunda alternativa requería de mayor tiempo, sino también de grandes esfuerzos, ya que los caminos que conducen a la mencionada comunidad serpentean por el macizo andino por encima de los 4.000 metros sobre el nivel del mar, llegando en algunos tramos casi a 6.000 metros. Y eran tres días de camino.

Salta a la vista que la primera ruta es la más atractiva; sin embargo,

escogimos la segunda opción guiándonos por nuestras percepciones. Aunque no comprendíamos por qué sentíamos hacerlo así, nuestra convicción por estar frente a la ruta correcta era aplastante. Sólo más tarde hallamos la respuesta a rodo esto.

Afortunadamente, conseguimos sin demora una camioneta —con chofer incluido— que nos llevase a Urcos. En aquel pueblecito pasaríamos la noche antes de continuar hacia Ocongate, desde donde continuaríamos a caballo hacia las insólitas alturas de la cordillera de los Andes.

Durante el camino al poblado de Urcos, observamos en repetidas ocasiones la clave 33 (número activador que recibimos en nuestra experiencia de contacto), detalle que se nos dio como una posible confirmación de nuestros pasos y esfuerzos. A todo esto, era curioso que al lado de la clave 33 aparecía mi apellido, por cuanto se trataba de carteles de campaña electoral donde, «coincidentalmente», el candidato a elecciones era un tal «González», y su número de campaña la clave 33. Esta situación generó diversas bromas en el grupo que nos mantuvo con buen ánimo y entusiasmo creciente.

Llegamos a Urcos lo suficientemente temprano como para conseguir un hostel donde pasar la noche. Antes de que oscureciera, meditamos a orillas de una apacible laguna que se hallaba cerca del pueblo. Allí encontramos a unos niños volando una cometa en medio de un cuadro que, a más de uno, le trajo recuerdos de su niñez. De inmediato Miguel y Horacio se acercaron a ellos, siendo recibidos con natural alegría por parte de los niños. Volamos la cometa junto con los pequeños; el momento que vivimos al lado de ellos fue de verdad especial.

Al anoecer los niños se despidieron y regresaron raudos a sus casas. Aprovechamos entonces la privacidad con la que contábamos para realizar una práctica de proyección mental.

La práctica consistía en proyectarnos al interior de la laguna, donde hallaríamos una puerta de piedra que deslizaríamos para hallar unas escaleras, las mismas que descendían hasta llegar a un templo secreto.

En este templo encontraríamos a un Maestro aguardándonos, y él respondería a todas nuestras preguntas.

Las prácticas de visualización creativa son apropiadas para crear el marco propicio que requiere el diálogo interior, apareciendo las respuestas como sensaciones, colores o imágenes que guardan un profundo simbolismo. En mi caso personal, siempre aparecía en mis meditaciones el mismo Maestro, un hombre mayor de larga barba y mirada penetrante. El trabajo que realizamos a orillas de la laguna de Urcos fue profundo y edificante por cuanto nos invadió una paz plena.

Se dice que en esta laguna los sobrevivientes del Imperio inca que huían al Paititi arrojaron sus piezas de oro. Se hace alusión por lo general a una cadena, presuntamente parte de los ornamentos y adornos rituales que llevaba consigo Atahualpa; ésta llevaría una maldición que haría presa en algún infortunado cazador de tesoros. Por otro lado, no es menos interesante lo que nos contaron los pobladores de Urcos sobre las apariciones que en dicho lugar se suscitan. Según lo que nos afirmaron, por la noche canta una «sirena», que tendría como disimulada residencia una caverna en las profundidades de la laguna. Nos dijeron que más de uno había escuchado sus cantos, una seductora melodía que llegaba hasta las casas del pueblo. Por si esto fuera poco, se nos aseguró que no sólo la habían escuchado, sino que también la habrían visto. A pesar de que nosotros estábamos familiarizados con experiencias que suelen ser debate de realidad o fantasía entre crédulos y escépticos, no nos tomamos muy en serio lo que escuchamos. Ciertamente es que la laguna de Urcos despide un aroma de misterio, quizá por las historias que giran sobre sus tranquilas aguas. Su imagen en el atardecer andino es conmovedora e inolvidable. Ya por la noche, podíamos ver las estrellas reflejadas en su superficie, a manera de un gran espejo que nos mostraba la grandeza del Universo, colmado de incontables estrellas.

En medio de este panorama nos llamaron la atención unas luces que se

desplazaban aparentemente por encima de los **cerros**; la oscuridad de la noche era tal, que no podíamos distinguir claramente los contornos de los mismos, detalle importante para discernir si eran camiones de transporte nocturno o, **.quizá**, la posible manifestación de los Guías. Aunque nos quedamos con la duda, la noche de por sí ya era especial. Al término de los trabajos nos dirigimos al hostel que habíamos conseguido para descansar. Temprano por la mañana, buscaríamos un camión en el que acomodarnos para partir a Ocongate.

A. pesar de que nos levantamos temprano, la plaza de Urces no lucía desprovista de gente; al contrario, había muchas personas esperando la partida de los vehículos. Allí localizamos con facilidad un camión que nos llevase a Ocongate por **un** precio realmente ajustado. Pero no todo sería comodidad. Tuvimos que improvisar ingeniosos «asientos» ya que el camión no sólo estaba abarrotado de personas, sino que también llevaba mercadería y combustible.

Una nube de polvo penetraba con fuerza: estábamos ascendiendo por la montaña desde donde ya se divisaba como un pequeño charco la laguna de Urcos. Llegamos a buena altura y la estela de polvo que se desprendía del camino afirmado obligó a más de uno a utilizar el indispensable «pasamontañas». Durante el trayecto —que fue largo, cargante y apático—, *nos* entretuvimos cantando algunas canciones. Nuevamente la polvareda y el aire enrarecido de los Andes nos forzó a culminar pronto nuestro rudimentario concierto. El resto del viaje transcurrió en silencio.

En esos instantes aparecieron en mi mente extraños pensamientos. Estaba algo dormido y me hallaba meditando en Jo que significaba ser un «Maestro de Luz»; es decir, trataba de imaginar la responsabilidad y labor de los Maestros de la Hermandad Blanca. Una voz masculina me interrumpió diciéndome: *No deben complicarse por las responsabilidades futuras. Vemos que toman demasiada atención en comprender qué significa ser un Maestro de la Gran Hermandad Blanca.*

*Analícemos así la palabra Maestro: Ma es la Tierra, la Madre, el Hogar. La Tierra no es sólo el suelo que pisan, sino también lo que hay bajo el suelo y lo que se halla en los cielos; todo ello forma parte de la estructura planetaria. Hablamos de un concepto antiguo que de seguro recordarán haber visto en la sabiduría Inca: Janan Pacha, **Cay** Pacha, y Ucu Pacha. Los tres «mundos» del Imperio del **Sol** Pues al descomponer de esta forma la palabra Maestro, **vemos** que significaría «Ma-es-tres», es decir, que la Tierra guarda un equilibrio, donde el número tres representa a su vez los tres planos de preparación: el Físico, el Mental y el Espiritual. **Seguro** que se preguntarán qué relación existe en ser un Maestro al servicio del Plan con lo antes expuesto. Pues un verdadero Maestro conoce y respeta el hábitat **que** ocupa, en este caso la Tierra. Y al cumplirse esto, el **Maestro** se funde con su verdadero hogar, el Cosmos.*

*El Maestro es un ser integral, por ello no descuida el trabajo en los tres planos. Pronto comprenderán la relación que guarda el planeta **azul** y la preparación trina con la responsabilidad de llevar una **enseñanza** al prójimo..Estén tranquilos porque cumplirán con los objetivos. Los seis son como las cuerdas de una guitarra: cada uno emite una vibración diferente, pero al juntarse emiten un acorde de agradable música...*

Era Alcir, estaba totalmente seguro de que se trataba de él Pero allí no terminaba el mensaje; el Maestro intraterreno me hablaba de prepararme para verlo físicamente, ya que tendría un encuentro con él en algún determinado momento de la expedición (¡!). Como era de esperar me sorprendí, y hasta dudé de la veracidad de la invitación. Sin embargo, una profunda sensación me advertía de la posibilidad del contacto. Decidí entonces esperar en silencio, sin hacer algún comentario a mis compañeros que pudiese alentar expectativas.

El camión se detuvo, habíamos llegado a Ocongate. Al conversar entre nosotros observamos que durante el trayecto más **de** uno había captado

distintas ideas que llegaban como mensajes. Ante la posibilidad de que los Guías estuviesen **tratando** de hacernos llegar algunas pautas para el viaje, **aprovechamos** ese día para meditar en el rústico —pero acogedor— **hostal** que habíamos conseguido para descansar.

Durante la meditación, llegaron nuevos mensajes en medio de los extraños resplandores que aparecieron de pronto; varios de **nosotros** los pudimos percibir, sorprendiéndonos.⁴ En las comunicaciones, los Guías extraterrestres definieron el viaje **como** una iniciación que estaba a cargo de la misma naturaleza. La experiencia nos conmovería profundamente, generando en consecuencia un cambio positivo en todos nosotros. Los mensajes afirmaban que en el viaje nos descubriríamos a nosotros mismos, y recibiríamos en la medida que nos entregáramos, y río como un premio, sino como un resultado lógico a una actitud puesta en práctica. Además, los Guías también señalaban que nos dirigíamos al Paititi «de regreso a ocupar el lugar que habíamos dejado...», aseveración que nos invitó a pensar mucho. ¿Era acaso sólo un símbolo?

Muchos canalizamos ideas muy parecidas. Giselle captó también durante el trabajo el papel que jugaría la Madre Naturaleza: para internarnos en el Paititi debíamos vivir las iniciaciones de los cuatro elementos (Aire, Fuego, Tierra y Agua), Ahora bien, estaba muy claro que debíamos guardar una actitud de respeto para con el lugar; la selva no es un infierno verde —como alguien dijo en alguna oportunidad—, es un paraíso perdido, donde está guardado el conocimiento secreto que devolverá la identidad al hombre cuando éste asuma su responsabilidad de ser puente con el Universo.

4. Al intercambiar las experiencias después del trabajo, comprobamos la presencia de un sincronizador magnético, pequeño aparato extraterrestre que se emplea para la activación energética de lugares y personas. Generalmente su diámetro no es mayor que el de una pelota de tenis. Efectivamente a ello se debía la aparición de los resplandores.

Nos comportaríamos entonces con altura, ¿acaso un hijo debería tratar mal a la madre?. Lamentablemente existen casos donde el hombre ha dañado considerablemente a la naturaleza, y esto por obedecer a intereses creados donde resalta el imperio del dinero y la codicia. Teníamos que confiar en que nada malo nos pasaría, y no sólo por la protección y asistencia constante de seres superiores, sino también por el abrazo tierno, muchas veces incomprendido, de la misma naturaleza.

— Al consultarle a Miguel sobre su experiencia, él nos contó que preguntaba «si podríamos acercarnos al Paititi y cumplir con el objetivo de la expedición». Una mágica voz surgió dando una respuesta que a todos nosotros nos invitaba a reflexionar: «¿Por qué dudan? ¡Las puertas están abiertas...!».

La experiencia que vivió el grupo en aquel momento nos recordó que todo ya estaba dispuesto. Sólo nos debíamos ocupar de la parte que nos correspondía. El resto se daría por añadidura, obedeciendo los objetivos del Plan Cósmico. Los mensajes de los Guías de Venus, como los que también nos haría llegar la Hermandad Blanca a través de Alcir y de Ramael (otro Maestro del Paititi), nos permitieron comprender la trascendencia de lo que sucedería...

Al día siguiente (7 de agosto) encontramos en Ocongate a 2 experimentados arrieros que nos acompañarían a Q'eros. Necesitábamos caballos para llevar el pesado equipo por las frías alturas, ¡y no cualquier caballo! Era indispensable contar con bestias aclimatadas para este tipo de trabajos. Así, conocimos a Juvenal Díaz, un hombre maduro y flemático. Juvenal nos acompañaría junto con Pascual Quispe, un hombre joven, de mirada inocente y brillante sonrisa. Curiosamente Horacio había percibido en sus meditaciones que conoceríamos a un personaje del mismo nombre y que *nos* sería de mucha ayuda. Pascual permanecía siempre en silencio, a menos que alguien le diese algún tema de conversación; era parco y tímido; en cambio, Juvenal era el lado opuesto de la moneda, pero esa dureza de carácter que ostentaba le serviría de mucho para sobrellevar con frialdad algún posible peligro que, de seguro, aparecería en el transcurso de la expedición.

Acordamos llevar nueve caballos, seis para silla y tres de carga, Juvenal llevaría además su inseparable caballo negro. Una vez que no[^] pusimos de acuerdo sobre la cantidad que pagaríamos, suscribí con Juvenal un contrato, haciéndome responsable conjuntamente con Garlitos de la seguridad del grupo —esto a petición del mismo Juvenal—, los arrieros hablarían con nosotros para cualquier consulta o toma de decisiones ante un posible imprevisto. El 8 de agosto partiríamos a las ocho y media de la mañana hacia nuestro primer paradero antes de Q'eros: *Ancassi*.

Los rayos de sol penetraban en la sencilla habitación que nos había servido de «cuartel general» las dos noches que permanecemos en el pueblo. A las ocho de la mañana ya nos encontrábamos en la hacienda de don Juvenal, poniendo todo en orden para partir. Seguiríamos la rata de herradura que lleva por una cadena de valles y punas que se encuentran en las proximidades de los nevados. Desde Ocongate podíamos divisar ya con claridad el imponente nevado Ausangate, el mismo que es depositario de numerosas leyendas. Algunos exploradores aseveran que existiría una ciudad perdida en sus cercanías.⁵

Cada uno tomó su caballo y avanzamos en «fila india» por el camino afirmado que, con el transcurrir del trayecto, se transformaría en una débil huella, tan estrecha que en algunas ocasiones teníamos que bajar de la montura, e ir a pie jalando a los caballos de las riendas para así poder continuar sin riesgos. Nos encontrábamos al borde de atemorizantes precipicios, con la vista clavada en el horizonte mientras nuestros pulmones se iban aclimatando a la altura. Ya pasado el mediodía, habíamos dejado atrás los villorrios de *Kcarhuayoc* y la hacienda de *Kcapana*.

Durante el trayecto, venía reflexionando sobre el trabajo que los grupos de contacto habían estado realizando, en especial lo que se refiere a la apertura y conexión de puertas dimensionales.

5. Perú, *El Dorado*, julio-septiembre, 1996 (pág. 29).

Antes de partir de Ocongate, recordábamos en una interesante conversación la apertura de las doce puertas dimensionales existentes; pero algo nos decía interiormente que existía una «Puerta 13». Era tan sólo una seguridad de su existencia, y según lo que sentíamos, la presunta puerta trece tenía una estrecha relación con el viaje que estábamos haciendo. Ya era conocido por nosotros que el número 13 representaba al Paititi —esto según las comunicaciones— pero ¿qué era específicamente la «Puerta 13»? Antes de seguir creo que es necesaria una breve explicación para aquellos lectores que desconozcan la existencia de las puertas dimensionales que he mencionado.

Los Guías extraterrestres nos han hablado de la «estructura» del Universo, constituido por tres planos: uno Físico, uno Mental y un plano Espiritual. Cada uno de estos planos contiene distintas dimensiones o *Niveles de Consciencia* donde se desarrollan diferentes formas de vida. A saber, nuestro Universo está formado de la siguiente manera:

Plano Material Septernal. Contiene siete dimensiones. Es el plano físico donde se desenvuelve el hombre, específicamente en tránsito de la tercera a la cuarta dimensión. Los Guías de Morlen (Ganímedes), por ejemplo, se encontrarían en la quinta dimensión. Los seres que se desenvuelven en dicho plano son obviamente físicos, pero conforme vamos ascendiendo en las dimensiones nos encontramos con seres materiales pero de una vibración más sutil.

Plano Mental Septernal. En él se hallan tres dimensiones. Es el plano de la mente y, por tanto, los seres que se encuentran allí no poseen cuerpo físico —no lo necesitan—. Son seres de energía, con un gran poder de creación. El plano mental habría «creado» al plano material a través de una gran explosión cósmica, que nuestros científicos han denominado «Big-Bang», la singularidad en el Universo —según los Guías, este «Universo» que estamos conociendo sería una de tantas creaciones en el plano material—. Los extraterrestres afirman que el cosmos se expande y se contrae como los latidos de un corazón humano o como la respiración del dios indio *Brahma*.

Plano Espiritual Esencial. Contiene dos dimensiones. Es el plano del espíritu, de la «esencia». Este plano «emanó» al mental. Entonces, hablamos de doce dimensiones a lo largo de tres planos en el Universo. Pero ¿en qué plano o dimensión se encuentra Dios? Dios se encuentra en todos los planos, en todas las dimensiones, en todos los seres.

En el transcurso del desarrollo de la experiencia de contacto, se han venido realizando trabajos de conexión con estas doce dimensiones. Ya sea en Egipto, Paititi o en cualquier lugar magnético del mundo —y no sólo nuestros grupos de contacto, sino muchos otros que han ido trabajando por el cumplimiento del Plan Cósmico—, se han consolidado las conexiones, efectuándose la última —es decir, la de la llamada «puerta 12:12»— el 12 de diciembre de 1993.

El interrogante que teníamos recaía sobre la existencia de una supuesta puerta trece. Después de meditar mucho sobre ello llegamos a la conclusión de que esta «puerta» debía ser interna, lo cual explicaría la naturaleza espiritual del viaje y la verdadera conexión interdimensional que debíamos alcanzar. Afortunadamente, más tarde tendríamos la confirmación a todo esto. Sin embargo, y para nuestra sorpresa, según lo que los Guías nos afirmarían posteriormente, no se trataba sólo de trece puertas, sino de catorce... Hablaré de ello detalladamente en los capítulos que siguen a continuación; y de seguro el lector también se sorprenderá.

Veía a lo lejos, desde la altura donde nos encontrábamos, las quebradas andinas, salpicadas de algunas chozas y viviendas típicas de los Andes. En un maravilloso cielo serrano se dibujaban blancas y esponjosas nubes; daba la sensación de poder tocarlas. Los cambios repentinos de la atmósfera se hacían notar, y los vientos helados traspasaban el grueso abrigo que nos habíamos procurado para el viaje. Tal como lo habían mencionado los Guías, las claves numéricas aparecían constantemente.

Esta vez, sería la misma fecha de partida del pueblo de Ocongate: el 8 del 8, número que de por sí ya nos situaba en una vibración ascendente. El 8 es «volver a los orígenes», y curiosamente estábamos partiendo 8 años después del 8 del 8 del 88 (o sea el 8 de agosto de 1988), año en que se empezó a producir un gran cambio en el ámbito planetario. También fue el año en que se iniciaría mi aventura en el contacto extraterrestre a raíz de un avistamiento de ovnis. Ello nos indica que nada es fruto del azar, por el contrario, es la demostración concreta de que estamos siguiendo un derrotero, una programación, el Plan Cósmico al que tanto he hecho mención en estas líneas. Las claves seguirían apareciendo, cual coordenada matemática que nos situaba en el lugar y en el momento preciso.

Eran las tres de la tarde, y buscamos un lugar apropiado para acampar. Escogimos una pequeña quebrada, había muchas rocas y un riachuelo que traía transparentes aguas de los nevados circundantes. El lugar era bellissimo, desde nuestra ubicación observábamos con respeto la soberbia figura del pico nevado más alto. Era el *Yanaricu*^ vocablo quechua que significa «mirador negro». En sus faldas se extiende cercana a nosotros una comunidad, la más alta de esta región, *Anccasi*, a 4.900 metros sobre el nivel del mar. Una mujer de este poblado se acercó hacia nuestras tiendas de campaña trayendo consigo papa y chuño (papa deshidratada), tubérculos propios de la agricultura andina. Pascual nos ayudó en la conversación, puesto que la humilde y servicial campesina sólo hablaba el quechua. Así, le ofrecimos con humildad los alimentos que nosotros traíamos; de esta forma compartimos una tarde de almuerzo.

La noche ya caía y la temperatura empezó a descender considerablemente. En un cielo oscuro y totalmente despejado aparecían infinidad de estrellas. Se podía distinguir sin esfuerzo el brazo de nuestra Vía Láctea. Para mí, fue la noche más despejada que había visto en mi vida.

Encendimos a duras penas una fogata, intentando calentarnos ya que nos

encontrábamos a varios grados bajo cero. De pronto, por encima de los picos, surgieron fuertes resplandores. En un principio no prestamos mucha atención, por cuanto estas manifestaciones que nosotros atribuimos a la naturaleza (entiéndase relámpagos de alguna posible tormenta) son comunes en estos lares, pero la aparición de numerosos bólidos de luz que salían de en medio de ellos nos hizo pensar que se trataba de otra cosa. Y ciertamente así era.

Estos resplandores —que en ningún momento venían acompañados de ruido alguno— iluminaban el campamento a manera de un gigantesco flash de fotografía. El color variaba del gris al azul claro y también observamos destellos amarillos y rojos. Aparecían justo cuando llegábamos a alguna conclusión, como si estuviesen confirmando las apreciaciones correctas. Los resplandores o fogonazos, así como los objetos luminosos que se desplazaban sobre nosotros, denotaban ser guiados por una fuerza inteligente que parecía saber lo que estábamos haciendo. Uno de estos objetos se detuvo en pleno vuelo, y se mantuvo estático, como observándonos. En ese momento, mientras escudriñaba uno de los luminosos artefactos —asumiendo que se trataba posiblemente de una nave—, sentí la imprevista necesidad de apartarme hacia unas rocas. Como no encontraba explicación que justificase el alejarme de mis compañeros, decidí quedarme. Pensé que eran ideas mías.

«¡Mordac! —una voz me llamó por mi Nombre Cósmico—, ¿por qué dudas si sabes que estamos aquí? Haz lo que debes hacer y no dudes más...»

Confieso que me llevé una buena impresión al escuchar la voz, pero, a pesar de la claridad con la que pude percibir el mensaje, tenía cierta desconfianza sobre la autenticidad del mismo. Así que, como para despejar dudas, «pedí» mentalmente a la «luz» —que permanecía estática sobre la cima de una montaña— una confirmación de lo que había recibido; incluso les solicité cómo debía ser la confirmación: la supuesta nave tendría que realizar cinco cambios de luces.

Ello lo hacía con la intención de confirmar el contacto telepático.

Para mi asombro, la respuesta fue inmediata, emitiendo el luminoso objeto cinco poderosos fogonazos. Me avergoncé por haber dudado de la presencia de los Hermanos Mayores; ciertamente hay también una línea muy delgada entre la objetividad y la necesidad. Me disculpé con el grupo y me dirigí hacia las rocas, y una vez que me encontraba solo —pero no lejos de mis compañeros—, empecé a trabajar para sensibilizarme y captar algún posible mensaje.

«Veamos qué ocurre», me decía en mis adentros mientras mantenía respiraciones lentas y profundas, en la medida que me visualizaba envuelto en luz. Al abrir los ojos, pude observar que una débil silueta luminosa se perfilaba. Se trataba de un brillante personaje que llevaba una especie de túnica. Esta proyección me era familiar, y me hizo recordar la experiencia que en mayo de 1995 tuve en mi habitación.

«Sí, Alcir con todos ustedes —dijo una voz que parecía provenir de la proyección—. Estoy en una de las naves que observaste, al lado de los hermanos Guías de Venus (¿?). Estamos muy contentos por la vibración que están alcanzando; sigan integrándose, lograrán cruzar el *Umbral* si se mantienen así. Relean los mensajes y discernan las pautas que han reunido. La conexión la realizarán, y la puerta que esperan abrir los aguarda...»

Nuevamente aparecía el Maestro, asombrándome su permanente asistencia y apoyo al grupo. De allí continuó diciéndome que la presencia de ellos obedecería a lo indispensable, ya que el viaje era en sí nuestra responsabilidad. Según Alcir, más de uno estaba «ligado» con el pasado de las tierras que pisábamos. Mencionó que en esta expedición encontraríamos la pieza que faltaba para así sellar el trabajo de las anteriores expediciones de nuestros grupos al Paititi. Nuevamente me recordó la invitación para un encuentro físico, lo cual me entusiasmaba sobremanera. En las experiencias que había tenido con el Maestro nunca tuve la oportunidad de identificar su apariencia, ya que la luz que rodeaba la proyección holográfica me lo

dificultaba. Me daba la impresión de que el mismo Alcir no deseaba que lo viera aún, y al sentir esto así, se lo pregunté. El Sabio intraterreno me diría lo siguiente:

Aún no estás preparado para ello, amado Nordac y al decirte eso no es porque mis rasgos difieran mucho de la apariencia humana. Mi aspecto es muy similar al de ustedes, tanto así que podría pasar inadvertido en cualquier ciudad de la Tierra. Pero mi lugar está en los retiros, a la espera de aquellos que han de tomar nuestro lugar.

*Aún no debes verme porque ello activaría en ti un recuerdo que yace dormido, y si es despertado antes de tiempo podría causarte problemas, ya que no tendrías la **sabiduría** necesaria para enfrentar la responsabilidad de SABER...*

Ahora entendía el porqué de hallarme a solas. Era una pauta que no debía olvidar.

Sentí cómo las palabras del Sabio Alcir tocaban lo más profundo de mi interior.

Las luces continuaban desplazándose velozmente, pero la proyección del Maestro se había desvanecido.

Al regresar al campamento hice llegar al grupo el mensaje, salvo la parte que tocaba directamente a mi preparación personal. Giselle, desde la fogata, me vio acompañado por la proyección luminosa. El apoyo de estos seres era contundente. Esa noche, a pesar del intenso frío que hasta había congelado el agua, descansamos con la mente puesta en cumplir con los objetivos.

Al amanecer, nos reunimos para equipar nuevamente a los caballos, ya que como es de suponer les quitamos el peso que llevaban encima para que así pudiesen descansar cómodamente. Esperamos los intensos rayos del sol para poder secar las tiendas de campaña que se hallaban húmedas por el hielo que ya se empezaba a derretir. A Juvenal y a Pascual se les veía tranquilos, acostumbrados como todo buen arriero a estos quehaceres.

Tras compartir un necesario desayuno seguimos nuestra ruta a Caeros. Tanto nos compenetramos con nuestros caballos durante el camino que hasta les pusimos un nombre —aunque ya lo tenían—. Cuando nos encontrábamos atravesando un valle, hacíamos pequeñas carreras, ello para romper un poco el ritmo lento que manteníamos la mayor parte del viaje. La mañana transcurrió con buen ritmo y por ello el grupo se hallaba contento.

Nada hacía presagiar que el camino nuevamente se estrecharía, llegando a límites no aptos para cardíacos. Aquí los precipicios sí que eran preocupantes. Para nuestra «suerte», grandes nubes negras se hallaban literalmente encima de nosotros, amenazándonos con desatar muy pronto una tormenta que, de concretarse durante nuestro recorrido, llegaría en un mal momento. Juvenal nos dijo que debíamos apurarnos para salir del alcance de la tormenta que se avecinaba. Aunque lo intentamos no podíamos ir más rápido, nos hallábamos en un angostísimo camino, con subidas y bajadas que eran una verdadera trampa para el jinete imprudente. Y al fin sucedió lo que tanto temíamos.

La Madre Naturaleza dejó caer su bendición; estábamos bajo una respetable lluvia de granizo —léase hielo—, el cual por la altura desde donde caía venía con una fuerza tal que sólo se puede comparar con un apedreamiento. De inmediato nos cubrimos la cabeza sin detener nuestra marcha, asimilando la sorpresa que nos llegaba del cielo. A pesar de que el granizo era pequeño —unos 3 cm de diámetro, hay casos de «granizadas» que alcanzan el tamaño de un puño adulto—, nos era por demás molesto ya que al derretirse transformaban el desfiladero rocoso que transitábamos en una suerte de pista de patinaje. Y si alguien «patinaba»...

Fue la única vez que vi a Juvenal nervioso, a pesar de que intentó disimular su preocupación con bromas que no venían al caso. Afortunadamente, logramos pasar el radio de alcance de la granizada. Empapados, nos dispusimos a comer algo para luego continuar hacia «el abra», es decir,

hacia el paso natural entre las cordilleras. Después de atravesarlo estaríamos en territorio Q'ero, llegando a una de sus cinco comunidades: *Chuwa Chuwa*. Aún teníamos cerca a la tormenta, por lo que no nos tomamos mucho tiempo en partir nuevamente.

Avanzamos lo suficiente como para encontrar un clima más benigno, con un cielo despejado y un sol radiante que en breve secaría nuevamente nuestra ropa. En este tramo se dejó sentir el «soroche» o «mal de altura» —nos hallábamos a casi 6.000 metros sobre el nivel del mar—. Los mareos, náuseas y sobre todo una presión intensa en la cabeza hicieron presa en varios de nosotros. Para nuestro bien, superaríamos rápidamente estas incómodas sensaciones, adaptando nuestros pulmones al escaso oxígeno de las alturas; continuamente masticábamos hojas de coca y ello nos ayudó a soportar el vaivén.

Conforme nos acercábamos al abra, experimentábamos una rara sensación de alegría, quizá porque sabíamos que era la frontera con el reino Q'ero, y a partir de allí nuestro viaje adquiriría otro matiz. En el camino íbamos observando las *Apachetas*, estas «señales» o «marcas» son una pequeña acumulación de piedras, formando por lo general una pirámide. Juvenal nos dijo que «los Q'eros» eran los autores, procurando con ello una ofrenda a los *Espíritus de la Naturaleza*.⁶ Poco antes de llegar a la cima del abra nos tomamos un descanso, y lo aprovechamos para dejar allí nuestras «apachetas»; lo hicimos con mucho respeto a las tradiciones antiguas que aún guardan los hombres andinos.

Ya en el abra, participamos todos de una ceremonia a los **Apus** (los espíritus de las montañas), que fue dirigida por el mismo Juvenal.

6. Es posible que estos *Espíritus de la Naturaleza* sean entidades inteligentes que se desenvuelven en otros planos o dimensiones. Estudiosos de los mundos sutiles los denominan «Elementales».

Luego, el experimentado arriero «leyó» las hojas de coca para ver lo que posiblemente sucedería en el transcurso de la expedición. Personalmente, aunque no le tengo confianza a las prácticas de adivinación por cuanto podrían sugestionar a la persona sobre su posible futuro, escuché con educación lo que afirmaba Juvenal. «Cuidado con los resbalones», dijo.

Al descender del abra veíamos a lo lejos una densa niebla que según nuestros acompañantes provenía de la selva. La niebla es habitual en Q'eros. Incluso toman sus precauciones porque ya ha habido casos en que algunos campesinos se han «perdido» al penetrar en ella. Esta gran mancha blanca se iría despejando hasta dejar ver una serie de casitas de piedra con techo de paja, fieles a las antiguas viviendas incas. A las 4:33 de la tarde llegamos a la primera comunidad Q'ero.

La comunidad de Chuwa Chuwa se encuentra a 4.500 metros de altura. Sus habitantes no son muy numerosos —calculo que no habrá allí más de veinte chozas—. El silencio era total, los Q'eros no se dejaban ver por ningún lado, aunque sentíamos claramente que alguien nos observaba. Parecía incluso que estuviéramos en un pueblo fantasma.

De improviso, en medio de este cuadro observamos a un hombrecito bajito, vestido con un típico manto inca. A paso acelerado se acercó hacia nosotros. Era el líder de la comunidad.

«Es Nazario Quispe ■—nos explicó don Juvenal—, voy a solicitarle autorización para que nos deje dormir en una de sus chozas.»

La sonrisa de Nazario nos hizo saber que había aceptado la petición del curtido arriero. Una vez que nos presentamos ante él, quitamos las sillas a los caballos y recogimos nuestro equipo, y entramos todos en el interior de una espaciosa vivienda Q'ero que por lo general permanecía deshabitada.

Es notable la similitud que hay entre las viviendas incas con las que hoy construyen los Q'eros. Las piedras son acomodadas con gran maestría, y el techo de paja es digno de manos hábiles e inteligentes. Al entrar en una de estas viviendas uno tiene que bajar por unos peldaños, ya que los Q'eros cavan el interior de la misma dándole mayor espacio al recinto.

Siempre me preguntaba, desde la época del colegio, cómo los incas habían construido esas grandes paredes de roca que causan admiración a profanos y eruditos. Las explicaciones débiles que otorgaban algunos arqueólogos sobre su origen dieron espacio a otras interpretaciones, definitivamente menos fieles a la academia, pero que también buscaban desvelar el misterio. Me refiero a la teoría que sustenta la intervención extraterrestre —tan combatida— donde, hipotéticamente, una civilización avanzada proveniente de otras estrellas habría levantado Sacsayhuamán, Machu Picchu y cuanta evidencia arqueológica nos cuestione sobre su enigmático pasado.

Se sorprenderá el lector al saber que nosotros no apoyamos a pies juntillas estas teorías, que no negamos son muy sugerentes; más bien afirmamos — sobre la base del contacto directo que mantenemos con civilizaciones superiores— que estas maravillas arqueológicas las hicieron los hombres; pero cabe aclarar que todo esto obedecía a un «plan de ayuda», donde estos seres brindaron el conocimiento necesario para hacerlo, pero sin que ello signifique una acción directa por parte de ellos.

En el transcurso del viaje a Q'eros habíamos observado en las rocas unos orificios extraños que de ninguna manera sugerían una formación natural. Nos enteramos de que eran los nidos de una curiosa ave andina denominada por los hombres Q'eros como «Pito». Pero ¿cómo perforó la roca esta ave? Según lo que nos dijeron, antiguamente los incas buscaban los huevos del ave Pito por ser estos fuente de alimento importante en el Imperio, y al encontrar los hoyos en la roca, esperaban a que el ave abandonase el nido, para luego hurtar los codiciados huevos. De esta forma, los incas advirtieron que la Pito tenía unas hojas en el pico que frotaba con la superficie de la roca, para luego picotear y así formar el orificio que serviría más tarde de nido. Al ver cómo estas hojas ablandaban considerablemente la roca, los incas siguieron al ave para ver en qué lugar crecía la misteriosa planta.

El consecuente descubrimiento los llevaría a desarrollar una técnica de construcción, donde las rocas, después de ser sometidas a la sustancia química de las milagrosas hojas, serían acomodadas y cortadas —ya liberadas de toda dureza y peso— para edificar sus soberbios templos y fortalezas. Luego estas rocas recuperarían su característica normal, volviendo a endurecerse.⁷

Esto explicaría muchas incógnitas, aunque no tenemos la certeza de que el relato no haya sido deformado con el transcurrir del tiempo. Además, aún perduran otros enigmas que no encuentran una satisfactoria explicación. Hoy por hoy sabemos que *alguien* guió a los incas, ayudándoles a desarrollar una civilización que alcanzó un alto grado de conocimiento en diversas materias. ¿Quiénes fueron entonces sus Maestros?

Gracias al conocimiento del quechua por parte de nuestros dos arrieros y amigos, pudimos establecer un ameno diálogo con Nazario, quien se mostró hospitalario desde un principio. Su trato para con nosotros fue aún más fraterno al conocer nuestras intenciones de viaje. Los Q'eros son muy desconfiados, y ello debido a las malas experiencias que han tenido que soportan

Efectivamente, Chuwa Chuwa no era una comunidad muy habitada, Nazario nos dijo que allí vivían sólo unas veintidós personas. Ello me llamó la atención, ya que el citado número es una clave que suele estar presente en viajes como éste. Se iba cumpliendo cabalmente aquello de: «Las señales se multiplicarán en el transcurso del viaje».

Al explicarle a Nazario un poco más sobre los motivos profundos que nos movían a desplazarnos por estas alejadas tierras, cambió su mirada, dejando ver en su rostro curtido por el clima una honda preocupación. Dirigiéndose al grupo nos dijo si queríamos orar con él. Aceptamos con mucho entusiasmo,

7. En diversos grupos arqueológicos, como en Machu Picchu, por ejemplo, se han hallado «huellas» humanas en las rocas, como si éstas hubiesen sido ablandadas, como si se tratase de mantequilla.

entonces nos pidió que lo siguiéramos, y nos llevó hasta su misma choza. Nos hizo pasar y comprobamos en qué condiciones vive esta gente de las alturas. Empero, la verdadera humildad la llevaban dentro.

A pesar de que en ese momento ya no se encontraban con nosotros Juvenal y Pascual, pudimos entendernos lo suficiente con el líder Q'ero, Juntos — y con su familia que se hallaba en el interior de la vivienda— realizamos un trabajo de canalización de energía *Cilial* (radiación sutil emitida por el Sol) visualizando que nos bañaba con su luz y poder. Asimismo, recibimos la energía de la Tierra, de la denominada *Pachamama*, o *Gaia*, uniéndose ésta con la luz que provenía del astro rey. Alzamos nuestros sentimientos hacia el Universo, agradeciéndole por todo lo que estábamos viviendo y que tanto nos serviría de hoy en adelante.

Durante el trabajo, escuchamos unos quejidos, y al indagar de qué se trataba, observamos entre unas mantas de lana a un hombre Q'ero —familiar de Nazario— que se hallaba gravemente enfermo. Presentaba todos los síntomas de una infección respiratoria muy avanzada. Comprendimos entonces que Nazario quería que oráramos a su lado para pedir por Lorenzo, su hermano, quien desde hacía varios días se encontraba muy mal de salud.

De inmediato nos encomendamos a las fuerzas superiores, pidiéndoles su asistencia para un trabajo de curación que llevaríamos a cabo para restablecer la salud de Lorenzo. Para ello utilizamos la imposición de manos, canalizando una energía que descendía para luego ser «proyectada» a través de nosotros hacia el enfermo.

La pieza fundamental en las curaciones es la fe, pero no sólo en el que cura, sino también —y fundamentalmente— en el que está siendo asistido por esta fuerza purificadora. En la experiencia de contacto aprendimos que uno no debe utilizar su propia energía, ya que ello puede conducir a un excesivo desgaste en la persona que humildemente se brindó para asistir. Siempre se debe visualizar que somos protegidos por una energía superior que desciende del Cosmos; también es ideal hacer una *cúpula de protección* (rodearse en

luz)antes de iniciar este o cualquier otro trabajo.

En verdad, los efectos fueron sorprendentes. Lorenzo lucía mejor, incluso nos agradeció tomándonos de las manos mientras nos decía algo en su lengua madre y aunque no le entendíamos mucho, sentimos su gratitud y sincera amistad. Nazario se mostraba complacido. Ahora sabíamos por qué debíamos venir por Ocongate: si hubiésemos escogido la ruta de Paucartambo nos «saltaríamos» Chuwa Chuwa, ya que el primer camino va directamente a la comunidad central de los hombres Q'eros. Y en Chuwa Chuwa se nos necesitaba...

Les dejamos medicinas como tratamiento complementario, y esta vez sí contamos con nuestro traductor de expedición, Juvenal, que les explicaba en quechua cómo debían utilizar los medicamentos, según nuestras instrucciones. Esa noche dormimos con un sentimiento de plenitud por haber podido ayudar. ¡Y pensar que nosotros veníamos con la actitud de ver qué podíamos recibir de los Q'eros! Realmente uno se siente bien procurando el bienestar de un amigo; nuevamente las pautas recibidas se cumplían. La enseñanza de la Gran Hermandad Blanca se otorga de una forma práctica, asegurando con ello que el discípulo jamás la olvidará.

Cerca de las nueve de la mañana del sábado 10 de agosto, partimos de Chuwa Chuwa a la comunidad central: *Hatun Q'ero*. Nuevamente—como para no perder la costumbre— pasamos al lado de afilados precipicios. Por lo angosto y peligroso del camino, tuvimos que repetir la rutina de bajar de los caballos y coger sus riendas. Avanzamos muy bien —estábamos descendiendo—, y al cabo de pocas horas nos encontrábamos en «la capital» de los hombres Q'eros.

Una serie de casitas de piedra y paja se mostraban ante nosotros al amparo de una cadena de picos que, cual fortaleza natural, cobijaban a esta bella comunidad andina a 3.500 metros de altura. Fui el primero en llegar, y me detuve unos instantes a contemplar la comunidad, que era mucho más grande que Chuwa Chuwa. Hatun Q'eros tiene una vibración muy particular,

particular, se siente desde la llegada. A lo lejos, entre dos montañas, se vislumbraba un paisaje verdoso que me conmovió tan sólo contemplándolo: era el descenso hacia la selva.

Una vez que nos hallábamos todos juntos, nos agrupamos en la puerta de una vivienda Q'ero. Al igual que en Chuwa Chuwa nadie se asomaba por ningún lado, hasta que unos hombres que parecían ser campesinos por las herramientas que llevaban se animaron a acercarse. Dialogaron con Juvenal, quien ya se despedía, pues retornaba con Pascual a Ocongate. Andrés Quispe, uno de los campesinos, inició la conversación, autorizándonos a pasar la noche en la comunidad y bajo el abrigo de una de sus viviendas, que al igual que en Chuwa Chuwa permanecía desocupada.

Nos despedimos de Juvenal y Pascual, agradeciéndoles su ayuda. No sabíamos cuánto tiempo permaneceríamos en Ha- tun Q'ero y por ello nuestros dos amigos arrieros nos acompañaron en un viaje de ida» Cuando los vi partir de regreso a Ocongate, tuve una sensación de desamparo, ya que no contaríamos con la valiosa experiencia que ellos tenían. Sin embargo, y aunque suene contradictorio, en aquel instante sentí una inexplicable seguridad que todo saldría bien.

A partir de ese momento conviviríamos con los Q'eros, quienes hablaban el quechua, y sólo algunos de ellos —y a duras penas— el castellano. Estoy seguro de que cuando Andrés Quispe nos dio la autorización para dormir en la comunidad, no imaginó que estaríamos más tiempo de lo previsto; no sólo lo previsto por él, sino también lo previsto por nosotros...

Andrés, *Pampa Misayoc* de Q'eros grande, se mostró cordial; nos sorprendió porque ni bien conversó con nosotros —era uno de los pocos que hablaba algo de castellano— nos confió sus experiencias con los espíritus de las montañas o Apus. Dijo que los podía escuchar, y que si lo deseábamos, podría dirigir una «ceremonia» donde nosotros mismos tendríamos también nuestra propia experiencia. Un Pampa Misayoc, según la creencia Q'ero, posee tres «poderes»: el *Munayniyoc*, para curar el cuerpo y el espíritu, y comunicarse con el Apu; el *Llank'ay*, o fuerza para el

trabajo; y el *Yachay*, o sabiduría para las decisiones. Ello me entusiasmó, porque así me «quitaría el clavo» sobre la autenticidad de estas prácticas andinas que siempre respeté, pero que debido a mi ignorancia nunca había llegado a comprender.

Andrés se marchó tocando su inseparable quena —que él mismo fabricó—, nosotros nos quedamos muy interesados en su ofrecimiento; tendríamos que esperar para experimentar una extraña pero profunda experiencia.

Aprovechamos el tiempo dando un paseo por la comunidad. El terreno era inclinado, ya que las viviendas se acomodaban a las faldas de la montaña. A lo lejos, se observaba una serie de caminos que arañaban los farallones andinos. Q'eros se halla tras las vertientes de la cordillera oriental de la cadena del Vilcanota, llegando hasta las cercanías de Madre de Dios. El clima de Hatun Q'ero es templado, y la neblina es casi permanente en sus alrededores. Actualmente se puede verificar en sus alrededores la presencia de *andenes* incas, los cuales siguen siendo empleados por los miembros de la comunidad.

Durante nuestra exploración encontramos un riachuelo de aguas cristalinas. Los Q'eros habían acomodado ingeniosamente unas piedras en la trayectoria del riachuelo, formando de esta manera una especie de caño que era utilizado frecuentemente para el abastecimiento de agua. Nosotros no perdimos la oportunidad para llenar las cantimploras. Seguimos el riachuelo cuesta arriba, desde donde caía, y allí encontramos un manantial. Nos vino muy bien este descubrimiento porque necesitábamos a gritos un baño.

Por la noche descansamos plácidamente sobre el suave lecho de paja. Sobre esta mullida yacija acomodamos nuestras bolsas de dormir y el sueño reparador vino casi instantáneamente. Esa noche, todo el grupo sintió la presencia de alguien que se desplazaba en el interior de la vivienda. En sueños algunos de nosotros percibimos que unas «voces» nos hablaban. Al despertar confrontaríamos las percepciones que habíamos tenido, y para nuestro asombro todas eran similares.

Giselle nos contó que en sueños vio a un niño Q'ero, y éste se le acercó diciéndole que en el lugar donde estábamos se había trabajado la magia del *Ámaru*. Debíamos ser muy cuidadosos con nuestra actitud —prosiguió el niño—, porque de lo contrario estaríamos profanando sus tesoros espirituales.

Me llamó la atención aquello de «la magia del Amaru»; curiosamente, yo había soñado con una serpiente esa misma noche. Todo parecía indicar que los «mensajes» recibidos durante el sueño estaban guiados por una misma fuente. Así iniciamos el 11 de agosto, y el día aún nos deparaba sorpresas.

Esa mañana, llegó un visitante a Hatun Q'eros. Se trataba de un profesor que había sido contratado por el Gobierno para hacer llegar un programa básico de educación a las comunidades andinas más alejadas. Era un hombre muy joven que residía en Paucartambo. Su dominio del quechua y del castellano le permitía cumplir su función educadora sin mayor dificultad. Gracias a estas clases algunos Q'eros estaban aprendiendo el castellano.

Hicimos amistad con el profesor, quien se constituiría en una pieza clave y fundamental para nosotros, por cuanto nuestro limitadísimo conocimiento del quechua no permitía diálogos ricos en información. Gracias al profesor, de las pobres conversaciones que mantuvimos en un inicio con los Q'eros pasamos a coloquios ricos en detalles que, para nosotros, eran indispensables. Una vez más las comunicaciones se cumplían cabalmente. El profesor se llamaba Rómulo, y sólo entonces comprendimos aquello de que «Rómulo nos daría la pauta del trabajo...». Y ¿cómo no? ¡Él era el intérprete! La precisión de esta comunicación, recibida en Lima el 6 de julio por Silvia de Maza, nos maravilló a todos. Todo se dio tal cual lo anunciaba el Guía *Sampiac* con 35 días de antelación...

Rómulo Ordóñez nos llevó a su vivienda Q'ero, y allí tuvimos una cautivadora conversación. Al conocer el destino de nuestro viaje, nos contó que ya se habían dado otras expediciones que intentaron llegar al Paititi a

través de Q'eros; sin embargo, todos estos esfuerzos fracasaron. La ruta estaba cortada, la maleza había crecido borrando las trochas; un caudaloso río era también un peligroso obstáculo que sortear. Los mismos Q'eros dicen que el camino está «encantado», incluso ellos mismos habían intentado llegar al Paititi por ese derrotero, sin conseguirlo.

El atardecer andino ya se dejaba notar; me había quedado a solas con Rómulo para continuar con las conversaciones cuando, de pronto, escuché la voz de Giselle —con un claro matiz de emoción— que me llamaba por mi nombre. De inmediato salí a ver qué sucedía, y entonces observé lo que sería para nosotros una gran confirmación: un objeto metálico, con la apariencia de una gran campana con boca ancha, se desplazaba hacia la selva camuflado detrás de unas nubes, emitiendo poderosos fognazos de luz plateada. Ni bien lo observé, no perdí el tiempo y lo más rápido que pude tomé mi cámara fotográfica; enfoqué al objeto en el visor y gasté buena parte del rollo fotográfico en él, procurando con ello registrar su aparición. Lamentablemente, y para nuestro desconcierto, al ser enviado el rollo a una casa fotográfica para su revelado, estas tomas aparecían veladas (¿?).

A pesar de ello, este singular avistamiento nos confirmó que debíamos descender a la selva por aquella dirección, perfectamente demarcada por la trayectoria que empleó la nave. Curiosamente, los Q'eros hablaban de un camino inca que se hallaría en esa zona. No era la primera vez que una nave de la Confederación se dejaba ver para orientarnos, «ellos» siempre están allí, aguardando el momento más adecuado para demostrarnos su apoyo. Pero aclaro que todo este despliegue no apunta a un determinado grupo de personas, sino a la humanidad que alegóricamente va representada en el esfuerzo del caminante. No importa mucho quien lo lleve a cabo, sino que se realice por un bienestar colectivo.

Después de la interesante experiencia nos reunimos en nuestra cabaña, y en medio de la conversación saltó la inquietud por saber más sobre el supuesto camino inca que descendía a la selva.

Nuevamente, el Profundo nos tocó con su dedo mágico, permitiendo que conociéramos a la persona más idónea para desentrañar nuestras dudas» Así conocimos a Pascual —nuevamente el nombre que recibiera Horacio—, un anciano Q'ero que ostentaba una gran experiencia y honda sabiduría. Gracias a Rómulo pudimos dialogar con este sacerdote andino, que entre otras cosas nos advirtió que no debíamos ir, por cuanto el trayecto era mágico y lleno de peligros. El anciano Q'ero se hallaba bien convencido de esto, quizá porque él había guiado a anteriores expediciones por el camino inca sin éxito, aunque sabía de la existencia real de la ciudad perdida. Pascual mismo describió la misteriosa ciudad de los dioses con estas detonantes palabras: «Una ciudad dorada, brillantísima, que guarda los secretos de nuestro pasado, y donde mora el último Inca...».

El 12 de agosto era mencionado por los Guías como una fecha importante. Esa tarde tendríamos la ceremonia con Pascual y Andrés. Curiosamente, la noche anterior Garlitos y yo tuvimos unos sueños donde nos veíamos dando conferencias sobre la expedición. Por otro lado, recordaba otro sueño donde se me aparecía Andrés diciéndome que tuviéramos cuidado por dónde caminábamos, porque los Maestros habían hecho magia. Supuse que la conversación con Pascual la noche anterior me había sugestionado. Al margen de ello, el sueño fue tan concreto y «real» que me seducía misteriosamente a no pasarlo por alto, y así prestarle mayor atención a pesar de mi cuestionamiento.

Llegó el crepúsculo en medio de una interesante conversación. Nos hallábamos reunidos en el interior de la vivienda Q'ero, comentando las señales tan claras que habíamos recibido por parte de la Hermandad Blanca. Estábamos iniciando la semana 33 del año. El 12 de agosto era el comienzo de una nueva etapa para nuestra expedición. Al día siguiente partiríamos hacia la selva, rastreando el camino incaico que conduciría a la ciudad de piedra, una antigua y sagrada edificación que mantiene los secretos de antiguo, archivados y custodiados por los mismísimos «dioses».

De súbito, el agudo crujir de la vieja puerta de madera nos interrumpió. Era Rómulo, acompañado de Andrés y Pascual, que parecían distintos; se les notaba graves y pensativos. La impavidez y quietud de estos sacerdotes andinos contrastaba con nuestra azorada actitud, en espera de lo que, para nosotros, era algo realmente novedoso. Una vez que nos hallamos todos reunidos en torno a la fogata, Pascual dio inicio a la ceremonia, solicitando para ello un respetuoso silencio.

Con sumo cuidado tendieron sobre la paja un manto andino. Allí empezaron a colocar las hojas de coca, una por una, con calma y sosiego. De igual forma se procedió con los pétalos de unas flores, semillas, y otros implementos que son propios del «despacho», todo ello era parte de una ofrenda a la Pachamama y a los Apus. Después continuaba el «brindis». Una pequeña copa de pisco fue suficiente para saludar a los espíritus de la naturaleza. También se fumó un cigarrillo como símbolo de comunión grupal. Aunque no entendíamos mucho lo que se hacía, la solemnidad y convencimiento de los Q'eros nos contagió, y ello nos hizo acoger con respeto y educación sus costumbres y tradiciones.

De pronto, Pascual y Andrés dejaron de pronunciar unas enigmáticas palabras quechua que Rómulo no nos pudo traducir por el silencio solicitado; entonces el anciano Q^éero dio una señal a Rómulo para poder conversar en voz baja. Aprovechamos la oportunidad para indagar mayor información sobre Paititi, pues teníamos una inquietud sobre el Disco Solar que habíamos estado visualizando en el transcurso del viaje; pensamos que quizá Andrés o Pascual supieran de él.

—Rómulo, ¿podrías preguntarles si saben algo de la existencia de un *Disco Solar*, como de oro?

Ni bien el profesor formuló la pregunta Pascual respondió en su lengua materna.

—Dice que bajo tierra... —tradujo Rómulo.

—O sea que el Disco existe pero bajo tierra.

—Quise asegurarme de la afirmación.

—Dice que ustedes lo pueden ver, pero conforme se acercan el Disco puede cambiar de forma, para convertirse en paja, en roca, o en cualquier otra cosa —nos aseguró el profesor según lo que Pascual afirmaba.

«¡El Disco Solar existe!», exclamaba en mis adentros. Según el anciano Q'ero se encontraba «bajo tierra» en el Paititi (¿una cámara subterránea?). Al parecer cualquiera no podría aproximarse a él, según Pascual estaba «encantado».

Rómulo nos confió que durante la ceremonia Pascual y Andrés habían «pedido» a los Apus que nos protegieran en nuestro viaje, aunque seguían afirmando que no era el momento para entrar en la ciudad perdida; pero que de lograrlo, ello significaría mucho para ellos, porque así tendrían acceso a un conocimiento oculto, arcano e infinitamente antiguo que formaba parte de sus propias raíces culturales.

Tras conocer éstas y otras informaciones que pudimos registrar en las grabadoras. Pascual tomó las ofrendas. Con firmeza se dirigió a la fogata y arrojó las dos envolturas de papel que contenían la dádiva a los Apus y a la Madre Tierra. Este momento fue sobrecogedor. Me atrevo a afirmar —y no soy el único— que vi en las flamas de la fogata lo que parecían ser rostros de ancianos. Nos observaban con mirada penetrante, profunda. Pero ello no es todo: pude escuchar, claramente, unas voces que a manera de un gran trueno estallaban en mi interior. Me decían algo en quechua, y a pesar de mis limitados conocimientos de esta sagrada lengua, logré comprender con simplicidad lo que se me decía...

Después de que concluyera esta interesante ceremonia conversé con Miguel y Garlitos, pudiendo comprobar que a ellos íes había ocurrido lo mismo. Nuestro desconcierto y curiosidad eran tales que decidimos consultarlo con los dos sacerdotes Q'eros. Tuvimos una colosal sorpresa: según Andrés y Pascual, las voces que habíamos escuchado pertenecían a los mismísimos Apus... Una vez que concluyó todo nos dispusimos a descansar.

Teníamos casi todo listo para partir a la selva; nuestras cosas se amontonaban en el interior de nuestra cabaña, y de tan sólo verlas sentía una corriente de energía que me tocaba la espalda. Tendí mi bolsa de dormir y me acomodé en ella logrando conciliar prontamente el sueño.

Mientras dormía observé al grupo con unos «adornos» en las cabezas, como unos gorritos dorados. En el sueño se hallaba un niño Q'ero, así que me acerque a él y le pregunté qué cosas llevábamos sobre nuestras cabezas. «¡Es la Mascaypacha! —dijo contento el niño—, los Apus los han bautizado de esta forma para que estén protegidos durante su viaje al Paititi...»

Al día siguiente (13 de agosto), a las 8:24 de la mañana, el grupo expedicionario descendió por un camino de piedra hacia la ceja de selva. Durante nuestro periplo nos vimos enfrentados con un sendero difícil y estrecho; la lluvia había generado gran cantidad de lodo que tornaba resbaladizas las losas de piedra; en verdad era muy incómodo moverse sobre este sendero que sin duda era muy antiguo.

No todo el camino muestra las losas, en varios tramos nos encontramos sólo con lodo y más lodo. En numerosas ocasiones, el barro nos llegaba hasta los tobillos. Honestamente, no pensé que este camino de descenso iba a ser tan duro. Nos vimos obligados más de una vez a detener nuestra marcha, y esto porque una estampida •—no encuentro otra palabra para describirlo— de llamas y alpacas venían de pastar en el monte. El ascenso de estos simpáticos camélidos andinos —y acompañados por supuesto de campesinos Q'eros— duró más de una hora. Tuvimos que almorzar un delicioso puré de frutas arrimados a un lado del camino. Una vez que el angosto sendero se despejó seguimos avanzando, y la tarde ya abría paso a la noche. Bajo ningún concepto podíamos dormir en la ruta, ya que la misma es empleada también por algunos animales que generalmente transitan de noche. Ya nos encontrábamos muy cerca del monte, y sería muy irresponsable por nuestra parte exponernos de esta manera.

Decidí adelantarme un poco —libre de mi pesada mochila— con el objetivo de ubicar un lugar seguro donde establecemos. Para nuestra suerte, hallé a sólo diez minutos de nuestra ubicación una *astana* o vivienda Q'ero; daba la apariencia de estar abandonada, a medio construir. Sólo contaba con tres paredes de madera y un techo de paja a dos aguas. Para nosotros era más que suficiente. Una vez allí, acomodamos el equipo y fuimos en busca de leña para encender una fogata. Garlitos era un experto en estos menesteres. En ese momento conocimos a Luis Machaca, un Q'ero que de inmediato nos ofreció su amistad; él se dirigía al monte —como ellos suelen decir—, donde tenía un sembrío de caña de azúcar en el que permanecía casi siempre. Juntos, compartimos una deliciosa sopa caliente, cocinada y condimentada por nuestro cocinero en jefe Garlitos. Observamos que a Luis le gustó mucho.

Una vez que llegó la noche, nos acomodamos en el pequeño espacio que nos brindaba nuestro oportuno refugio y conversamos unos momentos más, ya metidos dentro del saco de dormir. Uno por uno fuimos «cayendo» en el sueño, hasta que los primeros rayos del sol hicieron su aparición.

Lamentablemente, el día 14 no lo empezamos tan bien que digamos. Aquí se iniciaron las primeras desavenencias, fruto del cansancio y la tensión. Para nuestro alivio, estos problemas se veían atenuados con la alegría y natural chispa de Horacio.

Ese día partimos tarde —después del mediodía—, ya que algunos miembros del grupo aún permanecían dentro de sus sacos de dormir a pesar de que en reiteradas ocasiones se les había hecho recordar la necesidad de partir temprano. Menciono todo esto para que el lector tenga una idea cercana de cómo transcurrió el viaje. No puedo pintar rosas donde no las hubo, y me veo obligado a no omitir estos detalles ya que quienes fuimos al Paititi éramos —y lo seguimos siendo— personas comunes y corrientes, como cualquier otro: con aciertos y equivocaciones. En viajes como éste uno aprende realmente a conocerse, a tolerarse y respetarse.

Hay casos en que algunas personas se han llevado una «decepción» al comprobar que tan humano puede ser uno. Ya los Maestros y los Guías siempre han insistido en que no debemos idealizar a las personas, porque al conocer que éstas no son infalibles y que también cometen errores, ello podría llevarnos a malos entendidos y a actitudes tan ajenas a la espiritualidad como el hecho de opinar negativamente de algún hermano.

En la Biblia, Jesús afirmaba que no lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que sale de ella (San Mateo, 15:11), lo cual nos invita a reflexionar sobre el poder de la palabra como vehículo de comunicación entre los seres humanos, y su poder creador y destructivo.

Con esto es uno mismo el que se hace daño, porque termina aislándose, creando una barrera de «resentimiento» que a manera de una gigantesca telaraña genera una trampa. Si nos ocupáramos más de nuestro trabajo interior y personal, sin desviar nuestra atención a lo que hace o no hace —o cómo lo hace— el hermano de al lado, estas lastimosas situaciones se evitarían.

Salimos retrasados. El trayecto era muy difícil y el agotamiento nos amenazaba; sobre todo a Giselle, la única mujer en el grupo. Procuramos llevar sus cosas durante algunos momentos para que pudiese descansar. Había hecho un esfuerzo muy grande, pero ya no podía más. Para coronar la situación, nuevamente la noche nos sorprendía; pero esta vez en medio de un camino fangoso y desconocido. Ante este agobiante embrollo, Garlitos y yo nos dirigimos en busca de un lugar propicio para dormir. Nos encontrábamos en una zona que no tenía nada de agradable. Así, nos dividimos, esperando con ello encontrar más rápido el lugar idóneo donde establecernos.

Yo tomé la ruta que teníamos por delante. Ya había avanzado casi unos veinte minutos y no encontraba ningún lugar adecuado. Parecía que no tendría la misma «suerte» —si se puede decir así— del día anterior cuando entonces hallé la cabaña. Cuando me disponía a concluir el intento de

búsqueda —ya estaba muy oscuro—, escuché una voz que me pidió que siguiera un tramo más adelante. Identifiqué en ella al Guía Oxalc.

Como no tenía nada que perder, decidí avanzar un poco más y ver qué sucedía; quizá también porque no me resignaba a desistir tan rápido del intento.

Apenas hube andado un poco, me hallé frente a dos caminos claramente diferenciados. Uno seguía de frente y el otro ascendía por un cerro lleno de vegetación, en el lado izquierdo de donde me encontraba. Casi intuitivamente tomé el camino que ascendía, y al cabo de unos instantes sentí un olor a quemado. «¿Será una fogata?», me decía con ánimos crecientes.

De pronto, me vi interrumpido por una jauría de agresivos perros que, amenazadoramente, se me acercaron con la clara intención de mordirme. Con palo en mano trataba de alejarlos, con la plena seguridad de que nada malo me sucedería. Mientras me hallaba en esta situación pensaba: si hay perros esto quiere decir que el dueño ronda cerca. ¿Estaré próximo a una aldea?

Efectivamente, se acercó un hombre Q'ero. Bastó un potente grito del dueño de las leales mascotas para que éstas se me quitaran de encima. El hombre no hablaba casi nada de castellano, apenas entendí que se llamaba Antonio Sierra. Hasta ahora no sé cómo le hice comprender que necesitábamos un lugar donde pasar la noche. En cuanto aceptó cortésmente lo que le pedía, fui en busca de los muchachos, a quienes encontré improvisando un refugio al lado del camino. La noticia, como era de esperar, fue recibida con suma alegría.

A duras penas nos movilizamos por el camino que ascendía por el monte, y al poco rato ya nos hallábamos reunidos en la choza de Antonio; allí, nuestra nueva amistad nos presentó a su señora y a sus niños. Era un cuadro conmovedor, sobre todo porque habían hecho de un lugar difícil —al menos lo fue para nosotros— un verdadero hogar. Sin advertirlo, habíamos llegado a otro anexo de la comunidad denominado *Q'eros Totorani*.

Antonio nos brindó el maíz que pacientemente había cocinado. Nosotros compartimos con él una sopa caliente. La cabaña era muy pequeña para albergar a la familia de Antonio y a nosotros, así que nos acomodamos tan sólo en sus cercanías, durmiendo a la intemperie con nuestros sacos de dormir. Habíamos descendido desde los Andes hasta la ceja de la selva, y aún nos faltaba mucho por delante. El clima era distinto, el frío intenso de las alturas había quedado atrás.

El día 15 nos levantamos a las cuatro de la mañana. Lo que nos obligaba a partir tan temprano era el ascenso de las alpacas. No era recomendable encontrarnos de nuevo con ellas para permanecer arrinconados a un lado del sendero. A pesar de que participábamos de la expedición sin restricciones de tiempo —es decir, sin apuro ni fecha límite de regreso—, era por demás sensato planificar bien nuestro trayecto, sacando el mejor provecho a cada minuto; aún más al saber que nuestras provisiones se estaban agotando demasiado rápido.

Seguimos el camino que habíamos tomado desde el inicio. Pero éste se perdía entre la maleza. Se notaba que los Q'eros no utilizaban con frecuencia esta ruta. Más de una vez tuvimos que «rastrear» la trocha, procurando no perderla como le había sucedido a anteriores expediciones, incluso las guiadas por los propios miembros de la comunidad. Así, terminamos a orillas del río Q'eros.

A nuestros pies, un delgado tronco servía de puente para llegar al otro lado de la orilla, donde continuaba el camino que veníamos siguiendo desde los Andes. La feroz turbulencia del río nos preocupó: ¿y si alguien se caía del delgado y peligroso tronco? No exagero al afirmar que una persona no se podría parar con sus dos pies en el improvisado «puente»; éste era tan estrecho que requería del equilibrio y velocidad de una persona ágil que lo cruzara poniendo un pie detrás de otro. Nosotros vimos hacerlo a un Q'ero, y ello nos asustó más. ¿Cómo cruzar así con el pesado equipo que llevábamos a nuestras espaldas? Aun sin las mochilas se veía difícil. Analizando fríamente la situación concluimos que era muy peligroso cruzar

en estas condiciones. Decidimos entonces continuar a orillas del río, buscando el lugar más adecuado para hacerlo.

El grupo apretó el paso; Paul y yo íbamos delante con los machetes procurando «abrir» el camino, ya que la vegetación que crecía en las orillas dificultaba considerablemente nuestro trayecto. El agua nos llegaba a las rodillas, y teníamos que sortear una serie de obstáculos —como eran los troncos caídos, grandes rocas y hoyos muy disimulados—. En medio de este panorama, observamos un «camino» que formaban unas grandes rocas hasta la otra orilla. Convenimos explorar porque a nuestro juicio era la ruta más accesible para **alcanzar** el otro lado. Aquí el río estaba tranquilo, aunque más profundo.

En cuanto empezamos a adentrarnos en él para llegar a la primera roca, el agua ya nos llegaba a la cintura. Con esfuerzo trepamos y alcanzamos la dura superficie. Desde allí se continuaría con pequeños saltos para llegar a la roca siguiente; los peñascos estaban muy juntos, no tuvimos mayor problema al cruzarlos, a pesar de que traíamos con nosotros nuestro pesado equipo. Sin embargo, no todo se daría tan fácil.

Faltando sólo unos cinco metros para conseguir nuestro preciado objetivo, nos dimos con la sorpresa de que ya no había rocas que utilizar como «puente» para culminar nuestro plan. ¡Y estábamos tan cerca! Quise cerciorarme de que ya no teníamos posibilidad alguna; aunque aquí el río dejaba notar su fuerza, no parecía muy profundo, y ello me invitó a que me aventurase más. Una capa de musgo en la roca, que no había advertido, fue la trampa perfecta para que resbalara sin poder asirme de ningún lugar...

—¡Richard! —gritó Paul al ver que caía al río.

Intenté ponerme de pie, esperando que el río no fuera tan profundo en ese lado y luego cogirme de alguna roca, o de lo que fuera. Logré incorporarme, pero el río me cubría hasta el cuello; entonces, no pude mantenerme más tiempo erguido, la fuerte corriente me tumbó, dándome vueltas en medio de las aguas que me arrastraban hacia un posible y lamentable desenlace. Para colmo de males no sabía nadar...

Quería poner mis piernas en dirección al curso de la corriente para así amortiguar los posibles golpes. Sin embargo, fallé en el intento. Mi pesada mochila —que ya se encontraba llena de agua duplicando así su peso— me lo impedía, ya que me «tiraba» hacia atrás. Todo esto sucedía en tres segundos. Al menos en medio de esta situación atiné a soltar el machete que tenía en la mano. Consideré peligroso conservarlo cuando me hallaba dando vueltas en el río.

—¡Richard! ¡Agárrate a esa roca!

A duras penas vi a lo lejos a Paul, sobre el gran roquedal desde el cual me había precipitado al río. Lo veía despojado de su equipo, con la clara intención de arrojarse para ayudarme. Entonces giré el rostro y vi la roca de la cual me advertía. Ya se encontraba bastante cerca; pasaría a su lado y no debía fallar en el intento de asirme a ella.

Como si de un tentáculo se tratase, mi brazo logró alcanzar el peñón. Por unos instantes permanecí inmóvil, ya sujetado con ambas manos. La roca era muy grande, y no tenía la fuerza suficiente en los brazos para que éstos me sacaran del río que me arrastraba con ímpetu. Intenté despojarme de la mochila, porque así estaría más ligero y entonces lograría mi indispensable cometido. No lo logré. Las amarras, que se encontraban como es de suponer por demás húmedas, habían formado un nudo que no podía desatar. Para ello necesitaba mis dos manos, y obviamente ello no era posible al hallarme condenado a permanecer asido al peñasco.

Sabía que mi compañero no llegaría a tiempo. No podía aguantar más. Mis manos resbalaban de la húmeda roca y el agua me cubría por encima de los labios y me costaba mantener levantado el rostro para respirar.

Entonces, en medio de la desesperación y la angustia, observé unas imágenes que parecían salir de mi interior. Para mi sorpresa, en ellas observaba el transcurrir de mi niñez: veía cuando iba al parque a jugar con mis amigos del barrio de Maranga; cuando escuchaba las clases de Historia en mi entrañable colegio San Luis de Barranco, de los Hermanos Maristas;

los gratos paseos al campo que **viví** al lado de mis padres y mis dos **hermanos** menores: Pepe y Mariella. Vi también el instante en que conocería a una gran amiga de aquellos **años**, Fiorella, **cuando** estudiábamos juntos en el Instituto Peruano de Már- queting. Luego las imágenes dieron paso a los viajes y experiencias que había tenido por la Misión: los avistamientos, las meditaciones, los mensajes, la gente que había conocido en los grupos de contacto. ¡Estaba viviendo otra vez mis veintidós años de vida en segundos! En verdad así ocurrió, y hasta hoy en día me conmueve haber vivido esta singular experiencia.

De pronto, como si se me hubiesen abierto los ojos, sentí que el viaje no podía culminar así, que debíamos continuar... **Realicé** un último intento, esta vez dotado de una convicción poderosa por vivir y cumplir lo que nos habíamos propuesto.

Mis uñas casi se clavaron en la roca, no comprendo de dónde apareció tanta fuerza; pero salí del río ayudado por mis dos brazos que, a manera de gigantescos ganchos, me libraban de una difícilísima situación. Al cabo de tres segundos más me hallaba sano y salvo sobre la amplia y áspera superficie pétrea, con mi mochila llena de agua y aún «enredada» en mi cuerpo. Tuve una sensación extraña que me invitaba a reír como un chiquillo. En medio del comprensible júbilo, agradecí al Profundo y a las fuerzas superiores que estaban pendientes de nuestro viaje. ¡Había sido una gran prueba!

Ayudado ahora de mis dos manos me libré de la mochila. Paul también se había despojado de la suya. Pretendía arrojarla a la orilla y luego cruzar el corto trecho que restaba sin peso alguno. Lamentablemente falló en el intento porque la mochila no cayó sobre las rocas, sino en el agua, y fue arrastrada río abajo.

Fuimos tras ella, pero no podíamos competir con la velocidad del río, y menos en las condiciones en que nos hallábamos. Sin embargo, recobramos las esperanzas al ver que la mochila se había quedado atascada entre unos peñascos. Decidimos entonces aprovechar esta circunstancia, y por allí se nos ocurrió rescatar el equipo con la soga que traíamos, pero ésta se hallaba

en la mochila de Miguel, y el resto del grupo no nos alcanzaba aún. Entonces gritamos sus nombres para ver qué tan cerca podían estar de nosotros. Garlitos respondió, pero en su voz se apreciaba tensión. Ellos también habían tenido que enfrentar una situación difícil al cruzar el río. Afortunadamente, nadie se cayó.

Como broche de oro apareció una intensa lluvia, con truenos y todo, y ésta nos sorprendía en medio de un cuadro no muy halagüeño. Estábamos en un lugar intrincado, el accidentado paraje no permitía siquiera montar las tiendas, lo que hubiese sido apropiado para guarecernos del imponente temporal. La noche nos atrapó y decidimos abandonar el rescate de la mochila de Paul y concentrarnos en localizar un lugar apropiado donde refugiarnos.

Esta vez no lo encontramos.

Nos pegamos a las paredes de la orilla, las mismas que alcanzaban unos dos metros de alto. Se nos ocurrió ascender, pero arriba nos esperaba una exuberante y desconocida vegetación. Una exploración nocturna y en estas circunstancias no eran lo indicado. Al final, convenimos en dormir, si es que alguien lo lograba, en las orillas. Las grandes hojas de los árboles nos servían un poco para resistir la intensa lluvia. Estábamos empapados. Al cruzar el río los sacos de dormir habían tomado también un baño. Afortunadamente los artefactos eléctricos que llevábamos no fueron afectados porque habíamos previsto unas bolsas de plástico para protegerlos. Pero el agua sí alcanzó a mojar nuestra ropa de «repuesto».

Sin perder más tiempo sacamos los plásticos para la lluvia y elaboramos dos improvisados y sencillos refugios. En uno estaban Giselle, Horacio y Miguel. En el otro Paul, Garlitos y yo. El espacio era tan reducido que tuvimos que «dormir» sentados. Cada cierto tiempo teníamos que aplicar suaves masajes a nuestras piernas porque la incómoda y permanente posición nos provocaba calambres. Tras compartir una olla de arroz que preparamos en estas adversas condiciones, intentamos descansar. Sé que nadie pudo hacerlo.

Lo importante era que esa **noche** —para varios de nosotros la más dura de todo el viaje— había servido para preguntarnos si estábamos dispuestos a seguir adelante, conscientes de los peligros; pero también, de la protección de fuerzas superiores que van más allá de la comprensión humana, y que sólo se pueden medir con la capacidad de amar, dando sin esperar a recibir, aun a costa del propio sacrificio. Esta experiencia, tan dura y a la vez purificadora, nos marcaría el derrotero.

Llegó la aurora. Los rayos del sol no tardaron mucho en aparecer; así, aprovechamos su potente radiación para poner a secar nuestra húmeda y maltratada ropa. Luego Garlitos, Paul, Miguel y yo, nos dirigimos en busca de la «mochila perdida».

Garlitos se mostraba optimista. Nos confió que le había pedido al río que nos devolviera la mochila porque la necesitábamos. Fue gratificante comprobar que la mochila aún permanecía atascada entre los peñascos. Lo que nos preocupaba era que ese tramo del río parecía muy agresivo.

Intentamos enganchar la soga a uno de los peñascos, valiéndonos de un ingenioso nudo que al ser estimulado por un fuerte tirón se ajustaba solo. Pero la cosa no era tan sencilla. Ahora teníamos que arrojar la cuerda en el lugar preciso. Sabíamos que las probabilidades eran remotas, pero no imposibles.

Uno a uno fuimos desfilando en el intento. Habíamos **fallado** tantas veces que Garlitos se ofreció valientemente a cruzar el río sin la soga, valiéndose tan sólo de un palo como soporte que, de seguro, se rompería en el intento. Le pedí a Garlitos que no lo hiciera, ya que el peligro era inminente y no deseábamos arriesgar la seguridad de nadie. La insistencia de Garlitos y su decisión por cruzar realmente me impresionaron. En eso, mientras intentaba hacer desistir a nuestro intrépido compañero, Paul solicitó un último intento. De no lograrlo, él cruzaría el río —a petición suya—, ya que sentía que era su responsabilidad; además, era el único del grupo que sabía nadar. **Falló** en el primer intento. Luego en el segundo. Y quedaba **una tercera** y

última oportunidad de arrojar la sogá —tal como se acordó—. Garlitos, al **ver** la negativa del método, ya se preparaba para cruzar. De pronto, el tercer intento de Paul, que había acaparado una gran expectativa en nosotros, dio en el blanco. No podría describir la gran algarabía que se suscitó en nosotros.

Bastó tirar un poco de la gruesa sogá para quedar ésta bien sujeta a la peñasco que había «atrapado» a la mochila. Raudó, Paul se vistió con el traje de plástico que se emplea en estos casos. Con ayuda de Horacio, que se integraba al equipo, amarramos el otro lado de la sogá a unas rocas y luego todos la tendimos sosteniéndola con fuerza. Entonces Paul se sumergió en el río.

Sabíamos que el camino de ida era lo más difícil, y en verdad así lo fue. Hasta en dos ocasiones nuestro amigo casi se suelta de la sogá por la intensa corriente que lo empujaba. Pero nada le detuvo y alcanzó finalmente el peñasco. Nuestro compañero se veía agotado y muy nervioso. Nosotros tratábamos de levantarle el ánimo gritándole frases de aliento.

Casi de inmediato cogió la sogá y la amarró a la mochila. Fue fácil sacarla. Ahora le tocaba el turno a Paul. Casi de la misma forma lo sacamos del agua, pero nos costó mucho. La fuerza del río no se puede subestimar. Nos abrazamos en medio de un cuadro delirante de alegría, felicitando especialmente a Paul por la valentía que había demostrado. Aquí lo importante no fue el rescate de una simple mochila, sino la unión y el valor del grupo para enfrentar los problemas o, quizá, las pruebas que se nos presentaban para medir nuestro temple y disposición.

Luego nos reunimos y sacamos importantes conclusiones.

Ahora debíamos salir de aquel roquedal. Con mayor fuerza —de ánimo, para ser más exactos— y con la ropa seca gracias al intenso sol, Miguel y yo partimos con los machetes en busca de nuestra ruta de «escape». El resto del grupo se había quedado acomodando las cosas en las mochilas.

Trepé con dificultad la pared de la orilla. Allí me percaté de una lesión en mi

hombro derecho, seguramente a causa de la caída al río del día anterior. Pronto, nos encontraríamos frente a una tupida vegetación, la misma que intentamos liberar con ayuda de los machetes. Nos abríamos paso lentamente y nada parecía indicar la presencia de algún camino. Pero, a pesar del cansancio, Miguel y yo nos hallábamos convencidos de continuar. Nuestra perseverancia no tardaría mucho en alcanzar el éxito. Di un fuerte machetazo a unos arbustos y éstos nos permitieron apreciar un amplio sembrado de caña de azúcar. Ello nos alentó porque la posibilidad de hallar a alguien estaba a nuestro favor. Y así fue. Encontramos una trocha que nos llevó a unas solitarias cabañas. Para nuestra sorpresa encontramos allí a Luis Machaca, a quien conocimos durante el trayecto el día 13. Esto me hizo recordar un mensaje de los Guías de Venus que se recibió aquel día, antes de toparnos con Machaca. En él se nos decía que al cabo de tres días una persona nos brindaría ayuda. Y efectivamente estábamos a tres días de la citada comunicación, al lado de nuestro amigo Q'ero que nos acogió con sincera amistad en su chacra. Incluso nos dio una cabaña deshabitada para que todo el grupo pudiese descansar en ella. Nuevamente, los Guías habían previsto lo que posiblemente sucedería.

Una vez que nos hallamos todos reunidos en el sembrado, Luis nos informó de que a partir de allí el camino ya no existía, que la maleza había crecido ocultando el acceso a la Ciudad de los Dioses. Incluso ellos mismos habían perdido el rastro. Ante esto, por la noche meditamos en grupo esperando con ello tener una respuesta. Y entonces entendimos.

En 1533, fecha en la que se habría producido la huida a la selva --ello según los indicios que hemos recogido de las crónicas de la época, así como de las diversas tradiciones andinas--, muchos miembros del Imperio del Sol que escapaban de los conquistadores no lograron el cometido. Los Q'eros hablan de que una de las rutas que se tomó en aquellos tiempos fue la que nosotros, curiosamente, habíamos estado siguiendo desde Ocongate... Según lo que percibimos, muchos quedaron en el camino dadas las

adversas condiciones en que viajaban, llevando a cuestras pesadas provisiones y en algunos casos pertenencias de profundo valor familiar —es bien sabido que en el camino los incas arrojaron hasta el oro que llevaban consigo para así avanzar más rápido—. Los que no lo lograron se quedaron en los Andes, como los conocedores y guardianes de la ruta al Paititi. Aquellos que se quedaron, fieles a las tradiciones antiguas de su civilización, se constituyeron en la *Comunidad del Santuario: Q'EROS*.⁹

Los más ancianos de la comunidad cuentan que los conquistadores quisieron dominar esta región, acercándose a través del abra *Willkakunka q'asa*, hasta llegar a un lugar denominado *Weraqocha pampa* («la planicie de los blancos»). En una terrible batalla los conquistadores derrotaron al primer regimiento inca que se había establecido allí; sin embargo, no contaron con el poder de dos Alto Misayoc que invocaron a las supremas fuerzas de la naturaleza, para así hacer caer galgas desde los cerros, las mismas que aplastaron con gran furia al regimiento invasor. Incluso, con el mismo poder, los altos sacerdotes andinos lograron que la laguna *Yanaqocha*, que se halla bajo la «planicie de los blancos», engullera a los conquistadores que habían sobrevivido al ataque anterior...

Desde entonces, Hatun Q'ero vive, y no como una leyenda, sino como una realidad que mantiene los recuerdos de la más alta civilización que floreció en los Andes.

¡Ahora lo sabíamos! Tuvimos que vivir en carne propia lo que había significado la «huida inca», sólo así la podríamos comprender en su aspecto más profundo y sagrado. Quedaba clara entonces la importancia de realizar un viaje al Paititi conectando antes con Q'eros —ruta que ninguna expedición de nuestros grupos había empleado antes—, para que así pudiésemos marchar a la selva sagrada dotados de una honda preparación.

9. La palabra Q'eros significa tanto en quechua como en machiguenga (dialecto selvático) «retiro» o «santuario».

El segundo objetivo había sido conseguido, y tal cual se nos había advertido: «Revivir una antigua iniciación Inca...». No teníamos la menor idea de que se daría de esta forma. Pero aquí no acababa nuestro camino, aún teníamos una ruta alternativa para descender a la exuberante jungla; pero ésta, aunque era mucho más accesible, no dejaba de ser ardua e indócil.

Aquel derrotero nos llevaría a nuestro tercer y último objetivo: las selvas del Paititi.

5. EL UMBRAL SECRETO DEL PAITITI

Éstos **son** los reinos del Paititi, donde se tiene el poder de hacer y desear, donde el burgués sólo encontrará comida **y** el poeta tal vez pueda abrir la puerta, cerrada desde antiguo del más purísimo amor...

Fragmento de un mapa confeccionado por misioneros jesuítas, siglo XVII

«La Hermandad Blanca espera con sabiduría que ustedes cristalicen la función de puente. La Tierra se prepara para recibir al Sol.,»

Así rezaba el fragmento de la comunicación que recibimos del Maestro Joaquín,¹ en la noche del 17 de agosto. Recibimos este mensaje cuando nos hallábamos meditando en el interior de la cabaña que amablemente nos entregó Luis Machaca, En otro párrafo del mismo, el Sabio Joaquín afirmaba: «El Libro de los de las Vestiduras Blancas será entregado en su totalidad con la apertura de la última puerta. Los portales son 14, y allí se encuentra la clave intrínseca de la Misión. Recuerden que la última clave es la invisible, la que da forma a los demás elementos...».

1. Joaquín es miembro del Consejo de los 12 Menores de Morlen (Ganímedes), cuya función es coordinar a los instructores extraterrestres o Guías de la Misión RAHMA.

El mensaje de por sí nos recordaba la importancia del viaje al Paititi. El «Libro» del que habla Joaquín no es más que la verdadera historia planetaria, que como mencioné, fue archivada por los *Maestros Antiguos*, permaneciendo oculta en los diversos Retiros Interiores de la Gran Hermandad Blanca. Si bien es cierto que esta información ha venido recibiendo por distintos medios, aún no se ha concretado la recepción definitiva del Libro. Está dispuesto por los Mayores que sea la propia humanidad la que reciba el trascendental conocimiento, y no un grupo —o grupos— que considerándose «elegidos», y obedeciendo a la estructura formal de sus esquemas y tradiciones, concientes o no de ello, pretenden convertirse en una suerte de «salvadores de la humanidad». En la experiencia de contacto aprendimos que el hombre es quien se salva a sí mismo, y a través de la transformación individual, la misma que, por consecuencia lógica, afecta positivamente a otros caminantes que se orientan hacia la Luz.

El mensaje recibido, además de recordarnos el compromiso que tenemos para con la Misión de contacto, también nos hablaba de nuevos acontecimientos que afrontaríamos como grupo: «No se sorprendan de los cambios de ruta; todo está previsto y sólo al final verán la coherencia de todo...».

Permanecimos dos días con nuestro amigo Q'ero, ayudándolo en los quehaceres típicos del monte. Aún recuerdo con claridad cuando Garlitos, Luis Machaca y yo, cortamos un vasto campo de vegetación ayudados de los machetes para ampliar las zonas de sembrado de Luis. Aprendimos mucho. Y también nos dolieron profundamente los brazos y hombros.

Acordamos con Luis salir del sembrado el día 19. La ruta opcional que nos quedaba era partir a Callacancha, el poblado más cercano a la comunidad Q'eros, y de allí a Paucartambo. Luego descenderíamos a la selva en los camiones que van a Shintuya («Madre de Dios»). Esta ruta era ya conocida por nuestros grupos de contacto, puesto que fue utilizada por las anteriores expediciones. Pero, para llegar a Callacancha, era obvio que tendríamos que subir, nuevamente, a Hatun Q'eros...

No teníamos otra alternativa, ya que el camino que araña el macizo andino conduciéndonos al mencionado pueblo se hallaba por esa zona. Una leve sensación de tranquilidad nos sobrecogió al saber que Machaca nos acompañaría; pero ello no evitaría el gran esfuerzo que emplearíamos en nuestro retorno a Q'eros Grande.

Y efectivamente, el 19 de agosto, temprano, partimos de regreso hacia los 3.500 metros de altura desde donde habíamos descendido. No describiré nuestro retorno a la comunidad andina; pero el lector ya se imaginará lo que significó para nosotros volver a caminar por tan difícil sendero, aún cubierto de lodo y, esta vez, en camino «de subida».

En verdad fue aplastante nuestro «camino de regreso». Mientras nos hallábamos concentrados en tal proeza física —y me atrevo a decir que el esfuerzo fue también mental— recordaba la meditación en la cabaña de Machaca, donde desvelamos que en la presunta huida a la selva, no todos los incas llegarían, quedándose muchos en el camino, para luego volver por donde habían venido para establecerse en los Andes. Definitivamente, de ser cierto esto, estábamos viviendo lo que posiblemente ocurrió en aquel tiempo.

Nuestros rostros reflejaban el cansancio cuando llegamos a Hatun Q'eros el día 20. De inmediato nos dirigimos a la cabaña que nos había cobijado anteriormente, acomodando nuestras cosas en la puerta. Giselle y Horacio, que venían detrás, al reunirse con nosotros nos confiaron una interesante experiencia que nos quitó en un abrir y cerrar de ojos el agotamiento.

Antes de subir a la comunidad, Horacio y Giselle se habían detenido a descansar frente a una de las bellas cascadas de agua que se pueden apreciar en el camino que conecta con Hatun Q'eros. Pero la cascada en cuestión, tenía algo extraño: sus aguas demarcaban claramente lo que parecía ser un rostro humano...

Se trataba de un hombre joven, con la barba crecida y cabello largo; los observaba transmitiéndoles una sensación profunda, de paz plena. Garlitos, que venía el último, al llegar al lugar también vería la insólita manifestación.

Entonces, nuestros amigos sintieron que la imagen que aparecía en la cascada era una posible manifestación del Señor Jesús. Curiosamente, esta imagen guarda un sospechoso parecido con el «negativo» de la Sábana Santa de Turín —donde algunos estudiosos afirman se halla «grabada» la imagen de Cristo por el fenómeno de la resurrección, lo cual motivó a la NASA emprender rigurosas investigaciones.

Ahora bien, al margen de las diferentes interpretaciones que podrían realizarse sobre el «Rostro de Q'eros» —como he decidido personalmente bautizarlo— considero que «algo» mágico estaba ocurriendo; quizá una señal, extraña e incomprensible por cierto, pero que era evidente y que nos hacía sentir una presencia poderosa, muy cerca, realmente muy cerca...

Al regreso del viaje, al revelar las fotografías, buscamos alguna toma de las cascadas por si encontrábamos algo. Recordaba que en ese lugar me detuve con Horacio para descansar, cuando ambos descendíamos al bosque. En ese momento Horacio se colocó en una de las cascadas para que yo le tomase una foto. ¡Grande fue nuestra sorpresa al ver el revelado! Aunque se trataba de otra cascada también aparecía una enigmática imagen. No sólo se podía ver un rostro, sutilmente formado por las cristalinas aguas que caían con fuerza, sino que aparte de esto hallamos una serie de «manifestaciones» por demás interesantes (el lector encontrará las ampliaciones de la mencionada fotografía en las páginas 180 y 181). En la parte superior de la fotografía aparece un ser en clara actitud de ingravidez, como si estuviese flotando. Es un hombre pequeño, vestido con un manto o túnica. En verdad estaba allí, y lo vimos aún mejor al hacer ampliaciones en el ordenador. Quizá se trate de un *elemental*, entidad espiritual que habita en los mundos sutiles, en contacto estrecho con la naturaleza. Generalmente se les ve cerca de lagunas, ríos y cascadas, por encontrar en estos lugares un cúmulo importante de energía de la que ya hablé anteriormente (iones negativos). Quienes afirman haber observado a los elementales, coinciden en que éstos tienen la apariencia de «hombres pequeños».

Otra extraña «manifestación» se encuentra en el lado izquierdo de la fotografía, casi debajo del «elemental». Se trata de un nuevo personaje, a manera de una bien demarcada silueta blanca que se «esconde» detrás de unos matorrales, como observándonos. Su tamaño excede un poco al de un hombre normal —pudimos hacer estas comparaciones ya que en la fotografía aparece Horacio, lo cual nos ayudó en la investigación—, lleva también una túnica y, lo más interesante, tiene las manos juntas a la altura de la cintura, en clara actitud de meditación. Cabe mencionar que esa posición nos fue enseñada por los Maestros y los Guías para realizar nuestras prácticas. Por los antecedentes de experiencias similares pareciera ser la «proyección» de un Maestro. Pero, si esto es así, ¿qué hacen un elemental y un Maestro «proyectados» cerca del presunto rostro del Señor Jesús? ¿Acaso deberíamos interpretarlo como una especie de pleitesía por parte de la Naturaleza y de la Hermandad Blanca al Hijo de Dios? ¿Nos estarían mostrando una «clave» en la persona de Jesús?

Una vez que nos reunimos en la cabaña expusimos nuestros puntos de vista sobre el devenir de la expedición. Más de uno mencionó en aquel momento que nuestro viaje había acabado, que todo lo que afrontamos indicaba que era allí hasta donde debíamos llegar. En lo personal no estuve de acuerdo con estas opiniones, pero las respetaba.

Entonces, sugerí al grupo no tomar ninguna decisión en las condiciones en que nos hallábamos, ya que el cansancio y la tensión podrían influir en ello. Así, acordamos tomar una determinación final en Paucartambo, tras un necesario descanso y en un momento en que podríamos comprender mejor las cosas...

Después de permanecer dos días en Q'eros compartiendo con Luis, Andrés y Rómulo, partimos el 22 de agosto a las 7:15 de la mañana hacia Callacancha,

Antes de nuestra partida —la última noche que estuvimos en Q'eros— hicimos una cadena de irradiación, y durante la ejecución de la misma

«sembramos» un cristal que contenía luz para irradiar como un foco permanente a la comunidad. Todos visualizamos en nuestra mente cómo este cristal luminoso penetraba en el suelo, hasta quedar sumergido totalmente en las entrañas de la Madre Tierra. El trabajo fue acompañado por fuertes relámpagos, como si la misma naturaleza estuviese participando con nosotros. Los relámpagos iluminaban espectacularmente las imponentes montañas que nos rodeaban. Nuestro corazón quedó allí.

El camino a Callacancha es un sendero afirmado que rodea el farallón andino. Según lo que Rómulo nos explicó, antes de llegar al pueblecito, teníamos que pasar el abra *Tandaña*, en cuyas cercanías se ubica una comunidad que lleva el mismo nombre. Más de 40 kilómetros nos separaban de nuestro objetivo; y a diferencia de nuestro trayecto inicial, esta vez no contaríamos con la preciada ayuda que nos brindaron los caballos que contratamos en Ocongate. Marcharíamos con nuestras mochilas a cuestas y sin la guía de nuestros añorados arrieros.

El camino iba ascendiendo paulatinamente rodeando la pared de la montaña. Ya no veíamos la comunidad, sólo una cadena de picos muy pronunciados que se erguía con brío ante nosotros. El murmullo del río Q'eros, cual música misteriosa y relajante, nos acompañó buena parte del camino. El esfuerzo físico fue tremendo, sobre todo en las pendientes. El barómetro que traía conmigo nos revelaba presiones atmosféricas considerables.

En un momento en que me hallaba solo, descansando, sentí la impotencia de ver al grupo casi vencido en esta prueba de intenso vigor. ¿En qué estado físico iríamos a las sagradas selvas del Manú? Sabía que fruto del malestar los ánimos se apagarían; entonces todo estaría perdido.

En eso, una suave brisa acarició mi rostro, alejándome de mis reflexiones. Allí me percaté de un bello paisaje; el cansancio que me abrazaba no me había permitido descubrir tan bello paraíso: un campo verde, vasto y lleno de flores se mostraba ante mis ojos.

Las llamas y alpacas se paseaban con elegancia en aquel bellissimo cuadro. Miré el cielo, intensamente azul y adornado de blancas nubes como si fuesen algodones regados en el firmamento. Las montañas, los picos nevados; sentía que no nos hallábamos solos. Al sentir esta mágica sensación me incorporé de inmediato. Era como si hubiese «despertado» de un profundo letargo. Una gran claridad me llenó, y me hizo comprender con simpleza la labor que estábamos realizando...

Con denuedo, llegamos al abra de Tandaña. Nuestros cuerpos querían caer rendidos de cansancio. A pesar de ello teníamos la clara intención de continuar; estábamos en pleno abra y no queríamos que la gélida noche andina nos sorprendiera en estas alturas (por encima de los 4.500 metros). Sin embargo, no seguimos adelante; el excesivo empeño que pusimos para llegar al abra había hecho mella en todos nosotros, incluso Giselle dijo que ya no podía continuar, y en verdad se la veía por demás agotada. Entonces decidimos pasar la noche en Tandaña.

La citada comunidad andina se encuentra enclavada en un lugar casi inaccesible, y se reduce a unas cuantas chozas que se hallan agrupadas en el mismo abra. Al lado de esta tranquila y silenciosa aldea, montamos rápidamente una de las tiendas de campaña. Ya vislumbrábamos el intenso frío que se venía y por ello tomamos la determinación de dormir los seis, todos juntos, en una de las tiendas que estaba diseñada para tres o cuatro personas. La noche llegó, y a pesar de las precauciones que habíamos tomado, el frío penetró en nuestra reducida guarida. A duras penas logramos dormir; el frío y la incómoda posición dificultaban conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, viernes 23 de agosto, nuestra tienda de campaña se hallaba cubierta de hielo. En ese momento, al salir de nuestro refugio para verificar nuestro equipo que quedó fuera, nos percatamos de que las cantimploras ya no contenían ni una sola gota del líquido elemento. Afortunadamente, encontramos un riachuelo en las cercanías. Gracias a una campesina de la aldea, pudimos calentar el agua en la «hornilla» de su rústica pero acogedora vivienda.

En verdad, se trataba de una ingeniosa cuenca de barro. Como es difícil encontrar leña por esos lares, los moradores de Tandaña utilizan el excremento de los camélidos para avivar el fuego. Esa mañana nuestro desayuno fue un pequeño sobre de gelatina, lo disolvimos en agua caliente y le añadimos kiwicha, soja y maca andina. Cada uno bebió una taza. Fue lo último que nos quedaba de alimento.

Antes de partir auxiliamos al hijo de la campesina. El pequeño tenía una herida en la cabeza, infectada por la precaria higiene y el tiempo transcurrido. Felizmente, contábamos con un surtido botiquín de primeros auxilios y gracias a ello pudimos curar la herida. Después de atender al niño, y una vez que llevamos a cabo la cúpula de protección, proseguimos con nuestro camino, siguiéndolo a través de verdes pastos e imponentes picos nevados. Eran las 8:30 de la mañana.

Tengo que confesar que el ánimo del grupo había disminuido; en el ambiente se respiraba una atmósfera de descontento, a pesar de que éste iba matizado con una fuerte sensación de seguir adelante. Ibamos tan lento que todo hacía presagiar que nuevamente pasaríamos la noche en la desolada tierra andina. Estaba convencido de que si hacíamos un esfuerzo adicional, llegaríamos antes del anochecer a Callacancha, pero la caminata en estas alturas y con los equipos auestas frenaba nuestro entusiasmo. Giselle casi no podía ni caminar

Ante esta situación acordamos dividirnos en dos grupos. El sendero a Callacancha se hallaba muy bien demarcado y ello nos aseguraba que no nos perderíamos. Un grupo avanzaría lo más rápido posible hacia nuestro destino, allí se contrataría unos caballos para luego recoger al segundo grupo que marcharía a paso más lento. Garlitos y Horacio se quedaron con Giselle, los demás nos dirigimos lo más rápido posible al pueblo.

Pasamos por los más bellos paisajes que el lector pueda imaginar, pero el camino era accidentado, exigiendo de nosotros mayor prudencia al andar. Cada cierto tramo que cubríamos, descansábamos unos tres minutos para frotarnos los hombros, muy maltratados por las correas de las pesadas mochi

las. Intentamos en varias ocasiones comunicarnos con el resto del grupo a través de unos intercomunicadores que teníamos y que hasta ese momento no habíamos utilizado; pero las montañas impedían que llegasen correctamente las señales de radio.

En cada descanso, mirábamos la montaña que teníamos enfrente. Al consultar con algún esporádico lugareño sobre la ubicación de Callacancha se nos decía: «Aquisito nomás señor, a la espalda —señalando la montaña que teníamos por delante—, ya están cerquita nomás...».

Motivados, interrumpimos el descanso para culminar de una vez por todas tan hercúlea proeza y, al encontrarnos al otro lado de la montaña... ¡Otra montaña más nos aguardaba! Así nos ocurrió en varias ocasiones. Seguimos avanzando rápido, pero esta vez resignados a que la oscuridad nos sorprendiera en medio del camino. Y así sucedió.

Eran las 7:00 de la tarde y aún caminábamos, ayudados de las linternas frontales que habíamos previsto para circunstancias como ésta. En uno de nuestros descansos nos sorprendió un caminante. Ya me daba cierta aprensión preguntar otra vez cuánto faltaba para Callacancha. Paul, valientemente, se atrevió a formular una vez más la pregunta. El caminante nos dio la misma respuesta: «Aquisito nomás». Si no me reí fue porque el cansancio había hehco mella hasta en mi sentido del humor.

De pronto, el lejano ladrido de un perro llamó nuestra atención. «Quizá sea la mascot? de algún campesino que se aproxima», pensé; pero no, a lo lejos se escuchaba más «ruido». O se trataba de otra aldea de las que habíamos hallado en el camino, o sería que... De inmediato nos levantamos —nos encontrábamos desparramados a un lado del camino— y nos dirigimos hacia lo que nosotros ya considerábamos un «pueblo fantasma». No lo podíamos creer. A sólo cinco minutos de donde nos hallábamos descansando —con la clara intención de «tirar la toalla»— se ubicaba el tan perseguido pueblo. Aquí comprobamos que aún nos faltaba un poco más de fe.

Llegamos a Callacancha con alegría desbordante. Lo primero que hicimos

fue buscar a la profesora Muñoz, amiga de Rómulo. Ella nos recibió gentilmente y nos permitió pasar la noche en una de las aulas donde ella dicta clases. El pueblo contaba con algunas tiendas de artículos comestibles, y aunque éstas se encontraban cerradas, la profesora intercedió por nosotros para que nos vendieran alimentos. Nos atendieron amablemente. Para nuestra «suerte», al entrar en el aula asignada, encontramos una radio a pilas. El pequeño aparato pudo captar las señales de una conocida emisora de Lima y» curiosamente, el programa que se transmitía por esa radio tocaba las canciones que a nosotros nos gustaban. Todo hubiese sido perfecto, pero el grupo no estaba completo. Intentamos conseguir los caballos, pero nadie quería salir del pueblo a esas horas. Lo único que nos quedó fue envolver en luz a nuestros amigos. Pensando en ellos quedamos profundamente dormidos.

Al día siguiente, 24 de agosto, nuestros amigos llegaron al pueblo al filo de las 10:30 de la mañana. Se encontraban bien. Afortunadamente llevaban una de las tiendas de campaña y allí pasaron la noche. Una vez, todos reunidos, compartimos las experiencias del viaje, y llegamos a la conclusión de no volver a separarnos ante situaciones similares.

Pasamos todo el día en Callacancha. Teníamos que esperar al día 25 para partir a Paucartambo. Lo que ocurre es que todos los domingos llegan por un camino afirmado numerosos camiones y camionetas procedentes de aquella región del Cusco para traer provisiones, las mismas que se venden en una concurrida feria. Como ésta dura unas pocas horas, aprovecharíamos el retorno de los camiones para que uno de ellos nos diese un «aventón» a Paucartambo.

Mientras transcurría la mañana, acompañamos a la profesora en sus actividades. Presenciamos la clase percatándonos de que los niños estaban muy contentos, a pesar de que era sábado —generalmente las clases se dictan de lunes a viernes—. Era interesante saber que la profesora Muñoz impartía por primera vez una clase un sábado, lo que no había sucedido en los nueve años que ella trabajaba en Callacancha. En verdad fue grato ver a

los niños atender la clase, haciéndonos viajar en el pasado, hacia aquellos inolvidables días en que nosotros estudiábamos en el colegio. En el fondo, había un mensaje simbólico. Recordé entonces lo que aprendí en Samanahuas. Así transcurrimos hasta al domingo, y nuestro «plan» dio resultado: una camioneta nos llevó a Paucartambo.

Esta agradable provincia cusqueña se encuentra a 3.042 metros de altura sobre la margen derecha del río Paucartambo —lleva el mismo nombre que la provincia, en quechua significa «posada florida»—. Según la historia, habría sido *Inca Roca* quien incorporó esta región a los dominios del Imperio inca, posteriormente *Pachacutec* inició desde allí una atrevida campaña para reducir a los Mojos del oriente.² Actualmente, existe un camino afirmado que desciende desde el pueblo a la selva baja.

Establecimos nuestra «base de operaciones» en un sencillo hotel situado cerca de la plaza. Allí evaluamos el recorrido y la decisión de continuar. Ya más descansados, y con la mente despejada, resolvimos seguir adelante.

Aprovechamos el tiempo en abastecernos de provisiones, éstas se habían agotado y aún teníamos un largo camino por recorrer. Tuvimos que esperar nuevamente la llegada de camiones, ya que hay días en que estos suben de la selva a la sierra y viceversa. Reorganizando la expedición y esperando el día del descenso transcurrieron tres días. La noche del 27, antes de nuestra partida al día siguiente, recibimos una comunicación de los Guías de Venus donde se nos decía:

No se preocupen si aún no entienden lo que se está desatando en esta gran aventura interior, porque ninguno de ustedes tendrá la comprensión total hasta que el viaje se haya completado. Saben que el viaje aún continúa...

No saquen conclusiones apresuradas; si no, se llevarán más de una

2. **Enciclopedia Ilustrada del Perú, tomo IV, segunda edición (1988), Peisa**

sorpresa en la selva; por la falta de fe verán lo que se puede generar Las decisiones personales, sean correctas o equivocadas, no deben estorbar el objetivo y la determinación de continuar del grupo...

Les decimos estopor el bien del grupo. Aconsejamos que discernan lo que puedan recibir y vivir; no todo lo que brilla sobre la montaña es el reflejo del sol...

SAMPIAC, ANITAC y ROSINAC (27/8/96)

Miércoles, 28 de agosto. 12:40 del día. «Acomodados» —no sé si la palabra es correcta— en el interior de un ruidoso camión, descendíamos hacia Pillcopata (zona selvática de Cusco), llegando a las 6:15 de la tarde en medio de una imponente lluvia. Pasamos la noche en el acogedor hostel de René Moscoso, quien desde un inicio nos brindó todas las facilidades. Definitivamente las puertas se nos «abrieron» al paso. Todo marchaba espléndidamente, al menos hasta ese momento.

Mientras dormía, tuve una visión muy vivida que hasta hoy recuerdo en sus más mínimos detalles: me hallaba en un bote, acompañado de Garlitos. La embarcación era arrastrada suavemente por la corriente del río, y nos conducía hacia el Paititi. De pronto, del agua emergía un hombre que identifiqué casi intuitivamente como un machiguenga. Sin mayor protocolo se dirigió a nosotros diciéndonos que debíamos interpretar bien a la naturaleza, que una *prueba* o *evaluación* no se debía tomar equivocadamente como el fin del viaje ante alguna condición adversa. Entendí entonces que las pruebas no habían culminado, y no era para menos, aún nos faltaba el viaje al Paititi... El jueves partimos de Pillcopata hacia «250», embarcadero a orillas del río Madre de Dios, ubicado en el departamento que lleva el mismo nombre, fronterizo con Brasil. Utilizaríamos esta ruta y no la de Shintuya por ser la más directa al Palotoa, afluente que se desprende del *Amaru Mayo*, nombre antiguo que se le atribuía al río Madre de Dios (*Amaru* = serpiente, *Mayo* = río). Desde allí la expedición partiría a Pusharo.

Llegamos de noche **y** no encontramos habitación donde poder descansar. El trayecto desde los Andes hasta la jungla del **Mantú** —en un destartado camión que brincaba una y otra **vez** como si de una pelota de hule se tratase— no es un simple «paseo», y menos para quien viaja arrinconado junto a maderos o combustible, en medio de un vaivén que puede marear a cualquiera. Y no exagero.

Nos vimos obligados a dormir en una construcción **se-**miacabada que sólo contaba con las columnas y el techo. Allí acomodamos los sacos de dormir. Para nosotros, era más que suficiente. Además, **ya** estábamos acostumbrados a prescindir de una cama.

El viernes 30 de agosto, fecha en que nos dirigiríamos al Palotoa, tuvimos una desalentadora sorpresa. Las autoridades del Parque Nacional del Manú, con inquebrantable decisión, nos prohibieron entrar en el Parque sin la autorización correspondiente. Nosotros explicamos a las autoridades que no pisaríamos la reserva, pero resultaba que hacía poco se había ampliado la jurisdicción territorial, abarcando incluso parte de Paucartambo. Para ello, era necesario contar con un permiso —previo pago— que sería otorgado por la autoridad encargada, y ésta se hallaba ¡en la ciudad de Cusco!

Lo intentamos todo, pero nos era imposible arreglar nuestra situación desde allí. Se nos insistía que si queríamos continuar adelante, era indispensable que contáramos con el permiso. En lo personal, a pesar de la incómoda situación, vi en todo esto una señal. Sabía que los Maestros hacen llegar sus mensajes a través de sapientísimos y aleccionadores métodos.

Esperamos hasta al día siguiente, y al comprobar la contundente negativa, tomamos una determinación tras un acalorado diálogo. No queríamos entrar ilegalmente en el Parque. No era lo correcto. Una vez más, los ánimos cayeron. Incluso las opiniones que se dieron sobre el futuro de la expedición **se** vieron enfrentadas en un primer momento. Un miembro del grupo me confió que todas las «trabas» que estábamos teniendo se debían a que el

viaje había acabado, que debíamos considerar la posibilidad de retornar... Eso no era lo que yo sentía, además, el sueño que tuve en Pillcopata ahora se tornaba más claro. Sabía que teníamos que seguir, que era una prueba para el grupo. Estaba seguro de que aquí demostraríamos cuánto confiábamos en el Plan; pero ¿quién era yo para convencer a mis compañeros de continuar?

Y sobre todo en estas condiciones de viaje donde uno está sujeto a diversos peligros, eso resultaba inadmisibile Al final, y todos de acuerdo, decidimos realizar un último intento y ponernos en manos del Profundo.

El 1 de septiembre, a las 5:30 a.m., partí con Paul en uno de los camiones que retornaba a Paucartambo. Nuestro paradero final: la ciudad de Cusco. Hasta allí había llegado nuestra perseverancia. Una sensación extraña invadió mi cuerpo al remontar el camino ya realizado.

No habíamos avanzado mucho cuando el chofer detuvo la marcha en Salvación. Ante el asombro de los pasajeros, apagó el motor del camión y se dispuso a tomar un desayuno en uno de los restaurantes del lugar. Tuvimos que bajar todos a esperar al chofer, quien, con total descaro, nos anunció que continuaríamos después del mediodía... Sin embargo, como reza un conocido y viejo dicho, «no hay mal que dure para siempre», y una afable mujer que viajaba con nosotros —que estaba al tanto de nuestro problema para entrar en el Parque— nos dio una alentadora noticia:

—Mire, joven, allí al frente se encuentra una de las oficinas del Parque. Intenten conversar con los guardabosques, a lo mejor les permiten pasar.

Sin perder un solo minuto nos dirigimos a la mencionada oficina, con la lejana esperanza de solucionar en lo posible la coyuntura. Pero las sorpresas, y con ello me refiero a las agradables, aún no acababan. Nos enteramos de que el director del Parque, a quien íbamos a localizar en la ciudad de Cusco, se hallaba «de paso» en Salvación...

Con los rostros demudados por el milagro que estábamos presenciando, fuimos en busca de nuestro hombre clave.

¡Y lo encontramos! Hasta el día de hoy no alcanzo a comprender cómo logramos convencer a la mencionada autoridad que, ante nuestros ojos, redactó un permiso especial donde se nos autorizaba la entrada en el Parque Nacional del Manú. Cuando tuvimos el documento en nuestras maltratadas manos, ya nos imaginábamos las caras que pondrían los muchachos del grupo. Por si ello fuera poco, acordamos pagar el importe de la entrada una vez que hubiésemos vuelto. Ya no iríamos a Cusco.

Con gran alegría consultamos cuántos kilómetros nos separaban de «250», ya que deseábamos reunirnos lo más pronto posible con el grupo.

—Treinta y tres kilómetros —afirmó el director.

Las claves eran más que evidentes. Primero el problema que enfrentábamos se resolvió en «Salvación», nombre por demás sugestivo. Y para rematar, todo esto nos ocurría a 33 kilómetros del embarcadero donde retomaríamos la expedición a Paititi. «Algo» nos estaba ayudando...

Nuestro entusiasmo era tal que decidimos volver a pie. Además no era día de «bajada», como suelen decir los lugareños, y la posibilidad de conseguir transporte era remota. Sin embargo, el dedo mágico del Profundo seguía produciendo milagros: nos enteramos de que esa misma tarde, por una situación muy especial, salía un camión a Shintuya —y forzosamente tenía que pasar por «250»—. Era demasiado perfecto para creerlo.

Casi a las 6:00 de la tarde el camión partió de «Salvación». La alegría que Paul y yo teníamos en aquel momento era desbordante. Las primeras estrellas empezaron a mostrarse, y sus pulsantes destellos nos hicieron compañía durante el trayecto.

Mientras observaba el cielo, noté algo raro: una «estrella» —de las más brillantes— empezó a moverse. Rápidamente se acercó hacia el camión, hasta colocarse exactamente encima de nosotros. Entonces pude ver con mayor claridad su forma esférica, dotada de una gran luz blanca, centelleante. Después el objeto «dibujó» en el cielo un círculo perfecto, ayudándose de una hábil trayectoria que repitió en dos ocasiones más.

En aquel momento no reparé en los tres círculos concéntricos que la nave había demarcado magistralmente con su vuelo —luego supimos que se trataba de un importantísimo símbolo: los tres círculos concéntricos representan a la Tierra, su proceso, y al Gobierno Interno Positivo—. Pensé que realizaba algunas piruetas que sólo buscaban llamar la atención, lo cual funcionó, ya que fueron varios los pasajeros que vieron la nave. Afortunadamente viajábamos con el techo descubierto, así pudimos ver con claridad lo que teníamos encima. Pero aquí no acabó el avistamiento; aparecieron dos objetos más —similares al primero— acercándose en zigzag por nuestras espaldas. Uno de ellos se colocó detrás del vehículo, como siguiéndonos. Un tercer visitante pasó como un bólido sobre nosotros —esto sí que fue impresionante— hasta situarse adelante del camión. Cual escolta cósmica fuimos acompañados buena parte del camino por las naves de los Guías. Luego, se marcharon velozmente en dirección a ¡250! Al ver esto le manifesté a Paul mi convicción de que el resto del grupo también vería las naves. Y no me equivoqué, pues al reunimos con el grupo —en medio de un enorme júbilo— nuestros amigos nos relataron la «llegada» de las naves que, en medio de piruetas y resplandores que iluminaron hasta el suelo, les «avisaron» de que algo importante había ocurrido.

—Supe entonces que todo había salido bien, y que ustedes estaban por venir —afirmó Miguel visiblemente entusiasmado.

Todos sentimos que aquí habíamos cerrado una importante etapa del viaje. Ciertamente, la fe del grupo había sido probada. Ahora, dotados de una honda tranquilidad, nos encontrábamos listos para dar el siguiente y último paso.

La experiencia de contacto siempre nos ha deparado grandes sorpresas, y todas ellas lograban entregarnos un mensaje que difícilmente olvidaríamos. Cruzar el umbral del Paititi no es un juego, y menos para quienes somos conscientes de lo que hay en sus enmarañadas junglas» En aquella misteriosa selva se encuentra una antigua y secreta civilización. Era lógico

que para recibir información por parte de los Maestros del Paititi tuviéramos que prepararnos. En verdad, todo lo que habíamos vivido en el viaje hasta ese momento contribuyó de gran forma para mantener esa preparación, una llave que nos abriría las puertas al conocimiento.

Parecía un sueño saber que caminaríamos por un territorio sagrado, enigmático y poco explorado. La Ciudad de los Dioses nos aguardaba...

La leyenda del Paititi ha perdurado en la mente de muchos hombres. Ya en el siglo **XVII** corría como reguero de pólvora la noticia de una ciudad fantástica, misteriosa, y que albergaba grandes tesoros que supuestamente pertenecieron a los incas. Algunos libros, inspirándose en crónicas antiguas o en relatos de nativos indígenas, abordaron el tema logrando con ello generar un mayor interés.³ Lamentablemente, esto acrecentó la ambición de algunos exploradores que de inmediato se lanzaron a organizar ambiciosas expediciones. En la mayoría de los casos, lo único que se halló fue un desenlace fatal al profanar las sagradas selvas del *Antisuyo* incaico*

Quizá lo que más ha contribuido al conocimiento de la presunta existencia del Paititi son los petroglifos de Pusharo. Estos extraños grabados habrían sido descubiertos en 1921 por el misionero dominico Vicente de Cenitagoya,⁴ hallándolos en una gigantesca roca que se acomoda a orillas

3. Podría mencionar aquí la obra del religioso salesiano Juan Carlos Polentini titulada: *Por las rutas del Paititi*; el libro *Operación Paititi*, escrito por el antropólogo peruano Rubén Iwaki; o *Paititi, el secreto del Dorado*, de Fernando Aparicio Bueno. Pero seguramente quien más se ha dedicado al tema de la ciudad perdida es el incansable investigador Carlos Neuenschwander, autor de varios libros, entre los cuales figura *Paititi en la bruma de la historia*.

4. *Manual de Arqueología Peruana* (ver pág. 717), de Federico Kauffmann Doig, Peisa, Lima, Perú, 1980 (séptima edición). Esta excelente obra del célebre arqueólogo e historiador peruano fue merecedora del Premio Nacional de Fomento a la Cultura.

del río *Sinkibenia*, considerado sagrado por los machiguengas. Más tarde, los petroglifos fueron observados por numerosos exploradores. Ya en 1970, el sacerdote y antropólogo A. Torrealba fotografió y estudió los grabados. Muchos investigadores coinciden en que los petroglifos no fueron hechos por los incas, entonces ¿quién los hizo?

Pusharo no es la única evidencia de una obra humana en las selvas del Manú, también se han encontrado numerosas ruinas y caminos parcialmente pavimentados. Las pirámides de *Paratoari* son una prueba fehaciente de estas obras. Diversos estudios demuestran que estas grandes moles no serían producto de la naturaleza, sino la obra de una civilización desconocida.

Aquí hay un dato interesante.

Gracias a la tecnología moderna se ha podido fotografiar la cordillera del *Pantiacolla*, que generalmente se halla cubierta por sospechosas «nubes». La fotografía fue tomada en diciembre de 1975 por el satélite norteamericano Landsat 2, que formaba parte de un ambicioso proyecto de la NASA que se identificaba con las siglas ERTS.⁵ El enigma se inició cuando el Landsat 2 logró unas espectaculares fotografías en el sudeste peruano donde se apreciaban con nitidez unos diez «puntos» —recuerde el lector que se ven así por ser vistos desde gran altura— agrupados en pares (dos filas de cinco). Por si esto fuera poco, posteriores análisis identificaron a cada punto como «una pirámide truncada de proporciones enormes». Como era de esperar, el descubrimiento generó las más encontradas opiniones, y el más profundo cuestionamiento: «¿Qué es esto?». Seguramente esto fue lo que se preguntó el explorador japonés Yoshiharu Sekino, que partió en busca de las «pirámides del Pantiacolla» —como se las bautizó posteriormente— sin

5. *Earth Resources Technology Satellites*. Programa de la NASA diseñado para la exploración geológica. Estos aparatos circundan nuestro planeta en órbita polar a mil y más kilómetros de altura. Van equipados con cámaras de vídeo de amplio espectro y equipos telemétricos de alta perfección.

llegar a dar con ellas debido a la tupida jungla. Es bien sabido que el **tamaño calculado a cada uno de los «puntos» equivale a las dimensiones de la Gran Pirámide de Egipto (¡!). Como sabrá el lector**, la pirámide de Gizeh consta nada más y nada **menos** que de 2,5 millones de bloques (algunos llegan a pesar **unas 40 toneladas**). Esta magnífica construcción tiene 147 **metros de altura**, y cada una de sus caras de base tiene 227 metros de **largo**. Si se llega a comprobar que, además de la cordillera del Pantiacolla, también hay pirámides en su desconocida meseta —**como sostienen una y otra vez los machiguengas**—, se tendría que reescribir la historia. Nosotros sabemos por qué. Curiosamente, en la insólita meseta se han constatado **numerosas expediciones desaparecidas, perturbaciones electromagnéticas en los instrumentos, «apariciones» de inusitadas luces, ruidos extraordinarios que parecían surgir del suelo, y para añadirle el ingrediente final, como he venido haciendo alusión, los relatos de los machiguengas, quienes afirman, con total naturalidad, que «al otro lado»** —con esto se refieren al Pongo de Mainiqui— existe una civilización muy antigua que «lo sabe todo».

Ya adivino la expresión escéptica del círculo ortodoxo de científicos que, fieles a las normas de la cátedra, rehúyen el hecho de considerar tan sólo la posibilidad de estos fenómenos.

Y no estoy hablando sin base, la casuística antes mencionada es abrumadora, escapando a cualquier análisis de probabilidades. A pesar de la negativa de algunos eruditos —que siguen amamantándose del seno de su «alma mater» por temor a perderla —, nosotros creemos en esa posibilidad. Hace sólo quinientos años había muchas personas que creían que la superficie de la Tierra era plana y que, incluso, éramos el centro del Universo... Y si alguien les insinuaba lo contrario, ¡al fuego con él! Y el lector sabe que no exagero.

Ciertamente partíamos rumbo a un paraje desconocido, pero no ajeno a nuestro conocimiento, ya que la Gran Hermandad Blanca nos había dado algunas informaciones que nos revelaban qué hay realmente allí.

El 2 de septiembre —increíble cómo estaba durando este viaje— partimos del

embarcadero «250», a orillas del río Madre de Dios. Para ello teníamos que cruzar al otro lado del río porque a partir de allí nos movilizaríamos a pie. Guillermo, un miembro de la Comunidad de Palotoa, accedió a llevarnos en su «peque-peque» (embarcación construida de madera, con fondo plano y motor fuera borda. Se emplea en los ríos de la hoya amazónica. Su nombre es una imitación onomatopéyica del ruido del motor).

Una vez que acomodamos el equipo en el peque, Guillermo nos llevó por las tranquilas y navegables aguas del río hasta alcanzar la orilla opuesta. Bajamos nuestro equipo y agradecemos a nuestro nuevo amigo el favor. Ya con las mochilas a las espaldas, caminamos en fila india a través de una trocha muy bien demarcada.

El calor era casi insoportable, pero lo más incómodo era que al despojarnos de nuestra ropa para así ventilarnos un poco, un enjambre de mosquitos que pululaban en torno nuestro se nos abalanzaron picándonos y dejando numerosas marcas en nuestra piel. Ante esto nos vimos obligados a utilizar los mosquiteros —a pesar del calor—, y así avanzamos un buen trecho, cruzando una y otra vez las ramificaciones del río hasta llegar a un punto en que la trocha se dividía en tres caminos.

Hasta aquí habíamos avanzado muy bien, pero ante la disyuntiva tuvimos que aguardar un poco. Incluso Garlitos y Giselle —que habían estado ya por esa zona en una expedición anterior— no reconocían la ruta correcta. Definitivamente caminar por la jungla no es cosa de juego.

Decidimos explorar cada uno de los caminos abiertos entre la maleza, allí nos dimos cuenta de que no eran tres, sino muchos más, conformando un verdadero laberinto. Ello se debía a que nos hallábamos en un aserradero; los grandes leños de los árboles caídos habían sido arrastrados a través de las trochas hasta la orilla del río para construir allí los ya mencionados peques. No podíamos discernir los caminos de aserradero del que nos llevaría en la dirección correcta. Cuando estábamos a punto de tomar una ruta guiándonos por los mapas, la brújula y la intuición, conocimos a una persona clave que

vivía en las inmediaciones del lugar donde nos encontrábamos»

Jorge —el hombre que conocimos—nos sugirió que **continuáramos** al día siguiente porque ya estaba acabando la tarde, Nuestro entusiasmo por avanzar rápido no nos había permitido ver este detalle. Si bien es cierto teníamos un permiso para entrar en el Parque Nacional del Manú, éste nos limitaba **hasta** el día 6, como fecha límite para presentarnos en la caseta del Parque en el «250». Y estábamos a 2 de septiembre...

El objetivo que restaba culminar era cruzar el umbral secreto del Paititi, que tiene su demarcación física en el Pongo **de** Mainiqui. Este lugar está más allá de los petroglifos de Pusharo y es por ello que el factor tiempo y el citado permiso **de** las autoridades se agolpaban en nuestras cabezas: ¿cómo lograríamos llegar a tiempo al «250»? Y esto sin contar el camino de regreso.

Después de todo lo aprendido durante el trayecto, decidimos confiar una vez más en el Plan y en las fuerzas superiores. Nos tranquilizó el hecho de que Jorge nos ofreciera llevarnos en su peque. El único problema era que el motor de su embarcación no tenía la cantidad necesaria de combustible para hacerlo. Felizmente, lo convencimos para comprar lo que necesitaba en Shintuya. Con el poco combustible que aún quedaba en el peque, Jorge, Garlitos y yo llegamos a la misión dominica enclavada en la selva, logrando conseguir todo lo que necesitábamos y llevarlo al sector donde vive Jorge.

Dormiríamos en la choza de una joven pareja, Ignacio y María, que tenían una gran amistad con Jorge. **En** un principio pensé que eran hermanos —María no tenía más de quince años—, pero me equivoqué. La sexualidad en las comunidades selváticas es muy precoz y es común observar parejas bastante jóvenes, pero con madurez y lozanía ejemplares. Nos resultó interesante saber que María era sobrina de Josefina, machiguenga que acompañó a anteriores expediciones nuestras. Lamentablemente ella no estaba. Su presencia nos hubiese sido muy útil ya que era la única machiguenga que hablaba bien el castellano. Entramos en la vivienda y en un suelo lleno de polvo acomodamos los sacos de dormir.

Para ello tuvimos que compartir el espacio con un ejército de grandes cucarachas y una que otra araña de apariencia no muy agradable. Aun de noche el ruido de la selva se deja notar. En medio de un concierto de extraños sonidos —provocados por los animales de la jungla— nos aprestamos a descansar.

El día 3 de septiembre amanecimos en un ambiente de fiesta. Era el cumpleaños de Paul. Esto nos acercó más como grupo y nos llenó de energía para seguir adelante.

Las aguas del río Palotoa estaban muy bajas —debido a que nos hallábamos en época de sequía— y por ello no era recomendable ir todos en el peque de Jorge, si no el peso nos haría tocar el suelo del río. También necesitábamos que alguien nos guiase hacia el Mecanto. Así, resolvimos que Giselle y Garlitos fuesen con Jorge llevando el equipo de todo el grupo en el peque. En el camino ellos pasarían por la Comunidad de Palotoa, para así solicitar los servicios de Pancho —de la tribu Machiguenga que anteriormente se ubicaba en Pusharo—, quien en varias ocasiones ha ayudado a los grupos que han venido a esta región de la selva. Nosotros, liberados de todo peso, marcharíamos rápidamente hacia Choritía, guiados por Ignacio a través de una trocha. Allí nos encontraríamos con el resto del grupo. Era la única opción.

Aquí hay un hecho que no puedo dejar de mencionar con respecto a los machiguengas. En 1992 se recibió un mensaje de los Guías donde se afirmaba que el nuevo guardián de la ruta al Paititi sería la humanidad. Hasta ese entonces quien asumía esta función, por decirlo de alguna forma, era el líder de los machiguengas, un hombre maduro que respondía al nombre de Cachán.

Cachán era un personaje sumamente misterioso. Los mismos miembros del clan familiar afirmaban que él era el único que estaba en comunicación con la «gente del otro lado» —es decir, al otro lado del cañón—. Cuando salía a cazar lo hacía solo, y nunca regresaba con las manos vacías. Quienes han

conocido a Cachán cuentan que poseía una mirada penetrante, y que al saludar lo hacía siempre con la mano izquierda (¿ ?). Él mismo le confió a Pancho, su hijo mayor, que había estado dentro de una de las «luces» que se mueven en el cielo... Los machiguengas llaman a estas luces *Janeiro Inpókiro*. ¿Ovnis? ¿Entonces con quién estuvo realmente Cachán?

Tiempo después de que se recibiera el mensaje que anunciaba este importante «cambio», Cachán muere al caer desde la copa de un enorme árbol —al intentar coger unos frutos—, y ser devorado, indefenso en el suelo por las contracturas, por unos hambrientos jaguares. Su transición encerraba un mensaje, y es por ello que los machiguengas abandonaron su original estancia en Pusharo.

Mientras nos movilizábamos a través de la trocha reflexionaba en todo ello. Una tupida y exótica vegetación me sacó de mis cavilaciones. Tenía que lidiar una y otra vez con las ramas que se enredaban en mi cuerpo. Era muy incómodo desplazarse por aquel camino. Ignacio iba delante, fusil en mano. Le pregunté si era necesario que trajera el arma y él repuso con llaneza y desenvoltura que «uno nunca sabía lo que podría pasar».

Respeté su opinión. Además nos encontrábamos en una zona que él conocía muy bien. Ello me invitó a preguntarme, una vez más, si la determinación del grupo de no traer armas había sido una decisión equivocada. La respuesta era siempre la misma: habíamos hecho lo correcto. Ya mencioné en estas páginas que la jungla reacciona según la actitud del que se adentra en ella, como si la misma tuviese vida propia.

La diversidad de flora y fauna que existe en el Manú es asombrosa. Lo que más llamó nuestra atención eran unos gigantescos hormigueros que se hallaban en lo alto de los árboles. Medían de promedio un metro de alto y 50 a 80 cm de ancho. Ignacio nos dijo que había hormigueros aún más grandes. ¿Se imagina el tamaño de las «hormigas»?

Seguimos avanzando sin toparnos con animal alguno, salvo un grupo de monos que desde lo alto de los árboles emitían sus inconfundibles chillidos.

Los moradores de la jungla no se muestran tan fácilmente. A veces uno cree que al ir a la selva se encontrará con una especie de zoológico abierto o algo por el estilo, pero en verdad los animales huyen de la mirada del hombre.

Los biólogos están de acuerdo en que la variedad de flora y fauna del Parque Nacional del Manú es superior a otras reservas del planeta, y las investigaciones han determinado la necesidad de no interferir con el proceso de estas especies. Curiosamente, conforme uno se va adentrando más en el bosque, la población de diversos animales aumenta. Ello se debe a un repliegue masivo hacia zonas donde el hombre aún no ha penetrado. Por esta razón se había de animales desconocidos en el Pantiacolla, ya que nos hallamos frente a una zona inexplorada donde posiblemente diferentes especies de animales —y quizá algunas desconocidas por nosotros— han encontrado un hábitat imperturbable, ajeno a la mano curiosa del ser humano.

Tras cubrir una distancia considerable llegamos a Choritía. Allí nos reunimos con Giselle, Garlitos, Jorge y un nuevo compañero de viaje: Pancho. Nuestros amigos estaban mojados casi hasta la cintura. Habían tenido que bajar del peque en numerosas ocasiones para empujarlo, ya que la angosta embarcación se atoraba en las denominadas «chachas»; es decir, zonas de muy poca profundidad donde las piedras resultan una trampa segura para estas embarcaciones y es frecuente que, de vez en cuando, se rompa la hélice del motor debido a ello. Ahora tendríamos que seguir a pie, ya que la embarcación de Jorge no podría desplazarse por el curso de los ríos. Así, Ignacio y Jorge retornaron en el peque mientras el resto seguíamos a Pancho a través del río.

Al cabo de un accidentado caminar donde en varias oportunidades nos resbalamos con las húmedas piedras, llegamos a la aldea Machiguenga, ubicada en lo alto de un monte en cuyas faldas discurría un pequeño río. Gentilmente nos ofrecieron alimento, así pudimos degustar unos riquísimos plátanos. En la aldea se nos unieron Japón y Natalia. Luego vinieron Soro-

Soro —a quien se le conocía además con el nombre de «Andrés», líder actual de los machiguengas—, Paloma y finalmente Jeko, su mujer. Juntos reanudamos la caminata a Pusharo.

En el camino vimos cazar a los machiguengas, quienes con un profundo conocimiento sabían cuándo un animal rondaba cerca. Yo mismo observé las huellas de un otorongo, tan hondas que se podía determinar el peso del animal, y en consecuencia su tamaño y edad. Una escena que aún tengo registrada en mi mente es la aparición de una sachavaca o tapir, animal que recibió un certero flechazo de Japón. Al ocurrir esto el Tapir se internó rápidamente en el bosque. Los machiguengas eran expertos en el uso del arco y la flecha, incluso cazaban los peces del río a punta de certeros disparos.

El ágil ritmo que llevaban nuestros amigos nos obligó a redoblar el paso para no retrasarnos. Muchos teníamos dificultad al caminar debido a las grandes ampollas que habían brotado en nuestros pies —que ya venían resistiendo un intenso esfuerzo desde nuestro periplo en los Andes—. Definitivamente el más afectado era Horacio, a quien le dábamos ánimos para que no se siguiera retrasando. Al cabo de unas horas, y luego de cubrir una respetable distancia, llegó la noche.

—¿Falta mucho para Pusharo? —le consultamos a Pancho, que era el único de la tribu que comprendía un poco el castellano.

—Poco —respondió.

Y en verdad no faltaba mucho. A lo lejos se divisaban unas montañas emergiendo con brío en la intrincada jungla. Hasta aquí llegan las estribaciones de los Andes. Un ambiente extraño se dejaba notar con ímpetu; una sutil vibración, que cargaba de magia todo el lugar, nos envolvió, cubriéndonos totalmente. Una densa niebla, brillante y misteriosa, se acumulaba en lo alto de las montañas. En un cielo despejado nuevos avistamientos de intensas luces nos marcaron el camino. Se dirigían hacia aquel lugar que tanto escudriñábamos, como si éste nos llamase...

—¿Qué hay allí, Pancho? —consulté mientras señalaba en dirección a las montañas.

—¡Pantiacolla! —contestó nuestro amigo...

Los primeros rayos del sol iluminaban nuestros rostros —que dicho sea de paso denotaban el cansancio—. El día 4 de septiembre proseguimos la marcha desde muy temprano, y a las 8:30 de la mañana ya nos encontrábamos en Pusharo. Después de levantar el campamento en las cercanías de la gran roca nos acercamos al río Sinkibenia y allí pedimos permiso a las fuerzas superiores para continuar, y que nada malo ni negativo nos ocurriese. Para ello solicitamos también su protección, que ya veníamos comprobando a lo largo de nuestro viaje. En un acto simbólico nos sumergimos totalmente en el río, una sencilla iniciación que representaba la purificación del espíritu; nos sentimos fusionados con los elementos de la naturaleza, incluso se percibió claramente sutiles presencias que nos acompañaban durante nuestro trabajo. Una vez realizadas nuestras prácticas de visualización, donde nos vimos envueltos en una cúpula protectora de energía, nos aproximamos a la roca sagrada.

La roca es muy grande, tiene unos 30 metros de largo y una altura similar. A lo largo de 14 metros se reparten una diversidad de complejos ideogramas. Mi primera sensación al ver los petro- glifos me advertía que no habían sido elaborados por los incas, *sentía* que eran mucho más antiguos. No soy arqueólogo, pero a lo largo de la experiencia de contacto hemos aprendido a desarrollar nuestra intuición espiritual; además, hemos dedicado mucho tiempo en investigar todo lo que signifique misterio, por cuanto tratamos de comprender con mayor luz las informaciones que los Guías extraterrestres y los Maestros nos brindan.

Desde un principio los Guías nos recomendaron que no debíamos quedarnos sólo con las experiencias de contacto, que debíamos estudiar y comprobar todo aquello que nos decían. Ciertamente estas investigaciones nos han ayudado a entender aún más el Plan Cósmico. En lo personal, ya había consultado una buena bibliografía especializada.

Ahora se presentaba la oportunidad de tocar la roca y ver qué sentía. Esta experiencia se denomina dermóp- tica (piel-visión). En realidad no es la piel la que «ve», sino la mente. Al colocar las manos sobre la roca procuramos «conectarnos» con ella, es decir, sentir que formábamos parte de su naturaleza. Entonces uno va relajándose hasta sentir que se funde con el objeto, en este caso lo hacíamos con los petroglifos de Pusharo. Y al conseguir esa unidad, al ser uno con la roca, «sabemos» lo que la roca sabe, porque ahora somos parte de ella. Hoy por hoy se está demostrando científicamente que toda materia registra una «memoria», basándose su «registro» en las vibraciones (vibroturgia) que se han impregnado en los átomos, conformando así un verdadero archivo de conocimiento. Y logramos «leer» parte de ese archivo...

Una serie de visiones se presentaban de forma desordenada. Pero eran claras y muy contundentes. Veía una gran destrucción, artefactos que denotaban una gran tecnología escondidos en cavernas, así como planchas metálicas y diversos cristales. También observé un laberinto de pasadizos subterráneos y, en uno de ellos, un hombre muy alto, vestido con un manto brillante que tocaba el suelo. Era un Maestro, se me acercó y me dio un tridente mientras me decía:

Los Mayores utilizan los símbolos porque así pueden sintetizar la Sabiduría que viene inmutable a través de milenios. Es un libro abierto que les mostrará lo que necesiten saber.

Sí, una vez que crucen el cañón estarán en el territorio de la Jerarquía. A partir del umbral está el Paititi Prepárense.

Confrontamos las experiencias y observamos que éstas habían sido muy similares. Conversando con Miguel sobre nuestras visiones me percaté de que uno de los petroglifos, aquel que denominábamos «rostro con lágrimas» —un grabado muy curioso que muestra una carita llorando— significaba algo en concreto.

Tanto Miguel como yo sentíamos que representaba la destrucción de una

gran civilización y de allí las lágrimas que, dicho sea de paso, me hicieron recordar de inmediato el grabado de Viracocha en la Puerta del Sol. Pero ¿qué tenían en común Pusharo y Tiahuanaco?. ¿Eran acaso los «remanentes» de la misma civilización anterior a los incas, quizá antediluviana? Los indicios se nos mostraban tan sugerentes que nos planteamos la posibilidad de que el grabado de las lágrimas de Pusharo con los de la Puerta del Sol en Bolivia —tan alejados uno del otro— no eran un accidente. Por otro lado, las imágenes de destrucción que observé durante el trabajo me habían conmovido profundamente, como un recuerdo vivo de una experiencia aterradora, y que no se debía repetir en nuestro planeta. Miguel, por su parte, sostenía haber visto grandes cambios en el ámbito mundial que ocurrirían después de la muerte de dos importantes personajes religiosos: la Madre Teresa de Calcuta y el Papa Juan Pablo II (¿?).

Pasamos el día meditando, y tuvimos una profunda conversación sobre el siguiente paso: el Pongo de Mainiqui. No todos sentían continuar, como era el caso de Miguel y Paul, quienes ya desde Q'eros intuían que sólo llegarían hasta Pusharo. En lo personal ello me asombró, ya que esto reflejaba el nivel de responsabilidad que asumieron nuestros compañeros. Ciertamente habían resuelto quedarse porque era lo que sentían hacer. Ellos apoyarían con sus meditaciones y cadenas de irradiación al grupo que fuera hacia el umbral del Paititi. Para ello hablamos con Pancho, que finalmente accedió —no tan fácilmente— a guiarnos hacia el cañón. Acordamos partir al día siguiente.

El amanecer del día 5 estaba cargado de una energía especial. Sentíamos que se nos observaba. Nuestra mirada se clavaba en el derrotero que teníamos por delante, un paraje misterioso, que producía una extraña sensación de recogimiento. En ver dad, se pudo percibir la cercanía de los Maestros. Quizá aguardándonos...

Mientras tomábamos el desayuno conversamos sobre cómo nos sentíamos,

y qué esperábamos de esta última etapa de la expedición. En ese momento conocimos la decisión de Horacio, que también había resuelto quedarse junto con Paul y Miguel. Más tarde nos enteraríamos de que con ello estábamos cumpliendo los vaticinios de las comunicaciones, donde se nos advertía que sólo tres personas cruzarían finalmente el Mecanto. Y por si esto fuera poco, también se confirmaba aquello de «formar una estrella de seis puntas» (símbolo de la Ley de Correspondencia: «Como es arriba es abajo», además de representar el equilibrio de energías), que debía unir ambos extremos del cañón en su correspondencia etérica. Entonces resolvimos sincronizar nuestros relojes y, cuando éstos marcaran las doce del mediodía, haríamos el trabajo. Horacio, Paul y Miguel formarían un triángulo en Pusharo; mientras que Giselle, Garlitos, y yo, en el Pongo de Mainiqui. Allí aprovecharíamos la oportunidad para visualizar la conexión Egipto-Paititi, ambos centros de poder de gran importancia para la humanidad. Es interesante comprobar que cada vez que los Maestros disponen un viaje al Paititi, éste se ve conectado de alguna forma con otro que se realiza a Egipto. Las pirámides del Nilo ya habían sido visitadas por miembros de nuestros grupos de contacto; ahora nos tocaba a nosotros completar dicho enlace. Sin que lo hubiésemos planeado, todo se iba cumpliendo...

A las 8:00 de la mañana, quienes sentíamos continuar marchábamos a través de la recóndita selva que se nos mostraba tranquila y pacífica. La sensación de protección se dejaba notar en nuestros corazones. Pancho iba delante, guiándonos por las orillas del río hasta llegar a un sendero rocoso, en medio de la jungla, que bordeando un gran roquedo nos conducía al Pongo de Mainiqui. Afortunadamente resolvimos dejar el equipo pesado para continuar ligeros y sin tropiezos hacia el otro lado del cañón. Cuando ya nos hallábamos cerca del mismo nos percatamos de que los machetes, así como las cuerdas y ganchos de alpinismo, se habían quedado olvidados en el campamento.

En verdad no supimos explicarnos cómo nos habíamos olvidado de estos necesarios implementos. Lo único que sí sabíamos era que ya no podíamos volver por ellos. Por si esto fuera poco, al llegar a la orilla del Mecanto, Pancho rehusó continuar alegando que era hasta allí donde nos podía acompañar ya que, según su versión, al otro lado del cañón hay «gente» que les había prohibido la entrada: «Los hombres de blanco»...

Nos habíamos quedado al pie de un sospechoso camino que ascendía por la pared del cañón, un sendero bien demarcado que se iba internando en el territorio inexplorado. Pancho se sentó en una roca y nos hizo una seña advirtiéndonos de que ésa era la ruta. Su actitud estaba cargada de tanto misterio que era como si nuestro amigo machiguenga nos estuviese enseñando el mismísimo Paititi y no una trocha abierta que sabe Dios a dónde nos llevaría. En lo personal, no entendí en aquel momento por qué Pancho le daba tanta importancia. Una determinación clara de continuar se reflejó en nuestras miradas, y nos dejamos llevar por ella.

Ya sin la guía de Pancho seguimos el camino abierto en medio de la espesura, ascendiendo cada vez más hacia el otro lado del *umbral*. Es impresionante cómo uno se siente al ir alcanzando la otra cara del Mecanto, es como si estuviéramos atravesando literalmente una «puerta». La sensación que tuve sólo la puedo comparar con la del paso dimensional Xendra (experiencia de contacto que describí en las páginas anteriores).

De pronto, la jungla se mostró más tupida, con una intrincada vegetación que incluso obstaculizaba el camino —ya apenas perceptible— que veníamos siguiendo. ¡Cómo nos hicieron falta los machetes! Con nuestros brazos separábamos los matorrales, y muchas veces nos maltratamos por ello, sobre todo Garlitos, quien iba adelante. Hubo un momento en que la inclinación era tal que ya no podíamos caminar erguidos, tuvimos que seguir a tientas ayudados de nuestras manos que procuraban sujetarse de algún lugar seguro, muchas veces clavando las uñas en el barro que se mezclaba con los excrementos de murciélagos.

En más de una ocasión, al cogernos de una liana, ésta se desprendía del tronco y caía sobre nosotros con todos los nidos de insectos que allí albergaba. Una y otra vez nos sacudíamos la ropa.

En la medida que avanzábamos el trayecto se ponía más difícil, como si el mismo cañón tuviese vida propia, evitando que culmináramos el ascenso. O probándonos. Y sí, era en verdad una gran prueba. Para nuestra «suerte», en ese lado del cañón las ramas están cubiertas por agudas espinas, una verdadera trinchera que nos amenazaba con herirnos. Habían pasado las horas y nos encontrábamos cerca del mediodía, aún luchando por culminar el objetivo.

Sin mediar razón Giselle se detuvo. Se la notaba muy sensible. Entonces vi en el rostro de nuestra amiga caer unas lágrimas. Algo incomprensible estaba sucediendo. Mis ojos también se humedecían, mientras una indescriptible sensación en mi pecho se dejaba sentir con firmeza. Intercambié una sutil mirada con Garlitos, que también reflejaba una honda sensación interior. ¿Qué nos estaba pasando?

Como si de magia se tratase, sentimos pedir perdón por todos los errores y equivocaciones de la humanidad. Esto sucedía dentro de nosotros mismos. Era algo extraño, e infinitamente conmovedor. En lo personal, sentí que mi interior se «abría», como una especie de «explosión interna». Nunca me había ocurrido nada parecido.

Después de que sucedió esto nos percatamos que ya habíamos alcanzado el otro lado del Mecanto, y ello ocurrió precisamente a las doce del mediodía, en el instante en que nuestros amigos estaban haciendo sus trabajos en Pusharo. No supimos explicarnos el porqué de esta conexión, como otras tantas cosas que venían ocurriendo, pero que dejaban la impresión de estar siendo asistidos por fuerzas positivas.

Así conocimos la misteriosa «Puerta 13». A diferencia de las doce conexiones anteriores, ésta nueva experiencia procuraba abrir la puerta dimensional que todos habíamos olvidado: la puerta del corazón o conexión con el *universo interno*.

La Puerta 13 es simbólica y literal a la vez, es quizá la puerta clave para comprender las otras. Curiosamente, el 13 es el número del tiempo, sagrado para algunas culturas antiguas como la civilización maya, y es que dentro de nosotros mismos *no hay tiempo*, sino un enlace con lo eterno y lo inmortal, que es la esencia. Un dato interesante: en el Tarot el *Arcano XIII* significa precisamente inmortalidad, es decir, «el acto de renovar la vida...».

No existe una sola Puerta 13, ya que cada ser humano tiene su propia «puerta» en las profundidades de su corazón. Y es allí, y no en otro lugar, donde se produce la apertura. También conocimos la llave, y tampoco hay otra: el perdón como sublime acto de amor en los seres humanos.

Avanzamos un poco más, casi una hora; nos dirigíamos hacia un peculiar cerro cubierto de una abundante flora. Una vez que alcanzamos su cima contemplamos un paisaje conmovedor: en dirección a las fuentes del sagrado río Sinkibenia, podíamos ver claramente una sabana azul-brillante de energía que cubría la insólita selva virgen que aún teníamos por delante, y en medio de este cuadro, a lo lejos, se erguía majestuosa una pequeña montaña. A simple vista advertimos algo raro.

Con ayuda de los prismáticos observamos una presunta caverna, que de seguro debía de ser muy grande. Sentimos que era ése el lugar, una posible entrada a la morada de los Antiguos: ¡la Ciudad de los Dioses! El cálculo más optimista nos daba varios días para alcanzar la montaña. No teníamos ni siquiera los machetes, y la vegetación que se nos presentaba haría palidecer al más recio de los exploradores. Entonces sentimos que era hasta allí donde debíamos llegar. En aquel instante recordé lo que el sabio Pascual nos había advertido en **Q'eros**: «Lo verán, pero no entrarán aún...». La ciudad santa de **Quañachoi**—nombre con el que los Q'eros conocen al Paititi— aún no nos permitiría franquear sus puertas. Para ello tendríamos que prepararnos más...

De pronto, un colibrí que había estado inmóvil sobre nosotros descansando

en una rama, emprendió su silencioso vuelo en dirección a la montaña. En lo personal, al ver esto, recordé de inmediato la experiencia del Templo de la Luna.

Enseguida nos dispusimos a envolver todo el lugar en luz y compenetrarnos con la naturaleza. Visualizamos la conexión Egipto-Paititi y compartimos la fuerza del cóndor, del jaguar, y de la serpiente; una simbólica iniciación que unía los tres universos. Dejamos entonces que el poder purificador del perdón, la Puerta 13, se manifestase en cada uno. Y así ocurrió.

Regresamos motivados y con la seguridad de haber cumplido la misión encomendada por los Maestros. El viaje había sido productivo, y comprobamos que el Paititi siempre estuvo dentro de nosotros, la ciudad perdida de la humanidad interior.

Estábamos agotados, con el cuerpo dolorido, pero a la vez contentos por la enseñanza recibida. Sin embargo, la Gran Hermandad Blanca aún no lo había dicho todo...

6. EL ENCUENTRO FÍSICO

Lo que obtendrán del contacto con la Hermandad Blanca será para poner en marcha una serie de mecanismos que no sólo tienen que ver con la Misión, sino con toda la humanidad...

OXALC, Anitac, Titinac, 12/9/89 (*Extracto de una comunicación*)

El descenso por la pared del cañón fue rápido y arriesgado. En varias ocasiones tropezamos con las gruesas y disimuladas raíces de los árboles. El terreno era una constante trampa. Aún recuerdo con nitidez el momento en que Giselle resbaló por una pendiente, iniciando con ello una mortal caída que hallaría su fin en los afilados peñascos del río que yacían abajo aguardándonos. Afortunadamente me encontraba cerca, y lo único que atiné fue lanzarme hacia Giselle, que iba deslizándose peligrosamente rumbo al despeñadero. Al atajarla, **una** respetable nube de polvo y hojas secas se levantó. Tuvimos una gran alegría al ver que nuestra amiga se encontraba bien. Esta experiencia nos unió más, sobre todo a Giselle y a mí, que durante el viaje habíamos tenido más de un desacuerdo; pero al final, la armonía se impuso, haciéndonos comprender que, en la adversidad y en las situaciones difíciles, se prueban los verdaderos amigos. Y los Maestros han dicho que primero debemos ser amigos para luego poder ser hermanos en esta Misión.

Nuestros pasos venían cargados de una buena cuota de prudencia. Desde nuestra ubicación se podía observar el atemorizante abismo del Mecanto; el terreno era demasiado inclinado, así que meditábamos mucho antes de elegir alguna ruta para seguir descendiendo, aunque por momentos creíamos haber perdido el camino.

Para nuestra suerte, Pancho venía en nuestra búsqueda. Según él, nos demoramos mucho; pensó que podríamos estar en dificultades y ello lo animó a subir tras nosotros. Ya con la guía de nuestro experimentado amigo, nos dirigimos hacia las faldas del cañón.

Durante el trayecto encontré un muro pétreo que me resultaba muy familiar; la pared la había visualizado más de una vez en mis meditaciones. Me quedé de pie frente a la muda roca, sólo la contemplaba y en eso se acerca Pancho, me observa con su habitual sonrisa —cuando algo le parece gracioso—, y se dirige a la pared. Para mi desconcierto vi cómo el im~ predecible aborigen acariciaba la roca con sus manos mientras me decía que «atrás» de la pared había machiguengas...

Sabía que Machiguenga significa «la gente», por ello entendí de inmediato lo que Pancho me trataba de decir: ¡hay «gente» al otro lado! Esperé a que me dejase solo, y entonces yo mismo toqué la pared. Entonces visualicé que una serie de túneles y galerías subterráneas llegaban hasta la pared del cañón —¿será por esta razón que a partir del Mecanto «empieza» el retiro físico de la Jerarquía intraterrena?—, y de pronto, una intensa luz me cegó. Sentí cómo me penetraba, llenando todo mi ser. Este fulgor venía cargado de una serie de informaciones. Sea lo que sea, «algo» había recibido.

Decidí entonces guardar un *ayuno silente* tal como lo venía sintiendo. Esta práctica, sugerida por los Guías y Maestros, consiste sencillamente en permanecer en silencio. Aunque pueda parecer muy fácil, a muchos les cuesta permanecer un tiempo sin mencionar palabra alguna. El Ayuno Silente es una experiencia interior que le permite al caminante asimilar lo que en el exterior ha experimentado; es decir, es una forma de «revisar» la mente y

espíritu, en paz y contemplación. En ese momento, una voz gruesa, pero muy clara, me dijo lo siguiente: «Cuando pronuncies la tercera palabra romperás el silencio, y comprenderás...».

Hallé en este mensaje una presencia que me era por demás conocida pero, ¿cómo iba a pronunciar palabra alguna durante mi ayuno silente? No comprendía lo que el mensaje me trataba de hacer ver y lo único que opté era seguir marchando en silencio, meditando en aquellas intensas experiencias que habíamos tenido y que guardaban un significado aún más profundo del que se les podía atribuir en un primer momento.

Seguimos descendiendo. Yo iba delante esforzándome por seguir el violento ritmo de Pancho, a quien encuentro como si me estuviese esperando. Con sumo cuidado, el hábil machi- guenga me mostró un panal de avispas, magistralmente camuflado en un matorral que se hallaba en medio del camino. Afortunadamente la pericia de nuestro guía nos había salvado de pasar un mal momento.

Esperé a Giselle que venía detrás de mí para avisarle lo del panal. Yo trataba de hacerle entender con señas, pero era inútil, entonces tuve que romper mi silencio establecido para decirle a mi compañera: «¡Aquí!», señalando con mi brazo la ruta que la libraba de pisar el panal. Luego Giselle pondría al tanto del peligro a Garlitos, que venía al último. Por mi parte, avancé raudo por la sutil senda que los árboles demarcaban; podía apreciar las ramas a un lado, claro indicio de que Pancho había pasado por allí.

No transcurrió mucho tiempo para alcanzar al veloz machi guenga, quien, nuevamente, se había detenido a esperarnos. Se hallaba reflexivo, sentado en una roca mientras clavaba su mirada hacia las fuentes del Sinkibenia. Al advertir mi presencia, se giró con tranquilidad y me dijo: «¡Paititi!». Nuevamente nuestro amigo me asombraba; no sabía que él conociera uno de los nombres con los cuales se suele identificar a la ciudad perdida del Manú. Como para cerciorarme de lo que Pancho había dicho repetí en voz alta: «¡Paititi!». Entonces Pancho sonrió y, una vez más, dijo el nombre... No lo

podía creer. De pronto tomé conciencia de que en dos oportunidades había quebrado el silencio... Pensé que estaba perdiendo fuerza de voluntad para llevar a cabo una práctica tan profunda y necesaria. Así, me propuse firmemente no volver a distraerme, nada haría que volviese a interrumpir mi reflexión. Convencido totalmente de ello, seguí a Pancho hasta alcanzar juntos la orilla del río, al pie del mágico cañón.

Mi reloj marcaba las 5:00 de la tarde cuando nos aproximamos a la zona del campamento. Seguía delante del grupo y, por una sensación extraña que de súbito me invadió, dirigí mis pasos hacia los petroglifos de Pusharo. Sentí una imperiosa necesidad de ver nuevamente la roca sagrada.

Crucé el río que me separaba del enigma arqueológico y luego atravesé la exuberante vegetación, como si ésta procurara esconder la roca del profano. De pronto, ya me encontraba frente a los 14 metros de misteriosos grabados que alguien dejó impresos como un mensaje a futuras generaciones. El lugar es de por sí muy especial, por no decir impresionante...

En aquel momento se me ocurrió recoger algunas piedras para llevarlas como recuerdo a la gente de los grupos, que con tanto amor nos había estado apoyando. Ayudándome de un palo, arrojaba las hojas secas para así descubrir las piedras; no me animaba a hacerlo con mis manos después de comprobar la presencia de corpulentas arañas.

Mientras me hallaba concentrado en dicha empresa escuché un ruido a mis espaldas, como si algo estuviese desplazándose entre la maleza. No le presté atención porque en la selva es habitual escuchar todo tipo de crujidos, zumbidos y sonidos diversos. Sin embargo, los matorrales se agitaban otra vez indicando una presencia, y ésta se acercaba. Me volví de inmediato empuñando con fuerza el palo. Detalle importante: el día anterior había verificado con los machiguengas las huellas de un grupo de Sachavacas muy cerca del campamento. Pensé que una de ellas venía a por mí porque, de seguro, la habría asustado.

Grande e indescriptible fue mi sorpresa cuando al volverme me encontré

frente a una persona, rodeada de una intensa luz dorada. ¡Se encontraba a sólo unos diez metros de mi situación! Entonces levantó su mano izquierda, como saludando, y la luz que lo envolvía, que hasta ese momento permanecía concentrada en torno suyo, se abrió, iluminando la roca de Pusharo. Entonces pude ver con mayor claridad los rasgos del ser que estaba frente a mí.

Era un hombre, de unos sesenta y cinco años, mirada profunda y aspecto oriental; llevaba una larga y delgada barba que le llegaba casi a la cintura. Mediría no más de 1,70 m de estatura, aunque parecía más alto por un peculiar sombrero o casco alargado; su forma me hizo recordar de inmediato las mitras de los antiguos faraones egipcios. Su indumentaria era también muy sugerente: estaba vestido con una especie de túnica dorada de apariencia metálica, de un brillo impresionante. En su mano derecha sostenía un largo objeto que parecía ser un báculo o bastón. En el pecho llevaba algo colgado; era como un medallón, con un símbolo en medio que no recuerdo claramente. La apariencia de este ser era en verdad impactante...

El singular personaje, que aún permanecía con su mano izquierda levantada, me habló sin que yo notase en él algún movimiento de sus labios. Su voz, gruesa y clara a la vez, me decía: «Estate tranquilo, tú ya me conoces, estoy físicamente aquí contigo, tal como te anuncié. Ahora date la vuelta».

Nervioso, giré sobre el lugar donde me encontraba, y le di la espalda a este ser que se iba acercando hacia mí. ¿Qué se proponía?

Las ramas secas que se hallaban esparcidas sobre el suelo se quebraban con sus pasos lentos y acompasados. En la medida que se aproximaba, advertía una especie de choque eléctrico, el mismo que se duplicó cuando él se detuvo a sólo un metro detrás de mí. Tenía miedo a lo desconocido, más esta sensación desapareció cuando este hombre apoyó su mano izquierda sobre mi hombro derecho. Me relajé. Sentí paz y amor.

Me había arrodillado en el suelo, mientras este personaje me proyectaba

una fuerte energía que se alojaba en el interior de mi cabeza, como si me estuviese grabando «algo». Más tarde él mismo me explicaría que efectivamente depositó en mí un respetable archivo del Gobierno Interno Positivo. Estas informaciones irían aflorando poco a poco, para luego compartirlas con los grupos de contacto...

Cuando esto ocurría, decidí hablar mentalmente al misterioso visitante. No me atrevía a hacerlo verbalmente. No deseaba romper el silencio ante semejante situación.

«¿Por qué estaría aquí este ser?», pensé con fuerza.

—Para entregar un mensaje, el mismo que darás a conocer como aviso de la nueva etapa que están iniciando —respondió con marcada seriedad.

—Usted viene de los Retiros de la Gran Hermandad Blanca, ¿no es así?

Antes de percibir cualquier respuesta, se proyectó frente a mí una imagen, como si estuviese ante una pantalla de televisión, aunque las escenas que se me mostraban contenían un conmovedor realismo. Esta «pantalla» creció, y me hizo formar parte de ella, como si estuviese allí. La primera escena que observé mostraba una nave espacial de grandes proporciones. El vehículo extraterrestre, de un color blanco y de forma triangular, se posaba en un amplio desierto. Sabía que esto sucedía en la Tierra.

—Los 32 Mentores de la Luz llegaron en esta nave que observas —intervino el ser—, la misma que está aguardando el momento de alzarse de nuevo hasta los cielos el día que el gran desierto se «abra» y muestre sus secretos. Los Mentores de la Luz engendraron el sagrado Disco Solar, y éste fue dado a los sobrevivientes de la Atlántida...

—¿El Disco Solar? —pregunté ávido de conocer la respuesta.

—Sí, y está aquí, en el Paititi.

La pantalla cambió y mostró una amplia habitación subterránea donde se veía un impresionante disco metálico, de unos tres metros de diámetro y cubierto de una serie de símbolos entre los que resaltaba el tridente. Parecía hecho de oro y brillaba por sí solo.

—El Disco Solar abre las puertas entre las dimensiones, pero sólo aquel que abra las puertas de su corazón¹ merecerá estar físicamente ante él en representación de aquellos que no llegaron —dijo tajante y muy solemne mi impredecible Interlocutor.

—¿Quién construyó el Paititi? —consulté, procurando escuchar del Maestro la última palabra sobre el enigma de la ciudad perdida.

—Quienes lo construyeron fueron supervivientes de la sumergida Atlántida. Los sacerdotes incas conocían la historia y por ello enviaron más de una expedición hacia este retiro, construyendo casas provisionales y templos cerca de la ciudad de la Jerarquía. Esta ciudad se concentra en el subsuelo y se conecta con otras a través de pasadizos subterráneos. Actualmente son tres las entradas que conectan con Pal ti ti. Las hallarán en una caverna, en una laguna, y en una cascada.

—Pero ¿por qué allí y no en otro lugar?

—La diversidad que ofrece la Madre Naturaleza fue el signo que los Maestros supieron reconocer para desarrollar la ciudad. También era y es el lugar perfecto para mantener en silencio las actividades de la Hermandad hasta que llegase el momento... ¡Ahora observa!

La pantalla volvió a cambiar y observé una peregrinación de mucha gente al Paititi, todos iban en silencio; luego la Imagen cambió y vi el valle de Egipto, y miembros de nuestros grupos de contacto trabajando allí, en las pirámides y en otros lugares que no supe reconocer. Entonces la pantalla cobró un brillo dorado, y mostró lo que reconocí como el Arca de la Alianza. Era una gran confirmación ya que en el transcurso del viaje hablamos todos sobre ello. No quise desaprovechar la oportunidad, y así reanudé el diálogo mental con el expectante Maestro.

1. Es posible que con ello el Maestro se refiera a la Puerta 13: «Solo aquel que abra las puertas de su corazón...».

—¿Por eso los viajes a Egipto y Paititi? ¿Qué relación existe con el Arca de la Alianza?

—No te apresures, lo más importante es lo que representa el Arca para toda la humanidad. La respuesta la hallarás dentro de ti, así como dentro del Arca se encuentra el verdadero secreto...

De pronto, apareció otra escena en la pantalla que aún seguía frente a mí. Era el espacio, y vi a varias personas viajando en las naves de la Confederación.

—Asuman la experiencia de contacto como un hecho natural —sentenció el Maestro—, muchas experiencias han sido postergadas porque aún no vencen esa barrera, la misma que no sólo compromete al invitado, sino al grupo que lo rodea. Son todos los que se deben preparar.

»El tiempo es cercano —continuó—, una gran nave estelar de la cual se les informó en su momento se acerca a la Tierra. Esta nave de la Confederación es tan grande como Sudamérica, y posee el poder de mil estrellas como vuestro Sol. Viene del centro mismo de la galaxia para cortar el paso a una raza extraterrestre que no alberga buenas intenciones. Recuerden que el conocimiento que hay en la Tierra no sólo se refiere a la historia del planeta en sí, compromete también a todo el Universo Local. Todo esto atrae a algunas civilizaciones hacia la Tierra para sacar provecho de ello. No les importa cuánto daño pueda generar su intromisión para la humanidad.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotros? —me decía en mis adentros, conmovido y agobiado por la responsabilidad que a todos nos implicaba.

—La misión que tienen pendiente será llevada a cabo cuando comprendan el proceso que se ha venido desarrollando y la parte complementaria que aún les falta pasar. No te subestimes, porque estás preparado al igual que muchos, pero son pocos los que son conscientes de esta preparación.,.

»Ahora observa detenidamente lo que harás de ti.

De súbito vi que mi cuerpo mutaba, cobrando la forma y apariencia de un grueso árbol que se elevaba hacia los confines del cielo. Era tan real que me

asusté. Vi cómo las ramas se separaban y de ellas colgaban una diversidad de frutos. Ahora era un árbol y tuve temor de serlo, entonces el anciano me dice con potente voz:

*Sólo aquel que ama y es consciente de su misión renuncia totalmente a sí mismo para que como aquel árbol cuyo fruto está maduro, sirva de alimento a aquellos que tienen hambre de orientación; ésa es la llave de la Misión: ¡EL SACRIFICIO! **

En un «abrir y cerrar de ojos» me encontraba nuevamente con mi apariencia normal. No me recobraba de aquella «transformación». No sé si ocurrió realmente, o fue un poderoso espejismo creado por el Maestro para hacerme comprender un mensaje importante. Pero lo cierto es que era demasiado real como para olvidarlo...

—Nunca lo olvides, *Nordac* —el Maestro me llamó por mi Nombre Cósmico, con clara señal de cariño y afecto—, son miembros de la Gran Hermandad Blanca, que durante mucho tiempo permaneció oculta al mundo exterior y hoy abre sus puertas para que el hombre sea consciente de esta ayuda. Ese es el encargo que les damos y que bien han intuido: vayan y den a conocer la existencia de la Jerarquía, ello debe ser así antes de que todo sea entregado...

—¿Tendremos tiempo? Siento que todo está muy cerca.

—Ya recibirán las metas que deberán vencer antes de la «gran prueba» en agosto de 1998. Será ése un año de verdaderos cambios.

»Las tinieblas se han cernido sobre la Tierra. La ignorancia es como un virus mortal que todo lo aniquila. Recuerda que el hombre teme lo que no conoce, y destruye lo que teme. La verdadera Sabiduría es aquella que “es” y “será” en cualquier mundo, dimensión, o en una lejana galaxia. La verdadera Sabiduría rompe el espacio-tiempo; es atemporal, de antes y para siempre. ¡Esto combatirá las tinieblas! Por ello no nos cansaremos de recordarles que deben buscar en el lugar correcto.

»Ya te dije que la fuerza de voluntad debe estar más sólida que nunca, si no,

serán demasiado flexibles para situaciones que requieren decisiones responsables y determinantes. No te sientas mal si en algún momento creíste ser demasiado rígido contigo mismo y con el grupo, porque se espera más de ti y de cada uno. Antes sabías qué tenías que hacer, ahora sabes porqué.

»Muchos de nosotros hemos pasado también por un proceso de preparación creciendo aquí en la Tierra y compenetrándonos con su cultura —reflexionaba el Maestro—, como en mi caso, que por factores kármicos² y de programación evolucioné en este planeta para ser un *Estekna-Manes*, un Guardián de los Registros. Soy el producto de la unión de una raza extraterrestre con otra humana: mi madre es de la Tierra, y por ello comprendo mucho el sentimiento humano...

—¡Alcir! —grité al reconocer al Maestro intraterreno, volviéndome de inmediato para verlo nuevamente.

Entonces estallé en llanto. Estaba allí, de pie y muy cerca de mí. ¡Y yo que dudé sobre la posibilidad de un contacto físico con el sabio Maestro! Él sonrió como despidiéndose, y se volvió hacia atrás muy despacio, alejándose con su característica parsimonia mientras me hablaba:

Dudarás que estuve aquí contigo, pero ya tendrás elementos de comprobación. Todo el conocimiento que necesitabas ya lo posees. Además, ya te he hablado mucho...

Supe entonces, después de tantos años, que aquel anciano de larga barba que constantemente aparecía en mis meditaciones dándome consejos, era él...

Ahora entendía por qué Alcir no dejaba ver su rostro. Ciertamente aún no era el momento de identificar su ayuda. Todas aquellas enseñanzas que el Maestro me hacía llegar —sin que yo supiese que se trataba de él—

2. **Karma:** Ley de acción y reacción **{Karma}** es una palabra sánscrita que significa precisamente «acción»).

marcaron siempre de manera especial mi vida. Definitivamente, el panorama se me mostraba con mayor claridad, Alcir no se equivocó al decirme en alguna ocasión que tendría que prepararme para sabén Ahora sabía quién era él. Y también por qué había estado siempre cerca a mí.

Entonces, como si se me hubiese quitado un velo de encima, recordé el mensaje del Mecanto —obviamente se trataba del mismo Alcir—, donde se me decía que rompería el silencio con la tercera palabra. ¡No lo podía aceptar! En verdad interrumpí mi silencio en tres ocasiones y, como si la luz misma me alumbrase, aparecieron en mi mente las palabras que pronuncié: «AQUI-PAITITI-ALCIR». Era un claro mensaje que terminó de conmoverme hasta los cimientos. Me resultaba tan increíble ver cómo se había dado todo sin que yo esperase nada. Y fue cierto aquello que comprendería al pronunciar la tercera palabra..

Me quedé en Pusharo unos momentos más, en silencio, meditando en lo que esta experiencia podría significar para la Misión. Según mi reloj, el Maestro Alcir había estado conmigo un poco más de veinte minutos. Sin embargo yo había calculado un tiempo mucho mayor. Era como si todo se hubiese «detenido» en aquellos instantes.

Mientras me hallaba reflexionando sobre el contacto físico, percibí claramente una vibración que salía del suelo, a manera de un pequeño temblor. En un principio supuse que era yo mismo el que provocaba esta sensación, ya que aún me hallaba temblando por la fuerte impresión que me llevé al toparme con Alcir. Pero no, había algo raro. Recordaba que Miguel había comentado haber percibido también un ligero «temblor» en Pusharo. Más tarde me enteraría de la existencia de un túnel subterráneo en las inmediaciones de la roca sagrada, lo cual explicaría la extraña vibración bajo tierra —¿acaso algún tipo de mecanismo?— y también cómo Alcir habría llegado hasta la zona de los petroglifos. De seguro, este pasadizo intraterreno debe estar muy bien camuflado, oculto de la mirada curiosa del explorador imprudente y ambicioso.

El acceso secreto conectaría entonces Pusharo con la ciudad subterránea del Paititi. Pero este túnel no está dispuesto aún para la «entrada» a pesar de conectar con el mundo secreto de la Hermandad Blanca. Las actuales «entradas» al Paititi se hallan al otro lado del umbral, más allá del Pongo de Mainiqui.

Pusharo sería entonces una puerta de «salida», pero no de entrada.

Antes de retirarme fijé mi vista nuevamente en la roca, y allí, como por arte de magia, aparecía un petroglifo que anteriormente no había notado. Era un rostro humano dibujado de perfil, llevaba un casco y esgrimía una motivadora sonrisa. Era como si la misma roca me quisiera decir algo. Ciertamente el rostro apuntaba hacia una dirección.

Al dejar Pusharo sentí que en la roca había quedado parte de mí. Salía renovado, diferente, como si un gran torrente de cristalinas aguas me hubiese limpiado y, en consecuencia, dotado de una mayor comprensión. Llegué en silencio al campamento, encontrando al grupo en clara actitud de reflexión.

Entré en una de las tiendas de campaña. Allí se hallaba Paul, a quien le confié con profunda emoción la experiencia. Paul me comentó que en cuanto había ingresado en el interior de la tienda, sintió que una fuerte energía me acompañaba. Según él, mi cuerpo emanaba electricidad (¡!).

Esperé a que estuviéramos todos juntos para comentar parte de la experiencia. La noche ya había caído, y las estrellas aparecieron, envolviéndonos en un ambiente sobrecogedor. Todo parecía una gran fiesta. Sentimos la alegría de los Maestros por los objetivos que la expedición había alcanzado en representación de la humanidad. Cerca de nosotros, se podían ver los contornos de siluetas humanoides, proyecciones de los Guías extraterrestres y los Maestros del Paititi. Una nave de la Confederación cruzó por encima de nosotros, haciéndonos saber que el apoyo era permanente. Aún en dirección del Pantiacolla, intensos resplandores se multiplicaban en medio de una espesa niebla que daba al lugar un

aspecto misterioso. Así celebramos todos juntos una nueva experiencia para la Misión.

Al día siguiente (6 de septiembre), nos sorprendió una torrencial lluvia que hizo crecer las aguas del río en proporciones significativas. Los machiguengas aprovecharon la coyuntura para construir en tiempo récord dos balsas de chonta, en las cuales recorrimos rápidamente el trayecto que tuvimos que hacer en un principio a pie, ya que por encontrarnos en época de sequía el río no permitía que sus aguas fueran surcadas por embarcación alguna.

Fue una verdadera experiencia cubrir una respetable distancia a bordo de una balsa machiguenga, sorteando una serie de peligrosos rápidos que más de una vez casi nos estrellan contra las rocas. La pericia de Pancho y Japón, que eran los que guiaban las balsas ayudados de un gran palo —*tangana*, como ellos le llaman—, nos permitió enfrentar el veloz curso del río. Gracias a la naturaleza, y a la oportuna ayuda de los machiguengas, nos ahorramos un viaje de por lo menos tres días, llegando al anochecer al embarcadero «250». La caseta del Parque Nacional del Manú se hallaba abierta, entonces presentamos el permiso que nos autorizaba a permanecer en dicha reserva biológica hasta el 6 de septiembre. Nunca pensé que llegaríamos a tiempo para cumplir con las autoridades. Era increíble.

Curiosamente, desde el 5 de agosto que partimos de Cusco hasta el 6 de septiembre que nos presentamos en las oficinas del Parque, concluyendo así la expedición, transcurrieron ¡33 días! La presencia de esta clave matemática nos confirmó una vez más que todo lo ocurrido había sido «planeado» por fuerzas superiores que sabían mejor que nosotros las coordenadas, el momento y el lugar preciso para que todo saliera bien. En ningún momento habíamos estado solos. Pero aquí no acababa la ayuda de lo alto.

Ni bien habíamos llegado a «250» apareció un camión. Este hizo un alto para continuar hacia Cusco. Ello nos llamó la atención porque no era día de

«subida», es decir, no correspondía que el vehículo marchara en esa dirección ya que otros camiones venían en descenso desde la sierra. Quisimos aprovechar la situación para regresar a Cusco, ya que nos hallábamos muy agotados y sólo queríamos descansar en un hotel. Pero nos encontrábamos empapados, con la ropa y las mochilas maltratadas y, peor aún, sin comer. Resignado le dije al chofer que continuase sin nosotros, explicándole los motivos. Después de echarnos una mirada —con qué aspecto nos habría visto— el afable conductor nos respondió: «No se preocupen, se ve que han hecho un gran esfuerzo al meterse en la selva. Arreglen sus cosas y coman algo, yo los espero nomás...».

Nuestro camino al Cusco estuvo cargado de gran alegría. Desde el camión, en donde nos acomodamos con el toldo descubierto, veíamos en un cielo estrellado el desplazamiento de sospechosas luces. Sabíamos que aquí empezaba una nueva etapa para nuestra experiencia de contacto. Ahora entendíamos mejor todo aquello que anteriormente nos enseñaron los Hermanos Mayores. Ciertamente, habían tenido que transcurrir tantos años desde el primer mensaje que inició la misión de contacto (1974) para que se cumpla el necesario contacto físico con la Hermandad Blanca de los Retiros Interiores; un contacto que justo acaba de empezar su fase más directa —no está de más decir que todo lo que vivimos en el Paititi es una aportación más al definitivo contacto con estos seres y el ingreso a los Retiros Interiores—, y que ya se venía perfilando desde los encuentros con los «Emisarios» en los anteriores viajes realizados a Egipto y Paititi.

En lo personal, el conocimiento o «archivo» que Alcir depositó en mí durante la experiencia, empezaría a fluir, siendo guiado por él mismo a través de viajes astrales conscientes para su comprensión.

A raíz del encuentro físico, logramos tener acceso a importantes informaciones que explicaban algunos aspectos que no comprendíamos sobre la Gran Hermandad Blanca. Más que abundantes y nuevos conocimientos, eran las claves para comprender todo aquello que veníamos

recibiendo en la experiencia de contacto. Ahora sabíamos más sobre el Paititi y los verdaderos orígenes del Imperio inca. También pudimos desvelar qué era el Disco Solar, y cuál es su «función» dentro del Plan Cósmico. Además, comprendimos también el proceso de apertura de los 14 portales, y la entrega definitiva del denominado *Libro de las Vestiduras Blancas*.

Es tanto lo que nos hizo comprender este hombre intra-terrestre que procuraré explicar al detalle todos estos misterios que rodean a la Hermandad Blanca y Paititi en los siguientes capítulos de este libro. Y es así, que para entender la labor actual del Gobierno Interno Positivo de la Tierra y las etapas que ha venido siguiendo hasta su conformación actual, tenemos que retroceder miles de años atrás, donde todo era distinto y grandes civilizaciones dominaban el planeta.

Empecemos por el principio...



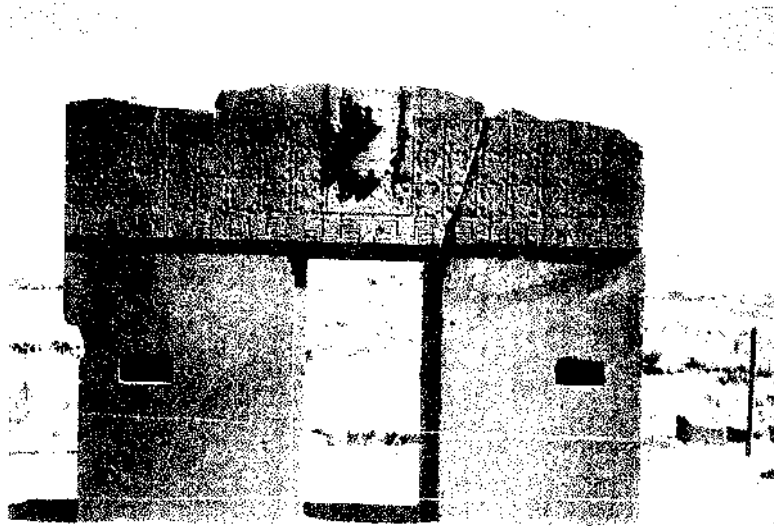
IMAGEN GRÁFICA DE ALCIR.
(Ilustración realizada por José Luis González)



El autor al lado de Nieves, su esposa, y uno de sus hijos, en la laguna de Huaypo, lugar de continua actividad ovni, en el valle del Urubamba, Cusco (Perú).



El Templo de la Luna, en las cercanías de la ciudadela de Machu Picchu, lugar donde se produjo el encuentro con el emisario de la Hermandad Blanca (Capítulo 2).



La Puerta del Sol, en Tiahuanaco (Solivia). ¿Una pi:



En el bosque de piedras de Juli (Puno), se encuentra este portal de origen desconocido. Según los Maestros, es uno de los accesos a los Retiros Interiores de la Hermandad Blanca.



El grupo, expedicionario en la primera aldea Q'ero: Chuwa Chuwa, a 4.500 metros sobre el nivel del mar. En la fotografía aparece Nazario (en el centro), líder de la comunidad, y en el extremo derecho Juvenal (arriero de Ocongate).

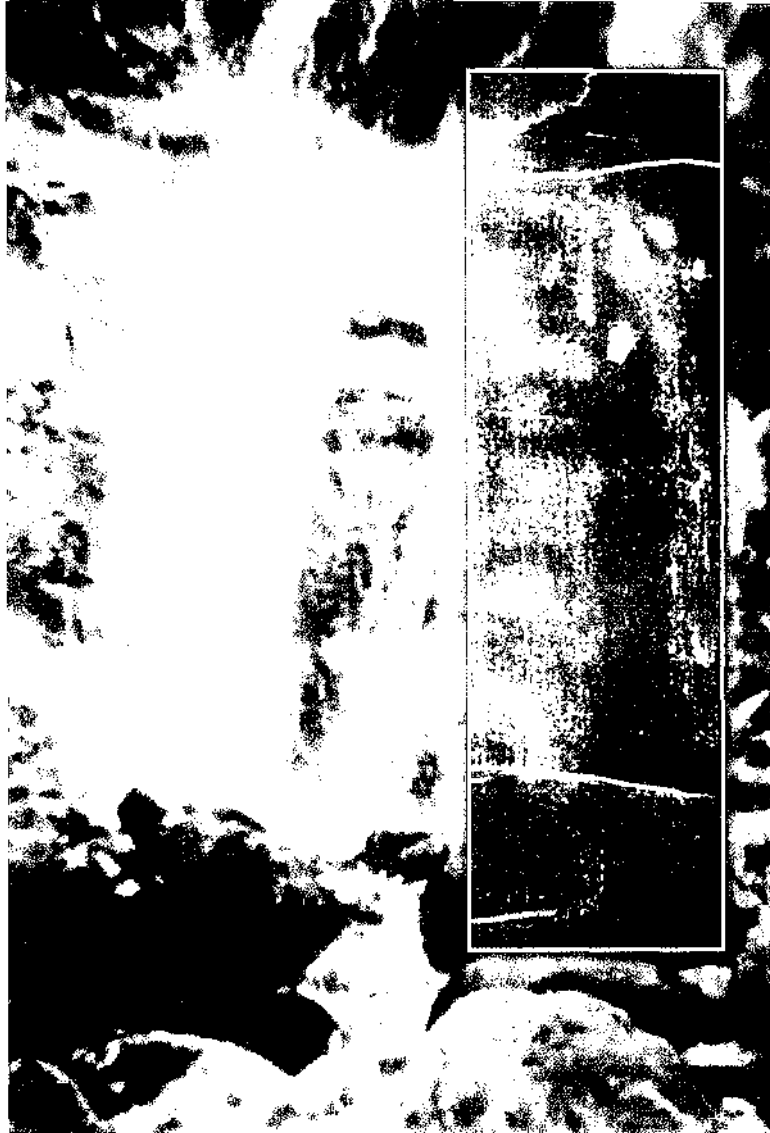


Pascual, el anciano Q'ero que nos habló del Paititi y que confirmó la existencia del Disco solar en la ciudad perdida del Manú. Su sencillez y profunda Sabiduría nos conmovió, además del gran interés que despertó en nosotros al confiarnos sus experiencias con los Apus (Los "espíritus de las montañas").

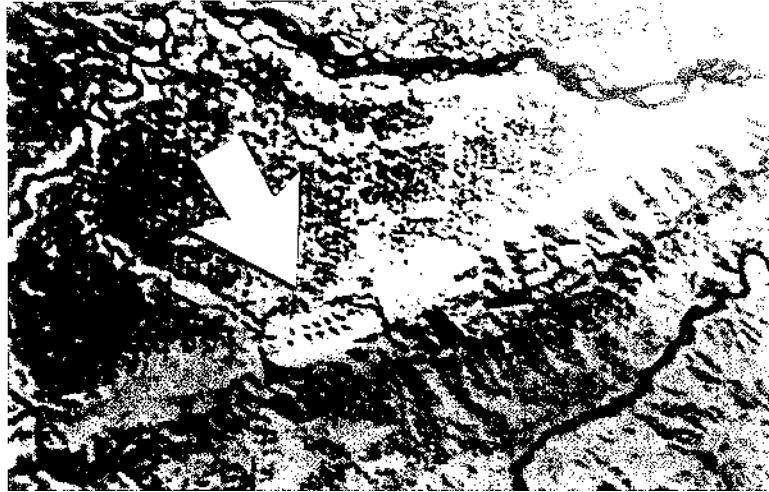


i'ulvjgiciia toiidía ci u ü.fc agosto de i9'y6 por el autor, en las cascadas del camino inca de Q'eros. Allí se aprecia a Horacio Fabeiro (Uruguay) sentado sobre las rocas, mientras alrededor suyo se observan unas extrañas siluetas. En la parte superior de la fotografía se muestra un pequeño ser que da la impresión de flotar (fig. 1); un poco más abajo, hacia la izquierda, se ve una silueta humana escondiéndose entre la vegetación, con las manos juntas y en clara actitud de estar observando (fig. 2); y a la derecha, las aguas de la cascada parecen dar forma a un rostro humano, con la barba y el cabello crecido (fig. 3), imagen que ha sido comparada con el rostro que aparece en la célebre Sábana Santa de Turín. Posteriores investigaciones, basadas en el método de detección de calor, revelaron que de aquel lugar emanaba una energía especial.





La superposición de imágenes nos revelan que existe una curiosa correspondencia entre el rostro de la cascada y el de la Sábana Santa de Turín. Se observa claramente cómo coinciden las cejas, ojos, nariz, labios y mentón. ¿Casualidad?



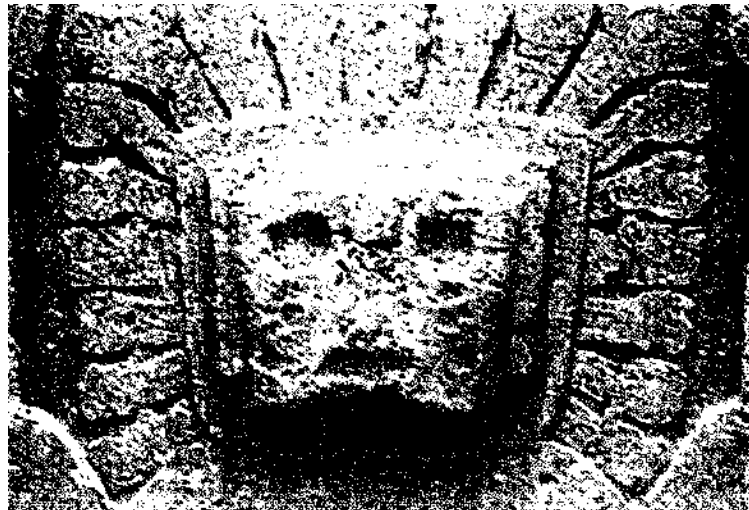
Fotografía captada por el satélite Landsat 2, en la cordillera del Pantiacolla. Los «puntos» que allí se ven agrupados corresponderían a unas enormes pirámides de cima truncada, observadas posteriormente en una avioneta, lo cual sugiere estructuras realizadas por alguna civilización desconocida.



Singular fotografía lograda en 1952, en Puerto Maldonado, Madre de Dios. Inicialmente se pensaba que el objeto sufría alguna avería, lo cual ha sido descartado por recientes investigaciones. Realmente el ovni estaría creando nubes artificiales. En base a nuestra experiencia de contacto, ésta es una de las explicaciones al misterioso «colchón de nubes» que dificulta lograr fotografías aéreas en la zona donde estaría el Paititi. ¿Un método de protección?



Extraño petroglifo en Pusharo, Madre de Dios (arriba), que muestra una imagen llorando y que nos hace recordar las lágrimas en el rostro de Viracocha, en el frontis de la Puerta del Sol en Bolivia (abajo). Es posible que ello no sea un accidente, sino una de las claves que nos podría conducir al misterio que nos reserva Tiahuanaco y el Paititi. ¿Acaso fueron los mismos artistas los que hicieron los grabados de la Puerta del Sol en los Andes y los de Pusharo en la selva peruana?



7. MUNDOS PERDIDOS

La riqueza que poseían los reyes de la Atlántida era tan inmensa que jamás se ha visto ni se verá nada igual en otra parte de la Tierra...

PLATÓN (427-347 a. de C)

El Universo, tan grande y vasto, poblado de incontables estrellas que se pierden en el ilimitado horizonte de la imaginación. Allí, en medio de este conglomerado de mundos, soles y sistemas planetarios, aparece un puntito azul: la Tierra; un mundo que se halla inmerso en una gigantesca galaxia, denominada por los hombres de ciencia como Vía Láctea, con alrededor de cuatrocientos mil millones de estrellas que, a manera de pequeños granos de arena, forman parte del gran desierto sideral. Sólo galaxias como la Vía Láctea se calculan en cien mil millones de probabilidades. En verdad somos una gota de agua en medio del océano cósmico.

Hoy en día los científicos aceptan en que la vida pudo provenir del espacio; es decir, que un meteorito u otro cuerpo celeste impactó en nuestro mundo, trayendo consigo moléculas orgánicas que hacían posible el desarrollo de la vida. Esta teoría científica, que cuenta con muchos seguidores, es conocida con el nombre de «Panspermia».

No obstante, es sumamente difícil «rastrear» lo que pudo suceder en nuestro planeta a lo largo de sus 5.600 millones de años de existencia —asumiendo que la cifra es correcta—; empero, si así ocurrió en la Tierra,

¿qué posibilidades existen de que «otro meteorito» haya fecundado vida en otros mundos? Después de revisar las cifras antes mencionadas la respuesta sería sencilla: millones.¹ Hace dos mil años, el filósofo griego Metrodoro de Lampsaco decía: «Crear que existe y puede existir un solo mundo habitado es tan absurdo como sostener que en un vasto campo de trigo puede crecer una sola espiga».

Gracias al contacto que mantenemos con civilizaciones superiores, hemos tenido información de «primera mano» sobre el proceso que ha seguido nuestro planeta. Estas informaciones las hemos venido confirmando a través de rigurosas investigaciones, contrastando cuanto afirman los mensajes con los recientes pronunciamientos de la ciencia oficial. Y al parecer, todo encaja.

Es conveniente señalar la permanente visita extraterrestre a nuestro mundo. Sabemos que desde tiempos inmemoriales, que se pierden en el origen de la creación, «ellos» estuvieron visitando la Tierra —incluso antes de la aparición del hombre—. Estas visitas del espacio, dirigidas y programadas como veremos a continuación, sembraron las bases para el surgimiento de grandes civilizaciones. Actualmente son muchos los arqueólogos que ya se han venido topando con un sospechoso desarrollo tecnológico en el pasado.

Es allí donde encontramos el primer indicio que nos conduce a la existencia de los Maestros.

La Hermandad Blanca de la Tierra tiene sus orígenes en la destrucción de una de estas grandes civilizaciones. Con ello me refiero, de manera particular, a aquella «isla-continente».

1. En noviembre de 1961 los científicos Frank Drake y Carl Sagan presentaron al mundo su célebre ecuación para determinar posibles civilizaciones inteligentes en el Universo: $N = R \cdot R_p \cdot f_p \cdot f_l$. El resultado arrojaba cincuenta millones de civilizaciones vecinas a la Tierra. Actualmente esta cifra ha crecido con la inclusión de los planetas extrasolares.

que mencionase Platón en sus célebres *Critias* y *Timeo*: la Atlántida. Antes de narrar lo que habría sucedido en la Atlántida, conviene aclarar que la Hermandad Blanca no es sólo de la Tierra, sino que actúa también a niveles cósmicos. Esta Confederación Galáctica es guiada por 24 Maestros que son mencionados en las santas escrituras por el apóstol Juan —asumiendo también que se trataba de él— quien, mientras se hallaba meditando en la isla de Patmos, es «llevado en espíritu» por los ángeles del cielo para que le sean desvelados los misterios divinos. En la visión, el presunto discípulo de Cristo contempla el Consejo de los 24 seres:

*Y alrededor del trono había veinticuatro tronos; y vi sentados en los tronos a veinticuatro ancianos, vestidos con ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas.*²

Este importantísimo consejo, que halla su sede en *Ciudad Cristal* —principal metrópoli ubicada en Ganímedes, una de las más grandes lunas de Júpiter—, vela por la evolución de todos los mundos de nuestra galaxia. Aunque esto suene extraordinario, allí se coordinó en el año 4200 antes de Cristo una misión extraterrestre de ayuda a la Tierra, la cual procura el despertar de conciencia del ser humano y la recepción de la verdadera historia planetaria, custodiada por la Gran Hermandad Blanca de nuestro mundo. El lector podrá ahora entender la importante conexión que existe entre los Guías extraterrestres y los Maestros de los Retiros Interiores.

Los 24 Ancianos tienen participación a su vez en un Consejo de mayor jerarquía, que halla su ubicación en la gran espiral de Andrómeda —M31, como dirían los astrónomos—, donde ejercen su influencia nueve seres de gran sapiencia y espiritualidad. Así se forma la denominada «Confederación de la Estrella»: la Gran Hermandad Blanca del espacio. Curiosamente, al reunirse los veinticuatro ancianos con los nueve de Andrómeda, se forma un consejo de 33 miembros, lo cual nos sugiere inequívocamente que la «clave

2. La Santa Biblia, véase Apocalipsis 4:4.

33» representa también el plan de ayuda a nuestro planeta.

Es necesario comprender esto para dar una rápida mirada al proceso de la Tierra, desde el origen del hombre hasta el hundimiento de la Atlántida y la posterior llegada de los 32 Mentores de la Luz al desierto de Gobi. Así, según las informaciones que poseemos, a lo largo de la historia planetaria se han desarrollado cinco humanidades o «razas», obedeciendo su aparición y desarrollo al plan de ayuda antes mencionado.

LAS PRIMERAS HUMANIDADES

La primera humanidad podríamos denominarla ***Antartica***. Tuvo lugar hace tres mil millones de años. En aquel entonces la Tierra se hallaba aún en su largo proceso de enfriamiento y existían en su superficie inmensos mares ácidos. Es en este momento de la historia terrestre que viene la primera civilización espacial, procedente de la constelación del Cisne. Una misión científica que procuraba ayudar a la naturaleza a crear el mejor marco posible para la vida.

Estos científicos extraterrestres conformaron imponentes colonias submarinas en la Antártida; pero en aquel entonces ésta se encontraba ubicada en el Ecuador terrestre —la Tierra ha tenido más de una vez un violento cambio de eje. Recordemos que para muchos geólogos es sospechosa la inclinación de 23,5 grados que tiene actualmente nuestro mundo—. Una vez que determinaron los pasos a seguir, aceleraron el proceso natural del planeta sembrando esporas en los mares ácidos, logrando con ello el grado adecuado de alcalinidad. No permanecieron mucho tiempo en la Tierra y tras cumplir con éxito su misión se marcharon.

La segunda humanidad, a la cual llamamos ***Hiperbórica***, era también una raza extraterrestre que se estableció en nuestro planeta. Se trataba de cosmonautas de Alfa Centauro. Este hecho ocurrió en la Era Secundaria.

Esta civilización espacial, de viajeros cósmicos, se afincó en la parte norte de Europa y Groenlandia —la mayor isla de la Tierra en la región polar ártica—, fundando así la mítica ***Hiperbórea***, con su capital ***Tule***.

Aquellos visitantes eran muy altos —más de dos metros de estatura— y corpulentos, de tez blanca, ojos azules y cabello claro que les caía por detrás de los hombros.

Ante la llegada inminente de un gran meteorito que colisionaría con la superficie terrestre, se tuvieron que marchar, utilizando para ello una puerta dimensional que hasta hoy en día existe, registrando ciertas actividades electromagnéticas en aquella región (Polo Norte). El impacto del meteorito afectó a nuestro planeta, exterminando en gran medida la vida que en aquel entonces se había desarrollado. Los que más sufrieron por el accidente cósmico y sus fatales consecuencias fueron los gigantescos dinosaurios, pereciendo casi la totalidad de ellos. Sólo unos pocos hiperbóreos se quedaron en la Tierra, logrando sobrevivir en los refugios que con antelación habían construido.

La tercera humanidad la conocemos con el nombre de *Lemuriana*, época remota de nuestra historia en que se registró la primera aparición del ser humano. Ante la depredación estelar ocurrida, vino a la Tierra una nueva raza de científicos extraterrestres, en esta ocasión procedente de la constelación de Tauro, en las estrellas Pléyades. La misión científica estaba integrada por siete ingenieros genéticos y «arquitectos de planetas», conocidos como *Elohim*. Ellos establecieron su nave-laboratorio en un continente ahora desaparecido y que otrora se hallaba unido con África, aquel que el zoólogo inglés Philip. R. Slater denominase *Lemuria*.

Slater, Ernst Haeckel y Alfred Russel —entre otros evolucionistas— argumentaban «un continente zoológico primario en alguna época geológica remota, tendido entre Madagascar y Malasia...». Esta teoría procuraba explicar la misteriosa presencia del Lémur³ en diferentes territorios.

3. Cualquiera de las especies de los simios de la familia de los lemúridos. Son mamíferos primates, de unos 60 cm de altura, cola muy larga, pelaje denso y suave, hocico prominente y grandes ojos. Se conocen dieciséis especies en Madagascar.

Es importante aclarar esto porque algunos escritores han confundido Lemuria con la Atlántida y por si esto fuera poco con otros presuntos continentes sumergidos.

Los Elohim repararon rápidamente los daños producidos por el choque espacial, restituyendo nuevamente las posibilidades de vida en nuestro mundo. Si ello no hubiese sido de esta forma, la vida nunca habría aparecido, por hallarse ésta frente a condiciones adversas de desarrollo.

Estos seres tienen la capacidad de moverse en el tiempo, por tanto no sería descabellado pensar que hicieron «modificaciones» en el pasado para modelar un futuro ideal. A ellos se les atribuye la creación de un «tiempo alternativo» en nuestro planeta.

Retomaré este punto cuando mencione el Real Tiempo del Universo.

Luego de todo ello, llegaría el momento de proceder a la fase más importante de la misión extraterrestre: el ser humano. Interviniendo a un grupo de protohomínidos —antepasados del hombre— que llevaron al interior de la gigantesca nave- laboratorio —de unos 50 km de diámetro—, los Elohim consiguieron una variedad de andróginos; es decir, seres que poseían ambos sexos. Ello, gracias al gran adelanto en genética que habían alcanzado a lo largo de millones 'de años de evolución. Sin embargo, y a pesar que el proyecto inicial fue todo un éxito, los andróginos no se adaptaron a la densidad del plano, por lo que se podía prever que no sobrevivirían al ser tan frágiles y sensibles frente a la agresiva dinámica de cambio que imperaba en aquel entonces en nuestro planeta. Ello originó que los científicos espaciales realizasen una variación en el proyecto genético, interviniendo nuevamente a los andróginos para transformarlos a través de alta cirugía en seres de un solo sexo; es decir, unos fueron convertidos en machos y otros en hembras. El resultado fue un grupo de Adanes y Evas de raza negra —la originaria del planeta— que prontamente se mezclaría con otros seres que «llegaron del cielo», ya dispersos en diferentes regiones de la Tierra.

De esta forma empezaría aquello que denominamos «el origen de las razas». Este importante acontecimiento —insólito e increíble— habría sucedido en la Era Terciaria.

Si consideramos este punto, nos hallamos con que el hombre habría aparecido realmente hace decenas de millones de años antes de lo que estima la ciencia actual...

EL ORIGEN DE LA ATLÁNTIDA

Más allá de las columnas de Hércules —afirmaba Platón— existieron vastas tierras, tan grandes como Asia Menor y Libia juntas; se trataba de la Atlántida, el lugar escogido por los Mayores para que allí surgiese una importante civilización: la cuarta humanidad.

Y he aquí que los mestizos que surgieron de las hibridaciones de los Lemurianos con otras razas que ya poblaban la Tierra, fueron trasladados a «una nueva tierra», enclavada en lo que ahora conocemos como el océano Atlántico. No nos debe sorprender que grandes naves llevasen grupos humanos a otras partes de la Tierra; recordemos por ejemplo que el folclore esquimal nos habla de tribus transportadas al gran norte por «pájaros de metal», en el origen de los tiempos...

Cuando el filósofo griego hace mención de las «columnas de Hércules» se refiere sin lugar a dudas al estrecho de Gibraltar, conocido en la antigüedad como «Calpe» o «Alybe». Este pasaje natural conduce al Atlántico. Cabe señalar que Platón es una de las fuentes más antiguas sobre el conocimiento de la existencia del mundo sumergido. La noticia de la Atlántida llegó a él gracias al legislador ateniense Solón (640- 558 a. de C.), gran reformador y uno de los Siete Sabios de Grecia, que recogió el relato de la desaparecida civilización durante un viaje que realizó a Egipto. Durante su estancia en el país del Nilo, un sacerdote de la ciudad de *Sais* le confió la historia, la misma que más tarde llegaría a oídos de Platón, que finalmente la incluyó en sus célebres *Diálogos*.

Se ha escrito mucho sobre la Atlántida; sin temor a equivocarme podría afirmar que se cuentan por miles los libros que se dedican a desentrañar la verdad del continente perdido —si es que fue en realidad un continente—. Sin lugar a dudas el libro más leído fue *Atlantis, the Antediluvian World*, escrito por Ignatius Donnelly y publicado por primera vez en 1882. Donnelly reunió la colección más grande que hasta ahora se conoce sobre libros y artículos que hablan de la Atlántida. Tras un profundo estudio del material conseguido se decidió a escribir sus propias conclusiones.

Por otro lado, escritores como W. Scott-Elliot, James Churchward, H. R. Blavatsky, entre otros esoteristas, afirmaban conocer el secreto de la Atlántida gracias a «investigaciones psíquicas», dotando a la leyenda de un ambiente aún más arcano y misterioso.

La lista de autores es larga. Hemos estudiado numerosas obras con el objeto de encontrar alguna similitud con la información que recibimos en nuestra experiencia de contacto. Nuestro estudio fue equilibrado y objetivo; en verdad valió la pena haber montado un taller de investigación.⁴ Ciertamente, las informaciones otorgadas por los Guías y Maestros, así como nuestra propia intuición, se constituyeron en una verdadera brújula que nos mantuvo bien orientados en la odisea que emprendimos. Siempre lo tuvimos muy en cuenta, ya que somos concientes de la gran intoxicación que se encuentra inmersa en los diferentes textos que tratan el tema.

4. El taller de Investigación estuvo conformado por Fiorella Pita, Blanca Valdivia, Hans Baumann (Proyecto ECIS) y el autor. Como parte del estudio emprendido, el grupo de trabajo viajó a Bolivia para llevar a cabo un nuevo «trabajo de campo» en Tiahuanaco y Pumapunku. Asimismo, en el puerto lacustre de Puno (Perú) se visitó el conijunto rocoso de Havumarca.

Encontramos de todo. Incluso obras muy voluminosas que trataban con aplastante autoridad la verdadera historia de la Atlántida. Los autores de estas obras afirmaban poseer sus «fuentes» de información a través de un contacto psíquico o canal. En este aspecto debo decir que desde el inicio de la experiencia de contacto, los Guías nos advirtieron que los métodos empleados por el espiritismo, la psicofonía y las prácticas de channeling, entre otras, son nocivas, por cuanto afectan a la voluntad humana; aún más si estamos hablando de «incorporar» desconocidas entidades en nuestro cuerpo (¡!).

En lo que a fuentes paranormales se refieren —y guardando las distancias con lo dicho anteriormente—, tenemos que reconocer la similitud de las visualizaciones del famoso psíquico Edgar Cayce con las informaciones que nosotros manejamos, sobre todo aquellas que se refieren a las destrucciones de la Atlántida y el adelanto tecnológico que allí se alcanzó.⁵ Cayce lograba conectarse con el pasado gracias a las imágenes que identificaba en sueños —por ello se le denominaba «El profeta durmiente»—; cabe mencionar que sus aciertos en diferentes materias han sido confirmados por numerosos científicos.

Por otra parte, en lo que a ciencia concierne —sin lugar a dudas aquí hallamos lo más interesante—, hay algunos puntos en común que vale la pena tener en cuenta, como por ejemplo las aportaciones que nos ofrecen la geología y la arqueología submarina, fueron para nosotros la confirmación más grande de lo que habíamos recibido a raíz de la expedición al Paititi.

Finalmente, hallamos en las tradiciones y leyendas de diversas religiones importante información que hacía referencia a «diluvios», «mundos perdidos» y «gigantes», así como el constante intercambio cultural entre

5. ***Misterios de la Atlántida***, estudio realizado por Edgar Evans Cayce, Gail Cayce Schwartz y Douglas G. Richards, EDAF, Madrid, España, 1993.

civilizaciones extraterrestres —identificándolas antiguamente como dioses enviados de los dioses— y los mestizos de la Atlántida.

Ciertamente, según las informaciones que hemos venido recibiendo en los grupos de contacto, el constante acercamiento de los *Vigilantes* —guardianes extraterrestres de mundos que están en proceso de evolución, en su etapa primaria— favoreció al Atlante para que él mismo aprendiese a construir y pilotear naves aéreas, desarrollar túneles subterráneos y almacenar gran cantidad de energía utilizando el poder de cristales de roca. Es inquietante comprobar que Cayce hacía alusión a estos cristales denominándolos «piedras tuaoi».

La construcción de pirámides encontraría su origen en esta civilización, que conociendo el poder de canalización energética de dichas maravillas arquitectónicas, edificaron a lo largo y ancho de su mundo los importantes centros de poder,

Inicialmente la Atlántida era «un gran puente terrestre», pero muy convulsionado por la actividad volcánica que allí se suscitaba. Ello originó un cambio violento, transformando la Atlántida en un archipiélago —unas diez islas—, donde más tarde se establecería la civilización «proyecto». Este grupo de enormes islas se comunicaría entre sí gracias a túneles subterráneos y conductos submarinos; además, las maravillas aéreas que ostentaba esta civilización mestiza permitieron también que el nexo entre los reinos se mantenga.

Cada isla tenía un rey —por llamarlo de alguna manera—, y cada cierto tiempo se reunían en grandes cónclaves o concilios en el denominado «Consejo Supremo», donde moraba la jerarquía más importante de toda la Atlántida. Todo transcurría en paz. Sin embargo, la calma se quebraría con el paso del tiempo. Producto de la asechanza de fuerzas oscuras que se habían establecido en nuestro mundo, muchos atlantes se vieron incitados a utilizar el lado oscuro de la tecnología y la magia —arte que también fue desarrollado— desencadenando con ello un conflicto entre los que se habían mantenido fieles a la luz, y entre los nuevos discípulos de las tinieblas.

La discrepancia fue tan intensa que de un marcado desacuerdo se originó una verdadera guerra interna, y obviamente al servicio de ésta se hallaba el derroche de tecnología que en aquel entonces poseían. Ni siquiera los Vigilantes lo pudieron impedir...

He aquí que se produjo la «segunda destrucción»: las poderosas armas empleadas en este conflicto precipitaron la destrucción de casi todo el archipiélago. Sólo la gran isla donde se hallaba el gobierno central —la isla de Poseidonis que menciona Platón— y otras dos «islas satélite» no se vieron afectadas.

Ante esto, las mentes extraterrestres que procuraban controlar —sin tener éxito— la evolución de los Atlantes, prohibieron a dicha civilización que siguiese colonizando otras regiones de la Tierra, ya que se habían constituido en un peligro al tener más de lo que podrían manejar con responsabilidad (sabemos que los atlantes estuvieron en guerra con una importante civilización de Lemuria). Fue como darle una granada a un niño.

Aunque esto sonará increíble, se permitió que fuesen a establecerse en *Maldekj* un planeta que se hallaba ubicado entre las órbitas de Marte y Júpiter. Con ello se procuraba mantener a la Tierra alejada del peligro bélico. Inicialmente, los atlantes estuvieron en el planeta rojo, utilizándolo como base temporal antes de llegar a su objetivo final. En Marte construyeron refugios subterráneos y pirámides, a usanza de las que edificaban en la Atlántida.

Es posible que el lector considere descabellada la posibilidad de una colonización atlante en el vecino planeta de nuestro Sistema Solar. No olvidemos que en 1976 las sondas Viking fotografiaron pirámides en Marte, así como otras curiosas evidencias en la región denominada *Cydonia*, donde aparece un gigantesco rostro humano con la mirada puesta en las estrellas, como si tuviese un mensaje para aquel que lo viera...

Sí, es impresionante el adelanto técnico que acarició el morador del mundo sumergido. Quisiera dejar claro que todo este adelanto se logró a lo largo de

milenios, en permanente conexión con civilizaciones extraterrestres que, si bien es cierto no ofrecieron abiertamente sus conocimientos, bastó su sola cercanía para que los atlantes pudiesen aprender y descubrir por sus propios medios un abanico de ensoñadoras posibilidades.

Tan sólo regresemos al siglo pasado e imaginemos que estamos dando una conferencia sobre lo que el hombre tendrá en la siguiente centuria: los submarinos nucleares, la tecnología del satélite, los viajes espaciales, la red informativa de Internet, entre otras maravillas... ¿Nos creerían?

Los Estekna-Manés

No sólo el adelanto científico y material se dejó notar con intensidad en la civilización del Atlántico. El desarrollo de facultades psíquicas y el camino espiritual fue el derrotero de aquellos atlantes que se mantuvieron firmes por las sendas de la Luz. No exagero si describo a estos seres como superhombres por el alto grado de evolución que consiguieron en los tres planos (física, mental y espiritualmente).

Así el Consejo Supremo designó a un grupo de aquellos mestizos, altamente calificados por su sabiduría, para que archivasen y protegiesen los archivos de la Atlántida antes de la tercera y definitiva destrucción. En aquel tiempo, a estos Maestros se les conocía bajo el nombre de *Estekna-Manés* o «Guardianes de los Registros». Para ser uno de los santos guardianes se requería poseer físicamente los códigos genéticos de una raza del espacio y una humana; es decir, ser un mestizo o Estekna. Además, el guardián debía haber superado las más duras pruebas que lo ratificaban como un Mentor o Manés. Después, los Altos Maestros de la naturaleza entregaban al nuevo guardián un poder, para que con éste defiende los archivos que estarían a su custodia.

Los Estekna-Manés habían previsto una tercera y definitiva destrucción de la Atlántida; pues el remanente de lo que fuera en un principio un gran imperio se hallaba condenado a su desaparición, y ello por haber quebrado el equilibrio permitido.

La degeneración de muchos atlantes se originaba en la poderosa influencia de fuerzas de oscuridad, y en aquel entonces el enfrentamiento entre las fuerzas de la luz y las contrarias no encontraba el punto de equilibrio.

El ocaso de la Atlántida se respiraba ya en las colosales paredes de Poseidonis.

LA DESTRUCCIÓN PROFETIZADA

Entonces vino de muy lejos la peor pesadilla: un gran asteroide de órbita errática se dirigía peligrosamente hacia ¡Maldek! El planeta estalló en millones de fracciones, arrastrando en su destrucción las colonias atlantes que allí se establecieron; ello, por el gran foco de tensión creado por los atlantes que, como si se tratase de un gigantesco imán, «atrajo» al hercúleo cuerpo celeste.

Recordemos que todo en el Universo es equilibrio, y este equilibrio halla su cimiento en poderosas Leyes Cósmicas. Una de ellas es la de vibración, donde lo semejante atrae a lo semejante.

Es conveniente aclarar que el asteroide realmente no chocó con Maldek, sino que al pasar muy cerca de él, por un efecto cósmico que desconocemos, activó las armas de destrucción masiva que se hallaban en los subterráneos —Maldek estaba en guerra, y los colonos atlantes involucrados en la misma—. Este incidente nos advierte que un hecho similar podría ocurrir en la Tierra ante una posible amenaza del espacio...

El testimonio de esta catástrofe cósmica se puede apreciar con suma tristeza en el cinturón de asteroides que alcanza unos 250 millones de kilómetros de ancho, entre las elipses que describen Marte y Júpiter; y hoy en día nuestros astrónomos dirigen hacia este lugar del espacio sus más potentes telescopios para explicarse qué ocurrió allí. Marte, por su cercanía, se vio muy afectado; incluso nuestro planeta recibió el impacto de varios meteoritos procedentes del planeta desaparecido.

Fue de esta forma que dos pequeños fragmentos de lo que fuera Maldek vendrían a constituirse en nuevos satélites para la Tierra que, debido a su fuerza gravitacional, los mantuvo cerca conjuntamente con la Luna. En aquel entonces nuestro planeta llegó a poseer tres «lunas».

Mientras todo ello ocurría, los Maestros atlantes que permanecieron en la Tierra construían una inmensa red de túneles en otras regiones del planeta, adaptándolos a las galerías subterráneas ya existentes que habían sido establecidas por mentes extraterrestres para la extracción de minerales. Estos lugares serían utilizados más tarde como refugios ante la venidera y última destrucción profetizada. Se eligieron entonces las altas cadenas montañosas, como las del Himalaya en Asia y los Andes en Sudamérica; los alejados y solitarios desiertos de nuestro mundo; las impenetrables selvas, como las del actual Manú en Perú y el Mato Grosso en Brasil, sólo por citar algunos casos concretos.

Todos estos parajes eran los más idóneos para protegerse no sólo de la última destrucción, sino también para mantener ocultas las entradas de lo que sería la nueva morada subterránea, difícilmente accesibles para el no iniciado. El lector podrá ahora comprender por qué los retiros de la Gran Hermandad Blanca se hallan ubicados precisamente en los puntos antes citados.

Las sombras, como una enfermedad mortal, ya tocaban la ambición de poder de algunos atlantes, quienes pretendían utilizar una gran máquina denominada «Tagmatrón» —una imponente pirámide con una esfera de cristal en su punta, cuya función era mantener el equilibrio gravitatorio entre el planeta y los fragmentos del desaparecido Maldek— para abrir una «puerta» que libere a las fuerzas tenebrosas que se hallaban atrapadas en otra dimensión.

Se quiso impedir la manipulación irresponsable del Tagmatrón. El artefacto atlante se hallaba orientado a otras funciones, y si éstas se suprimían, se podría desencadenar una catástrofe.

Y sucedió lo que tanto se temía: el mal uso de la gran máquina, que en vez de lograr el objetivo deseado por las fuerzas oscuras, alteró significativamente el campo gravitacional terrestre, logrando con ello el desequilibrio necesario para que dos de las tres lunas se precipitasen sobre el planeta.

Una de ellas cayó en el océano Pacífico, aniquilando otras tierras que algunos escritores denominan «Mu» —el mundo perdido de Kasskara, para los indios Hopi—. Y poco después, y a pesar de los denodados esfuerzos atlantes por reparar el gravísimo error, la segunda luna se precipitaría, cayendo con toda su fuerza entre el Atlántico y el Caribe, destruyendo definitivamente lo que otrora fue una gran cultura.

Es posible que el lector se encuentre algo desorientado sobre la existencia de otras tierras al margen de la Atlántida. Las referencias a Mu —que se suele confundir con la Lemuria del océano Indico— se iniciaron en 1864, cuando el eminente americanista Charles-Etienne Brasseur de Bourbourg descubre en el *Codex Troano* —texto antiguo de la cultura maya— los símbolos «M» y «U», deduciendo con ello la existencia de un antiquísimo continente. Sin embargo, sería el arqueólogo francés Augustus Le Pongleon quien levantaría más polvo al realizar un interesante hallazgo en 1886, mientras excavaba unas ruinas en la península del Yucatán. Allí encontraría un arcano manuscrito maya que narra la historia del presunto continente desaparecido en el Pacífico. Le Pongleon sustentaba su hipótesis de Mu apoyándose en las escenas pintadas en las murallas de Chichén-Itzá; según él, allí también se hace referencia al antiguo continente sumergido. No obstante, otros estudiosos desestiman la posible historia maya de Mu. La explicación: una penosa interpretación de un tratado astronómico.

Fuese como fuese, desde entonces se ha escrito mucho sobre Mu. Quizá la isla de Pascua en Chile, sea uno de los testimonios que nos sugiere los restos del mundo perdido. Mu no había alcanzado el nivel tecnológico de la Atlántida; sin embargo sus habitantes —según Le Pongleon unos 64 millones— sí desarrollaron hábiles sistemas de navegación que les permitió

llegar a otras tierras, como fue el caso de Sudamérica... No olvidemos que en los años cuarenta Thor Heyerdhal demostró que era posible cubrir grandes distancias del océano Pacífico utilizando sólo una pequeña embarcación. El mismo Heyerdhal llevó a la práctica esta teoría partiendo de las costas del Perú en una sencilla balsa que bautizó con el nombre de *Kon-Tiki*. Se navegó más de ocho mil kilómetros, hasta llegar al atolón polinésico de Raroia.

La destrucción de la Atlántida y de Mu no fueron las únicas consecuencias del espantoso choque, la precipitación de las dos «lunas» causó un desequilibrio electromagnético, especialmente en las zonas del impacto. Entonces las líneas energéticas que se desplazaban de «polo a polo» cambiaron, formando un remolino o espiral, y originaron con ello zonas de aberración, magnética que más tarde actuarían como puertas dimensionales naturales. Con ello me refiero al famoso Triángulo de las Bermudas y el no menos conocido Triángulo del Dragón. Actualmente las evidencias del impacto de las dos lunas las encontramos en la fosa de Puerto Rico (océano Atlántico), con 8.648 km de profundidad; y en la fosa de las Marianas (océano Pacífico), con 10.915 km de penetración.⁶ La última luna destruyó la Atlántida hace unos doce mil años.

Algunos grupos atlantes sobrevivieron, emigrando a diferentes partes del planeta para empezar nuevamente. Revisando, los textos sagrados de diferentes religiones podemos encontrar el relato —algo deformado por el tiempo— de este «escape» de las aguas o diluvio universal. Noé era, efectivamente, uno de los supervivientes atlantes. Por otro lado, los Estekna-Manés que lograron escapar de la catástrofe se refugiaron en los recintos subterráneos que habían previsto; allí permanecerían custodiando

6. ***Almanaque Mundial 1997***, Editorial Televisa (véase el apartado «Accidentes geográficos notables»).

los anales que rescataron de la Atlántida, así como algunas de las máquinas de su extinta civilización que, en manos equivocadas, podrían ser nuevamente mortales.

TESTIMONIO DE UN MUNDO SUMERGIDO

Todo esto puede parecer una historia fantástica, irreal y poco probable. Nosotros nos hemos basado en la información proporcionada por los Guías y Maestros para reconstruir este importante pasaje de la historia terrestre, principalmente en aquello que conseguimos en la expedición al Paititi. En realidad, la cercanía y apoyo de Alcir se constituyó en la *pieza clave* que nos hacía falta para «armar» el rompecabezas.

Con respecto a nuestras posteriores investigaciones, encontramos suficientes indicios que fueron solidificando aún más la posibilidad de «una gran civilización desaparecida en el océano». Por ejemplo, es interesante saber que el estudio realizado por los científicos del observatorio Lamont (Universidad de Miami) determinó cambios geológicos de carácter anormal hace 11.500 años en el Atlántico;⁷ estas conclusiones encajan notablemente con la fecha de la última destrucción.

Otro dato curioso es la existencia de una cadena montañosa que se extiende por la zona central del Atlántico; estas formaciones son conocidas por los geólogos con el nombre de dorsales. La dorsal *Mesoatlántica* es de por sí una de las pruebas más favorables para apoyar la existencia de tierras sumergidas. En muchos casos las crestas de la dorsal se elevan por encima del mar formando islas; allí encontramos arrecifes de coral y sedimentos propios de las aguas poco profundas, lo cual nos sugiere que, en algún tiempo remoto, estas tierras estuvieron próximas a la superficie. Para añadir más argumentos a favor del mundo sumergido debo mencionar que, ya en 1898, se encontró en el océano Atlántico —a 700 km

7. **Reconstrucción de Atlántida**, José Alvarez López (Instituto de Estudios Avanzados), Editorial Kier, Buenos Aires, Argentina, 1978.

de las Azores— porciones de *Taquilita*; es decir, lava basáltica que se enfrió rápidamente. Este fenómeno sólo es posible si la lava se encontró expuesta al aire, lo que no ocurre generalmente con las lavas enfriadas en las profundidades del mar. Al menos eso es lo que sostiene el geólogo P. Termier, del Instituto Oceanográfico de Monaco. Termier concluye que la lava debió de sumergirse en una fecha no superior a quince mil años. Inquietante.

Sin embargo, también debo mencionar que no siempre estos estudios son aceptados. Aún existen muchos detractores de la existencia de la Atlántida.

En los textos antiguos encontramos también evidencias no menos importantes, como por ejemplo la clara alusión a «islas perdidas». Puedo citar aquí la *Esquena* de Homero y la enigmática *Tarsis* del profeta bíblico Ezequiel. Por su parte, los mayas y los aztecas sostenían provenir de una «isla» situada al este de México y que denominaban *Aztlán*. Es posible que se refirieran con ello a la Atlántida de Platón.

En 1967, Robert Brush realizaría un hallazgo extraordinario que nos hace pensar en los restos de una civilización desaparecida. Mientras él se encontraba volando sobre las islas Bimini y Andros, observó una curiosa figura geométrica sumergida en las aguas del Atlántico. Brush, que era experto en arqueología submarina, tomó varias fotografías de lo que creyó ruinas de una antigua cultura.⁸ Un año más tarde la confirmación más espectacular se daría gracias al doctor Ray Brown, quien hallaría durante su exploración submarina una pirámide en el Atlántico (¡!). Este hecho le dio mayor validez a las fotografías de Brush, que ya habían sido cuestionadas por algunos científicos que no apoyaban la existencia de la Atlántida. Pero aquí no acaban los «descubrimientos». Ray Brown no se contentó con sólo ver la pirámide. Temerariamente buceó hacia la cima truncada de la

8. *La pirámide sumergida en el Triángulo de las Bermudas*, Mar cus Silverman, Editorial Martínez Roca, Barcelona, España, 1984.

misteriosa construcción donde se encontraba una especie de templete — sospechosamente parecido a las pirámides mayas—. Brown ingresó, y allí encontró una sala con siete sillas, y en el centro de la habitación un soporte de piedra con dos manos metálicas que sostenían una pequeña esfera vitrea.

El doctor Brown se llevó consigo la enigmática esfera, y al ser ésta sometida a un riguroso análisis se determinó que estaba hecha de cuarzo... Muy sugerente por cuanto sabemos que los atlantes utilizaban el poder catalizador de los cristales. Ello ocurrió en 1968, y aquí debo mencionar que Edgar Cayce vaticinó con mucha antelación que se descubrirían restos de la Atlántida cerca de Bimini, y precisamente en el año en cuestión... ¿Casualidad?

Sobre el cristal que el doctor Brown recuperó de la presunta pirámide no conocemos su paradero final, sólo que en 1970 unos expertos valoraron el misterioso objeto en veinte mil dólares.

Aún persisten más indicios sobre la isla de Platón; sin embargo, la Atlántida ya no está más con nosotros, ahora descansa en las profundidades del océano y en las tradiciones de las antiguas culturas que la recuerdan con una mezcla de temor y respeto. Sí, será difícil olvidar lo que nos cuentan las leyendas de su glorioso pasado. Según los Maestros, su destrucción es de por sí un mensaje...

Este fatídico acontecimiento le hizo ver a la Confederación Galáctica el marcado desequilibrio de fuerzas que había en la Tierra. Los hijos de la oscuridad o «Hermandad Negra» no se detendrían hasta extraviar si fuese posible a toda la humanidad, tal como lo hicieron con muchos de los atlantes que, sin apoyo ni estímulo, se dejaron arrastrar por la sed de ambición y poder.

Algo se tenía que hacer. Y pronto...

8. CRÓNICAS DEL REINO INTRATERRESTRE

Treinta y dos están allí de los hijos de la luz, quienes han venido a vivir entre la humanidad buscando cómo liberar de la esclavitud de las tinieblas a los que estaban atrapados por la fuerza del más allá...

Thot EL Atlante (*Tablas Esmeralda*)

He aquí que una fuerza interplanetaria de paz llegó a la Tierra para fundar lo que sería la Gran Hermandad Blanca de nuestro mundo; de esta forma se conseguiría el equilibrio necesario para que el ser humano pudiese continuar con su proceso de evolución.

Estos 32 Maestros extraterrestres, como ya mencioné en páginas anteriores, se ubicaron en galerías subterráneas en una región secreta del desierto de Gobi; desde allí velarían por la «quinta humanidad», enfrentándose a las fuerzas oscuras que se mantenían perseverantes en su consigna de hacer *caer* al hombre.

Cada uno de ellos representaba una civilización del espacio. Eran seres sabios y llenos de amor. Ello los calificaba como los más aptos para llevar a cabo la misión de incorporar en nuestro mundo la semilla de la luz. Los Mayores —las altas jerarquías cósmicas— habían depositado toda su confianza en los 32. Sabían que el Supremo Consejo no sería decepcionado.

Todo este despliegue de fuerzas superiores emanaba de lo alto. De un poder infinito, mágico, la misma manifestación de aquello que llamamos Dios.

EL DISCO SOLAR

Una vez que los Mentores de la Luz se establecieron en sus *Salones de Amenti* (templos intraterrestres que ya habían sido acondicionados por seres procedentes de Sirio), construyeron un impresionante disco metálico, hecho con una extraña aleación de minerales extraterrestres y de nuestro mundo. Este hecho nos trae a la memoria el *Oricalco* de los Atlantes —descrito por Platón—, un desconocido metal que era muypreciado por la civilización sumergida.

Se trataba, pues, del *Disco Solar*, una llave que abre las puertas entre las dimensiones y que puede «llevar» al planeta entero al Real Tiempo del Universo. Asimismo, el disco representaba al *Sol Central* de nuestra galaxia, fuente importante de energía que llega a toda nuestra Vía Láctea, bañándola con la transmutadora fuerza de la *Luz Violeta*.

Debo mencionar también que las radiaciones solares o energía Cial de nuestro Sol son canalizadas por el poderoso disco de los Maestros. En los mundos evolucionados se aprovecha al máximo el poder de las estrellas. Lamentablemente, en algunos casos este conocimiento degeneró en nuestro planeta. El procedimiento original sería luego confundido con un culto a la forma, pero que encierra un recuerdo ancestral de naturaleza cósmica.

El Disco Solar se constituiría en el santo emblema de la Hermandad Blanca, representado gráficamente con la figura de tres círculos concéntricos: los tres planos, los tres universos, la trinidad sagrada y la ley del triángulo.

No obstante, la Jerarquía venida del espacio sabía que no podría prolongarse indefinidamente en sus cuerpos físicos. Habría que dejar una «posta», para así poder perpetuar la noble tarea. Entonces los 32 Mentores de la Luz vieron en los Estekna-Manés, que habían sobrevivido a la destrucción de la Atlántida, fueron el reemplazo perfecto.

Así, tras confiarles la magna obra, les entregaron el Disco Solar, que sería colocado en un templo subterráneo cerca del actual lago Titicaca.

CIUDAD ETERNA

Este lugar era llamado «Ciudad Eterna», la antigua Wiñay- marca del gran *Huyustus*, el primer Gran Maestro de «los sacerdotes salvados de las aguas». Para nuestra suerte, aún podemos rastrear la historia de aquel empolvado tiempo. Por ejemplo, *Kitari*, uno de los más grandes quipucamayocs del incanato —aquellos que guardaban los archivos históricos del Imperio—, nos cuenta que Huyustus era un señor poderoso, rubio y de ojos azules...

Hoy en día los pescadores del Titicaca —en el lado boliviano— recuerdan la historia de la antigua Wiñaymarca, la morada de los gigantes y la magia. El mismo Pedro Cieza de León (reputado cronista español), recogió un dato interesante: cuando los incas llegaron a Tiahuanaco —que como ya sostuve anteriormente es parte de lo que fue Ciudad Eterna— hallaron a la misteriosa ciudad en ruinas,¹ lo cual ya nos indica qué tan antigua era...

Por otro lado, el inca Garcilaso de la Vega escribía en sus ***Comentarios Reales*** (1609) que un hombre apareció en Tiahuanaco cuando «cesaron las aguas»,² lo que también nos hace recordar la migración de los sobrevivientes atlantes hacia la cordillera de los Andes.

Sobre la existencia de los gigantes, no nos debemos sorprender en absoluto, por cuanto los cronistas antiguos hacen amplia referencia a ellos. De igual forma, en todas las culturas encontramos claras alusiones a

1. ***La Crónica del Perú***, Pedro Cieza de León, Peisa, Perú, 1988 (escrita en 1550).

2. ***Comentarios Reales***, Inca Garcilaso de la Vega, Cátedra, Madrid, España, 1996

seres de gran estatura. En la India se habla de los *Dánavas* y los *Daityas*; en Ceilán de los *Rdksharas*; en Grecia hallamos a los legendarios *Titanes*; Caldea, por su parte, mantiene en su memoria la existencia de los *Izdubars* (Nimrod); los judíos los *Emins* de la tierra de Moab.

Y así podríamos continuar ya que la lista es larga. Además, por si el lector aún tiene dudas, existen fósiles de los gigantes, los mismos que alcanzan una estatura de 3,75 a 4 metros. Los antropólogos han acuñado el término «gigante pithecus» y «me- gatropo» para identificarlos. Recordemos tan sólo el hombre del sur de China, Java y Transwaah

Las leyendas incas mencionan a estos gigantes una y otra vez. En el Perú antiguo, por ejemplo, se afirma que en tiempos del incanato hubo una llegada masiva de gigantes en las costas de Lambayeque (!). ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Tenían relación con la Atlántida?

El gigantismo de algunos atlantes se debía a la hibridación con seres extraterrestres de gran estatura; así se transmitió el código genético necesario para que ello sucediese. En la Biblia, así como en otros textos sagrados* existen diversos relatos de la unión de «los dioses» con las hijas de los mortales. Por ejemplo, puedo citar algunas líneas del Génesis que de seguro nos harán reflexionar sobre nuestro pasado cósmico:

Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la Tierra, y les nacieron hijas, que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas...

Y el Génesis también afirma:

Había gigantes en la Tierra en aquellos días, y también después de que llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre.,³

3. **La Santa Biblia**, Génesis, capítulo VI

Una vez que los Maestros extraterrestres depositaron en manos de los sacerdotes atlantes el Disco Solar, criogenizaron sus cuerpos, dejándolos en estado de animación suspendida. Sus espíritus estarían desenvolviéndose en otros planos y dimensiones para continuar y vigilar desde allí el proceso de iluminación de la humanidad. Sus cuerpos, y la gran nave blanca en la que vinieron, aún permanecen bajo las impenetrables arenas del desierto de Gobi, allí donde ninguna presencia humana se ha acercado...

LA SEMILLA DE LA CIVILIZACIÓN

Mientras esto ocurría, algunos de los Estekna-Manés dejarían su morada subterránea para contribuir con el desarrollo de los Proyectos de Civilización. Ello sucedió por designio de los Mayores, para que así se iniciara la quinta raza, la actual humanidad. El apoyo de los Estekna-Manés se daría sólo en un principio, procurando no alentar dependencias y manteniendo en el más absoluto secreto las entradas al reino ultraterrestre.

África, Centroamérica y Sudamérica —entre otras regiones del mundo— fueron los lugares elegidos, impulsándose en forma asombrosa el desarrollo de las culturas que se encontraban en proceso de nacimiento. Es por ello que en la historia antigua encontramos la sospechosa presencia de «héroes civilizadores»; por ejemplo, en el valle del Nilo el Estekna-Manés «Adris Segundo» o «Thot el Atlante» (conocido también como «Herines Trismegisto»), contribuyó significativamente en el estudio de las leyes del Universo. Muchas escuelas esotéricas hallan sus raíces en la sabiduría de Thot, incluso a él se le suele atribuir la invención de la escritura jeroglífica, de la ciencia y las artes. Es bien sabido por los estudiosos que Pitágoras, Empédocles, Arquélao, Sócrates, Platón, Aristóteles, Hipócrates, Demócrito y otros respetables sabios, sacaron su ciencia de los escritos de Hermes o Thot, dados a conocer por los sacerdotes de Egipto.⁴

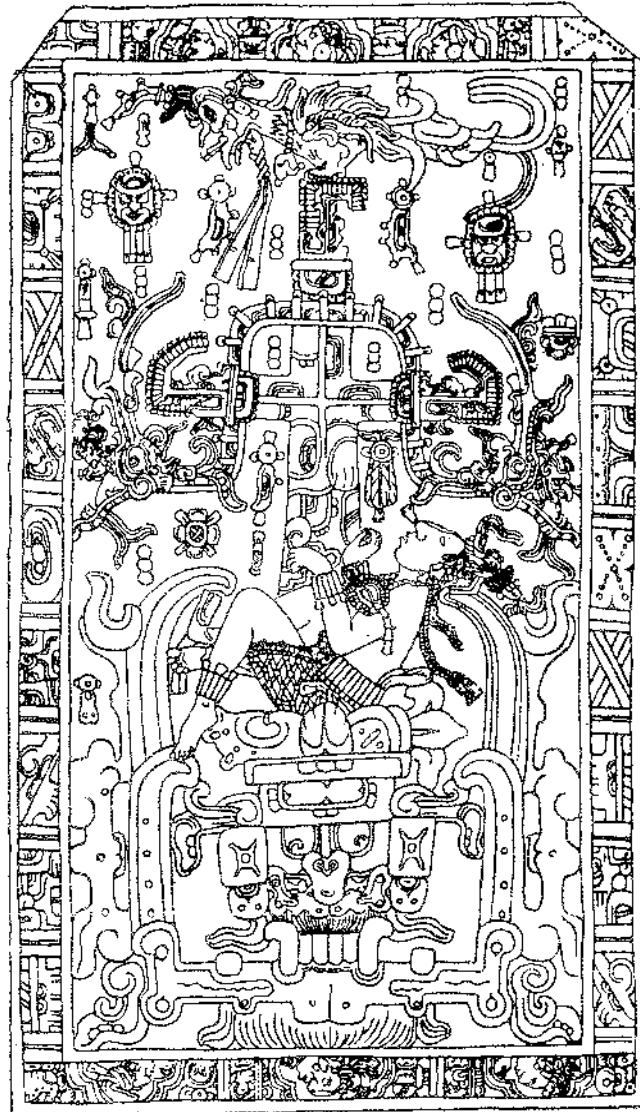
4. **Concordance Mytho-Phisico-Cabalo-Hermetique**, Charles van der Linder d'Hooghvorst, Obelisco, Barcelona, España, 1986.

Existen antecedentes de la sabiduría atlante en Africa; sin embargo, ante los claros indicios, muchos arqueólogos han creído toparse con una interesante ficción; es decir, no le dan crédito a aquello que consideran «fantástico» como para ser real. Así tenemos el caso del papiro *Satni Khamoi*, donde se habla de un personaje llamado *Neferkeptah* que pretendía conquistar un libro de magia escrito por el mismísimo Thot utilizando para ello un grupo de androides (¡!).

Nos encontramos ante el extraordinario testimonio del pasado, donde un grupo de sabios guiados por los designios del Plan Cósmico ayudaron a los pueblos a crecer y consolidarse como importantes culturas. La Gran Hermandad Blanca nos ha hablado de ello, y esto nos motiva a dirigir nuestra acuciante mirada hacia *Viracocha*, *Quetzacoatl*, *Kukulcán* y otros sugerentes «dioses evangelizadores».

En el caso concreto de Kukulcán es atrayente saber que durante las investigaciones realizadas entre 1949 y 1952, el arqueólogo mexicano Alberto Ruz Lhuillier descubrió en el Templo de las Inscripciones, en Palenque, una cámara funeraria que contenía una losa monolítica de 3,80 metros de largo y 2,20 de ancho. Lo interesante es que la losa tiene unos misteriosos grabados que representan al señor Pacal --asociado por los estudiosos con la enigmática figura del «dios» Kukulcán— y, para sorpresa de muchos, Pacal aparece en el grabado mani pulando una especie de máquina que, sin lugar a dudas, se asemeja a un cohete de propulsión.⁵

5. Es posible que nos hallemos frente a uno de los vehículos aéreos de los supervivientes atlantes y no ante un visitante extraterrestre. Quizá el señor Pacal era algún descendiente de los «primeros señores que llegaron de lejos».



Grabado de la losa de Palenque (México), donde aparece el Señor Pacal
Votán, manipulando lo que parece ser un cohete de propulsión.

La ayuda de los Maestros siempre estuvo allí, cerca de nosotros. A consecuencia de la destrucción de la Atlántida, ellos conformarían una imponente civilización subterránea, constituyéndose como los herederos de la magna obra iniciada por los 32 Mentores de la Luz.

Inicialmente, la Gran Hermandad Blanca de nuestro mundo se hallaba conformada por seres extraterrestres —la primera generación—. Luego por mestizos —Estekna-Manés o segunda generación— que sintetizaban en su cuerpo físico los códigos genéticos de una raza venida del espacio y otra que creció en la Tierra. El final es sencillo de adivinar: el hombre —la tercera y última generación— asumiría la posta final, ya que él mismo, y nadie más, tiene la responsabilidad medular de la evolución planetaria. Por ello la Jerarquía se «humaniza» conforme se van cumpliendo los designios del Plan Cósmico.

Al reflexionar sobre esta importante misión del ser humano, aparece en nuestra mente aquella frase tan repetida por los Guías extraterrestres: «Sólo el hombre puede salvar al hombre», y ello también implica a la humanidad interior que llevamos dentro, esperando surgir en medio de una crisis de valores que nos amenaza con aprisionarnos y, finalmente, destruirnos.

REFERENCIAS AL REINO SUBTERRÁNEO

Hablar de una supercivilización que habitaba en las profundidades de nuestro planeta podría generar serios cuestionamientos en el lector escéptico, quizá también porque en estos seres recae la misión de ayudar al hombre en su trayecto hacia el infinito.

En la historia de diferentes pueblos de la Tierra encontramos claras referencias al mundo interior, un lugar secreto donde se reúnen los grandes sabios, los *Rishis* o *Mahatmas*, que sólo permiten el ingreso en su mundo a los que han sido llamados. Es pues, en Oriente, donde existen mayores referencias al reino subterráneo. Recordemos que fue en Mongolia donde se estableció el primer centro físico de la Gran Hermandad Blanca, conocido más tarde con el nombre de *Shambhala*.

Viejas tradiciones de la India afirmaban que en el sagrado *Kalapa*, al norte del Himalaya, habitaban los grandes Yoguis. En esta región existirían grandes montañas que otrora formaron parte de una misteriosa isla que se hallaba en el desierto de Gobi⁶ pero cuando éste se encontraba cubierto por las aguas (¿?).

También en la India nos topamos con la historia de los sabios *Nagas*, que viven en un mundo subterráneo iluminado por piedras preciosas. La tradición afirma que los Nagas pueden «viajar» por los aires.

No menos atrayente resulta la leyenda del Preste Juan, un presunto emperador de las remotas tierras de la India que despertó la curiosidad del Papa Alejandro III al enviarle una larga e intrigante carta, donde se describía el fabuloso reino interior.

En China las referencias al mundo oculto no son menos importantes: hace siglos, los monarcas de Pekín enviaban a los montes *Kun Lun* embajadas cuyo propósito era consultar a los espíritus de las montañas en las situaciones de crisis. Ello nos recuerda sospechosamente las antiguas costumbres de los incas de ir a las montañas para «hablar» con los *Apus*. Quizá no eran las montañas sino quienes habitaban en sus profundidades los que «respondían» a las consultas... Como para pensar un poco más nos hallamos ante el testimonio de un indio quechua que, alrededor del año 1844, le confió en agonía de muerte a un sacerdote peruano la existencia de un sistema de túneles bajo la cordillera de los Andes.⁷

Retomando los relatos que nos ofrece la tradición china, nos encontramos

6. Posiblemente se trate de la denominada «Isla Blanca» a la cual hacen referencia las antiguas ordenes esotéricas. Por otro lado, es interesante saber que se han hallado vitrificaciones del suelo en vastas regiones del desierto de Gobi, muy parecidas a las que producen las explosiones atómicas; ello nos invita a pensar en el aterrizaje de la gran nave de los 32 Mentores de la Luz.

7. ***El Mundo Subterráneo***, Nigel Pennick, Lidiun, Argentina, 1990.

con aventuradas hipótesis sobre el verdadero destino del filósofo *Lao-Tse* —de quien guardo una profunda admiración— quien, según los indicios, habría ingresado en el retiro de los Maestros ocultos tras escribir el célebre *Tao Te Ching*. Ello generó que varios emperadores chinos enviaran numerosas expediciones durante los siglos III y II a. de C. con el afán de hallar al gran sabio de Oriente. Pese a ello, nunca lo encontraron.

Así, encontramos sugerentes indicios de que algunos personajes de la historia habrían ingresado en el mundo subterráneo; algunos investigadores se atreven a señalar que Buda, Zoroastro, Pitágoras, Apolonio de Tiana, entre otros representantes del proceso histórico de la Tierra, lo habrían logrado.

No sólo descubrimos interesantes informaciones del reino intraterrestre en las tradiciones antiguas; obras muy posteriores, muchas de ellas acariciando la inmortalidad, nos invitan a imaginar un mundo maravilloso bajo nuestros pies. ¿Quién no ha leído la fabulosa obra *Viaje al centro de la Tierra* ? Julio Verne se aproxima considerablemente al secreto de los retiros interiores en dicha novela (publicada por primera vez en 1864). Cabe mencionar que el imaginativo escritor francés no dejaba los argumentos de sus libros al azar. Verne sabía muy bien lo que hacía, no en vano se adelantó varias décadas al desarrollo de los submarinos nucleares (*20.000 leguas de viaje submarino*); también anticipó el alunizaje de 1969 (*De la Tierra a la Luna*).

Lewis Carroll no se queda atrás: en su conocido cuento *Alicia en el país de las maravillas*[^] encontramos que la bondadosa protagonista entra en el mundo mágico al caer *en un pozo* —interesante referencia a una entrada hallada por «casualidad»—. Por otro lado no podríamos olvidar a *Alí Baba y los 40 ladrones*; una palabra mágica («¡Abrete Sésamo!») permitió abrir las puertas del reino oculto. Ello nos recuerda las palabras de poder o *mantras* que producen inimaginables efectos al ser correctamente utilizadas. En nuestra experiencia de contacto, hemos sabido de una palabra en particular que ayuda a abrir puertas entre las dimensiones.

La palabra es *Zin-Uru*, y curiosamente se la puso en práctica en los viajes que los grupos „de contacto han realizado a los diversos retiros de los Maestros.

Muchos ven a Julio Verne como un visionario del mundo subterráneo; sin embargo, el célebre escritor francés no era el único. Edgar Allan Poe y Edgar Rice Burroughs también se refirieron al reino oculto. Allan Poe ubicaba la entrada por el Polo Norte, a diferencia de Verne que hablaba de una entrada por Islandia. Rice Burroughs, por su parte, hacía mención de *Pellucidatj* un mundo intraterrestre.

En el campo científico podría añadir a esto las investigaciones del erudito alemán Athanasius Kircher (1602-1680), que en 1665 publicó un libro de geología donde sustentaba una Tierra hueca, llena de «agujeros subterráneos». Kircher era un respetable jesuita y polígrafo, considerado por algunos como el padre de la geología. Su amplio conocimiento de lenguas orientales y de jeroglíficos egipcios le permitió desvelar muchos misterios que lo condujeron a proponer arriesgadas teorías, sobre todo para su tiempo. Kircher tampoco fue el único, Edmund Halley, John Cleve Symmes y otros respetables científicos llegaban a las mismas conclusiones.

Otro hecho que favorecía la existencia de una presunta Tierra hueca fue el extraordinario testimonio del contralmirante Richard E. Byrd, de la Armada norteamericana, quien en 1947, al mando de una sospechosa expedición compuesta por trece buques de guerra, varias escuadrillas de aviones, unos 4.000 hombres y centenares de científicos, se dirigió al inexplorado Polo Sur. Recordemos tan sólo la anterior experiencia de Byrd —en este caso el Polo Norte— cuando informó de que sobrevolaba «tierras verdes y habitadas, más allá del polo...», la conmoción que se produjo dio la vuelta al mundo. Muchos creyeron que con ello se confirmaba la existencia de una «puerta» al mundo subterráneo a través de los polos —tal como lo vaticinaba Edgar Rice Burroughs—, un mundo inimaginable donde habitaría una raza superior al hombre.

Entonces: ¿por qué montar una expedición de evidente apariencia bélica en el Polo Sur? ¿Se trataba de una misión secreta a un mundo perdido? ¿O existía allí, como sustentan algunos osados investigadores, un enclave nazi que debía ser exterminado?

Fuese como fuese, la denominada operación «High Jump» («Salto Máximo») sigue ofreciendo oscuras lagunas sobre su verdadero propósito.

No es descabellado pensar que el mundo oculto de la Hermandad Blanca haya podido inquietar a diversos Gobiernos del planeta.

El corazón de la Tierra, el templo sagrado de los conocimientos ancestrales, es el mundo mágico, misterioso y aparentemente inalcanzable de los Maestros del Paititi. Creemos respetuosamente que la ciencia aún no está en condiciones de confirmar o desmentir la existencia de un reino subterráneo. Para empezar, son más de 6.350 km los que separan la superficie de la Tierra de su centro; mientras el pozo petrolero más profundo llega apenas a 15 km, lo que equivale a una débil picadura de mosquito. Es paradójico que nos preocupemos más por investigar las insondables posibilidades del espacio exterior sin conocer los misterios que de por sí nos reserva la Tierra. De seguro que ello también ocurre con nosotros mismos.

EL PROYECTO INCA

Ciudad Eterna se mantuvo activa durante miles de años. Su maravillosa arquitectura se erguía desde las galerías intraterre- nas hasta sobrepasar la helada superficie andina, mostrando sus colosales paredes y sus finos grabados en la roca. Este centro espiritual, la legendaria Wiñaymarca que otrora se mantuvo resplandeciente en las cercanías del lago sagrado, cobijó a una estirpe de sabios, herederos de un conocimiento antiguo y de una noble responsabilidad. Así era Ciudad Eterna, cuyo único testimonio se ampara en las leyendas y en las ciclópeas ruinas de Tiahuanaco. No obstante, su conformación pacífica e inofensiva la transformaría en un blanco sencillo para los aguerridos pueblos que habían surgido.

Ante la amenaza, los Maestros pusieron a salvo el Disco Solar, y sellaron la entrada del templo subterráneo que lo albergaba. Los invasores nunca encontrarían el recinto secreto, aunque llegaron a dar muerte a varios sacerdotes de la ciudad.

Uno de los descendientes directos de Huyustus —quien fuese el primer Gran Maestro de Wiñaymarca— se dirigió hacia una isla del gran lago sagrado. Él sabía que en aquel lugar (la actual isla del Sol en Bolivia) se encontraba un antiguo túnel que le ayudaría a escapar del peligro inminente. Este hombre, hábil e inteligente, sería conocido más tarde como **Manco Cdpac o Ayar Manco**.

Manco Cápac comprobó que muchos hombres se hallaban en estado de barbarie, y lejos de sentir rechazo hacia ellos, se apiadó del ritmo tan violento que llevaban. De esta forma, guiado por una fuerza superior, decidió ayudar a aquellos pueblos para que conociesen la luz de la civilización. La Confederación Galáctica respaldaba las intenciones de Manco Cápac, otorgándole el apoyo necesario para iniciar lo que se denominaría *Proyecto Inca*. Cabe mencionar que Manco Cápac no estaba solo. Ayudado por su hermana de sangre, mencionada en las leyendas andinas como Mama Ocllo, iniciaron el proyecto. Ambos, siendo muy niños, ya habían sido preparados por seres extraterrestres para tal cometido.

Este detalle tampoco nos debe escandalizar, al menos si escuchamos la historia de Orejona, una visitante de Venus que se afincó en el Titicaca, donde se unió con un campesino llamado Toma. Las crónicas de aquella época hablan de ello. Existen muchos antecedentes de una posible visita extraterrestre en Perú y Bolivia.

El proyecto de sembrar las bases de una nueva civilización se llevaría a cabo en el Qosqo («Cusco»), lugar magnético que reunía las condiciones para servir de escenario a una elevada cultura. El resto de la historia ya se conoce: el resultado fue el gran *Imperio del Tawantinsuyo*.

Gracias a un antiguo conocimiento se conquistaron las difíciles cimas de la cordillera de los Andes, construyendo en sus flancos soberbios caminos, templos y fortalezas de piedra que aún hoy en día serían difíciles de imitar. Los primeros tiempos de lo que podríamos llamar la «segunda dinastía Inca» —la primera corresponde a Tiahuanaco— transcurrieron con suma felicidad, paz y abundancia.

No pasaría mucho tiempo para que Manco Cápac revelara la existencia del Disco Solar. Así, antes de su muerte, le confió a *Sinchi Roca* —su sucesor— la entrada secreta al recinto subterráneo que se hallaba a orillas del Titicaca, conocido antiguamente como *Mamacota* o *Puquinacocha* («Lugar de origen»). El disco fue hallado y de inmediato fue trasladado a Cusco, donde se construiría el *Qoricancha*, el templo de oro dedicado al astro solar. Esta escena nos recuerda irremediamente el Templo de Salomón y el Sancta Sanctorum donde se custodiaba el Arca de la Alianza.

Lamentablemente, la sangre guerrera de los incas empezaría a surgir con violencia y descontrol. Guiados por Sinchi Roca —curiosamente *sinchi* significa «guerrero»— llevaron a cabo un plan que procuraba expandir el Imperio más allá de los límites conocidos; ello se lograría a costa de encarnizadas luchas y prolongados enfrentamientos con los pueblos aledaños que, más tarde, se hallarían sometidos ante la poderosa mano del Inca. Este era tan sólo el inicio de la expansión, que más tarde sería frenada y finalmente destruida con la llegada de los conquistadores españoles: era el final que el propio Imperio del Sol había decretado. Es interesante y al mismo tiempo triste, comprobar cómo las grandes civilizaciones «atraen» su destrucción al desviar el camino y romper el equilibrio que establecen las leyes cósmicas.

Sin embargo, en esta ocasión, la Gran Hermandad Blanca no se hallaba al margen de estos acontecimientos. Del centro principal de la Jerarquía, construido bajo tierra en las selvas de Madre de Dios —tras la destrucción de la Atlántida— llegaron tres emisarios al Imperio, advirtiéndolo el

desenlace fatal que se aproximaba. Los *Amautas** sabían que los enviados del reino intraterrestre se hallaban en lo cierto, ya que diversas señales que habían venido observando apuntaban a un final del Imperio inca. Un ocaso profetizado. Entonces, una vez que se marcharon los emisarios, los ancianos quipuca- mayoc del Imperio escondieron todos los archivos que pudieron reunir de la cultura andina; de igual forma llevaron el Disco Solar hacia un lugar seguro. Un disco fabricado en oro puro, idéntico al original, sería puesto en su lugar en la pared del Qoricancha, para no despertar sospechas.

Ello sucedía secretamente, ya que los emisarios se presentaron sólo a un grupo de sabios, en quienes depositaron la responsabilidad de resguardar el conocimiento inca y el sagrado Disco Solar. Nadie más podía saber lo que muy pronto iba a ocurrir.

Es interesante saber que el galeón español que se llevó la réplica del Disco Solar nunca llegó a su destino. Es bien sabido que muchas embarcaciones que llevaban oro a Europa naufragaron, y otras fueron presa de terribles pestes que ocasionaron gran mortandad en la tripulación. Todo ello sucedió como por arte de «magia».

En 1533, con la peregrinación de Choque Auqui hacia la selva, el verdadero Disco Solar y los archivos habrían sido puestos finalmente a salvo.

Se dirigían precisamente allí, al Antisuyo mítico —el este selvático donde «salía el Sol»—, porque los incas sabían muy bien de la existencia de una ciudad de «dioses», muy antigua, y sólo comparable en esplendor con Qosqo; es por ello que del quechua *Paykikin Qosqo* («Parecido a Cusco») vendría la palabra «Paititi».

Quizá sea difícil aceptar todo esto, y aún más si nuestra mente se encuentra congestionada de sólidos paradigmas históricos.

8. ***Amauta***: «Maestro».

Pero en realidad, no importa si creemos o no en esta apasionante historia. Lo que realmente interesa es el mensaje que se encuentra plasmado en la desaparición de las antiguas civilizaciones. Ahora comprendemos por qué los Guías y los Maestros se encuentran tan pendientes de nuestro avance espiritual y toma de conciencia; también queda claro la prudente distancia que mantiene la Jerarquía, evitando intervenir ahora directamente en los acontecimientos. Ciertamente, el ser humano se halla en un punto donde puede estancarse una vez más, o franquear finalmente las puertas de una dimensión superior.

Desde un inicio, los Guías insistieron en la *necesidad* de recibir un conocimiento que aseguraría el tránsito de la humanidad hacia esferas superiores de evolución. Nosotros, que veníamos de una intensa jornada en busca de nuestro propio Paititi interior, entendimos la importancia de «saber». Ahora conocíamos un poco más sobre el Paititi; y también un poco más sobre nosotros mismos.

UN LUGAR REMOTO Y PROTEGIDO

La llacta santa de *Quañacboai* —como denominan los hombres Q'eros al Paititi— sólo abrirá sus puertas cuando los requerimientos del Plan Cósmico así lo dispongan. Nadie podría profanar el centro espiritual de los *Paco-Pacuris* o «Guardianes Primeros», ellos saben muy bien que el antiguo conocimiento depositado en manos equivocadas atraería una nueva y descomunal destrucción, como las que hundieron a la Atlántida y a Mu.

La ciudad estaría entonces en un lugar casi inaccesible, concentrada en el subsuelo y rodeada de una exuberante vegetación selvática que, cual pared de contención, evitaría que la persona incorrecta se aproximara. Ni siquiera los incas, con su amplia experiencia en arriesgadas expediciones, pudieron entrar en el reino secreto, salvo aquellos que posteriormente reunirían las condiciones para lograrlo. Con ello me refiero a la peregrinación de Choque Auqui, quien sintetizaba en su persona los más

elevados ideales de un Imperio que conoció por desdicha su holocausto. Un misterioso cañón marcaría los límites entre el retiro de los Maestros y el mundo exterior. La naturaleza cobraría «magia» al cruzar el otro lado de este umbral natural, cual hechizo ancestral que prueba la firmeza del aspirante, seduciéndole a abandonar la hazaña. Ciertamente, aquel que se funde con la naturaleza se ve libre de todo obstáculo. Incluso se le «abren» las puertas para dar finalmente con una de las entradas que le conduciría a un mundo inimaginable, y del cual posiblemente ya no podría regresar... La actual humanidad aún no está preparada para desvelar el secreto del Paititi y del mundo subterráneo.

Además de todo esto, en la remota región selvática moran otras dificultades, como por ejemplo la presencia de una presunta tribu de antropófagos que no vacila en ultimar a aquellos que van a buscar oro o a profanar los lugares sagrados.

Sobre este punto es penoso observar cómo algunos exploradores han asociado equivocadamente a los pacíficos indios machiguengas con la tribu salvaje antes citada.

En una conocida revista limeña salió publicado un artículo titulado «La saga de los exploradores perdidos» —en agosto de 1996, mientras nosotros nos hallábamos en expedición—. En el artículo se mencionaba la desaparición de Robert Nichols, que se aventuró en el Manú para encontrar la legendaria Paititi. Más tarde, las fotografías del japonés Y. Sekino desvelaron el misterio al mostrar a unos machiguengas con las gruesas medallas de los exploradores perdidos colgadas como un trofeo en el cuello. Según Sekino, ellos dieron muerte a Nichols y a sus acompañantes.

Con tristeza leímos el reportaje, ya que uno de los indios que aparecen en la fotografía es nada más y nada menos que Pancho, aquel amigo que acompañó a numerosas expediciones de nuestros grupos de contacto. Obviamente que ello no fue así; quienes conocemos a los machiguengas podemos sostener que son amigables y bondadosos.

Quizá las medallas fueron un regalo. No sería raro que mientras escribo estas líneas algunos de los machiguengas estén utilizando los coladores y utensilios de cocina que humildemente les obsequiamos, así como diversas prendas de vestir. Los machiguengas son conocedores del Paititi, y sólo Dios sabe cuántas personas habrán pasado por su aldea rumbo al Pantiacolla. Recordemos que es un camino que no se encuentra libre de dificultades.

Ya desde tiempos del incanato se hablaba de los *Musus* —tribus guerreras denominadas «Mojos» por los conquistadores—, que habitaban en las selvas del Manú, oponiendo una gran resistencia a la expansión territorial de los incas. Al parecer, las expediciones españolas que más tarde se realizarían al Antisuyo incaico correrían la misma suerte.

Cabe mencionar que los Guías nos han dicho en experiencias muy concretas que en las cercanías del Paititi *existe* una desconocida tribu selvática (¡!). El mismo Alcir nos revelaría también la existencia de una «gran cultura selvática», que ha dejado como testimonio diversas construcciones de piedra en la jungla. El anciano Maestro nos afirmó que, en un futuro, nosotros mismos descubriríamos parte de estas edificaciones...

Es necesario aclarar que podríamos estar ante «tres formas» del Paititi: la primera podría indicar posibles construcciones incaicas en las selvas del Manú, fruto de los intentos de expansión territorial hacia el Antisuyo; la segunda señalaría construcciones de un imperio selvático, cuyos verdaderos orígenes aún nos son desconocidos; y la tercera se refiere al Paititi subterráneo, sin duda el original y el más antiguo, sede física de los sobrevivientes de la Atlántida. Sobre este Paititi me refiero en esta obra.

El Paititi irradia su propia energía, cual foco de iluminación que aclara el camino y despierta a las mentes dormidas. Así esta radiación produce desórdenes electromagnéticos en los helicópteros que han querido acercarse a la zona.

El lector recordará que hablé de los efectos que producen estas extrañas vibraciones en las brújulas; así también, no es menos interesante la densa niebla y las espesas nubes que «esconden» el retiro; nosotros lo comprobamos, y hoy sabemos que este curioso detalle tiene un origen artificial.

Es impresionante observar cómo la jerarquía mantiene protegido el monasterio intraterreno; nadie puede acercarse, sólo aquel que ha sido «invitado». Naturalmente ahora que conocemos *algunos* de los ingeniosos sistemas de protección del retiro, podríamos hacernos la siguiente pregunta: ¿por qué tanta prudencia y afán en evitar la llegada de algún extraño?

MÁQUINAS ANTEDILUVIANAS Y ARCHIVOS SECRETOS

Como sabemos, los Estekna-Manés lograron reunir algunos de los ingeniosos artefactos que pudieron sobrevivir a la destrucción de la Atlántida, almacenándolos en una determinada zona del retiro llamada «La Sala de Reflexión», denominación que fue empleada como un mensaje de lo que ocurrió con la Atlántida al manipular equivocadamente la tecnología que en aquel entonces se había alcanzado.

Según Alcir, esas máquinas pueden lograr determinados efectos que hoy en día llamaríamos «milagros». Esta tecnología, bien empleada, sería de gran beneficio para la medicina, ya que algunos artefactos eliminan selectivamente las células que están en proceso de degeneración. Asimismo, se cuenta con adelantados sistemas de eliminación de toxinas, ya sean éstas por ingesta de alimentos o por radiaciones nocivas.

Por otro lado, una determinada serie de estas «máquinas atlantes» permite aprovechar la energía telúrica, almacenándola y convirtiéndola en una fuente de poder. También existen otras máquinas diseñadas para la canalización de energías provenientes del espacio; algunas de ellas las tienen en funcionamiento para que la radiación cósmica «penetre» a través de la Cordillera de los Andes, procurando de esta forma la activación de Sudamérica.

Antiguamente esta activación con energías cósmicas se llevó a cabo en Oriente, teniendo al Himalaya como antena natural, mientras las máquinas se hallaban en la base de la cordillera, en recintos subterráneos perfectamente acondicionados. Ahora, el Himalaya está en su período de sueño; Sudamérica empezaría entonces a despertar.

La Energía Activadora no «cambia de posición» —como se ha venido pensando—, sino que ésta, que llega a todo el planeta, es *concentrada* en un lugar para conseguir con ello un efecto determinado; es como tomar una lupa de aumento que, colocada en un ángulo correcto en medio de la luz del sol, concentra la energía multiplicando su fuerza y luminosidad.

Es probable que al referirme a estas maravillosas máquinas el lector se imagine una especie de caja de metal con tornillos y tuercas. Obviamente, al hablar de una tecnología de una civilización superior, nos encontramos ante cosas nuevas y extrañas. Las máquinas de canalización —y que también se utilizan para irradiar la energía almacenada— se asemejan más bien a unos gigantescos «espejos». Su poder es asombroso. Todos estos adelantos técnicos, en manos fanáticas y ambiciosas de poder, producirían una catástrofe al ser mal empleados. Por ello el celo de la Jerarquía es grande, procurando mantener en un lugar seguro la tecnología que habrá de utilizar el hombre cauto, consciente, e iniciado en la luz suprema del amor.

Quizá el lector se pregunte qué ocurrió con las máquinas que no fueron llevadas al mundo subterráneo y por qué no se han hallado. La búsqueda es complicada; como hemos visto, la geografía terrestre ha venido cambiando a lo largo del tiempo y muchas de estas máquinas se encuentran perdidas en lugares casi inaccesibles. El terreno donde se llevan a cabo las investigaciones arqueológicas es muy reducido: quitemos los grandes desiertos de la Tierra —¿quién haría una excavación en el Sáhara o en el desierto de Gobi?—; los océanos, cuyas profundidades no son vencidas ni por los submarinos nucleares; las intrincadas selvas de nuestro mundo; y las

insólitas alturas de las cadenas montañosas, entre otros lugares, ¿qué nos quedaría^?, y como podrá deducir el lector nadie se animaría a buscar máquinas atlantes en los puntos antes citados. Además, quitemos también las ciudades —recordemos que en México se halló un túnel azteca mientras se llevaban a cabo las obras del Metro—; en conclusión, puedo afirmar que existen muchos lugares en nuestro planeta que aún no mostrarán sus secretos...

Ahora bien, los recintos subterráneos de la Gran Hermandad Blanca no sólo guardan los avanzados artefactos, sino que custodian cosas más grandes y poderosas. Así la eterna sabiduría se constituye en el tesoro máspreciado por los Maestros.

Los archivos históricos de «Mu» y Atlántida, que datan de tiempos inmemoriales, se hallan reunidos en las galerías intraterrenas del Paititi. Asimismo, los archivos perdidos del Imperio inca y de otras culturas que aún nos son desconocidas se hallan también en el mundo interior. Además, las planchas metálicas y los cristales de información que contienen pasajes extraídos del *Registro Akdshico* se encuentran al lado de los archivos antes mencionados. Los 32 Mentores de la Luz dieron estas planchas de secreta simbología y los poderosos cristales a los supervivientes atlantes, junto con el sagrado Disco Solar, que es la llave entre las dimensiones y que, por consecuencia, podría «leer» el Archivo Akáshico o la verdadera historia de la humanidad, el cual es llamado por los Guías y Maestros *El Libro de los de las Vestiduras Blancas*.

He aquí el verdadero «tesoro» del Paititi, resguardado en «La Sala de los Registros» y custodiado por los pocos Estekna- Manés que aún habitan en el mundo subterráneo, perpetuando así la sagrada tradición que heredaron de los primeros sacerdotes de la sumergida Atlántida.

El mundo interior empieza a formarse.

CÓMO ES EL MUNDO INTERIOR

Actualmente la población del reino subterráneo no es tan numerosa como en épocas anteriores; con el transcurrir de los milenios la civilización interna fue disminuyendo, abandonando el plano físico que conocemos y estableciéndose en niveles más sutiles desde donde seguirían llevando a cabo el plan de ayuda, tal como lo hicieron en un principio los 32 Mentores de la Luz.

La mayor parte de los seres intraterrestres no poseen cuerpo denso, es decir, ya dejaron su envoltura material. Por ello los Maestros nos han hablado de retiros interiores *físicos* y otros *sutiles*. El Paititi reúne ambas condiciones.

En lo que se refiere a los retiros interiores sutiles, el acceso es a través de la meditación y de los viajes astrales. Este es el caso del retiro del Titicaca y de Hayumarca, en el altiplano peruano-boliviano; del valle del Urubamba, en Cusco; de Nasca, en lea; entre otros.

No obstante, sabemos que existen seres físicos en las galerías subterráneas de la meseta de Marcahuasi, en los Andes centrales; en las cercanías de la comunidad de Q'eros, en Pancartambo (Cusco); en las selvas del Manú, en Madre de Dios y en otros lugares más que en su momento serán revelados, Los retiros de la Gran Hermandad Blanca se distribuyen en diferentes partes del planeta, unidos todos por las fuerzas de la luz y al servicio de la humanidad. Aquí citaremos algunos enclaves: El Uritorco, en Argentina; Paysandú, en Uruguay; Atacama, en Chile; la Cueva de los Tayos, ubicada en la zona fronteriza de Perú y Ecuador⁹

9. Lamentablemente, por un conflicto fronterizo entre Perú y Ecuador, se colocaron minas explosivas en las inmediaciones del retiro; una prueba más de que las fuerzas oscuras están allí evitando que la humanidad acceda a su verdadero pasado (existen registros de información en las cuevas). En su momento, la Cueva de los Tayos demostrará que sus secretos no pertenecían a nadie sino a la humanidad misma. Cabe mencionar que nuestros grupos de contacto tuvieron la oportunidad de realizar más de una valiosa expedición al retiro amazónico.

la Sierra del Roncador — denominada así por los diversos «ruidos» que se dejan sentir desde el subsuelo—, en Brasil; Catatumbo y Roraima, en Venezuela; Guatavita y Tota, en Colombia; Teotihuacán, Palenque, El Valle de las Siete Luminarias y la Zona del Silencio en México; Monte Shasta, al norte de California; Compostela y el Pico Sacro, en España; los Pirineos y el Bugarach, en Francia; la Península del Sinaí, en Egipto;¹⁰ Pótala, en el Tíbet; los montes Karakorum, entre el Tíbet y China; en los montes Vindhya, al sur de la India; amén de otras moradas sagradas.

Todos estos lugares se hallan unidos por túneles subterráneos. En el caso de Sudamérica, el gigantesco «pasadizo» se inicia en Monte Shasta, atraviesa México, penetra en Centro- américa, y hace su aparición en Sudamérica por Colombia; de allí continúa por Ecuador hasta penetrar en Perú; el inmenso túnel prosigue recorriendo las entrañas de Bolivia, Chile y concluyendo en la Patagonia argentina —y hay indicios de que de allí conectaría de alguna forma con la Antártida—. Una importante bifurcación se ubica precisamente en Perú; ésta se dirige hacia Brasil, donde se «abre» como la copa de un gran árbol, diversificándose hacia otras regiones.

Es interesante escuchar las afirmaciones del Subsurface Research Center de Phoenix (Estados Unidos) a través de su Director Charles A. Marcus que sostiene la existencia de una vía subterránea de unos 4.000 kilómetros de longitud que parte de México dirigiéndose hacia el sur de Perú. No obstante, este túnel gigantesco, llamado por algunos el «verdadero camino de los incas», es aún mucho más grande...

Si bien afirmamos la existencia de una amplia red de colosales túneles, no sostenemos la teoría de una Tierra hueca. El centro de nuestro planeta está formado por hierro y níquel en estado líquido. Es muy posible que la temperatura allí registrada sobrepase los 5.000 grados celsius. Ya desde el

10. Estos lugares también fueron visitados por nuestros grupos; los primeros viajes se realizaron en 1989 y 1990 (véase *Contacto Interdimensional* de Sixto Paz Wells, Errepar, Buenos Aires, Argentina, 1994).

siglo XVIII, investigaciones científicas confirmaron la densidad del ardiente centro planetario.

Empero, ello no impide que una civilización superior habite en galerías subterráneas. Para empezar, el mundo de estos seres se halla en la corteza (que posee aproximadamente 33 km de espesor como promedio, en las zonas montañosas este grosor supera los 50 km) en la parte más próxima a la superficie, libre de la descomunal temperatura del centro situado a más de 6.000 km por debajo de las ciudades intraterrestres. Además, la adelantada tecnología que poseen los Sabios ha logrado desviar los mortales gases que fluyen de las profundidades. Por otro lado, acertados conductos de ventilación que conectan con la superficie se han constituido en una inteligente fuente de oxígeno; en nuestros viajes los hemos identificado, hallándolos cuidadosamente disimulados entre la vegetación y detrás de grandes rocas, según sea la geografía donde se esconde el retiro. Como sabemos, nuestro planeta a lo largo de millones de años ha ido expulsando materia líquida a la superficie, generando con ello grandes explosiones volcánicas. Muchos de estos conductos que llevaron lava a la superficie se mantienen inactivos y casi intactos tras la expulsión del material rocoso fundido.

Estos conductos también han sido acondicionados por los Maestros; no en vano encontramos retiros interiores en lugares que, en el pasado, han tenido clara actividad volcánica; como por ejemplo Marcahuasi y

Hayumarca.¹¹

Así las ciudades intraterrestres no sólo se abastecen de la energía cósmica; una de sus principales fuentes de poder se halla en la energía telúrica, la cual es absorbida por extraños cristales que se hallan repartidos por todo el mundo interior.

Es interesante saber que a pesar de tener tecnología punta a su alcance, los Maestros llevan una vida monástica, dedicados a la oración y al trabajo interno. Ellos se rigen por un código muy antiguo que denominan *Decadrón*; un conjunto de diez elevadas leyes que orientan la evolución del mundo intraterreno:

Primera Ley: «El verdadero estudiante de la Vida empieza estudiándose a sí mismo».

Segunda Ley: «La Luz verdadera alumbra o ciega según la actitud del estudiante».

Tercera Ley: «El verdadero soldado de la Luz batalla amando al enemigo».

Cuarta Ley: «La verdadera protección radica en el control del miedo interior».

11. Aquí deseo resaltar un hecho realmente interesante: las esculturas talladas en la roca no son una exclusividad de Marcahuasi y Hayumarca; estas obras atlantes se pueden apreciar en distintos puntos de la Tierra, con semejanzas notables. Sólo por poner un ejemplo he citado a Marcahuasi (Andes centrales de Lima) y Hayumarca (frente al lago Titicaca, en Puno). Una fotografía de uno de estos enigmas se podría tomar fácilmente por la del otro —nosotros hemos investigado *in situ* las esculturas de ambos lugares—. El investigador peruano Daniel Ruzo ha sido uno de los primeros en observar estas curiosas similitudes en diferentes partes del mundo —aunque hasta donde sabemos no visitó Hayumarca—. Para mayor información sugiero revisar el estudio del doctor Ruzo en sus libros: *Marcahuasi, la historia fantástica de un descubrimiento*, Editorial Diana, México, 1974; y *El valle sagrado de Tepoztlán*, Editorial Mundo Hispano, Perú, 1978. Ruzo, tras una minuciosa investigación que duró más de cincuenta años, concluye también que el origen de las esculturas es atlante.

Quinta Ley: «El verdadero Maestro enseña con el ejemplo». *Sexta Ley:* «El verdadero mensajero es aquel que sólo transmite el mensaje».

Séptima Ley: «La Fe verdadera se sustenta en el conocimiento». *Octava Ley:* «La sagrada doctrina se toma aún más sagrada si se es consecuente con ella».

Novena Ley: «El verdadero Templo es aquel que se construye sobre la base de sentimientos, pensamientos y actitudes».

Décima Ley: «El verdadero Místico es aquel que pone en práctica los principios del Cielo y que muere constantemente por amor al prójimo».

Tal como lo dicen los Maestros, el Decadrón se basa en las propias leyes cósmicas que rigen el Universo, y sólo a través de la correcta meditación se puede acariciar el significado profundo de cuanto señalan las sencillas y luminosas palabras de los Antiguos.

La vestimenta de los Maestros consta por lo general de largas y bellísimas túnicas. Estas pueden ser blancas, azules o doradas, según la función que cumple el ser que la lleva consigo. Todos se saludan con la mano izquierda, como símbolo de paz y tranquilidad —ya que la mano derecha representa la fuerza—. Ello resulta interesante porque en varias experiencias de contacto físico los Guías saludaban levantando su mano izquierda. Alcir también hizo lo propio durante el contacto en Pusharo y ello nos recuerda que Cachán, *el único machiguenga que estaba en contacto con la Hermandad Blanca*, saludaba sólo con su mano izquierda, a diferencia de toda la tribu. Es interesante además observar en las antiguas pinturas rupestres una mano izquierda pintada con insistencia en las paredes de las cavernas. Todo esto es muy sugerente.

En el monasterio interior existen salas especialmente diseñadas para la meditación, donde se lleva a cabo un diálogo con la esencia divina que mora dentro de la apariencia física. La meditación es una de las actividades más sagradas en el Paititi subterráneo. Sin embargo, no todo es meditación en el mundo interior. Cada miembro del retiro tiene una responsabilidad; unos se dedican al cuidado de las galerías; otros a la distribución de víveres (la alimentación es a base de vegetales y frutas, combinados con extractos de

minerales que se consiguen en las áreas dedicadas al aprovechamiento del subsuelo); un grupo de sacerdotes vela por los archivos y las máquinas; otros, hallan su función en los sistemas de transmisión, entre otras tareas.

Los sistemas de transmisión —en los cuales las facultades psíquicas y la tecnología se concilian— permiten a los intraterrenos estar en continuo enlace, conociendo a la distancia todo lo que ocurre en los distintos retiros que existen en el planeta. No obstante, cada cierto tiempo se agrupa toda la Jerarquía; estos grandes cónclaves y concilios se realizan para debatir temas de gran importancia y trascendencia dentro del Plan» Según nuestro calendario una de estas magnas reuniones se llevaría a cabo en el mes de agosto, lo cual explica por qué precisamente en ese mes se realizan los viajes más ambiciosos de nuestros grupos de contacto.

Estas reuniones tienen como escenario el continente sudamericano; el lugar preciso es secreto y sólo lo conocen los Maestros. Quien dirige esta elevada actividad es una bellísima mujer, la más alta Jerarquía del cónclave, que se caracteriza por poseer una profunda sabiduría y un gran amor por la humanidad. Poco sabemos sobre este elevado espíritu que muchas veces ha dejado sentir su radiante presencia a la humanidad.

Sobre la apariencia física de los seres que habitan en la ciudad subterránea del Paititi no debemos alarmarnos,¹² su aspecto es humano, aunque en algunos se puede apreciar una fisonomía algo estilizada; esto, porque muchos son mestizos entre razas del espacio y de nuestro mundo. Como ya expliqué en líneas anteriores, ello originó el gigantismo, que aún conservan un grupo de seres intraterrenos del Paititi.

12. Escribo esto por aquellos que se forman opiniones guiándose por las apariencias. Muchas veces el ser humano al ver a alguien diferente lo califica de «malo», por el simple hecho de ser distinto. Un ejemplo claro de ello es el racismo, que ha originado masacres de pueblos enteros durante la accidentada historia de nuestra humanidad.

Pero no todos. El aspecto de muchos es tan humano que fácilmente podrían mezclarse con la población de nuestro planeta; sin embargo, en los últimos tiempos han dejado de hacerlo. Para hacer llegar sus enseñanzas se han valido de emisarios, que son seres humanos que ya han tenido un contacto directo con la Jerarquía, divulgando sabiamente los misterios de la Hermandad Blanca a aquellos que están preparados a recibirlos. Los Maestros del mundo intraterrestre *no intervienen directamente* en estas operaciones —como muchos han creído—, sino que se valen de métodos mucho más ingeniosos para compartir el mensaje.

Aquí debo mencionar los denominados *retiros externos*₅ que son conformados por gente comprometida con la labor del Gobierno Interno Positivo del planeta. Ellos también transmiten las enseñanzas, ya sea a través de conferencias, libros, y, principalmente, procurando divulgar el mensaje con el **EJEMPLO**.

Es así como los Maestros llegan a nuestra humanidad de superficie; sin embargo, sólo me he referido a uno de los aspectos del plan de ayuda. Los Sabios intraterrenos pueden «conectarse» mentalmente con nosotros, inspirándonos profundos sentimientos de paz, amor y armonía. En sueños —definitivamente la vía de comunicación más empleada por ellos, a diferencia de los Guías extraterrestres que utilizan con mayor frecuencia los mensajes telepáticos—, la persona podría estar siendo asistida por estos seres, sin recordar muchas veces lo que «escuchó» o «visualizó» en sueños. De pronto uno se despierta diferente, con un ánimo distinto, con mayor seguridad y *con gran energía*. Todo este despliegue procura suplir la presencia física de los Maestros en nuestro mundo de superficie. Para contactar físicamente con ellos —una vez que se nos dio la invitación para vivir tal experiencia—, tendríamos que aproximarnos a los lugares donde habitan para así facilitar el encuentro. No en vano, desde los inicios de la experiencia de contacto los Guías fueron muy claros al referirse sobre este punto: viajar a los diversos retiros interiores para contactar con la Jerarquía planetaria.

Si el lector está familiarizado con este proceso, sabrá muy bien que los viajes clave de la misión de contacto estuvieron dirigidos principalmente hacia este punto. No olvidemos que es la Gran Hermandad Blanca de la Tierra la que entregará el denominado *Libro de los de las Vestiduras Blancas*:

Hermanos, el tiempo físico nada les puede decir, pues no corresponde al de la Misión, dense cuenta de que al retrasar las realizaciones concretas de RAHMA, están aguantando o renunciando a su participación en el fin de la Misión: En la recepción del *Libro de los de las Vestiduras Blancas*...

Oxalc (10/01/80)

Ahora llega el tiempo en que el hombre asumirá la posta de la sagrada obra, convirtiéndose en heredero de un arcano conocimiento y sucesor de una estirpe de Maestros que, desde hace miles de años, han venido guiando, secretamente, el destino cósmico del ser humano. La cautela será una herramienta indispensable para caminar a paso firme y seguro; el enfrentamiento de fuerzas complementarias es tal que, si dejamos de lado nuestro trabajo interior, podríamos equivocarnos la marcha al no estar conectados con la luz interna que guía al caminante. Podemos tener la ayuda de los Guías y los Maestros, pero ésta no será efectiva si es que nosotros no asumimos un compromiso con el Plan. Así el hombre se transforma en *punte* de un designio superior.

La incomprensión ha llevado a creer que los Maestros estarán allí dando los pasos por nosotros; y en verdad, aquel que ama no nos alejaría de una responsabilidad que sólo a nosotros corresponde.

Algunos escritores al hablar de la Hermandad Blanca se preocupan de aspectos que se hallan atrapados en el mundo de las formas y de los esquemas, atribuyendo energías e influencias planetarias a presuntos Maestros que ya de por sí son muy cuestionables. Nadie, por más elevado que sea, se proclama el nuevo «avatar» de la Era Acuariana, sino que, como la misma palabra lo deja en claro —la palabra *avatar* es sánscrita y significa «descender»— una entidad superior vuelve a este plano por amor, llevando

a la práctica los sabios dones de la paz, el respeto y la humildad; esta última difícil de encontrar en los supuestos Maestros de la Nueva Era que, dicho sea de paso, se les quiere comparar con el mismísimo Señor Jesús, en poder y autoridad.

Abundan estas informaciones, y muchas veces confunden al lector. Los autores se ocupan en desvelar la respetable lista de encarnaciones de los actuales Maestros —muchas de ellas fácilmente refutables— así como divulgar los «métodos» para invocarlos, afirmándole al desorientado lector en qué días y a qué horas se pueden hacer estas prácticas. Por si ello fuera poco, se suma a esto la intervención de Arcángeles y otras entidades, que si bien es cierto existen y son seres de luz, al mezclar de esta forma todas estas presencias peligrosamente, se crea un marco exótico que, según nuestra propia experiencia, no se ajusta a la realidad. Si bien es cierto que nada de malo hay en investigar las distintas fuentes de información —procurando con ello obtener una visión más amplia de los temas afines al contacto—, ello no quiere decir que vamos a tomar de aquí y de allá para mezclar procesos distintos y, hasta a veces, mensajes diferentes.

Los Maestros del Paititi pertenecen a una civilización superior, pero ello no debería significar que son «mejores» que nosotros; ellos están atravesando una etapa y nosotros vivimos otra; es como comparar a un alumno del colegio con un estudiante de universidad. Tan sólo nos hallamos ante procesos distintos, y ello se debe tomar con madurez y naturalidad.

EL REAL TIEMPO DEL UNIVERSO

Para comprender esto, retomaré aspectos de la vida en el mundo interior, en donde hay uno muy interesante que merece ser descrito. Me refiero al promedio de vida —en cuerpo físico— que pueden alcanzar estos seres. Según la medida de tiempo que nosotros empleamos —ellos se rigen por otro «sistema»— el promedio de vida de esta civilización subterránea oscila entre los 900 y los 1.100 años. Aunque su apariencia pueda revelar lo contrario, estos Maestros logran perpetuarse varias centurias, como es el caso del mismo Alcir, que en algún momento me confió que su nacimiento

fue en 1146, lo cual indica que actualmente él tendría algo más de 850 años, aparentando exteriormente sólo unos 65...

Así, el tiempo empieza a transformarse en un mero concepto teórico, sin desvelar sus misterios más profundos a la mente tridimensional del ser humano. Desde el remoto pasado, al ver el hombre antiguo la sucesión del día y la noche, empezaría a formularse este sistema de medición que llamamos tiempo. Ahora sabemos que éste es relativo.

Según los Guías y los Maestros, existe un desfase temporal en nuestro planeta. La Tierra está viviendo un tiempo alternativo, diferente al tiempo real del Universo. Quizá por ello nuestros astronautas han experimentado un menor envejecimiento al abandonar la Tierra a bordo de los vehículos espaciales. Ello nos trae a la memoria las palabras del Señor Jesús que, de forma sencilla, se refiere a este acelerado proceso como parte de un designio superior: «Y si aquellos días no fuesen acortados, nadie sería salvo; más por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados...» (San Mateo 24:22).

Los Maestros del Paititi han logrado *neutralizar* en sus retiros el acelerado proceso de nuestro planeta, viviendo ellos 13 veces más lento — curiosamente el número 13 era sagrado para muchas culturas, como la maya, que basó sus construcciones en esta clave—. Esto nos da una razón más de por qué los intraterrenos no abandonan tan fácilmente sus mágicas moradas y, aquí también, encontramos la explicación a la leyenda del *Shangri-La*, que habla de lugares donde el tiempo se regula.

Empero, ello no es lo más impactante; aún continúan con nosotros algunos de los primeros sacerdotes atlantes que sobrevivieron a la destrucción de Poseidonis. Teniendo en cuenta que esta catástrofe ocurrió hace miles de años, no es difícil imaginar que estos seres deberían tener una edad enorme. Si es así, ¿cómo lograron perpetuarse durante tanto tiempo?

Entre las informaciones que Alcir brindó se hallaba la historia de los «Tres Héroes», altos líderes de la Atlántida y que en todo momento velaron por la seguridad de los registros.

Fueron ellos los que sugirieron emigrar a moradas subterráneas que serían construidas en distintas partes del mundo; los Tres Héroes fueron también los que recibieron de los 32 Mentores de la Luz el sagrado Disco Solar y los archivos.

Al ver que su transición se acercaba, fueron depositados en cámaras de hibernación; allí podrían estar físicamente vivos durante mucho tiempo, esperando el día y la hora del *Anrrorn*, el momento de la «gran claridad». En ese instante el Libro será entregado y el hombre asumirá, definitivamente, su labor de puente restituyendo el orden cósmico y conectándose con el Real Tiempo del Universo.

Muchas culturas en remedo de las cámaras de hibernación atlantes implantaron las técnicas de momificación, que estaban orientadas a los mismos fines. Ahora sabemos que los egipcios, los incas, los mayas y otras grandes culturas guardaban en sus momificaciones el recuerdo de un conocimiento antiguo. Así podemos rastrear otras curiosas similitudes, como por ejemplo las construcciones piramidales con elementos aislantes, las cámaras subterráneas, el uso de cristales, entre otros. Demasiadas «coincidencias» como para pretender obviar un mismo origen para todas estas civilizaciones.

Ésa fue la voluntad de los «Tres Héroes», los primeros Estekna-Manés que asumieron la posta de los 32 Mentores y que lograron vencer el paso del tiempo para perpetuarse. No es la tecnología lo que les permite mantenerse así, sino el alto grado de consciencia que franquea los conceptos espacio-temporales. Las máquinas no servirían de nada si ello no fuese así. Ahora, ellos esperan a alguien que los reemplace, para que así se continúe con la magna obra iniciada por los 32 Mentores...

LA BASE AZUL

La ciudad secreta del P ai ti ti no sólo alberga las sorpresas ya mencionadas. Muy cerca de ella existen instalaciones de una civilización espacial; con ello me refiero a la *Base Azul* ¿?, centro de operaciones de los Guías

extraterrestres. La responsabilidad de dicha base recae principalmente en los Guías de Venus, quienes desde hace miles de años vienen trabajando estrechamente con los Maestros de los retiros interiores. Son pues los seres de Venus quienes tuvieron mayor participación en el proceso de las grandes culturas de América, en labor conjunta con los Estekna-Manés (al lado de los Maestros atlantes, 144 instructores extraterrestres se abocaron también en la tarea de sembrar las bases de la civilización, ejecutando para ello diversos proyectos en distintos lugares del planeta, como por ejemplo Sumer).

La presencia de la Base Azul explica por qué se suelen avistar sospechosas luces en la zona del Pantiacolla; aunque, para información del lector, no todas estas curiosas manifestaciones se podrían atribuir a las naves extraterrestres, sino que algunas de estas «luces» corresponden a la energía que emite el aura de los Maestros que, muchas veces, se desplazan con sus vehículos sutiles (es decir, que se hallan en estado de proyección mental o astral, físicamente visibles por la energía que emanan) por las inmediaciones de los retiros del Paititl. Durante nuestro viaje pudimos verificar la presencia de estas luces, y diferenciar también cuándo se trataba de una nave de la Base Azul o la posible proyección de un Maestro. La misión de la Base Azul es variada. Sabemos que allí se encuentran muchas personas que han sido rescatadas de diversos puntos de la Tierra. No es descabellado pensar que algunas de las famosas expediciones perdidas hayan podido ser evacuadas a esta base. Sabemos también que de aquellas instalaciones parten naves espaciales hacia Venus y Ganímedes, llevando consigo muchas veces a las personas que fueron rescatadas; esto con el propio consentimiento de la persona, que viaja a aquellos mundos para ser preparada para un posterior retorno, donde la Tierra que conocemos no será más.

La Base Azul se dedica también a realizar estudios de la reserva del Manú, procurando con ello conseguir los nuevos beneficios naturales que se pondrán en manos del hombre del futuro.

Según nos han informado los Guías de Venus, la base posee la cura para las distintas enfermedades que hoy por hoy aquejan a nuestro mundo.

El lugar no ha sido escogido al azar; últimos estudios indican que de haber una gran catástrofe mundial bastarían los recursos naturales del Manú para abastecer al planeta entero durante varios años...

Para nosotros ha sido muy trabajoso asimilar estas y otras informaciones; pero las mismas se fueron confirmando una y otra vez. El Paititi reservaba más misterios de lo que nosotros suponíamos y, ahora, tras reflexionar, estamos convencidos de la realidad de todo ello, por más fantástico que parezca.

Hasta aquí he hablado del plan de ayuda que el Gobierno Interno Positivo está llevando a cabo, describiendo sus orígenes y su conformación actual. Sin embargo, no sólo hemos encontrado el apoyo de civilizaciones plegadas a la luz. Existe otra Jerarquía «paralela» que pretende interrumpir para siempre el designio de lo alto. Al hablar de la Hermandad Blanca no puedo omitir la fuerza que la antagoniza: la Hermandad Negra, la eterna lucha entre el bien y el mal, y el posible desenlace de esta confrontación inimaginable, en donde el ser humano se halla envuelto...

9. LA OPOSICIÓN DE LOS HIJOS DE LA OSCURIDAD

Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes...

La Biblia (Efesios 6:12)

Sin lugar a dudas, un tema que sacude a muchos: de tan sólo pensar en la existencia de aquella entidad que se reveló ante el Altísimo, se encrespan los cabellos y una leve corriente eléctrica se desplaza velozmente por la espalda. Este ser tenebroso fue el causante del mayor drama cósmico que el hombre conozca* Su nombre: Lucifer.

Según lo que los Guías extraterrestres nos han enseñado, Lucifer es en verdad una entidad del Universo Mental —un ser de energía pura, etéreo— que planteó un cambio radical en el sistema de evolución que regía a todos los mundos. Ello ocurrió en el origen de los tiempos, más allá de cualquier cálculo humano.

El cambio sugerido por Lucifer se basaba en un libre albedrío, buscando con ello suprimir el proceso tan esquematizado y horizontal que predominaba en los seres. Era una forma de superar el estancamiento evolutivo en que se hallaban sumidos. Sin embargo, la proposición de por sí era peligrosa. No era conveniente llevar a cabo esta modificación del sistema en las civilizaciones ya existentes, ya que ello denotaría impredecibles consecuencias en la reacción de los diferentes seres, que hasta ese momento venían experimentando el sistema anterior.

Fue por ello que el Padre Creador decidió experimentar el proyecto, pero con una importante variación: éste se desarrollaría en una nueva raza, que debería lograr lo que sus hermanos mayores no consiguieron. Era el inicio del Plan Cósmico. Lucifer, en total desacuerdo porque las cosas no se estaban haciendo como él esperaba, se rebeló ante el Padre Creador. Como medida de enfrentamiento empezó a influir cósmicamente en otras civilizaciones para plegarlas a una gran rebelión. No podía ser que el proyecto no se llevase a cabo con los seres vigentes, sino que se realizaría con una humanidad que ni siquiera existía en ese momento...

He aquí que se produjo la gran guerra de la cual muchas religiones hacen referencia. Los «dioses» se enfrentarían, y en medio de esta conflagración cósmica se produciría la creación de la Tierra y, más tarde, la aparición del hombre. Hasta donde sabemos la Tierra no fue el único lugar elegido para desarrollar aquel Plan,¹ pero todo parece indicar que nos hemos venido convirtiendo en la esperanza de las civilizaciones extra-terrestres que nos visitan, ya que nosotros teníamos que demostrar que a través del amor y la fe se podía alcanzar la *Cristificación*; es decir, la consciencia de la esencia.

Resultado de esta guerra fue que algunos seres que formaban parte de la rebelión vinieron a nuestro mundo en calidad de deportados —tras ser sometidos por la Hermandad Blanca del espacio—; éste fue el caso de un grupo de extraterrestres comandados por su líder *Satanel* («Satán»).^2

1. La Confederación nos ha hablado de ocho planetas UR o de aura azul, que eran propicios para el desarrollo del proyecto. Uno de estos planetas era la Tierra.

2. Una vez sometidos los rebeldes extraterrestres, se les encomendó apoyar el proyecto en nuestro planeta; sin embargo, Satanel y los suyos no tardarían mucho tiempo en rebelarse nuevamente, saboteando el proyecto al enseñar al hombre conocimientos prohibidos. Según los Guías esto sucedió hace aproximadamente veinticinco mil años.

El lector podrá apreciar que Lucifer y Satán no son la misma persona; el primero es un ser ultraterrestre y el segundo un ser físico procedente de Rigel, en la constelación de Orion. Lucifer es una palabra latina y su significado es «el que porta la Luz», lo cual denota sus primeros orígenes. Satán, en cambio, significa «el adversario», denominación apropiada por cuanto este extraterrestre estuvo al mando de un gran colectivo de «rebeldes».

Acepto que estas informaciones podrían ser un buen argumento de película. No obstante, esta historia habría ocurrido realmente hace mucho tiempo.

Desde entonces las fuerzas oscuras se han establecido en nuestro mundo bajo la consigna de ocultarle al hombre su real identidad y su misión al interior del Plan Cósmico. Es conveniente señalar que las fuerzas oscuras no sólo las conforman los seres de la rebelión que se asentaron en nuestro mundo quedando posteriormente «atrapados» en una cuarta dimensión.³ Todos los escrupulosos científicos materialistas, militares identificados con el poder de las armas, asesinos, mafias de terror, magos negros y sectas tenebrosas, entre otros, constituyen aquello que denominamos «Hermandad Negra». Las fuerzas de oscuridad logran «reclutar» en sus filas a este tipo de personas —muchos ni siquiera son conscientes de ello—, y para lograr tal cometido se valen del engaño. Estas huestes de tinieblas tienen como doctrina la ignorancia y, en verdad, esto es mucho más complejo de lo que nos imaginamos. Veámoslo en las siguientes líneas.

3. Como los rebeldes extraterrestres se desenvolvían en un plano físico —nuestro planeta— no estuvieron libres de la muerte, perdiendo su corporeidad y emigrando con sus vehículos sutiles hacia la correspondiente dimensión o plano. Quedaron allí atrapados, ya que los Vigilantes sembraron cristales de poder en diversos lugares de la Tierra para que estos seres no escapasen. Algunas religiones se refieren a ellos como «los ángeles caídos».

UNA MISIÓN CÓSMICA QUE SE OCULTA

Si el ser humano ha venido equivocando la marcha se debe a la ignorancia: no sabemos de dónde venimos, quiénes somos, y hacia dónde vamos. Esta es la eterna pregunta de todo aquel que se empieza a interesar por los aspectos profundos de la vida humana; sin embargo, muchas veces esta pregunta no encuentra una satisfactoria respuesta; no obstante, ello no quiere decir que ésta no exista.

Ya hemos visto que en la ciudad subterránea del Paititi existen archivos de conocimiento, así como en otros retiros que se hallan enclavados en diferentes puntos de nuestro planeta. Jesús dijo hace unos dos mil años que la *verdad* nos haría libres, y ciertamente hoy en día los Maestros custodian esa verdad para entregarla al hombre, una verdad que nos conduciría por la senda correcta.

Tan importante es la «verdad» para el ser humano, que las fuerzas oscuras han venido ejerciendo una influencia tenebrosa para impedir que el hombre conozca su misión, no en vano todo aquello que nos podía aclarar nuestro origen cósmico y el proceso seguido, se halla destruido; salvo los archivos de la Gran Hermandad Blanca.

De existir la Biblioteca de Alejandría, por ejemplo, tendríamos muchas respuestas sobre nuestro pasado —según Cari Sagan, en Alejandría se guardaba un libro titulado *La verdadera historia de la humanidad a lo largo de los últimos 100.000 años*; lamentablemente Julio César y sus tropas saquearon la ciudad e incendiaron sus casas, destruyendo así los archivos. César es tan sólo uno de los primeros incendiarios de la lista, ya que en nuevas ocasiones se insistió en quemar la biblioteca. En su momento ésta albergaba más de 700.000 pergaminos, reunidos de diferentes regiones y culturas; ello se logró gracias al faraón Evergeta II, que había ordenado que todo libro que llegase a Egipto debía ser depositado en Alejandría. Este es uno de los casos más tristes y, peor aún, no es el único que registra la historia. Antes del primer incendio de la

Biblioteca de Alejandría (año 48 a. de C.) encontramos otras lamentables destrucciones.

En el año 213 a. de C. el emperador chino Shi-Hoang-Ti mandó quemar todos los libros antiguos —salvo los que ordenó guardar para su biblioteca personal—; por si esto fuera poco, reunió a 460 escritores que sepultó vivos, advirtiéndoles a sus homólogos que correrían la misma suerte si tenían en su poder alguna tablilla escrita. Esta medida, sin lugar a dudas, obedecía a la ignorancia del emperador.

Un siglo antes, en el año 330 a. de C., Alejandro Magno incendia la Biblioteca de Persépolis. El fuego llegó a consumir los antiguos archivos que, si hubieran sobrevivido a tal acción, nos hubieran brindado una mayor claridad sobre la antigua sabiduría persa.

El rey Nabonasar no se queda atrás, 747 años a. de C. ordenó eliminar las crónicas de la Biblioteca de Babilonia; la misma suerte correrían numerosos documentos antiguos, siendo muy pocos los que fueron rescatados de las imprudentes destrucciones.

De seguir retrocediendo en el tiempo llegaríamos a la época de la Atlántida, donde afortunadamente buena parte de los registros fueron puestos a salvo gracias a los Estekna-Manés de entonces.

Por citar algunos casos más, puedo recordarle al lector la destrucción de: los Libros Sibílicos de los Sacerdotes de Apolo; los antiquísimos textos del Avesta; los manuscritos rúnicos de la civilización celta; los libros de la Antigua Djudul —la Tebas de Oriente—; los libros cátaros; los sagrados códices de las antiguas culturas de Mesoamérica, como los mayas; los Quipus o registros de información de la cultura inca; los miles de tratados de «ciencias extrañas», quemados conjuntamente con sus poseedores por la Santa Inquisición; libros de información en general destruidos por el Tercer Reich en 1939; el robo de los manuscritos de Qúmram, entre otros penosos casos... ¿Casualidad?

La Hermandad Negra ha sabido alejarnos de nuestra verdadera historia, seduciéndonos a la ignorancia y al desconocimiento.

Si el lector pone atención en los conflictos actuales podrá observar que estas conflagraciones se producen precisamente en las zonas sagradas que, como sabemos, guardan en lugares secretos la clave del conocimiento. Un ejemplo claro de ello es lo que ocurre actualmente en Tierra Santa; en el caso de Sudamérica ya mencionamos el conflicto fronterizo entre Ecuador y Perú que comprometió, sospechosamente, a la Cueva de los Tayos.

Las fuerzas oscuras le han declarado una guerra psíquica a la humanidad. No deberíamos olvidar que estas fuerzas negativas influyeron en la mente de los atlantes, atrayéndolos rápidamente al lado oscuro del conocimiento que, con el transcurrir del tiempo, degeneró en el mal uso de la tecnología. Las consecuencias ya las conocemos.

Desde la llegada de los 32 Mentores de la Luz se restituyó en la Tierra el equilibrio de fuerzas; sólo el hombre puede —y debe— inclinar la balanza. Esto no es invención nuestra, en todas las religiones encontramos amplia referencia a ello: el bien y el mal; la lucha de los «dioses» en vehículos que se *desplazan por los cielos* —como las que narra el *Mahabhárata* hindú—; la naturaleza cósmica del hombre y la misión de alcanzar la perfección; entre otras similitudes con lo que hoy aseveran los Maestros del Paititi, ¿podríamos decir que todas las religiones, mitos y leyendas de la Antigüedad están equivocadas? Sin embargo, esto no es lo más intrigante. En lo que se refiere a la guerra cósmica antes citada, lo que más llamó nuestra atención es que, en algún lugar del Universo, el enfrentamiento de los «dioses» continúa...

ARMAGEDÓN: LA BATALLA DE LOS DIOSES

Analizando el lenguaje de los símbolos y de la mitología, el de los empolvados recuerdos de las leyendas antiguas y el mensaje de diferentes religiones, encontramos el enfrentamiento entre los Hijos de la Luz y los Hijos de la Oscuridad. Se mueven en grandes luces, como si se tratase de fuego; surcan el firmamento con potencia y poder, conmoviendo a los mortales que los observan con mezcla de adoración y temor.

Ellos, los «dioses», vienen de lugares distantes, de las más lejanas luminarias de la noche; y el hombre no es ajeno a esta historia.

Aquí podría citar algunos casos, como el que nos relata la Biblia al referirse a «la guerra que estalló en el cielo» (Apocalipsis de san Juan, capítulo XII), donde Miguel y sus ángeles se enfrentaron al Dragón.

En *El libro de los Muertos* de los antiguos egipcios, se menciona a **RA** (o **RAH**) —el poderoso dios Sol— luchando contra los hijos rebeldes del espacio.

En la mitología griega encontramos la sublevación de los dioses ante la suprema divinidad: Zeus. Resultado de ello fue una verdadera batalla que tuvo como escenario las blancas paredes del Olimpo.

En los textos sagrados de la India hallamos también importantes evidencias de una batalla cósmica, como la que protagoniza el héroe Rama (**RAHMA**) contra su sombrío adversario, Ravana, quien se desplaza por los cielos en «un carro de los vientos, que se asemeja al Sol...».

En épocas más recientes aún podemos seguir rastreando el enfrentamiento de los «dioses», tal como lo atestigua el grabado de «La Hoja volante de Nuremberg», que hace clara referencia a unos extraños objetos que lucharon en pleno firmamento alemán el 14 de abril de 1561. Un hecho similar se registró también en Basilea, Suiza, el 7 de agosto de 1566.

El incidente Roswell, por ejemplo, es una prueba concreta de que algo sigue ocurriendo en el espacio. Es decir, los objetos que se han estrellado en la tierra como el célebre caso de Nuevo México en Estados Unidos, habrían sido interceptados por «algo». Por desgracia, en torno a estos casos de naves extraterrestres estrelladas existen serias dificultades para llevar a cabo una esclarecedora investigación. Al parecer, detrás de estos hechos existe una «mano negra» que pretende ocultar la naturaleza «extraterrestre» de estos casos.⁴

4. Para mayor información sugerimos la lectura de *Roswell: secreto de Estado*, del periodista español Javier Sierra (Editorial Edaf, Madrid, España, 1995).

Nosotros sabemos —por las informaciones que hemos recibido de los seres que nos visitan— que naves como las del caso Roswell fueron en realidad derribadas por otras, pertenecientes a la llamada Confederación de Mundos de la Galaxia, que se hallan protegiendo los cielos de la Tierra. Recordemos que no se trata de un solo accidente, son numerosos los casos y el silencio de la Fuerza Aérea norteamericana se ha dejado sentir, salvo las cuestionables explicaciones con las que pretenden encubrir la veracidad de los hechos, ampliamente documentados por serios testimonios y documentos de la época.

Sabemos que la Tierra está en una especie de cuarentena cósmica, resguardada por las naves de la Confederación Galáctica que se mantienen vigilantes desde las bases orbitales que se hallan en nuestro Sistema Solar. Si dudamos de ello echemos un vistazo a los numerosos vídeos de las sondas espaciales terrestres; allí no sólo veremos los increíbles desplazamientos de sospechosas luces, hallaremos también el testimonio filmi- co del trasbordador espacial norteamericano *Discovery*, que nos muestra el enfrentamiento de unos veloces ovnis sobre la cara redonda de nuestro planeta (septiembre de 1991). Este vídeo ha sido certificado por la NASA como *real*, aunque dan una distinta interpretación a los clarísimos objetos espaciales. De seguro, nos quedamos más conformes con la interpretación del desaparecido periodista catalán Andreas Faber-Kaiser, que también vio en las imágenes el testimonio de una suerte de «Guerra de las Galaxias».

Sin embargo, el terreno donde se desarrolla *realmente* esta pugna entre las fuerzas del bien y las fuerzas del mal es psíquico. Tan sólo viendo los programas de televisión o las películas que hablan de destructivas invasiones extraterrestres nos damos cuenta de ello. Por todos lados encontramos la nociva influencia, y esto no es una exageración. Las compañías de publicidad —por poner un ejemplo didáctico que explique cómo actúan las fuerzas oscuras— Conocen muy bien los efectos que

producen los mensajes subliminales en los consumidores, quienes por «arte de magia» ejecutan la acción deseada sin saber qué los estimuló. A diario estamos expuestos a estas influencias, y no en vano existen tratados enteros de psicología que explican el comportamiento humano frente a ello. Nuestra mente recibe constantemente diversas impresiones que hallan su fuente en imágenes, sonidos y otras influencias que hoy por hoy nos son desconocidas. Aunque suene extraordinario las fuerzas oscuras se valen de una verdadera «red» de influencia psíquica, para crear con ello un penoso desconcierto que, paradójicamente, ha afectado al curso de las investigaciones del fenómeno ovni.

Algunos estudiosos del tema ovni sólo ven en la posible visita extraterrestre una especie de manipulación cósmica, basándose en las advertencias de numerosas religiones que afirman que en un futuro los demonios harían «grandes señales» para desorientar a la humanidad; además, esta hipótesis se ampara en los casos de abducciones donde presuntos extraterrestres intervienen quirúrgicamente a seres humanos en operaciones monstruosas que, más tarde, son «revividas» a través de dudosos métodos hipnóticos.

No niego que algunos de estos hechos tienen una base real. Sin embargo pienso que la mayoría de estos casos podrían ser fruto de la sugestión del supuesto abducido;⁵ otros, serían claras manipulaciones de lo que en realidad ocurrió, como el caso de Travis Walton, cuya experiencia de contacto —totalmente desvirtuada— fue llevada al cine en la película *Fuego en el Cielo* (*Fire in the Sky*). Todo ello siempre bajo un oscuro propósito...

Pienso que sería poco objetivo englobar a todas las civilizaciones extraterrestres en estos casos, por cuanto hemos venido verificando el apoyo y asistencia de muchos seres que sí se encuentran plenamente identificados por la luz, ¿Cómo saber si no estamos equivocados?.

5. *Lo imaginario en el contacto ovni*^ Dennis Stillings, Heptada, Madrid, España, 1990.

¿Cómo discernir? Un gran Maestro reveló la fórmula para hacerlo: «Por sus frutos los conoceréis...».

A lo largo de estos años de contacto con los Guías extra-terrestres y Maestros de la Hermandad Blanca, puedo asegurar que sus frutos no albergan engaño alguno. Siempre sus palabras fueron de estímulo, llenas de amor y sabiduría. Nunca nos han pedido hacer algo que nosotros no sintiéramos, y tampoco se mezclan en asuntos que, como ellos mismos dicen, son de nuestra entera responsabilidad. Ello a veces no es comprendido por algunos investigadores que siguen empeñados en sus terroríficas teorías; curiosamente, hasta donde sabemos, ninguno de ellos ha tenido un encuentro con estos elevados seres,, Si tan sólo hiciéramos caso a nuestra intuición, seguro que nos ahorraríamos muchas especulaciones intelectuales.

Todo esto forma parte de la gran conflagración cósmica, llevando el enfrentamiento hacia horizontes inimaginables. Bajo cualquier forma o apariencia podríamos encontrar este impactante choque de fuerzas, y nosotros en medio de ellas. Es la función del Universo encontrar energías complementarias que concilien un equilibrio; lo que denominamos «bien» y «mal» siempre existirá como manifestación de la Ley Unica; pero estas fuerzas complementarias deben guardar una armonía, hasta ser una sola fuerza y ya no una dualidad. Para lograr esta integración es necesario restaurar el orden perdido.

LA VERDADERA CONFLAGRACIÓN

Desde que se inició la experiencia de contacto, los Maestros siempre afirmaron que a lo único que debíamos temer era a nuestro propio miedo. Este es uno de los sagrados principios del *Decadrón* intraterrestre. Es imposible negar la asechanza de las fuerzas oscuras. Recordemos tan sólo que grandes seres como Buda y Jesús no se vieron libres de la tentación.

Sin embargo, había una fuerza que impedía cualquier daño o influencia nociva. Esta fuerza se sustentaba en la oración y en el conocimiento de estar siendo asistidos por jerarquías positivas.

Nada ni nadie nos puede hacer daño si nosotros antes no lo permitimos. El poder que confiere la seguridad interior es grandísimo; para ello es necesario vencer nuestro miedo, que no es otra cosa más que nuestra propia ignorancia. Los Guías ya lo dijeron: «Era necesario que ustedes llegaran venciendo a sí mismos con humildad, renunciando a la comprensión inmediata de ciertos trabajos, para así protegerlos de la asechanza a que estaban expuestos...».

Y en otro mensaje también se afirmaba: «La única ventaja que tienen las fuerzas oscuras es que ellas conocen sus limitaciones, mientras ustedes no vislumbran sus propias potencialidades...».

La verdadera conflagración es interior.

Si salimos airosos de esta prueba, lo demás sería dado por añadidura, como consecuencia lógica al trabajo realizado. Si bien es cierto que estas fuerzas oscuras existen ■—y que debemos tener conocimiento de ellas— ello no implica centrar nuestra atención hacia este punto. Como diría un sacerdote católico a un niño que le preguntaba si existía en verdad el demonio: «Sí, hijo, existe... pero no creas en él...».

La lucha empieza allí, «adentro», donde cotidianamente tenemos que vencernos a nosotros mismos. Si ello no lo podemos lograr, ¿cómo pretender enfrentarnos con la influencia tenebrosa del exterior? Nuestra primera batalla es, ciertamente, con nosotros mismos.

Para ello debemos ir identificando los aspectos nocivos de nuestra personalidad, y cambiarlos por otros que sean positivos. Al hablar de un cambio —como dicen los Guías— no me refiero a abandonar una postura para adoptar otra, sino que cambio se refiere a «liberar» al **SER REAL** de aquello que *no le pertenece*. Poco a poco iríamos llevando a la práctica todo lo aprendido y logrado durante nuestro diálogo interior, transformándonos en seres integrales, en verdaderos soles que irradiarán

su potente luz a aquellos que la necesitan. No hay que olvidar que si estamos amparados por las *Fuerzas Supremas de la Luz*, no existe razón para preocuparnos.

Ello puede sonar muy fácil; pero, si el lector ya inició su batalla interior, sabrá que es una experiencia dura, reservada sólo para quienes han decidido no ser más una marioneta de los acontecimientos.

Debemos vencer nuestras dudas, temores, ignorancia, rencor, y una serie de «demonios» —me atreveré a llamarlos así— que se podrían hallar en nosotros, conviviendo incluso con nuestras propias virtudes. Estos «demonios», que no están fuera sino dentro, hacen su «aparición» en diversas circunstancias, haciendo daño no sólo a nosotros mismos, sino extendiendo su radio de acción al prójimo que muchas veces es ofendido por nuestros pensamientos, palabras o acciones. Todas estas enseñanzas las hemos venido profundizando en la experiencia de contacto, y allí aprendimos que no hay otro camino que el amor. Es el único derrotero. Y este mensaje ya ha sido mostrado desde siempre: cuando empecemos a morir a nosotros mismos, comprenderemos que no hay nada más maravilloso que entregarse al prójimo —al próximo— por su bienestar; sin embargo, para lograrlo, debemos vencer en aquella conflagración interna, de donde saldremos airoso como soles en la Tierra. Una máxima de otro tiempo nos recuerda que: «Un verdadero guerrero no es aquel que vence mil batallas, sino aquel que logra vencerse a sí mismo».

La Puerta 13, «el Universo interno del ser humano», representa entonces la puerta que se abre en el interior, y un conocimiento ancestral que nos aguarda para desvelarnos nuestra misión personal en el concierto de los mundos. He aquí la verdadera «llave» del contacto.

En verdad es más que necesario tomar conciencia de ello, porque después de esta apertura nos aguarda una última e importantísima conexión...

10. EL ARCA DE LA ALIANZA GALÁCTICA Y LA CONEXIÓN 14

De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce; desde David hasta la deportación de Babilonia, catorce; y desde la deportación de Babilonia hasta Cristo, catorce...

La Biblia (San Mateo 1:17)

El Éxodo bíblico nos cuenta que en una de las importantes revelaciones de «Dios» ante Moisés se entregaron las pautas para construir la misteriosa Arca de la Alianza; hecha en madera de acacia, para luego ser cubierta de oro «por dentro y por fuera», en ella se depositaría el «testimonio de la Alianza Divina».

A partir de este detalle ya nos encontramos ante indicios sugerentes: el oro y la madera reproducen un sistema aislante propio de artefactos que concentran energía. Si el Arca fue hecha para condensar en su interior una posible fuente de poder, ello explicaría las mortales descargas que a manera de «rayos» se manifestaban en presencia de los sacerdotes, ocasionando incluso la aparición de tumores, lo cual nos sugiere un efecto radiactivo. Recordemos tan sólo la fatal experiencia de Nadab y Abiú, hijos de Aarón, que al entrar en el sancta sanctorum del Tabernáculo con incensarios *de metal*, desobedeciendo así las instrucciones, sufrieron una «llamarada» del Arca se disparó hacia ellos, ocasionándoles la muerte.

Nuestro interés en el Arca de la Alianza se originó a raíz del encuentro físico con el Maestro Alcir, que se refirió al misterio del depositario sagrado al recalcar que lo más importante era lo que simbolizaba. Además, el Maestro intraterrestre afirmó que el «verdadero secreto» se hallaba dentro. Este «acertijo» orientó también nuestras investigaciones.

Ciertamente, el Arca es el archivo secreto del pacto entre Dios y su pueblo —la humanidad—, su importancia se deja apreciar con nitidez ya que es el único objeto sagrado que las escrituras describen al detalle atribuyéndole, por si fuera poco, poderes sobrenaturales. En el Antiguo Testamento encontramos unas doscientas referencias.

Según Alcir, el preciado objeto está custodiado por la Gran Hermandad Blanca en una cámara subterránea; aunque su localización exacta aún no nos ha sido revelada, tenemos sólidos indicios que nos orientan a una probable ubicación en Egipto y no en Etiopía como generalmente se sospecha. En lo que todos coincidimos es que el Arca está «bajo tierra». No olvidemos que la *Misnáy* el *Talmud* apoyan la posible existencia de un recinto subterráneo o «gruta secreta» que escondería el Arca tras la «Piedra de la Fundación» o *Setiyyah*.

Algunos estudiosos del Arca creen que la gruta secreta podría hallarse en el monte Nebó, a 50 km de Jerusalén. Para defender tal hipótesis los investigadores se basan en el libro segundo de los Macabeos, un texto apócrifo que menciona al profeta *Jeremías* escondiendo el Arca «en el monte desde el cual Moisés contempló la heredad del Señor...». No obstante, desde las peregrinaciones de los Caballeros Templarios hasta nuestros días se han realizado numerosos intentos por desvelar el paradero final del Arca, que desapareció súbitamente entre los siglos X y VI a. de C. Empero, hasta la fecha no se ha podido dar con su paradero final.

Sobre lo que oculta el Arca en su interior también hallamos diferentes teorías; definitivamente la más aceptada señala la presencia de las tablas de piedra que contienen los Diez Mandamientos, el sagrado compendio de la voluntad divina.

Honestamente no tengo la certeza de qué oculta realmente el Arca como para avalar tal presunción; sin embargo, de algo sí estoy totalmente convencido: sea lo que sea, el secreto del Arca debe guardar una relación muy estrecha con la recepción del *Libro de los de las Vestiduras Blancas*. Cuando el Arca sea devuelta no me cabe la menor duda de que ello ocurrirá

bajo la orientación de los Maestros...

La creencia de que el regreso del Arca perdida marcará una etapa importante en el futuro de la humanidad está muy arraigada en el pensamiento de muchos hombres. Incluso existen algunas profecías que señalan su retorno cuando se levante por tercera vez el Templo de Salomón, que antiguamente albergó al Arca de la Alianza en su magnífica arquitectura. Por poner un ejemplo, aquí citaré un fragmento del Corán para comprender la importancia que ello encierra:

*El signo de su investidura divina será que os vendrá el Arca en la que están la alianza de vuestro señor y reliquias de lo que dejaron las familias de Moisés y Aarón. LOS ANGELES LA TRAERAN. En eso hay una prueba, si sois creyentes...*¹

La palabra «Ángel» proviene del griego —aunque su raíz original la hallamos en la palabra hebrea «malak»— y significa «mensajero», una acertada definición para la labor que han venido desempeñando los Maestros de la Jerarquía. Para que quede claro con esto no quiero desvirtuar la existencia de entidades sutiles que también son llamadas ángeles;² tan sólo esgrimo aquí mi sentir sobre el magno momento que significaría el retorno del Arca de la Alianza; no sólo por lo que contendría en su interior para beneficio de la humanidad, sino como un símbolo, una representación alegórica de que el hombre está retomando su origen sagrado.

1. *El Corán* (Ver Azora II, 249), Edición de Plaza & Janes, Barcelona, España, 1995.

2. Un ángel es una entidad espiritual que actúa como intermediario entre la voluntad de Dios y los hombres. Según el Nuevo Testamento los ángeles no deben ser objeto de culto, situación que ya se deja vislumbrar peligrosamente en algunos grupos esotéricos que han mezclado una serie de informaciones donde los ángeles caminan de la mano con presuntos Maestros Ascendidos. La Biblia agrupa a los ángeles en nueve órdenes: Serafines, Querubines, Tronos, Dominaciones, Potestades, Virtudes, Principados, Arcángeles y Ángeles.

Ello sería una señal, el anuncio de una Nueva Era que empezaría a florecer en la Tierra.

LA DANZA DE LOS 144.000

«Lo más importante es lo que representa el Arca para toda la humanidad...», afirmaba el Sabio intraterreno. Ahora sabemos que el Arca no sólo simboliza el pacto entre el hombre y su creador, sino una alianza con las mismas fuerzas de la luz, alianza que se consolidaría cuando el ser humano ingrese conscientemente en la Gran Hermandad Blanca como la civilización número 33. Es interesante saber que la estrella de seis puntas —representación numérica de la clave 33— siempre aparecía en los grabados que procuraban recrear la apariencia del Arca de la Alianza... Pero ello no es todo. El simbolismo de la denominada «alianza» con las fuerzas de la luz encierra otra clave numérica: 144.

No es ningún secreto el camino ominoso que el hombre ha iniciado al construir armas de destrucción masiva. Nuestra actual «Era Atómica» ha ocasionado, además, una alarmante contaminación del medio ambiente; los resultados los podemos apreciar en la contaminación de los mares y en la progresiva destrucción de la capa de ozono, sólo por poner algunos ejemplos concretos.

En la experiencia de contacto hemos aprendido que nuestra negatividad se halla concentrada primero en nuestra mente, y ello atrae como consecuencia desastres y desequilibrios naturales, tal como ocurrió con las antiguas civilizaciones que equivocaron el camino.

Según los Maestros, nuestra humanidad se halla en un punto crítico donde cualquier cosa podría suceder; por ello su preo cupación en el despertar de consciencia de los seres humanos para evitar una posible catástrofe. He aquí que la Confederación nos ha asegurado que se necesitan 144.000 seres humanos trabajando por la luz para que el devenir de los acontecimientos se corrija; no en vano nos han dicho que las profecías son tan sólo

advertencias de lo que podría ocurrir, y que procuran llamarnos a reflexión para modificar esta situación.

Sí, el hombre puede y debe cambiar el futuro. Sembrar equilibrio donde podría aparecer el caos, y compartir la paz donde los enfrentamientos se perfilan. Sin embargo, ello no es tan sencillo: que 144.000 seres trabajen de forma *constante* por el bienestar de la humanidad no es fácil —aunque no imposible—. Pero ello deberá ocurrir, y a pesar de las condiciones adversas sabemos que el Plan se está cumpliendo, y que el futuro negativo de la humanidad ya ha empezado a registrar importantes cambios.

Es gratificante encontrar gente comprometida con la luz, al margen de las diferencias raciales, culturales o incluso religiosas, aspectos del proceso humano que tanto nos han separado. Debemos restituir la unión de toda la humanidad. Esta es la «alianza» que se halla intrínseca en el Arca sagrada, el pacto que reúne a los hombres en un mismo propósito.

Al reflexionar en ello, las profecías de los indios Hopi y Pueblo que hablan de la danza de los 144.000 en torno al fuego sagrado, se reproduce como un canto celestial en nuestro corazón:

Ciento cuarenta y cuatro mil Maestros Iluminados de la danza del Sol despertaran totalmente en sus cuerpos mentales oníricos. Ellos empezarán a encontrarse en sus propias ruedas de serpientes emplumadas y se transformarán en la principal fuerza de la Luz, para ayudar al resto de la humanidad a danzar su sueño del despertar. Un Maestro de la danza del Sol es cualquier ser humano que ha despertado, que ha ganado su cuerpo mental-onírico y que honra todos los senderos, todos los Maestros y todos los caminos...

Es muy posible que la labor de este colectivo de personas guarde una relación muy concreta con la clave 144 (no 144.000), que implica la recepción del conocimiento oculto y el nacimiento de una nueva humanidad. Podría teorizar que la recepción del *Libro de los de las Vestiduras Blancas* se daría como consecuencia lógica al trabajo realizado por los «Maestros de la danza del Sol».

El Libro está reservado para la humanidad, para que ésta conozca su verdadera historia y así desvele su misión cósmica. No sabemos cómo ocurrirá esto, pero sí somos conscientes de que el tiempo es corto, y que las horas están contadas. Todo apunta a este momento que estamos viviendo: la cultura hindú hace referencia al *Kali- Yuga* actual, como una etapa muy importante para la raza humana; los incas habían pronosticado un nuevo *Pachacuti* —en el cual ya nos encontramos inmersos— donde el equilibrio tendría que restablecerse; el *Quinto Sol* del calendario azteca, que hace inequívoca referencia a la época que estamos viviendo, vaticina un verdadero nacimiento planetario; igualmente los mayas, en su denominada «cuenta larga», afirman que estamos viviendo un período de «amanecer galáctico» que hallaría su punto más importante en el año 2012; la ciencia de los astros apunta a la denominada *Era del Acuario*, donde el líquido elemento, representando la purificación y el conocimiento, se vierte sobre la faz de la Tierra; el retorno de la *Nueva Jerusalén*[^] vaticinado por la Biblia, ocurre en medio de ciertas señales que, hoy por hoy, se han ido cumpliendo...

EL NUEVO DÍA DEL ANRRROM

Y llegará aquel día donde el ser humano comprenderá su misión y su lugar en el Universo:

Sobre el amanecer del nuevo día, cuando la aurora aclare el firmamento y la paz como consecuencia de la tormenta, se haga presente. Ni las nubes volverán a oscurecer, pues habrá llegado el nuevo día del Anrrom, y el Siserático tiempo habrá cumplido su función depuradora. Nunca más prevalecerá lo oscuro y solamente aquel vestido de blanco como niño, cantará su Amor infinito.

(Comunicaciones del Nuevo Tiempo).

Para comprender esto es necesario conocer la visión de los Maestros sobre la vida y, en especial, sobre Dios mismo. Ellos no separan al Creador de su creación, sino que la creación es parte de la misma manifestación del Profundo.

Tampoco conciben un final para el mundo, los Maestros hablan de «cambios cíclicos», y que en cierta medida obedecen a lo que la misma humanidad ha sembrado. Los Maestros afirman la existencia de un solo Dios, y aseguran que en un futuro los seres humanos superaremos nuestras diferencias e interpretaciones de la Creación.

Si es así—podríamos cuestionarnos—, ¿por qué existen diversas religiones? La palabra «religión» proviene del latín *Religare?* que significa «volver a unir». Es paradójico que en vez de unirnos nos enfrentemos por el simple hecho de tener diferentes conceptos de la Divinidad. Si existen diversas religiones es porque hemos dado distintas interpretaciones a la misma *Unidad Absoluta*. En verdad, si rastreamos el mensaje de los diferentes credos, encontraríamos semejanzas notables. Por ejemplo, las religiones que hoy conocemos se concilian en la creencia de un Ser Supremo; en la encarnación o manifestación de la Divinidad en la Tierra; en el origen sobrenatural del fundador de la doctrina; la afirmación de libros que fueron inspirados por Dios; la afirmación de milagros realizados; y sobre todo, la esperanza de una religión universal.

Por si esto fuera poco, la «regla de oro» que pronunció Jesús «ama a tu prójimo como a tí mismo», la encontramos también en otras religiones, algunas muy anteriores al cristianismo. Aquí algunos ejemplos:

Hinduismo: *No hagas a otro lo que, si se te hiciera a tí, te causaría pena; éste es el compendio del deber* (extraído del Mahabharata).

Budismo: *En cinco modos deberá un miembro de clan servir a sus amigos y familiares... tratándoles como se trata a sí mismo* (extraído del Sigalovada Sutta).

Confucianismo: El Maestro contestó... «lo que tú no quieras que se haga a ti mismo no lo hagas a otros» (extraído de *Analectos*).

Taoísmo: *Para aquellos que son buenos conmigo, yo soy bueno; y para aquellos que no son buenos conmigo, soy también bueno* (extraído del Tao Te-Ching).

Judaísmo: *Cuida de ti, mi hijo, en todas tus obras; y sé discreto en toda tu conducta. Y lo que aborreces no lo hagas a nadie* (extraído de Tobías, 4:14-15).

Filosofía griega: *No hagas a otros lo que no desearás sufrir tú mismo* (extraído de Oraciones Chipriotas de Isocrates).

Ahora, aquellas palabras del Maestro Jesús cobran mayor fuerza: «Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es.»³ Pienso que efectivamente llegará ese día donde todos los hombres se conciliarán en el mismo punto de luz. Las diferencias serán superadas por la poderosa fuerza del Amor, que unirá e integrará a todos los seres que se hallan ubicados en el mismo sendero. El Plan Cósmico empezaría a cumplirse, y el Anrrom (el día de la «gran claridad») retronaría en todos los rincones de la Tierra, anunciando el amanecer de aquel Nuevo Día.

Es cierto que para que ello ocurra la Tierra deberá pasar por un proceso de «purificación» —que dicho sea de paso ya se inició—esto significa que nos hallaremos ante situaciones alarmantes como conflictos bélicos, injusticias humanas, enfermedades, catástrofes naturales y otras penalidades que forman parte de la preparación de una nueva humanidad.

A través del contacto extraterrestre hemos sabido de la existencia de un gran asteroide de órbita errática que se encuentra en ruta de colisión hacia nuestro planeta.⁴ La tensión mundial está «atrayendo» a este asteroide que, de tan sólo acercarse a nuestro mundo, desataría una catástrofe de grandes proporciones al ocasionar que nuestras armas atómicas y nucleares estallen por sí solas en sus propios silos o bases. Ello es tan sólo una advertencia, y un acontecimiento que puede ser revertido.

El mensaje consiste en permanecer atentos y conscientes durante este proceso: una madre al sentir los dolores del parto se alegra porque sabe que pronto vendrá un niño al mundo.

3. La Santa Biblia. San Marcos. 9: 40.

Ciertamente, en ese momento donde la Paz y el Amor denoten su glorioso retorno y se restituya el equilibrio de los elementos; Aquel que fue y es retornará nuevamente al planeta, para que todo lo que había sido escrito se cumpla...

LA CLAVE DEL RETORNO

He aquí que el misterio de la Puerta 14 se desvela. Durante la expedición al Paititi habíamos recibido en comunicaciones y en percepciones diversas que con la apertura de la Puerta 14 todo sería consumado. Sabíamos que las 12 primeras «puertas» ya se habían abierto conectándose con las 12 dimensiones correspondientes: 7 en el Plano Material, 3 en el Plano Mental y 2 en el Plano Espiritual. El enigma de una puerta trece se descubrió cuando tres miembros de la expedición cruzamos el Mecanto, el afilado cañón que marca el ingreso en el retiro físico de la Gran Hermandad Blanca. Allí supimos que la Puerta 13 era la conexión que todos nos habíamos olvidado: la puerta al propio *Universo Interior*. La llave para abrir esta puerta era el perdón, que no sólo consistía en un perdón «externo», sino en una verdadera redención personal que afectaría al Universo entero.

4. Quizá se trate del famoso *Hercólubus* o el «Ajenjo» bíblico mencionado por Juan en el Apocalipsis. Otros estudiosos, como Zecharia Zitchin, sugieren que podría tratarse de un planeta perdido, conocido por los súmenos, y responsable de las extrañas alteraciones orbitales de algunos de los planetas de nuestro Sistema Solar. Es posible, que se trate del mismo cuerpo celeste que hace más de veinticinco mil años ocasionó la destrucción de Maldek —para Zitchin ello ocurrió en tiempos muy anteriores—. Sea como sea, de ser «Hercólubus» un visitante destructivo, le cae muy bien el apelativo que algunos clarividentes le han puesto: «El Gran Juez». El gigantesco Hercólubus sería atraído por focos de tensión. Ello no nos debe sorprender por cuanto algunos astrónomos ya se han atrevido a anunciar la existencia de un gran asteroide que se dirige hacia la Tierra. Supuestamente, este visitante del espacio ya se encontraría dentro de nuestro Sistema Solar, o en camino...

Hasta aquí habíamos llegado; pero aún nos faltaba desvelar la Puerta 14 o «clave del retorno», que según las comunicaciones, marcaría una nueva etapa para toda la humanidad. Es anecdótico saber que la respuesta siempre estuvo ante nuestros ojos, a manera de claves que se tenían que reunir para luego estar frente a una verdadera revelación, que nos aclaraba todo lo que habíamos vivido hasta ese entonces. En verdad, el viaje al Paititi nos brindó la información necesaria para saber quién era la Puerta 14...

Jesús es la Puerta 14,

Si el lector estuvo atento a la cita que figura al inicio del presente capítulo, habrá notado que desde Abraham hasta David, de David hasta la deportación de Babilonia, y de la deportación de Babilonia hasta el nacimiento de Jesús, transcurren ciclos de 14 generaciones. Esto cobra mayor fuerza al saber que los Maestros reconocen a Jesús como **Señor Sham- bhala** o **Maestro del Mundo**.

Recordemos que los tres *Reyes Magos* eran miembros de la Gran Hermandad Blanca, y que fueron guiados por una estrella —más bien por una nave de la Confederación— que los condujo hasta la caverna donde María dio a luz al «Hijo de Dios». Los tres Maestros no le ofrecieron regalos al niño, sino que le mostraban sus pertenencias de encarnaciones anteriores, y de esta forma, después de que el niño las identificase, se reconocería la llegada de Aquel que habría de venir —tal como lo esperaban los esenios—. Una tradición similar se practica en Oriente cuando se busca al nuevo Dalai Lama. Ahora, la Jerarquía intraterrena anuncia nuevamente su regreso.

Es interesante conocer que Jesús nació en una caverna, y que luego de su muerte su cuerpo fue llevado también a una habitación excavada en la roca. Quienes conocemos la existencia del mundo subterráneo no pasamos por alto estos detalles. No en vano en la cueva donde se asegura que nació Jesús, se halla una refulgente estrella de plata, que posee para nuestra sorpresa 14 puntas. Allí podemos leer la siguiente inscripción:

«Hic de Virgine María Jesús Christus natus est» («Aquí nació Jesucristo, hijo de la Virgen María»).

De igual forma, el *vía crucis* que conduce a Jesús hacia su profetizada muerte en el Gólgota consta de 14 estaciones. Ello denota un profundo simbolismo que aclara las pruebas y sacrificios del verdadero camino a la elevación: la propia muerte. Morir a nosotros mismos, para luego renacer convertidos en seres de luz que encaminan sus pasos hacia la perfección.

En la India antigua se conocía también la clave del retorno, relacionada con las respiraciones de *Brahma** Cada inhalación o expiración del dios hindú marca un momento. En este instante nos hallaríamos en el proceso de la expansión, la cual ha sido confirmada por los científicos a raíz de las investigaciones de la explosión cósmica o «Big-Bang». A estos ciclos — conocidos como «el día de Brama»— se les denominaban los «14 Manus».

En Egipto hallamos también la clave 14, esta vez en el «Papiro de Hunefer» del *Libro de los Muertos*. En el papiro aparecen «14 dioses», en clara actitud de juicio frente a Hunefer, que permanece arrodillado frente a una mesa de ofrendas. Es un claro simbolismo de respeto hacia el final de los tiempos, donde cada uno deberá rendir cuentas de lo que hizo y lo que no hizo. Según el papiro egipcio, son 14 los dioses que actúan como jueces en aquel trascendental momento.

En el Paititi también hallamos la clave 14. Para muchos investigadores los incas fueron 13, ya que Atahualpa nunca asumió oficialmente la dirección del Imperio que arrebató a su hermano Huascar; ello no se logró porque en ese preciso momento los conquistadores llegaron a Perú, interrumpiendo los planes de usurpación y ejecutando a Atahualpa en la llacta de Cajamarca en julio de 1533. El Inca número 14 —según los Q'eros— es Inkari, quien habrá de volver desde su morada oculta (Paititi) al mundo exterior para restituir el orden perdido. Nuevamente podemos apreciar la relación que guarda el número 14 con un inminente «retorno».

Ahora comprendemos por qué se nos dijo que con la apertura de las dos

últimas puertas (13 y 14) el conocimiento oculto sería revelado por la Hermandad Blanca. Es atrayente saber que según el Arbol Sefirótico de los caminos de evolución de la Cábala, se afirma lo siguiente: «Los caminos 13 y 14 se juntan en el camino 33, que sólo lo conocen los Maestros, pues permanece oculto...».

Considero conveniente dejar en claro que la Puerta 14 es una revelación universal, por tanto, al afirmar que Jesús «es la Puerta 14...» no me refiero a El como persona, sino como ejemplo de lo que hizo. Muchos esperan a Jesús, otros a Maitreya —un Buda cósmico—; los Q'eros esperan a Inkarri. Todos esperamos el retorno de «algo» que se perdió, y al margen de cuál sea nuestra convicción religiosa, ese momento se dará muy pronto para beneficio de toda la humanidad.

La información que recibimos en el Paititi nos ha permitido comprender aún más las variadas perspectivas del Plan Cósmico. Ahora la responsabilidad es más grande porque sabemos muy bien cuál es el derrotero de esta misión; y bien sabemos, que ella no se podrá concretar en la medida que nosotros no trabajemos con nuestro propio proceso interno. El fin de la experiencia de contacto procura antes que todo un «rescate» donde el hombre salva al hombre. Ello implica descubrir y comprender nuestra propia humanidad interior, y nuestro lugar en la Creación Si ello no fuese así, todos los demás objetivos no tendrían sentido —serían sólo objetivos externos—, por cuanto esta Misión halla su cimiento en el desarrollo personal. Es necesario no olvidarnos de ello.

EPÍLOGO

Al retomar a Lima, fuimos recibidos con mucha alegría por nuestros familiares y amigos, así como por los grupos de con™ tacto que habían estado a la expectativa de nuestra expedición al Paititi. Todo era armonía. El cariño demostrado por tantas personas fue el mejor corolario a nuestro regreso. En lo personal, en cuanto llegué a casa me encontré ante conmovedoras sorpresas.

La operación de mi madre había sido postergada, lo cual me permitía cumplir la promesa que le había hecho de estar cerca para cuando eso sucediera. Como se imaginará el lector, la operación fue todo un éxito. Mamá se encuentra en la actualidad muy bien de salud, sorprendiendo a los médicos que en sus primeros diagnósticos por el cáncer detectado no se mostraban muy optimistas» Pero «algo» pasó» De pronto los exámenes dieron un giro extraordinario» Después de reflexionar en cómo se dio todo esto, llegué a la conclusión de que hubo intervención de fuerzas superiores, una prueba más de que no estamos solos en este camino.

Por otro lado, me enteré de que el laboratorio donde trabajaba antes del viaje a Paititi afrontaba una crisis en su estructura; eso originó una reducción de personal donde uno de los despedidos era mí antiguo jefe, aquel que me negó el permiso que solicité para poder participar de la expedición» En verdad, recibí esta noticia con suma tristeza, sin embargo era consciente de que estamos regidos por leyes cósmicas y que sólo nosotros somos los responsables de nuestras decisiones y actitudes. Para mí «suerte», pronto estaría trabajando en otro laboratorio.

También nos enteramos de que mientras estábamos en plena expedición al Paititi se produjo una intensa oleada de avistamientos de ovnis en diversos puntos del mundo, principalmente en Sudamérica. El investigador Pablo Villarrubia describe esta «oleada» de observaciones en un interesante artículo: «Agosto Ufológico», que apareció en la edición número 76 de la revista internacional *Año/Cero* (España). Nuestros grupos de contacto fueron también testigos de la aparición de las naves que, de seguro, estaban tratando de decir algo con su presencia.

Por otro lado, noté hechos muy extraños en torno a mi persona. Aunque esto sonará increíble, en diversas ocasiones objetos u adornos de la casa se caían por sí solos cuando me hallaba cerca; la corriente eléctrica disminuía cuando entraba en mi habitación, incluso se quemaron los plomos de la llave general eléctrica en dos ocasiones esa misma semana. Además, ocasionaba notables interferencias en la radio y en la televisión. Por si esto fuera poco, cuando me encontraba caminando por las calles de la ciudad de Lima, en algunas oportunidades los postes de neón se apagaban; y esto sucedió más de una vez —en presencia de testigos—, como para pensar que se trataba de un fallo en el sistema. Sé que esto es rarísimo, pero siempre ocurría sin que yo tuviese control del asunto y, curiosamente, cada vez que me pasaba se me venía a la mente la experiencia con Alcir. Es posible que la energía que capté en dicho contacto haya quedado en mí por un tiempo; ello explicaría el por qué de estos fenómenos.

A fines de septiembre, a los pocos días de haber llegado a Lima, realicé una conferencia sobre nuestro viaje al Paititi. La reacción fue muy positiva ya que todos habían estado sintiendo que algo muy grande estaba por ocurrir. A muchos les impresionó la experiencia física con Alcir, ya que hasta ese entonces los acercamientos con la Hermandad Blanca sólo se habían dado a través de emisarios o en algunos casos en experiencias de paso Xendra; todo indicaba que los Maestros de los Retiros Interiores estaban abriendo una puerta...

La labor de difusión se dio también en Uruguay, donde nuestros compañeros de viaje transmitieron con marcada sensibilidad el mensaje de los Maestros. Así, no faltaron invitaciones para compartir nuestra expedición al Paititi, ya sea a través de reuniones, conferencias y entrevistas en medios de comunicación.

En octubre redacté un pequeño informe de seis páginas sobre el encuentro físico en Pusharo, el mismo que fue enviado a los grupos de contacto de Perú y del extranjero. Los siguientes meses me ocupé en ordenar en tres cuadernillos toda la información que recibimos en el viaje; sentía que ello sería el primer paso para dar a conocer el mensaje de la Gran Hermandad Blanca.

En enero de 1997 empecé a escribir *Los Maestros del Paititi* basándome en todas las informaciones que la expedición había captado durante tamaña aventura. Un complemento importante a ello fueron las posteriores pesquisas que realizamos para ofrecer un testimonio más completo y coherente. También mantuvimos las salidas al desierto, y allí comprobamos el contundente apoyo de los Guías. Ello nos motivó a consultarles en comunicación sobre los cambios que se darían en 1998, tal como había advertido Alcir en el encuentro del 5 de septiembre de 1996. En los mensajes se nos dijo que estos cambios se perfilarían desde 1997, y que cobrarían mayor intensidad conforme pasaran los meses.

Curiosamente, 1997 conoció los devastadores efectos de la corriente del «Niño», que originó inundaciones, terremotos y alteraciones del clima en diversos países del mundo.

También en 1997 ocurrió un hecho que conmocionó al mundo: el polémico accidente de la princesa Diana de Gales, y la transición de la ejemplar Madre Teresa de Calcuta. Este acontecimiento enlutó a países enteros.

En el campo económico, la Bolsa mundial se vio tambalear a consecuencia del «Efecto Dragón», una reacción súbita e imprevista de la Bolsa de Hong-Kong que influyó increíblemente en diversas partes del mundo, produciendo un descenso considerable en los medios económicos.

En el ámbito militar no hubieron excepciones. En noviembre, el Golfo Pérsico fue nuevamente escenario de un posible conflicto bélico por los constantes desacuerdos entre Irak y la ONU. Los expertos aseguran que si esta situación continúa, se desataría una verdadera guerra nuclear en Oriente Medio, con consecuencias inimaginables. Es un foco de tensión permanente.

Hemos estado atentos a los acontecimientos que atraviesa nuestra humanidad, comprobando todo aquello que nos habían anunciado los Guías y los Maestros. Con ello queremos transmitir un mensaje que consiste — como ya mencioné anteriormente— en estar «despiertos».

Por lo pronto, sabemos que no concluyó nuestro trabajo en el Paititi; sabemos muy bien que quedó pendiente «la gran prueba» que mencionara Alcir en el contacto en Pusharo. Nos estamos preparando para ello, para cuando el *Año Semiótica*, o el momento propicio para desvelar las claves del conocimiento oculto, marque el día y la hora en que el poeta pueda abrir la última puerta, cerrada de antiguo del más purísimo amor.

Cómo olvidar la enmarañada jungla que nos cobijó al amparo de una leyenda misteriosa, que habla de ciudades perdidas y de altas civilizaciones; la humildad y sincera amistad de los hombres del Reino Q'ero y de los indios machiguengas; el mensaje de que sí podemos sembrar las bases de una nueva y luminosa humanidad. Sí, Paititi siempre estuvo dentro de nosotros, y si bien es cierto vivimos esta aventura físicamente, un fuego en nuestro interior se ha encendido, y no se debe apagar jamás...

Lima, diciembre de 1997.

ADDENDA

MENSAJES DE LUZ

Sin lugar a dudas, nuestros grupos de contacto hallan su principal fuente de información en las comunicaciones. Desde un principio los ***Hermanos Mayores*** recalcaron la importancia de no interrumpir este enlace, señalando además que no debíamos postergar ni siquiera la comunicación entre nosotros y con nosotros mismos, ya que es allí donde se produce el primero de los contactos»

Desde aquel primer mensaje (1974) se nos dijo que no debíamos descuidar la comunicación en todas sus formas y manifestaciones; una y otra vez se nos recordaba que la gran mayoría de lamentables incidentes en nuestro mundo se debían precisamente a una mala comunicación entre los seres humanos. Ello es así porque la comunicación une y agrupa a las civilizaciones, de esta forma se intercambia información, opiniones y hasta sentimientos. En este caso, el diálogo con los ***Guías extraterrestres*** y con los ***Maestros de la Gran Hermandad Blanca*** nos ha permitido profundizar la misión de contacto de la cual formamos parte; además de que pudimos conocer algunos misterios del hombre y la Tierra, comprendiendo verdades cósmicas que rigen a todos los mundos, sistemas y galaxias.

Sobre el método de recepción de mensajes, debo señalar que éstos se dan por vía telepática; es decir, son pensamientos que fluyen y recorren ilimitadas distancias hasta llegar a un receptor, que los codifica e interpreta plasmándolos por escrito.

Podríamos decir que un Guía toma el papel del *emisor* —lo cual no es improbable dados los altos niveles psíquicos que han desarrollado estas civilizaciones—, y el contactado en la Tierra asume una función de receptor o *antena*, estando totalmente consciente antes, durante, y después de la recepción.

Ejemplos de telepatía los vemos a diario: como cuando «adivinamos» lo que mamá nos va a decir antes de que ella pronuncie palabra alguna; o cuando pensamos algo y de pronto una persona nos «escucha», como si hubiéramos expresado nuestra idea en voz alta. ¿A quién no le ha pasado?

La telepatía no es un tema poco serio, recordemos que hay numerosas investigaciones científicas al respecto; quizá el caso más célebre sea el del astronauta Edgar Mitchel, que a bordo del Apolo XIV en el momento de su paso por la cara oculta de la Luna, inició un experimento de telepatía con un receptor que se hallaba en la Tierra, específicamente en la ciudad de Chicago, en Estados Unidos —el receptor era nada más y nada menos que el gran psíquico e ingeniero sueco Olof Johnson—. Según la comunicación de la Universidad de Massachusetts, los aciertos de Mitchel fueron notables (cerca de un 80 %) a pesar de estar separado de nuestro planeta por más de 300.000 km.

CARACTERÍSTICA DE UNA COMUNICACIÓN

En base al oportuno asesoramiento de los Guías, así como la experiencia acumulada en la recepción de los mensajes, toda verdadera comunicación debe poseer las siguientes características:

- Todo buen mensaje es coherente y lógico.
- De una sabiduría sencilla y profunda.
- Es positivo y de alternativa; jamás cae en el juego del catastrofismo.
- Siempre aporta algo nuevo,, y no es sólo la repetición de mensajes anteriores; ni los contradice, sino que los amplía y profundiza. El mensaje real es atemporal—Es real y de proyección futura, así trae una aportación

que la intuición percibe y la mente muchas veces no logra comprender.

—El mensaje es universalista y no personal, ni exclusivo.

—Propone un trabajo y un cambio para bien.

—No confunde, ni entra en contradicciones; y mantiene una línea de amor y respeto para todo y para con todos.

—Se recibe con alegría, por cuanto no es rutina de costumbre, y toda comunicación trae consigo Amor.

ACERCA DEL CONTACTANTE

Debe ser una persona sana a nivel físico, mental y espiritual; ser una persona disciplinada, objetiva, crítica y humilde.

Acerca de las comunicaciones

La comunicación debe llegar a todos después de haber sido analizada por el propio receptor, redactándola de tal manera que refleje exactamente la idea de cuánto quiso ser transmitido, aunque ello incluya una redacción más amplia de cuanto aparece psicografiado. Los mensajes no son personales, por ello deberán plantearse con preguntas que permitan una profundización del contenido. Nadie recibirá todo cuanto ha sido dispuesto que sea entregado, por lo tanto se debe trabajar en equipo intercambiando la información recibida.

EXTRACTOS DE COMUNICACIONES

A continuación presento algunos extractos de las últimas comunicaciones recibidas (1994-1996); he incluido solo aquellas que han sido confirmadas por manifestaciones concretas de los Guías, además de haber sido sometidas a un correcto análisis. Espero que estos *Mensajes de Luz* ayuden a comprender un poco más el proceso real de la Misión y la esperanza de ver florecer muy pronto una nueva humanidad.

30 de julio de 1994

«No busquen respuestas observando el cielo, sino más bien mirando al propio interior. Tienen algo importante por hacer, y no tendrán que predisponer el contacto. El contacto ya existe» (Oxalc).

28 de noviembre de 1994

«Sabemos el proceso de evolución que siguen en la Tierra. Sabemos que es difícil que jóvenes como ustedes dejen de lado las habituales características de un muchacho de su época y sociedad para entregarse a un trabajo espiritual y a la misión de contacto que encierra una gran responsabilidad. Sí, si quieren seguir, enfréntenlo todo: sacrificio, fe y confianza» (Oxalc).

29 de mayo de 1995

«Desde un principio les advertimos que deberían prepararse e indagar sobre la historia de la Misión; esta preparación ayudaría a que todas aquellas personas que quieren continuar con una etiqueta y una institución abrieran sus ojos para ver el camino, camino del cual están alejándose». «Nunca piensen que las cosas vendrán por sí solas; en la medida que ustedes afronten sus responsabilidades pueden hacer que éstas se den antes o después, pero háganlo. Ahora no pidan nada si antes no han visto si tienen siquiera la capacidad de asimilar todo lo que hasta hoy se les presentó».

«Ustedes son los hombres llamados *del tiempo*, porque han sido juntados de distintas épocas, tiempos y momentos del planeta. Son el libro viviente del *Libro de los de las Vestiduras Blancas*».

«Todos deben darse la mano y seguir por el mismo sendero para no extraviarse. Trabajamos con ustedes y para ustedes, para que la nueva humanidad sea la realidad que se necesita en el camino hacia el progreso espiritual. Recuerden que la luz es blanca cuando los ojos los tenemos abiertos, y el camino es limpio cuando se camina con los pies desnudos» (Joaquín).

6 de julio de 1995

«Esperanza y fe es la clave de lo que vendrá. ¿Cómo conseguir la fe? La fe no se consigue, la fe nace cuando uno siente que está en lo correcto» (Alcir).

26 de julio de 1995

«Les preguntamos: ¿En dónde acaba el camino cuando uno empieza a caminar? El camino nunca acaba, es el caminante el que se detiene» (Antarel).

29 de agosto de 1995

«Estamos observando cómo la Tierra viene siendo víctima del egoísmo y la soberbia del hombre, quien sin ningún reparo ha creado armas de consecuencia mortal para el planeta. Si ese hombre supiese quién es, de dónde viene y a dónde va, no ocurriría este ejemplo de insensibilidad ante el prójimo y el medio que ocupa. Cuando existe un divorcio entre la esencia espiritual de los seres con su avance tecnológico, los resultados son catastróficos» (Archer).

9 de mayo de 1996

«Se necesitan soles en la Tierra, seres que se entreguen sin limitaciones a aquellos que condicionan su participación. Allí entenderán por qué en Misión se prefieren hermanos que dicen ¡somos! a aquellos hermanos que dicen: «Hoy sí puedo ser». Recuerden cuando estudiaban en el colegio, cada uno era responsable del resultado de su examen. Aquel alumno que descuidaba sus estudios por dedicarse a otras cosas que consideraba menos tediosas salía suspendido, y tendría que repetir una y otra vez el grado escolar hasta aprender la lección. El Sol sale para todos, pero sólo su luz será benefactora para aquellos que la sepan aprovechar» (Joaquín).

9 de septiembre de 1996

«Muchos desean el contacto con nosotros y lo podrán lograr si se esfuerzan y dan más de cada uno. Nuestra presencia en la Tierra es una realidad que se ha venido dando desde hace miles y miles de años; muchos hombres, en diversas épocas de vuestra historia, estuvieron en contacto con nosotros, sin embargo muchas veces no vieron este contacto como un proceso natural, y por ello algunos se ocultaron en medio de sus propios temores. No sólo se debe buscar el contacto con nosotros, sino con uno mismo, ya que es allí donde se encuentra Dios; luego con las Jerarquías que rigen la Tierra; nosotros somos parte de todo este movimiento, y ustedes no son ajenos a ello» (Sampiac).

25 de octubre de 1996

«Quienes tengan la edad adecuada en entendimiento sabrán ver en estas palabras el mensaje oculto que llega como luz en las tinieblas: enciendan pues su antorcha, porque sólo con su luz podrán leer el *Libro de los de las Vestiduras Blancas*. ¿Acaso algún libro muestra sus palabras en la oscuridad? ¿Nunca necesitaron luz para leer algún texto en la penumbra? En esta ocasión, la luz que deben encender, está dentro de ustedes».

«En los días de la Atlántida existió un hombre sabio al que llamaban **NET**; él se dirigía como todo atlante a limpiar su templo personal que había erigido en su propio hogar.

Limpiaba sus interiores y el altar de la luz, así como también mantenía en cuidado los archivos de su familia que se conservaban en el templo. Pronto, el anciano Net perdió la constancia, sus visitas eran cada vez más esporádicas y, al poco tiempo, el sabio dejó de ir al templo. Entonces llegó un gran viento del norte, y este llenó de polvo la ciudad. El templo subterráneo de Net tragó el polvo a través de los canales de ventilación, cubriendo algunos objetos delicados que se empleaban para santas iniciaciones. También, los archivos que conservaban la historia de su familia, de generación en generación, fueron peligrosamente afectados. Pero Net ignoraba todo esto, ya que hacía mucho no se dirigía al Templo. Un día, el soberano Rey de la Atlántida decidió visitar a Net, motivado por la gran sabiduría que ostentaba el anciano. Y fue así como el Rey entró a conocer el Templo de Net, comprobando entonces el gran desorden que allí imperaba. Al ver esto, el Rey se volvió observando detenidamente al sorprendido Net, y dijo: «¡Oh, Net, tú que eres considerado hombre sabio has descuidado tu templo y los archivos de tu familia que son sagrados! Seguro que el sueño te venció y olvidaste que el poseer un templo es de por sí una gran responsabilidad. Reflexiona, y pregúntate si tu templo interior está en el mismo estado».» (ALCIR).

PAUTAS PARA EL TRABAJO DE GRUPO

Mensaje recibido el 13 de junio de 1996 Con Amor, Anitac comunicándose. Vemos que ya están definiendo la misión grupal que los reúne. Es momento de otorgarles algunas pautas, aquellas que siempre estuvieron aguardando el momento de ser escuchadas. Sí, nos referimos al trabajo ideal que debe existir en todo grupo de trabajo. Estas pautas son:

1. **La definición de la Luz.** Como todo grupo que trabaja por la luz deben definir qué es la luz para ustedes. Cada miembro del grupo debe tener muy en claro hacia dónde conduce el sendero que han elegido. Recuerden que deben buscar primero dentro de ustedes mismos, para luego reconocer afuera lo que antes han sentido.
2. **La armonía.** Deben respirar un ambiente de armonía en sus reuniones. Para ello sugerimos realizar alguna práctica de meditación antes de llevar a cabo cualquier actividad, así estarán relajados y en paz, procurando no llevar un diálogo a discusión. Siempre deberán hablar con amor y verdad. Hagan esto no sólo en sus actividades, sino en cualquier parte donde se encuentren.
3. **El compromiso.** Si han aceptado a Rahma como misión, definan lo que es para ustedes y su papel como misioneros al interior de Rahma. Todos deben tener muy presente los objetivos de la Misión, trabajando en común-acción por el cumplimiento de ellos.
4. **La preparación.** Sólo la podrán llevar a cabo aquellos que no descuidaron cada parte que se complementa. Así pues, no les servirá de mucho pasar horas en meditación si no llevan a la práctica lo que han venido descubriendo en su diálogo interno. La preparación debe ser integral.

Recuerden que preparación también implica el investigar cuánto van observando en la experiencia de contacto, de esta forma podrán ir comprendiendo las informaciones que la Confederación les ha permitido conocer. Cierren pues el círculo; la preparación debe ser total si quieren completar la Misión. Prepárense en grupo, es importante que ello se realice en conjunto.

5. *El mensaje de cambio.* Lo irán transmitiendo si logran primero un cambio en su persona, separando de ustedes aquello que no les pertenece. Tengan presente que motivarán al cambio sólo si son ejemplo. Sobre lo que a divulgación de información se refiere, saben que todo grupo de trabajo debe compartir lo que aprende, ya que son focos de irradiación. Sin embargo, hermanitos, ello no significa que harán mal uso del conocimiento: lo que recibieron con tanto esfuerzo deben saber compartirlo en el momento indicado y con las personas que realmente están abiertas a escuchar. Guarden silencio si ello no es así. Pero no se preocupen, serán sus actos los que hablarán por ustedes.

6. *El equilibrio de roles.* Deben tener esto muy presente: todos los miembros de un grupo de trabajo son distintos, diferentes en formas de actuar, de razonar y hasta de sentir. No deben procurar que todos sean iguales, ya que no lo lograrán. Busquen complementarse, y lo que hagan, háganlo juntos. Allí está el real equilibrio de un verdadero equipo.

Respeten al hermano que está pasando por su momento. Cada uno es responsable de su preparación y compromiso con el Plan. Asimismo deben respetar los distintos roles que puedan asumir los miembros del grupo. Recuerden que no hay un rol idéntico a otro. Todos se complementan y todos son importantes. Reconozcan en silencio la misión del compañero, porque el verdadero equilibrio está en la armonización de roles que, como si se trataran de variados sonidos con su propia vibración, se concilian en un acorde de agradable música.

7. **La Cristificación.** Deberán morir a sí mismos si es que quieren seguir adelante. Quien acepte Rahma como misión no podrá avanzar si en sí mismo no existe desprendimiento, desapego y renuncia. Si en verdad vibran en la clave sagrada tendrán que ir desechando aquello que les podría dificultar en su camino a la luz. La pereza y la comodidad es un obstáculo que deben sortear, y no solo en Rahma, sino en la vida misma. Sí, es con sacrificio que cumplirán como grupo la sagrada meta.

8. **La amistad.** Se les dijo más de una vez que debían ser amigos antes de ser hermanos en misión. Les recordamos que un amigo es aquel que acepta al otro sin reprocharle sus errores, mas sí aconsejando aquello que está mal con palabras tan dulces como el viento. Amigo es aquel que está con uno cuando más se le necesita; escuchando y apoyando, porque en medio de ellos mora el amor. El verdadero amigo procura el bien del otro, evita hacer daño a su compañero; pero, si se equivoca, el amigo también sabe perdonar. Entonces la amistad sigue, y no igual que antes, sino más sólida y fuerte que nunca. No se engañen y sepan reconocer las pruebas de madurez que ofrece un grupo de trabajo. Los verdaderos amigos no se prueban en las reuniones de fraternidad, donde todo es risa y alegría. Sólo se determina la solidez de la casa cuando hay tempestad y no cuando hay calma. Es allí, en las dificultades, que aprenderán a conocerse y a ser verdaderos amigos.

9. **El proceso de crecimiento.** Les parecerá que el grupo empieza una y otra vez. No se confundan: son las puertas que van abriendo y van cruzando.

Se dirá que los mensajes siempre recalcan lo mismo. No se desesperen: es la flecha que está orientada al centro del blanco, y ese centro se llama ¡despertar!

Les parecerá que el grupo termina por disolverse en más de una ocasión. No especulen: son los caminantes que otorgan la posta.

Se dirá que el grupo acaba o que acabará, pero aquellos que conocen el

propósito del grupo sabrán ver con el corazón que una misión de esta magnitud no tiene final. Este es el proceso que deberán pasar.

10. **Fases y etapas.** Un grupo está sujeto a determinadas fases: de llamada, de experiencias, de conocimiento y de práctica. Las fases son activas y operativas; es decir, que no necesariamente todos los miembros de un grupo pueden ir de la mano con el proceso general. Cada uno pasa por momentos distintos. Aunque el grupo esté en su etapa de recepción de conocimiento, puede existir un miembro que se quedó en otra fase, porque llegó después o porque descuidó su preparación.

No esquematicen estas fases, ya que en el trabajo se encontrarán con ellas y allí estaremos nosotros. Sigán trabajando sin prestar demasiada atención a la fase que toca venir, ya que cada fase se contiene en la otra y ustedes poco a poco irán viviendo esta preparación.

Apóyense mutuamente, pero les repetimos que no deben hacer lo que al hermano le toca hacer. Cada uno responderá por sus propios pasos. Si tienen en cuenta cuanto se ha dicho en este mensaje, y si lo saben complementar con aquellas comunicaciones que ya han venido recibiendo, podrán reunir un importante archivo sobre lo que significa el verdadero trabajo de grupo. Lleven a la práctica nuestros consejos, y así podrán encaminar al grupo con mayor conciencia, comprensión y disciplina.

Amen, que el amor torna sencillo aquello que los ojos físicos tornan complicado.

Con Amor y Paz,

ANITAC

AGRADECIMIENTOS

A todas aquellas personas que hicieron posible la materialización de este libro; de manera especial a Elard Pastor y Sarid Daccach, quienes desinteresadamente apoyaron las diferentes etapas de preparación para que ***Los Maestros del Paititi*** vea finalmente la luz.

A Ediciones Luciérnaga, por haberse convertido en puente para hacer llegar este mensaje, y, por encima de todo, a Lara, mi amada esposa, por estar siempre a mi lado, enseñándome a vivir en amor la aventura de la Vida.